

Ángel María de Lera

LA NOCHE

SIN RIBERAS



En esta nueva novela, Ángel M.^a de Lera sigue fiel a sus constantes estéticas y formales en la interpretación del género novelesco, tan proclive, últimamente, a las más diversas y aún contradictorias lucubraciones teóricas.

Para Lera, novelar es contar una historia humana a través de unos personajes y un coro, pero transfigurada siempre por el toque de ese algo indefinible que se conoce como “factor novelesco”, sin el cual no hay novela posible. Para ello, emplea un lenguaje claro, directo y sobrio, ligeramente tornasolado a veces por atenuadas irisaciones poéticas.

“La noche sin riberas” está contada a cuatro voces: la del narrador y las de sus tres principales protagonistas. Aquella, en tercera persona; y, éstas, en primera. Así, la verdad real u objetiva se enriquece con su exégesis por parte de los sujetos que la viven más intensamente, sin que por ello se menoscaben su unidad y su continuidad. Es la tercera novela, con “Las últimas banderas” y “Los que perdimos”, de la tetralogía que Lera se ha propuesto escribir sobre la guerra y la posguerra españolas bajo la rúbrica común de “Los años de la ira” y que culminara en “Oscuro amanecer”.

“La noche sin riberas” —noche total e infinita— recrea el período más triste y doloroso de la España contemporánea. Su autor viene a decirnos: “Aquello fue así, mal que nos pese. Sería inútil ignorarlo, porque se trata de hechos y circunstancias que nadie podrá sustraer de nuestra herencia común. Es mejor, pues, para todos que tomemos conciencia de ello, a fin de que sirva de experiencia aleccionadora e

irrepetible en el futuro”.

En otras ocasiones, Ángel M.^a de Lera, opuesto sistemáticamente a la violencia y al odio, ha dicho que la mejor escuela novelista es el sufrimiento y que escribir es compadecer al hombre y ayudarle a conocerse a sí mismo y al mundo que le rodea. Y “La noche sin riberas” es su más alto tributo a estas verdades sinceramente profesadas y lúcidamente trascendidas por sus singulares dotes de narrador.



Ángel María de Lera

La noche sin riberas

Los años de la ira - 3

ePub r1.0

Mangeloso 19.05.14

Título original: *La noche sin riberas*

Ángel María de Lera, 1976

Retoque de cubierta: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso

ePub base r1.1

más libros en espaebok.com

Cierra las puertas, echa la aldaba, carcelero. Ata duro a
ese hombre: no le atarás el alma.

*Miguel Hernández ¿Vivía? ¿Estaba muerto? ¿Qué me
ocurría? Dios, ¿qué es esto, dónde estoy, qué has hecho
de mí? Pero Dios permaneció inaccesible y mudo. Estaba,
pues, definitivamente solo en medio de lo desconocido,
en el fondo de una noche sin riberas, solo, solo, solo.*

Federico Olivares

I

Un patio cuadrangular, tres de cuyos lados lo formaba una construcción de mampostería de dos plantas con dos filas, paralelas y simétricas, de tragaluces enrejados. En los ángulos, ventanas protegidas también por rejas, en la planta superior; y, en la inferior, una puerta chapada y con mirilla. Otra puerta semejante en el murallón liso del cuarto lado comunicaba el departamento celular con el resto de la enorme prisión. Alrededor de los cuatro muros corría una acera de cemento agrietada y desportillada en algunos tramos. El espacio de tierra así limitado recordaba que allí hubo, en algún tiempo, un conato de jardín, del que sólo quedaban cuatro raquíticos árboles, uno en cada esquina.

Ahora, en el centro, se veía una mesa cubierta con un paño blanco, sobre la que se alzaban un crucifijo, dos velas y un misal. Un sacerdote ventrudo, de doble papada y calvo, celebraba misa ante tan escueto altar, ayudado por un hombre menudo, de cabeza ratonil, vestido con un traje de pana oscura. Tras ellos, más de medio centenar de hombres en formación, flanqueados por varios guardianes, asistían a la ceremonia con fastidio y desgana bien patentes.

La mañana se cernía en lo alto como una doncellez azul, lejana,

imposible, y palpitaba en el aire suave que movía las hojas de los árboles enfermizos y acariciaba voluptuosamente a los hombres de la formación, estremeciéndolos, porque les sugería que, al otro lado de aquellos muros, el campo se desparramaba por la llanura sin límites como una invitación a la huida, a la carrera, a ser viento y remontar los montes y los mares y ser libres, libres, libres.

El sacerdote rezaba rutinariamente las preces latinas que nadie escuchaba, y el acólito farfullaba respuestas ininteligibles, alzaba el borde de la casulla cada vez que el oficiante doblaba la rodilla, o trasladaba el misal de un extremo a otro de la mesa a una indicación de aquél.

—Dominus vobiscum.

Abría y cerraba los brazos, de cara a los presos, al tiempo de entornar beatíficamente los ojos e hinchar la doble papada, en ademán litúrgico de amor fraterno, aunque su voz, átona y ritual, dejase caer de sus labios las palabras como caen de los árboles las hojas secas en otoño.

—Et cum spiritu tuo —respondió atropelladamente el acólito con trazas de ventero o de albéitar rural.

La calma, el silencio y la indiferencia transformaban la escena real en una especie de pantomima fantástica, nebulosa, evanescente. Nada de lo que se decía o hacía ante sus oídos o sus ojos tenía sentido alguno para los hombres obligados a presenciar, formados en filas, mudos y ajenos testigos, aquel acto impío. Algunos de ellos permanecían con los ojos cerrados, quien miraba al cielo o se entretenía en contar los tragaluces y los barrotes de las rejas, quien se abstraía, con los ojos abiertos, pero sin ver lo que le rodeaba, en sus propias cavilaciones. No faltaban tampoco los que a través del hilo de miradas y guiños disimulados se

trasmitían sus acordes sentimientos de repugnancia y desdén por aquella farsa con pretensiones de función religiosa. Tal vez difirieran entre sí en que unos desearan que terminase cuanto antes, mientras que otros, en cambio, prefiriesen que se prolongara lo más posible con tal de respirar más tiempo el aire que trascendía de la campiña, impregnado de un olor indefinible a vides, ortigas, herbazales y sequíos lejanos. Sólo los guardianes, estirados y serios, aceptaban su papel de funcionarios en acto de servicio, aunque les aburriese y fastidiase.

De pronto, el sacerdote se volvió hacia los asistentes. Ya no había beatitud en sus ojos. La misa, como el altar, quedaba tras él. Ahora tenía enfrente a unas docenas de hombres que le miraban sin disimular el odio y el desprecio que sentían por su persona.

—Queridos hermanos —dijo, tras cruzar las grandes y gordas manos sobre la obscena curva de su vientre de hombre bien cebado.

El incongruente saludo espolvoreó sonrisas ácidas en los labios de algunos oyentes mientras provocaba en otros fruncimientos de cejas y gestos de hostilidad. (*Hombre, queridos hermanos, ¿eh? Hermanos, ¿de qué, de cuándo, de cómo? ¡Vaya jeta que tiene el tío este! A lo mejor dice que es amigo nuestro... Pero, ca, ya te hemos calao, bacalao. Pues no le ha sentado mal la guerra, no. Mírale, mírale. A que ha sido secretario de alguna colectividad o de alguna cooperativa nuestra... No nos vendrás con la monserga de que, si te arrean una hostia en un carrillo, pongas el otro, ¿eh?, gran cabrón. Ni con el cuento de la amnistía... Venga, acaba pronto y déjanos en paz. ¿A cuántos has tratado de confesar antes de que se los llevasen al picadero y a cuántos has bendecido después de haberlos fusilado?*)

El oficiante, impertérrito, continuó, después de una pausa:

—Renuncio por hoy a explicaros el Evangelio, porque me supongo que os interesa más saber dónde estáis. No niego, no, que sepáis ya su condición. ¿Quién no ha oído alguna vez el nombre de este penal? Es famoso. Pero el nombre no basta. Ahora lo conoceréis por dentro, de verdad, y es conveniente que preparéis vuestro ánimo y se os diga desde el principio a qué debéis ateneros para que os resulte menos penoso.

Hizo otra pausa y sonrió de nuevo. Los hombres de la formación empezaron a agitarse, a cambiar de postura, a mirarse entre sí, ya sin disimulos, y a mostrar descaradamente su repulsa a las palabras del sacerdote. Este prosiguió, respondiendo intuitivamente a la réplica muda del auditorio:

—Sí, porque ésta no es como esas improvisadas prisiones de Madrid, donde la disciplina deja mucho que desear por la sencilla razón de que sus edificios, contruidos para otros menesteres, no reúnen las condiciones precisas. Esta, en cambio, es una prisión modelo, clásica, en la que el orden y la disciplina son muy severos. Tened en cuenta que no habéis llegado aquí por casualidad, sino para extinguir condena, una larga condena. Porque no debéis olvidar una cosa y es que estáis aquí por la benevolencia del Caudillo, pues lo más seguro es que la mayoría de vosotros merecería estar ya en el otro barrio, criando malvas.

Una tos y carraspeos, seguidos inmediatamente de un nutrido coro de toses y carraspeos, fue la respuesta protestataria de los forzados oyentes, y el orador se interrumpió, hasta que uno de los guardianes, alto, rubio, de cabeza erguida y con aspecto de girasol, se adelantó unos pasos y gritó, con voz chillona:

—¡Silencio! ¡Fir-més!

Se acallaron los rumores y los presos juntaron los pies. El cura prosiguió en un tono menos evangélico todavía:

—¡Bien! Si todos fuerais inocentes, ¿queréis decirme quién dio martirio a tantos miles de sacerdotes y religiosos, quién asesinó a tantos buenos patriotas y cristianos?

Sus palabras eran gritos, estocadas. Naturalmente, nadie contestó sus preguntas, y él prosiguió, jadeante:

—No sé quién de vosotros lo haya hecho ni me importa, pero todos sois reos de la misma culpa. ¡Todos! —Marcó otra pausa para respirar hondo, y siguió diciendo—: Nosotros no queremos venganza, sino justicia. Ahora bien: una cosa es la justicia de Dios, Nuestro Señor, infinitamente misericordioso, quien ya os ha perdonado, y otra la justicia de los hombres, que exige el castigo y la expiación de la culpa aquí, en la tierra. Entended esto bien a fin de que no confundáis la una con la otra. Por vosotros y otros muchos, muchísimos, se ha derramado tanta sangre en España y el país entero ha quedado en ruinas, sabe Dios por cuánto tiempo. Siendo así, ¿qué esperáis? ¿Borrón y cuenta nueva? Eso, ¡nunca! Y desengañaros de una vez: no habrá amnistía ni perdones generales. Por demasiada blandura ocurrió lo que ocurrió. Si cuando la revolución de Asturias se hubiese hecho una justicia ejemplar, tengo por seguro que no hubiera sido necesario un 18 de julio. Eso está claro y, como está claro, yo os aseguro que no se volverá a repetir.

Una nueva pausa, otro respiro y, finalmente:

—Pesa sobre vosotros una condena de treinta años de reclusión mayor. Bien. A pesar de todo, yo no creo que la cumpláis enteramente. No. Tantos años, seguramente no. Pero por lo menos veinte, sí. Veinte no hay quien os los quite. Así que haceros

a esta idea, aceptadla y tratad de cumplir aquí dentro lo mejor posible y todo os resultará más fácil y llevadero. Y que Dios os bendiga.

Y volvió bruscamente la espalda al rostro pétreo, un solo rostro, de todos aquellos hombres, que acababa de ser abofeteado de una manera tan ignominiosa.

La misa continuó a un ritmo más rápido. Cuando llegó el momento de la consagración, los reclusos, a una voz de mando, hincaron una rodilla en tierra, conteniendo difícilmente el grito blasfemo que les escocía las gargantas. Luego, otra vez a pie firme, los hombres de la formación siguieron, impasibles e indiferentes, el desarrollo de la ceremonia hasta su final. Sólo comulgó el acólito.

—¡En filas de a dos! ¡Marchen!

La doble fila, sin garbo militar ni aire deportivo alguno, se dirigió entonces hacia la puerta chapada y con mirilla, que un guardián había abierto previamente, y penetró en el tétrico corredor con piso de cemento, a cuyos lados se alineaban las celdas, cada una con su número y su mirilla o chivato, dispuestas de modo que ninguna puerta quedase enfrente de otra. Seis de ellas, situadas en el mismo lado, aparecían abiertas.

—¡Alto! —gritó un guardián al llegar la cabeza de la columna a las celdas abiertas, y añadió después—: ¡Cada uno a su celda! ¡Rápido!

Una vez dentro, diez en cada celda construida para un solo inquilino, sus ocupantes se colocaron de nuevo en dos filas, frente a frente, y permanecieron en actitud rígida hasta la aparición del guardián. Entonces levantaron el brazo al estilo fascista y gritaron:

—¡Arriba España!

El grito se repitió seis veces y fue seguido de los correspondientes portazos y cerrojazos que ejecutaba el acólito corriendo tras el guardián.

Cuando al fin terminó todo y pudieron hablar, dijo Molina:

—¿Qué os parece el ejemplar de cura que nos ha tocado?

—Una mala bestia.

—Valiente marrajo.

—Pues si el cura es así, ¿cómo serán los carceleros?

Llegamos la noche anterior, en tren, con escolta de guardias civiles, muy animados por la noticia de la invasión de Polonia, que preludiaba, a nuestro juicio, una nueva conflagración mundial en la que se jugaría otra vez nuestro destino, y todavía con las huellas de los abrazos y los besos de los seres queridos en la despedida de la estación. Para algunos casi era un viaje inútil pues pensaban que retornaríamos en breve, libres y victoriosos, a consecuencia de la rápida e inevitable derrota de las potencias fascistas. Pero, desde la estación de ferrocarril donde nos apeamos hasta el penal, había un largo, polvoriento y empinado camino que debíamos recorrer a pie, cargados con los petates, maletas y fardeles, bajo el hálito sofocante de los campos abrasados, y rápidamente perdimos el buen humor y empezamos a sentir los efectos del ahogo y de la fatiga. Menos mal que los guardias civiles de la escolta nos permitieron detenernos de cuando en cuando para respirar y cambiar de hombro y mano los pesados equipajes. Cinco o seis meses de inmovilidad en la cárcel y de una alimentación apenas suficiente para subsistir nos habían debilitado físicamente hasta el extremo de que aquella marcha que en la guerra, cargados con el

fusil y demás pertrechos militares, nos hubiera parecido un simple paseo, exigiese de nosotros un esfuerzo superior a nuestras fuerzas. Así que, al alcanzar las primeras casas del pueblo, todos estábamos físicamente agotados. Tras una nueva parada para reagruparnos, puesto que algunos, al no poder seguir el ritmo de marcha impuesto por la cabeza de la formación, habían quedado muy retrasados, reemprendimos la caminata.

Íbamos en filas, bordeando las aceras en las que los vecinos del lugar, huyendo del calor almacenado en sus casas, esperaban el sueño y la leve brisa que intermitentemente venía de la oscuridad, sentados en taburetes o en el suelo y con el botijo cerca. Se oyeron de pronto unos gemidos dolientes y corrió por los expedicionarios un estremecimiento de compasión. Era una vieja vestida de luto, sarmentosa, con pañalón negro sobre la cabeza, quien gemía, y Agustín quiso consolarla diciéndole en tono jovial, aunque le salió ronca la voz por el polvo y el reseco de la garganta:

—No llore, abuela. Ya verá qué pronto estaremos otra vez libres.

La columna se había detenido. La vieja, al oír las palabras de Agustín, levantó hacia él la mirada y, agitando las manos retorcidas, le gritó, con palabras entrecortadas y silbantes:

—Eso es lo que yo siento, canallas. ¡Deberíais estar todos colgados!

Agustín y los que, junto a él, recibieron en el rostro el soplo de odio de aquel ser caduco y engarabitado, se quedaron fríos. Ya no se habló más ni nos detuvimos hasta encontrarnos frente a la gran puerta de la prisión, flanqueada por las garitas de los centinelas.

Formamos en el cuerpo de guardia para el recuento y cambio de papeles y firmas entre el jefe de la escolta y el funcionario de

prisiones que se hizo cargo de nosotros.

—¡De frente! ¡Marchen!

Cargar otra vez con la impedimenta que nos pesaba más a cada momento. Chirridos de cerrojos y rastrillos que nos engullían. Todo ejecutado con rapidez, atropelladamente, a la luz velada de unas sucias bombillas eléctricas.

Recorrimos un foso amurallado, sumido en densa oscuridad, y finalmente, traspusimos una puerta, abierta en uno de los muros, para desembocar en un estrecho corredor, con puertas a ambos lados, sobre el que resonaban lúgubrementemente nuestras pisadas, e iluminado también por pobres y distantes puntos de luz.

—¡Alto!

Allí nos esperaban otros tres funcionarios. El de más edad, delgado, con el estómago hundido, de cara rugosa y boca mal dentada, nos habló así:

—Acaban ustedes de entrar en este centro penitenciario y todos esperamos que se porten bien, que obedezcan y callen. Ahora ocuparán las celdas que se les han asignado. Diez en cada una. Apréndanse bien su número para que lo canten cada vez que tengan que llamar por algo. En los recuentos y en cualquier ocasión en que aparezca ante ustedes un funcionario, se pondrán en actitud de firmes, saludarán con el brazo en alto y gritarán ¡Arriba España! ¿Entendido? Lo demás lo irán aprendiendo sobre la marcha, pero sepan desde ahora que aquí se castiga con el máximo rigor cualquier falta a la disciplina. Y nada más por ahora. ¡Fir-més!

Y, en posición de firmes, cantamos el «Cara al Sol», cuyas briosas notas, salidas de gargantas resacas, y entubadas por los angostos y resonantes corredores, repercutieron, no como las de

una alegre canción de juventud y de guerra, sino como aullidos de perro apaleado. Y, los tres gritos finales, como tres estacazos.

Entramos después en las celdas, en las que habríamos de convivir diez personas durante las veinticuatro horas del día. Una taza evacuatorio, una bombilla junto al alto techo, una mesa consistente en una tabla clavada sobre dos maderos incrustados en el muro, un grifo, un cubo, un botijo y el tragaluz sin cristales, cruzado por dos barrotes de hierro en cruz, constituían el mobiliario y la decoración del habitáculo.

Inmediatamente se cerraron las puertas y sonaron seis rotundos portazos que encogieron nuestros corazones. Y se apagó la bombilla.

Nuestro primer movimiento fue el de abalanzarnos sobre el grifo y el botijo, pero aquél estaba seco y, éste, vacío. Entonces, alguien propuso dar unos golpes sobre la puerta. Y así lo hizo. Otros le imitaron en las celdas contiguas y el túnel retumbó con los ecos múltiples y profundos del tableteo, hasta que se oyó, sobre el estrépito, una voz imperiosa:

—¡Silencio!

Cuando cesó el aporreo de las puertas, la misma voz preguntó:

—¿Qué número?

Y, a través de las mirillas, se dispararon las respuestas:

—¡La veintiuna!

—¡La diecisiete!

—¡La diecinueve!

Otra vez cortó la algarabía la misma voz de mando:

—¡Silencio! —añadiendo—: ¿Qué quieren?

—¡Agua!

—¡Agua!

—¡Agua!

—¡Silencio! Y, tras el silencio, el aviso:

—Sólo se da agua durante dos horas, por las mañanas, después del desayuno, para el aseo personal y de la celda. Tendrán que llenar entonces el botijo si quieren tener agua que beber durante el resto del día. Y ahora, ¡a callarse!

No nos fue posible extender los diez petates sobre el suelo, porque no cabían más que seis. Luego, nos desnudamos a ciegas y nos dejamos caer sobre el duro lecho común, apretujados, rozándonos unos con otros, sudorosos, jadeantes, silenciosos, y martirizados por la obsesión de la sed, sin más deseo que el de quedarnos rápidamente dormidos para huir de aquella realidad hostil y denigrante. Ni siquiera Agustín tuvo ánimo para lanzar una de sus características humoradas. Al poco rato, sólo se oía el chasquido de las lenguas pastosas de quienes entreveían, tal vez, a la luz de la imaginación, hontanares que manaban, a borbotones, agua cristalina y fresca. Y pronto comenzó el concierto de los roncadores.

Entre tanto, la noche, con su oscuro e impenetrable rostro acuchillado por los barrotes, nos miraba desde su inmensa lejanía, muda e inmisericorde.

El agudo toque de corneta nos despertó súbitamente, sacudiéndonos y zarandeándonos, y, sin apenas darnos cuenta, nos vimos de pie, mirándonos los unos a los otros como si ninguno supiera dónde se encontraba, atónitos, desconcertados, temerosos. Pero la común perplejidad sólo duró unos instantes, porque Agustín se dirigió en seguida al grifo y el gorgoteo del agua luchando con el aire en la tubería nos despabiló completamente.

—¡Agua! —fue la exclamación unánime.

De pronto, la exigencia de la sed se nos hizo irresistible. Algunos trataron de apoderarse del grifo, pero les contuvo Agustín

—No. Primero, el botijo. Después, el cubo. Yo me encargo de llenarlos mientras vosotros recogéis los petates.

Los ansiosos e impacientes se dominaron y todos a una nos pusimos a recoger y enrollar las colchonetas mientras oíamos caer el agua en la panza sonora de la vasija, tentadoramente. Levantamos las camas y nos vestimos de prisa, como autómatas, y sin cruzar palabra aunque a veces nos tropezásemos y nos estorbásemos. Y cuando quedó lleno el botijo, Agustín, todavía en calzoncillos, colocó el cubo bajo el manadero y alzó aquél sobre su cabeza.

—Anoche —dijo— soñé que estaba en Aranjuez y que me bebía el Tajo —y luego se apagó su voz, ahogada por el chorro de agua que ingurgitaba estruendosamente.

El botijo fue pasando de uno a otro. Bebíamos con tal ansia y vehemencia que algunos se atragantaban y vertían el agua lastimosamente. Al fin saciamos la sed que nos atormentaba. Entonces orinamos en fila y en fila nos refregamos someramente el rostro sobre la taza evacuatorio, con el agua que extraíamos del cubo con los platos de aluminio, que así nos servían también de jofaina.

El desayuno consistió en un cazo de agua negra y humeante, edulcorada ligeramente con sacarina, que nos repartió un ranchero bajo la vigilancia de un guardián, al que saludamos previamente al estilo fascista y con el grito de ¡Arriba España!

Cuando se cerró de nuevo la celda, desatamos los fardes, pero antes de que cada cual comenzase a comer de lo suyo, habló Molina:

—Como no sabemos el tiempo que vamos a estar aquí juntos ni cuándo podremos recibir otra vez alimentos de casa, yo propongo que formemos una sola república con todo lo que tenemos y que alguien se encargue de administrar y repartir equitativamente entre todos lo que hay, porque no vamos a consentir que unos coman mientras otros miran, ¿no? Y creo que debemos hacer lo mismo con el tabaco.

Sólo se opuso Jesús:

—Lo siento mucho, pero yo no puedo participar en esa república porque no he traído nada de comer, y porque, además, no fumo.

Jesús, pequeño, de cabeza grande, sonreía y nos miraba humildemente.

—Pues por eso mismo, nadie mejor que tú para administrar nuestra república. Voto por ti.

A mi voto siguieron los demás y, aunque en un principio Jesús se resistió, pudimos finalmente convencerle y se hizo cargo de la intendencia, previo inventario a la vista de todos, y para empezar el día nos repartió una onza de chocolate, un trocito de pan y tres cuartos de cigarrillo por barba.

Mientras comíamos en silencio, pasé revista a mis compañeros de celda. Allí estaban Manuel Molina, siempre ecuánime y, en cierto modo, hermano mayor de todos; Robleda, de ojos azules casi siempre asombrados, paciente y buen amigo; Agustín, razonador, con tendencia al humor grueso, un tanto infantil y muy glotón; Pablo, de inteligencia clara, vehemente e ingenuo; Jesús, simple y confiado; Adolfo, hombre del Rastro madrileño, con ínfulas de pícaro, pero, en el fondo, inofensivo; Joaquín, muy ordenado y casi siempre de mal humor; Higinio, lector de Reclus y

Anselmo Lorenzo, que solía hablar como si se dirigiese a una asamblea de su sindicato, y Rodrigo, parco en palabras y contradictor por sistema. Y yo, Federico Olivares, maestro de escuela, sin ningún vicio ni ninguna virtud especiales, uno de tantos jóvenes al aire de su tiempo. En suma, diez hombres grises, más bien vulgares, ni buenos ni malos, sobre quienes, sin comerlo ni beberlo, recaía nada menos que la responsabilidad histórica de una gran tragedia nacional. Diez hombres sencillos, cuyas vidas hubieran transcurrido seguramente exentas de notoriedad, transfigurados en héroes y mártires contra su deseo, por un designio caprichoso y absurdo. ¿Por qué teníamos que pagar nosotros los errores acumulados por las generaciones precedentes?

Agustín fue el primero en devorar su ración y en encender su pitillo. Se levantó y empezó a pasear, recorriendo el breve y estrecho pasillo formado por las piernas de sus compañeros sentados en dos filas, frente a frente.

—En resumen, amigos —y el humo del tabaco salía por sus narices, desde el fondo de sus pulmones, en chorros blanquecinos—, hemos caído en una verdadera ratonera. Si tenemos que estar encerrados aquí mucho tiempo, acabaremos subiéndonos por las paredes, a no ser que inventemos el modo de combatir el aburrimiento. ¿Es así o no? —y, como nadie replicara, añadió—: Coño, parecéis agilipollados. Bien, he pensado por vosotros y, por lo tanto, propongo que organicemos partidas de ajedrez y de damas y alguna otra cosa más que se os ocurra, si es que se os ocurre algo, que lo dudo.

—Mira, Agustín —dije yo—, lo primero que tienes que hacer es sentarte y estarte quieto, porque si sigues yendo de un lado a

otro, nos vas a marear y tú vas a perder inútilmente una buena dosis de calorías.

—En efecto —y Agustín me hizo una cómica reverencia—, así es. Ya estoy sentado, Federico. Sé que aquí hay que tener conciencia, paciencia y, sobre todo, resistencia. Bien. Y ahora, ¿qué?

Molina, sonriente, dijo:

—Me gustaría saber lo que está ocurriendo ahora mismo en Polonia, porque es allí dónde se está jugando nuestro destino — Agustín asintió con un movimiento de cabeza y Molina preguntó —: ¿Se habrán rajado Inglaterra y Francia?

—Yo pienso que sí —se apresuró a contestar Rodrigo—. Tienen demasiado miedo a Hitler.

—Pues yo pienso que no —terció Pablo—. Esta vez Inglaterra no podrá echarse atrás. Y si ella se lanza, ¿qué otra posibilidad le queda a Francia que seguirla? La guerra mundial es, pues, inevitable. Una guerra que, con el armamento actual, no puede durar mucho. Así que...

—Vamos, que esto va a ser una pequeña vacación para nosotros, ¿no? —bromeó Agustín, añadiendo—: ¿Y tú, qué piensas, Federico?

—Creo que Pablo tiene razón. Después de engullirse Polonia, los alemanes exigirán sus antiguas colonias y, después, un nuevo reparto de África y de Asia, y eso lo sabe Inglaterra. Por eso no tiene más remedio que pararle los pies a Hitler de una vez, no por Danzig, naturalmente, sino por su imperio. En lo que ya no estoy tan seguro es que la guerra termine tan pronto como opina Pablo —Pablo hizo intención de interrumpirme, pero le contuve con un gesto—. Ya sé, ya sé, que las armas modernas son irresistibles

pero no hay que olvidar que las emplearán todos los beligerantes y que, por lo tanto, se neutralizarán. Pero no es eso lo que más me preocupa ahora, sino nuestra situación.

—Nosotros, quietecitos —dijo Pablo.

—¿Y si España entra en la guerra? ¿Crees que nos dejarían aquí comiendo la sopa boba mientras los demás se jugasen el pellejo en los frentes? ¡Ni hablar de eso! Formarían con nosotros batallones disciplinarios y nos mandarían a la matanza. Quiero decir que iríamos por delante y que seríamos carne de cañón. Y yo pregunto, ¿contra quiénes y para defender qué?

—¿Y si España permanece neutral?

La pregunta de Higinio nos sorprendió, porque era inimaginable para nosotros que España, amiga, aliada y deudora de Alemania y de Italia, pudiese quedarse detrás del burladero.

—¿La dejarán en paz los alemanes? —preguntó, a su vez, Rodrigo, contestándose él mismo—: Me parece que no. Pero Higinio no se dio por vencido:

—Nuestro país es un montón de ruinas y, por lo menos, la mitad de su población es antifascista. Ponernos otra vez el fusil en la mano podría resultar muy peligroso para nuestros enemigos.

—¿Fusiles? O pico y pala —insistió Rodrigo.

Siguió un silencio, porque el diálogo se mordía la cola, durante el cual mi imaginación voló a los campos de Polonia. Vi sus ciudades en llamas y a sus gentes, agonizando entre los escombros, y oleadas de tanques arrasando sus labrantíos y sus aldeas, y bandadas de aviones oscureciendo el cielo y esparciendo la semilla de la muerte, y niños y mujeres innumerables huyendo sin rumbo de los demonios exterminadores, y la cruz gamada flotando, victoriosa, al viento abrasador de los incendios... Yo

temía a los hitlerianos, porque representaban la fuerza bruta, el terror y el exterminio como sistema, fuesen o no amigos de la España fascista. Si, en cualquier caso, los hitlerianos penetrasen en España, nosotros, los presos, y nuestros familiares, seríamos sus primeras víctimas. Nos fusilarían, nos decapitarían o nos gasearían.

Unas palmadas que resonaron en el túnel me volvieron a la realidad. Luego, oímos:

—¡A formar para el recuento!

Nos levantamos y nos pusimos en posición de firmes. Y guardamos silencio. Y, a poco, comenzó el estrépito de las cerraduras y los cerrojos. Un ordenanza abrió nuestra celda tan velozmente que apenas pudimos verle. Tras una pausa, apareció el guardián. Hicimos el saludo y gritamos ¡Arriba España! El funcionario, alto, macizo, rústico, nos contó con la vista. ¡Arriba España! ¡Arriba España! ¡Arriba España!... Al apagarse la traca de gritos, se extendió nuevamente el silencio por los corredores.

Desde nuestra celda sólo veíamos un trozo del muro de enfrente y oíamos algunos cuchicheos, leves como susurros. Siguieron unos momentos de expectativa, al cabo de los cuales apareció el ordenanza, un campesino recio, de tez morena y rostro enjuto, alto y musculoso, diciendo:

—Salgan y formen de a dos para la misa.

Nueva sorpresa para nosotros.

—Pero si hoy no es día festivo... murmuró Molina.

—Y qué más da —bisbiseó Agustín.

Y Robleda dijo:

—Como no cuesta nada... De la Pepa puedes escapar, pero de la misa, ¡ni hablar!

Se sientan en los petates, visiblemente deprimidos por las palabras del sacerdote, cuya impresión no han logrado desvanecer ni las bromas ni las burlas, ni siquiera el pitillo que, a propuesta de Agustín, fuman para quitarse el mal sabor de boca y levantar un poco los ánimos. El único que no echa humo es el pequeño y cabezudo Jesús, zapatero remendón, quien, tras la toma del cuartel de la Montaña, sintió la tentación de ver con sus propios ojos lo que se decía, que ya no volvió al trabajo y se alistó en un batallón de voluntarios, para terminar la guerra con los galones y el empleo de cabo furriel. ¿Cómo podía tener conciencia Jesús de lo ocurrido y de lo que le esperaba? ¿Le había explicado alguien alguna vez, en forma comprensible y convincente, las razones que justificasen el hecho de carecer de padres conocidos? ¿Por qué le abandonaron en la puerta del hospicio y cuál era su culpa?

—Yo no pedí ni quise nacer, pero nací —dice—. Y aquí estoy. Uno no es nadie ni sabe nada. Por lo tanto, lo mejor es no preocuparse por lo que pueda suceder. Cada uno nace con su sino a cuestas y no hay manera de quitárselo de encima.

—¿Eres soltero? —le pregunta Olivares.

Jesús deniega con la cabeza y añade:

—Me casé con una chica de la inclusa cuando salí de la mili. Se llama Caridad y es muy buena. La última vez que vino a verme a la cárcel, hará cosa de un mes, estaba muy contenta porque había entrado a servir en una casa de postín. En cuanto le dijo a la señora que era hospiciiana, quedó admitida sin más requisitos. Le pagan poco, pero tiene la comida y la cama aseguradas. Claro que si supieran que tiene un marido condenado por rojo, la echarían a la calle a patadas, caso de no meterla en chirona, que sería lo más

probable, ¿no? Por eso no ha vuelto a visitarme ni pudo salir a la estación para despedirme. Pero es muy lista y, en cuanto pase algún tiempo, ya se las arreglará ella para mandarme comida con la mujer de algún compañero y también para venir a verme algún día. Como no tenemos hijos...

Alguien opina que, en las circunstancias por las que atraviesan, el no tener hijos es una ventaja, a lo que replica Jesús:

—Bueno, pero no creáis que es porque no valgamos para ello, no. Nosotros no tenemos hijos porque no queremos. Ya antes de la boda nos juramentamos para no echar hijos al mundo. Y nuestro sacrificio nos cuesta. Ni desahogarse a lo natural puede uno, pero es preferible a que salga una criatura que tenga que apellidarse Expósito y Expósito y que, además, tenga que ser pobre toda su vida.

—Anda, y parecía lipendi el julay éste...

—No confundas la gimnasia con la magnesia, Adolfo —le interrumpió Agustín, añadiendo—: Ahí donde le ves, Jesús es un filósofo.

—¿Filósofo? ¡Anda, mi madre! Pues si Jesús es filósofo, yo soy el Nuncio de Su Santidad, no te jode...

Agustín muestra su sonrisa de tiburón, adelantando la quijada, y suelta contra Adolfo una de las suyas:

—Mira, chico: ni resumas, ni consumas, ni presumas, ¿estamos?

Adolfo gallea la cabeza y, mirando a Agustín entre provocativo y burlón, deja caer sus palabras con mucho retintín:

—Vamos, que te quieres quedar conmigo, ¿no?

La cuestión se enturbia evidentemente y Robleda corta por lo sano:

—¿Queréis dejaros de chinchorrerías, coño? ¿Es que no tenemos bastante con estar aquí?

Agustín y Adolfo se miran un instante a los ojos, como si quisieran atravesarse con la mirada, y, súbitamente, rompen ambos a reír estrepitosamente. Y, después de desahogarse, dice Adolfo:

—Un poco de cachondeo nunca viene mal, ¿no?

—¡Silencio! —grita entonces Higinio, y agrega, al quedar todos suspensos—: ¿No oís?

Hecho el silencio, se oye efectivamente el rumor sordo y acompasado de numerosos pies sobre el piso del patio y un débil jadeo de muchedumbre. (*¿Otra tanda de presos para asistir a misa?*) Instintivamente se agrupan bajo el tragaluz para oír mejor. Suenan toses y carraspeos de agudo timbre. (*¡Dios! ¿Tendrán encerrados aquí también a chiquillos?*) Se repiten las toses y los carraspeos insistentemente, con la intención, sin duda, de que lleguen a oídos de alguien. Los hombres se miran unos a otros, sorprendidos y expectantes, pero ninguno se atreve a formular en voz alta las preguntas e interjecciones que les llenan la boca. Una voz masculina ordena rudamente ¡Alto! y, automáticamente, cesan los rumores, las toses y los carraspeos. Y, de pronto, sucede algo que les deja sin aliento. Y es que un nutrido coro de voces chillonas, desiguales, pero indudablemente femeninas, empieza a cantar el himno del Requeté. El asombro de los hombres llega casi al pismo. ¡Mujeres! ¡Y ahí mismo, al alcance de la mano, como quien dice! Claro que existe un grueso muro por medio, pero... La imaginación de los hombres echa a volar. Habrá entre ellas mujeres hermosísimas. La frescura de las voces delata la juventud de las cantoras. Por el tragaluz penetra un torbellino de aire cálido

que les excita, les turba y les zarandea. Y que les enternece también.

Entonces, Federico percibe que se mueve la mesa. Se acerca a ella y ve que los maderos incrustados en el muro son sacudidos desde la celda contigua, lo que le hace suponer que, al otro lado, sirven también de soporte a otra mesa igual. ¡Quién sabe durante cuántos años han sido movidos y golpeados con el fin de establecer un mínimo y rudimentario sistema de comunicación entre los ocupantes de ambas celdas! A causa de esas manipulaciones existe una cierta holgura entre el madero y la piedra, a través de la cual es posible pasar un delgado hilo de voz. Federico se agacha y junta el oído al punto donde el palo se hunde en la pared y oye, desde una distancia incalculable:

—¡Compañero, compañero!

—¿Qué quieres? —responde Federico.

—¡Mujeres! ¡Mujeres!

—Sí, mujeres, mujeres...

—¿Qué pasa?

—No lo sabemos.

—¿Tenéis alguna noticia?

—¿De qué?

—¿De qué va a ser? De la guerra, hombre.

—No.

—Nosotros, tampoco. Hala, hasta luego.

(¿Noticias? ¿Por dónde y cómo podrían llegarlos? Vivimos tan aislados como ellos y, no obstante... Acabaremos por inventarlas. Seguro, porque está visto que no podemos vivir sin noticias, aunque sean falsas, aunque se trate de bulos que luego no se cree nadie...)

Las mujeres han terminado de cantar el «Cara al sol» y Federico y sus compañeros deciden aupar a Jesús, el más ligero de todos, para que se asome al tragaluz y les describa lo que ve, y se le encomienda a Higinio que se coloque junto a la puerta para tapar el chivato y avisar a tiempo si oye que alguien se acerca por el túnel.

—Ten cuidado de que no te vean a ti los guardias — recomienda Molina a Jesús.

El vigía se sitúa en uno de los ángulos del ventanuco, a contraluz, y permanece quieto y mudo.

—¿Qué ves? —le pregunta, impaciente, Pablo.

—¿Son de verdad gachís, muchas gachís? —le apremia Adolfo.

El coro femenino canta ya el himno nacional. Jesús se vuelve a los que le sostienen y les hace señas para que le bajen, y se despide del espectáculo, del que es el único gozador, enviando un beso a través de los barrotes, hacia la luz.

Ya en el suelo, le rodean, le estrujan, le bombardean a preguntas:

—¿Son muchas?

—¿Hay jóvenes?

—¿Qué pinta tienen?

—Las hay guapas, ¿verdad?

En aquel momento, Jesús se siente muy importante y así se lo hace comprender a los demás:

—Si no os calláis y me dejáis respirar, no os diré ni una sola palabra. ¡Sois la rehostia, compañeros!

Adolfo va a soltar un taco, pero Agustín le tapa la boca con la mano.

—¡Eh! No te sulfures, ni te moltures, ni te apures —le dice.

Los demás, puestos tácitamente de acuerdo, se retiran a sus respectivos petates y quedan en silencio, mirando a Jesús que es el único que permanece en pie.

—Está bien, hombre, ya puedes empezar —dice Higinio.

—Desembucha ya, coño —le insta Adolfo, sin poderse contener por más tiempo.

Jesús aún se solaza prolongando un momento más la tensa expectativa de sus compañeros, y, por fin, dice:

—Muchachos, qué mujerío. Son cientos. Viejas, jóvenes, de todo, aunque yo creo que abundan más las jóvenes. ¡Y están como Dios, a pesar de que muchas tienen el pelo cortado a rape!

—Presas, ¿verdad?, es decir, compañeras, ¿no? —le pregunta Molina.

—Pues claro que presas. Forman en filas como nosotros y cantan con el brazo en alto, vigiladas por guardianes.

—¿Guardianes? ¿Hombres? ¿Qué dices?

—Lo que oyes.

—Entonces —y Molina hace un aspaviento— ni siquiera les conceden el derecho de ser custodiadas por mujeres.

—¡Qué cabrones! —exclama Agustín.

Interviene Olivares:

—Pero, ¿no te das cuenta de que no son mujeres, sino rojas? ¿Qué respeto puedes pedir para quienes, según los periódicos madrileños, sólo son tiorras, prostitutas, hienas y víboras?

Molina, que no acaba de comprender la situación en toda su deshumanizada realidad, sigue diciendo:

—Pero si hasta las criminales más famosas han estado en prisiones para mujeres, bajo el mando de mujeres, si...

—Bah. Olvídate de eso —le interrumpe Olivares—. Ahora todo

es diferente.

—Y esos bordes se las tirarán a modo, siempre que les apetezca —y a Adolfo le rechinan los dientes.

Entre tanto las mujeres rompen filas y explota en el patio la algarabía. Cientos de mujeres empiezan a piar, de pronto, como una bandada de pájaros a la salida del sol. Ya no cantan. Hablan. Ríen. Saltan nombres. ¡Paula! ¡Ramona! ¡Pilar! Como en un recreo de colegialas, como en una verbena, como en el mercado. Tan fuerte es la impresión en los hombres del clamor agudo y cantarín de las mujeres, que se quedan mudos y ajenos el uno para el otro, trasportado cada cual por un distinto y fabuloso camino. Los recuerdos sueltan chispas, chispas, chispas. En unos segundos ven todo, lo vivido y lo soñado, como si ante sus ojos enceguecidos por la noche estallara un racimo de cohetes multicolores cuyo resplandor les descubriera otra vez el mundo en relieves y luces desconocidos. Como si volvieran al principio de todo, a una aurora nueva, y fueran libres en un campo libre, junto a un río libre, a la sombra de árboles libres, entre brisas y canciones libres.

Les vuelve a la realidad una voz de muchacha cantando bajo el tragaluz:

Ojos verdes

*verdes como
la albahaca...*

Calla la voz y, tras una pausa, otra fresca voz femenina empieza a recitar

*Fue la noche de Santiago
y casi por compromiso.*

*Se apagaron los faroles
y se encendieron los grillos...*

Se interrumpió de nuevo y entonces Federico aprovecha su silencio para continuar el romance en alta voz:

*En las últimas esquinas
toqué sus pechos dormidos
que se me abrieron de pronto
como ramos de jacintos...*

Calla, a su vez, Olivares, y esperan. Seguidamente oyen:

—Compañeros y camaradas, ¿oís?

—Sí —grita Olivares, indicando otra vez a Higinio que ocupe su puesto de vigilancia junto a la puerta.

—Habéis venido de Madrid, ¿verdad?

—Sí.

—Os hemos visto esta mañana mientras oíais misa. ¡Poned atención!

Y suena de nuevo la tonada de «Ojos verdes» mientras dice la recitadora:

—El cura se llama don Germán. Es muy mala persona. Y el que hace de monaguillo es un preso, Pedro. Mucho cuidado con él. El fiscal le ha pedido dos penas de muerte, pero le han hecho creer que espiando a sus compañeros y chivándose de ellos puede conseguir la conmutación de las penas. Hasta le permiten que

pegue a los presos. Es un canalla capaz de todo. En cambio, el otro ordenanza, el alto, Juan, es un compañero de toda confianza.

Se interrumpe de cuando en cuando, ríe ruidosamente o llama en voz alta a alguna amiga. Y las que están con ella la cubren con el guirigay de sus bromas y canciones.

—Esta noche llegará otra expedición de Madrid. Se esperan varias y yo no sé dónde os van a meter, porque el penal está de bote en bote. Así que... Bueno, ahora estáis en el período de aislamiento, pero no durará mucho, porque necesitan las celdas, y pronto os pasarán al patio general. Todos los hombres desean hablar, pero deciden que lo haga sólo Olivares, a fin de poder entenderse mejor.

—Oye, ¿cómo va lo de Polonia?

—Estupendamente. Inglaterra y Francia le han declarado ya la guerra a Alemania.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

Los hombres apenas pueden dominar el júbilo que les produce la noticia. Se abrazan unos a otros y hasta se desliza entre ellos algún grito amordazado de ¡Viva la República! Olivares tiene que pedir silencio y serenidad a sus amigos para poder seguir el diálogo.

—¿Y qué tal se portan con vosotras? ¿Sois muchas?

—Más de quinientas, algunas con sus hijos pequeños. Nos castigan a cortes de pelo por menos de nada. A mí me rompieron la nariz en los interrogatorios y he quedado fea, pero ya no me importa porque a mi novio se lo llevaron por delante y yo estoy condenada a muerte. De todas maneras, si salgo con vida de esta, no faltará algún médico que me la arregle. Bien, a lo nuestro. Dos

días a la semana hay consejos de guerra. Somos más de treinta las mujeres condenadas a muerte, pero no por eso perdemos la moral. ¡Ni hablar! No tengáis pena por nosotras. Sabemos resistir. Políticamente, hay de todo. Yo pertenezco a las juventudes socialistas unificadas y me llaman Pasionaria. Cada grupo tiene su comité y hay un comité general, con representación de todos los comités de grupo.

Habla tan pronto muy de prisa como entre pausas o entrecortadamente y sus palabras caen sobre los hombres como gotas de agua helada o rusiente, según.

—¿Necesitáis algo, compañeros?

—No, nada, gracias —y, a sugerencia de Adolfo, le pregunta—. Oye, Pasionaria, y en lo demás, ¿cómo se comportan los guardianes con vosotras?

Ella adivina la intención de la pregunta y responde rápidamente:

—Ya sé a qué te refieres. En ese aspecto, nada. Podéis estar tranquilos. No digo que no se les vayan los ojos detrás de alguna, pero se están quietos. No se atreven. Bueno, si alguno se propasase... ¡El chillerío se iba a oír en Madrid!

—No sabes qué peso nos quitas de encima, Pasionaria.

Ríen, Pasionaria y sus compañeras. Luego, aquélla dice:

—Os daremos noticias todos los días. Y ahora, ¡salud, camaradas!

—¡Salud! —contestan al unísono los hombres, que quedan después en silencio, anonadados, tras la excitación y las emociones contradictorias que la presencia femenina, aunque oculta por el muro, y sus palabras habían provocado en sus espíritus desgarrados y en sus cuerpos desfallecidos.

—¡Qué jabatas! —exclama Adolfo cuando, de vuelta a los petates, se encuentran de nuevo sentados frente a frente. Sigue otra pausa, que interrumpe Molina:

—Ha sido como encontrar un poco de agua limpia en el desierto —dice, desahogando así, poéticamente, sus sentimientos.

Pablo, muy nervioso, no oculta su pueril satisfacción:

—¿No os decía yo que Inglaterra no se echaría atrás en esta ocasión? Pues ahí la tenéis. Igual que se cargó a Napoleón y al Káiser, se cargará esta vez a Hitler.

—Pablito, te vamos a nombrar cónsul inglés en el penal, hombre —lo embroma Agustín—. Vamos, ¿qué te parece?

Pero Higinio, que revienta por hablar, empieza a decir:

—Compañeros, después de todo lo que hemos oído, creo que debemos analizar seriamente los acontecimientos para estar a la altura de las circunstancias...

—Espera, espera —le interrumpe Jesús, que se ha levantado y desabrochado los pantalones, añadiendo—: Lo siento, compañeros, pero no puedo aguantar más... —y mira a todos, encogiéndose de hombros y sonriendo tímidamente. La actitud y la expresión de Jesús, más que sus palabras, devuelven a aquellos hombres a la mísera realidad que comparten. Una sórdida realidad en que los imperativos biológicos se acusan en toda su crudeza y a cuya servidumbre es preciso someterse irremediabilmente.

—Pues a mí me pasa lo mismo —dice Adolfo.

Ante tal contingencia, obviamente previsible por otra parte, convienen en esforzarse todos para conseguir la sincronización de sus vientres, a fin de aprovechar para ello las horas en que corre el grifo y de ese modo evitar en lo posible la pestilencia. Entre tanto, Jesús se ha sentado en la taza y abate la cabeza y sus amigos se

tapan la nariz con el pañuelo y miran en dirección contraria, y Olivares intenta inútilmente reanudar el diálogo sobre la lucha en Polonia, porque todavía el pudor y el respeto a la intimidad personal les cohibe.

En efecto, aquella noche fuimos despertados bruscamente por los portazos, el rumor de las pisadas, el tintineo de los platos de aluminio y ese sutil susurro que levantan los cuerpos al rasgar el aire apelmazado e inmóvil en los espacios cerrados. Oíamos las palabras de recepción del funcionario jefe, tan estimulantes como las que nos dirigió a nosotros, y nos sentimos violentamente sacudidos por las notas del «Cara al Sol» y los gritos finales. Nada tan estremecedor como el retumbo del himno por el túnel. Yo me imaginaba a los componentes de la nueva expedición cansados, sobrecoídos, recelosos, sedientos, participando en el canto litúrgico de su funeral dentro de su propia tumba. Era un refinado suplicio que retrotraía mi mente a las escenas que había leído acerca de los procedimientos inquisitoriales entre cirios, monjes, crucifijos, hisopos y melopeas gregorianas.

Sucedió lo mismo varias noches y cada mañana, en la misa, don Germán les daba la bienvenida con la alocución que ya conocíamos, a fin de que en ningún momento se dejaran seducir por las engañosas voces de la esperanza.

Nuestra informadora espontánea, Pasionaria, nos repetía la noticia:

—Anoche llegó una nueva remesa de penados.

Una vez eran setenta; otras, cincuenta u ochenta... Y procedían de la prisión de Santa Rita, o de San Antón, o de Porlier, o de las Comendadoras... ¡Había tantas cárceles en Madrid!

En cuanto a la marcha de la guerra, el informe, aunque

esperado siempre con impaciencia, solía ser tan poco explícito que no daba pie a muchas especulaciones, a pesar de que lo sometiésemos a largos y exhaustivos análisis y de que volviéramos sobre él, insistentemente.

—Los periódicos dicen que los alemanes avanzan sin encontrar apenas resistencia, que dominan por completo el aire y que sus divisiones acorazadas aniquilan todo a su paso. Anuncian también que la caída de Varsovia es cuestión de muy pocos días.

Las horas de la celda recurrían en un círculo sin fin. Pasado el primer recuento y efectuada la limpieza de la celda y de nuestros vientres, se desvanecía en nosotros el sentido del tiempo hasta la hora del rancho. Y, después, el tiempo se cernía, inmóvil, sobre nosotros y se convertía en un verdugo impasible y obsesionante. Al comienzo de la mañana aún sentíamos cierta reanimación vital. Comentábamos las noticias de nuestra amiga Pasionaria y reanudábamos obstinadamente la inagotable discusión sobre las causas de nuestra derrota política y militar, aunque repitiéramos siempre los mismos argumentos y puntos de vista, en pro o en contra de la conducta de las organizaciones políticas y sindicales y de sus dirigentes en la zona republicana. Incansablemente también pasábamos revista al comportamiento de Rusia y de las democracias, por un lado, y de Alemania e Italia, por otro.

—Bien nos han jodido entre unos y otros —era el comentario reiterativo de Adolfo.

—De acuerdo, pero todavía está la pelota en el tejado, y lo que importa es reír el último —solía replicarle Molina.

—Pero, ¿lo veremos nosotros? —preguntaba Jesús. Agustín se mostraba siempre optimista.

—No te preocupes por eso, Jesús. Por muy mal que nos vayan

las cosas, alguno de nosotros, de los que estamos aquí, sobrevivirá a todo esto y podrá contarle algún día. ¿Verdad, Federico?

Y yo le contestaba:

—Nadie mejor que tú, que eres capaz de alimentarte con leña y de digerir clavos y que, además, tienes una memoria de elefante.

Rodrigo golpeaba cada vez sobre el mismo clavo:

—Ahora van a saber las democracias lo que es bueno. No me importa pasarlas canutas con tal que ellas paguen todo el mal que nos han hecho.

—En ese caso, también Rusia pagará, más pronto o más tarde —replicaba Pablo—. Si las democracias fuesen vencidas, cosa que no puede suceder, Hitler iría después por la URSS. No creas que Stalin se iba a escapar de rositas...

—Eso está por ver. De momento, las que lidian en la plaza son Alemania, Francia e Inglaterra, mientras que Rusia ve la corrida desde el tendido, ¿no?

Me resultaba inquietante su fe inmovible. Con hombres de esa unilateralidad ideológica y con un espíritu vindicativo tan simple y tenaz son posibles los resultados más sublimes y menos racionales. A fuerza de pasión y de fanatismo se deshumanizan. Marchan en línea recta y, para conseguir sus fines, son capaces de pasar por encima de sus semejantes sin piedad, sin remordimientos y sin vacilaciones.

—No tan en el tendido —le salía yo al paso—, porque Hitler y Stalin son aliados y amigos, por lo que se ve y dicen. No hacen más que echarse flores el uno al otro y...

—Mira, Olivares —me interrumpía—, tú sabes muy bien que Hitler y Stalin son tan amigos como pueden serlo el perro y el gato y que, al fin, saldrán a zarpazos y mordiscos entre los dos, y que, el

que más pueda, será quien se lleve el gato al agua.

En eso sí estaba yo de acuerdo con Rodrigo. Pero, ¿cuándo y cómo sucedería eso y cuál sería el resultado final de la lucha entre los dos tigres? Yo me aferraba al poderío de Inglaterra y de Francia, la flota más potente y el ejército mejor instruido del mundo, con la reserva de los Estados Unidos que no podrían permitir nunca la hegemonía hitleriana en Europa.

—¿Y qué me dices de Roosevelt?

—Bah —me contestaba—. Roosevelt no es otra cosa que un banquero. Lo que a él le interesa por encima de todo es que se salve el gran capitalismo. Por eso dejará que Hitler se las entienda con las democracias europeas. En definitiva, tan cliente suyo es Alemania como lo puedan ser Inglaterra y Francia. Vamos a ver, ¿qué hizo Roosevelt en nuestra guerra? Pues venderle petróleo a Franco. Y eso que pertenece a la masonería y es protestante, mientras Franco es antimasón y espada de la Iglesia Católica como Felipe II. Y eso que los norteamericanos son antiespañoles y nos robaron Cuba, Puerto Rico y Filipinas, mientras que los partidarios de Franco se las dan de nacionalistas y hablan del imperio hispánico cada vez que abren la boca. ¡Por el imperio hacia Dios! Basura, nada más que basura, es decir, capitalismo, intereses materiales, dinero, dinero, dinero...

Estirábamos las provisiones con precisión y rigurosidad matemática a fin de que su apoyo nutritivo no nos faltase durante el período de aislamiento, ya que el rancho que nos distribuían, como almuerzo y cena, no pasaba, en ambos casos, de ser un agua humeante en la que sobrenadaban algunas lentejas y gotitas de grasa. Pescábamos primeramente aquellas, una cucharada, más o menos, y, después de esperar a que se posase la tierra, sorbíamos

el caldo, cuyo calorcillo, como el del agua negra del desayuno, nos reconfortaba un poco. Luego, Jesús nos repartía unas minúsculas raciones complementarias, procedentes de la intendencia común, y, como postre, nos comíamos el pan. Finalmente, el pitillo, apurado hasta quemarnos los labios, servía para adormecer los últimos jugos gástricos rebeldes. Seguía un estado de amodorramiento y de inhibición durante el cual escapábamos de allí en un vuelo hacia atrás o hacia adelante, volviendo sobre el pasado o proyectándonos sobre un futuro ideal. Y era Agustín, casi siempre, quien rompía el ensimismamiento colectivo.

—Hala, que ya está bien. ¿Quién quiere jugarse un par de bocadillos o café, copa y puro, al ajedrez conmigo? Entonces, alguien preguntaba, indefectiblemente:

—¿Qué hora es?

Y la respuesta de Pablo, el único que poseía reloj, desencadenaba inmediatamente la controversia.

—¿Sólo las dos y media?

—¿Nada más que las tres? Imposible. Tu reloj es una patata y se te ha parado.

—¡Qué coño va a estar parado! —protestaba su dueño—. No digo que sea un Longines, pero no me ha fallado nunca.

Se formaban partidas de ajedrez o de damas o se jugaba a los combates navales. Mientras unos movían las fichas de papel o señalaban las coordenadas de sus disparos, otros discutían las jugadas e, incluso, sugerían movimientos a los jugadores, con las consiguientes disputas entre éstos y aquéllos. Yo tampoco me contenía y unas veces desde dentro, como jugador, y otras desde fuera, como mirón, me enzarzaba en absurdas y monótonas discusiones, porque era la única manera de consumir el tiempo

que nos sobraba. Ese tiempo que se interponía como un mar inconmensurable entre la ribera en que nos hallábamos cautivos y la opuesta, escondida tras la bruma del horizonte, en la que recobraríamos la libertad y el gozo de vivir. De todas maneras, poco a poco, insensiblemente, iba disminuyendo el interés por la representación en la que cada cual se esforzaba por interpretar un papel, y volvía a apoderarse de nosotros el tedio, cuyos síntomas eran las primeras boqueadas. Entonces, uno se ponía en pie y preguntaba:

—¿Qué hora es ya?

—Espera —decía otro—, a ver si acierto. Las cinco y media.

Pablo miraba la hora en su reloj y, luego, tapaba su esfera con la mano. (*No, frío*). Y se establecía un nuevo juego de adivinanzas, en el que interveníamos todos por turno. Brillaban de malicia los ojos negros en la cara redonda de Pablo y la sonrisa se detenía en sus labios largamente, mostrando la funda de oro de uno de sus dientes. (*Frío. Más frío. Caliente. Menos caliente. Que te quemas...*) Al fin decía:

—Las cinco y once minutos, hombre.

—Vaya, todavía faltan más de dos horas para el rancho. En el entretanto, el sol había desaparecido furtivamente del tragaluz y la celda quedaba sumida en una tenue transparencia gris, enturbiada por las gotas de oscuridad que la lenta decantación del crepúsculo dejaba caer sobre nosotros.

Las dos últimas horas de la tarde convertían la celda en un cuenco vacío, donde flotábamos. Perdíamos gravidez y la referencia de los límites. Nos diluíamos. Casi podría decirse que nos desintegrábamos. Era como si se nos fuese la vida por la boca abierta de una vena. Por eso, desde el principio tratamos de

contrarrestar esa llamada a la entrega y al renunciamento.

—Ahora, yo me moriría a gusto... —murmuró una vez Pablo, el espíritu más soñador y más poético de cuantos compartíamos su misma situación.

No dijo moriría, sino me moriría, o sea, que se dejaría morir o se daría la muerte. Aquellas palabras me alarmaron de tal manera que propuse que nos fumásemos un cigarrillo extra para sobreponernos al desánimo. En efecto, liar el pitillo, encenderlo y darle las primeras chupadas, sirvió para recobrarnos, y ya desde entonces el cigarrillo de la tarde fue una costumbre rigurosamente observada. El resplandor de la lumbre de los cigarrillos iluminaba fugazmente el rostro de los fumadores y ello estimulaba en nosotros el deseo de hablar.

—Una vez, yo...

Y seguían las confidencias. Así supimos por qué Adolfo se enfureció tanto cuando supo que las mujeres recluidas en el penal estaban bajo la custodia de hombres. La suya, Lucía, se hallaba presa en el de Alcalá de Henares. El matrimonio vivía en las últimas casas del barrio de las Ventas y una mañana, en los comienzos de la guerra civil, su mujer acudió, atraída por los gritos y los aspavientos de un grupo de vecinas, a un solar cercano en el que se habían descubierto los cadáveres de tres hombres muertos a tiros aquella misma madrugada.

—Lucía se quedó, al pronto, sin habla. Yo andaba entonces en la sierra luchando contra los de Mola y ella, según me dijo más tarde, al ver aquellos hombres boca abajo, con las ropas revueltas y manchadas de sangre, se acordó de mí y me vio muerto también de la misma manera. Así que, mientras las demás discutían sobre quiénes pudieran ser los asesinados y qué debería hacerse para

que viniera alguien a recogerlos y llevarlos al depósito del cementerio, Lucía fue a casa, cogió un cubo de agua y una toalla y volvió al solar, en el que seguía el corro de mujeres sin tomar ninguna determinación. No es que mi parienta sea valiente, pero con la ayuda de las vecinas logró dar la vuelta a los cadáveres, lavarles las caras, sucias de sangre y tierra, arreglarles un poco el cabello y abrochar sus ropas. Alguien protestó diciendo que eran fachas y que no se merecían tantos cuidados, pero mi mujer les tapó la boca con estas palabras: *No son fachas ni de ningún partido, sino muertos*. Y les dijo también que la obligación de las mujeres era tener compasión por todos, porque los hombres habían perdido la cabeza y creían que con matar se arreglaba todo. ¡Menuda es Lucia! La mañana en que le dije que me iba a pegar tiros; no creáis que lloró ni nada de eso, ca. Me hizo saber que yo hiciera lo que creyese que debía hacer, que no quería meterse en cosas de hombres, que su obligación era cuidar de los chavales y de esperarme. Eso sí, me recomendó que no hiciera el tonto, que me acordara de que tenía mujer e hijos, *porque tú, en cuanto se te calientan los cascos, pierdes el tino y no sabes lo que haces*. —Marcó una pausa, nos miró a todos, uno a uno, y siguió diciendo—: Pues bien, cuando se acabó la guerra la acusaron de haber insultado a aquellos tres cadáveres, y bailado, después, a su alrededor junto con otras mujeres. Alguna hija de puta de las que andaban por allí, no sabemos cual, aunque sospechamos que fue la tendera, una tía mala, la denunció. Todavía no ha pasado por consejo de guerra, pero... Es un desastre. Ella, en el saco, y los chicos, con una hermana de mi señora, y yo, ya veis... Daría mi vida porque la soltaran, pero esta gente no suelta ni a Dios. Y menos mal si escapa con una pena de años... Fijaros si tienen mala

leche algunas personas, la tendera o quien haya sido, que me acusaron a mí de haber tomado parte en la muerte de aquellos tres fachas. Por suerte, pude probar que me encontraba desde varios días antes con Mangada por uno mismo de los que interrogaban a vergajazo limpio, que también había pertenecido a su columna y me conocía por eso. Si no, a estas horas estaría criando malvas, como nos dijo el cura. Con todo y con eso, el fiscal pidió la Pepa para mí.

Pablo no tenía madre. Su padre y su hermano mayor vivían en Santander. Aquel tenía negocios con los ingleses y viajaba con cierta frecuencia a Londres, y éste era aparejador de obras y se dedicaba a la construcción. Él estudiaba Medicina en Madrid y pasaba todo el curso en casa de su única tía, hermana de su madre, casada con un empleado en la Hacienda Pública. Aquel año, el 36, después de aprobar el quinto curso de su carrera, cuando se preparaba para ir a pasar el verano a Santander, estalló la guerra y ya no pudo efectuar el viaje. Se quedó, pues, en Madrid y se alistó en unas milicias republicanas, en las que alcanzó el grado de teniente de Sanidad. Su comportamiento antifascista sirvió para cubrir a su tío, quien, aunque no militaba en ningún partido reaccionario, se había manifestado en diversas y críticas situaciones ante sus compañeros de oficina como hombre de ideas derechistas. El padre de Pablo, republicano antes de proclamarse la República en España, fue fusilado por los nacionales a los pocos días de tomar Santander. Su hermano pudo escapar a Francia y reincorporarse al ejército popular, y murió al frente de su batallón en el Ebro.

—Nos han quitado todas las fincas que poseíamos en Santander y menos mal que mi tío ha conservado su empleo

después de ser depurado y ha podido salvar lo que era de su mujer...

Rodrigo se hallaba cumpliendo el servicio militar en Carabanchel, pero el estallido de la guerra le sorprendió en Segovia disfrutando el permiso de verano. Allí apenas hubo lucha, porque el gobernador se avino desde el primer momento a las exigencias de los militares, que se adueñaron de la capital y de la provincia en pocas horas. A él le obligaron a incorporarse inmediatamente a un regimiento, pero en cuanto llegó al frente aprovechó la primera oportunidad para pasarse a las filas republicanas.

—En aquellos primeros días era muy fácil pasarse de un campo a otro y el que no lo hizo fue porque no quiso. Naturalmente, tan pronto terminó la guerra, alguien, para hacer méritos, me denunció. Pero aunque me pegaron todo lo que quisieron, yo me mantuve firme en negar que había desertado, porque sabía muy bien que para el desertor no hay más que cuatro tiros, y en sostener que había sido hecho prisionero por los rojos. Como ni el denunciante ni los que me interrogaban sabían otras cosas de mí y yo, aparentemente, no era más que un soldado raso, el asunto quedó sin aclarar y salvé el pellejo, aunque, eso sí, me costó que me reventasen los oídos y estar meando sangre durante varios días.

Joaquín era el más viejo de los diez. Fue soldado en la última fase de la guerra de Marruecos y, cuando terminó su servicio militar, ingresó en el cuerpo de bomberos de Madrid, en el que permaneció ininterrumpidamente, incluido el período de la guerra civil, hasta que las tropas de Franco ocuparon la capital de la nación. Entonces, tres de sus compañeros, que se revelaron

inesperadamente como entusiastas franquistas, se erigieron en tribunal depurador del resto de sus compañeros. Apresaron a Joaquín, junto con otros, y, después de someterlos, por espacio de una semana, a toda clase de vejámenes y malos tratos, los entregaron a un centro de investigación.

—A mí me buscaban las vueltas porque, cuando empezó la guerra, los compañeros me eligieron para el comité del grupo. Alguien tenía que serlo y a mí me tocó la china. Nosotros nos limitamos a expulsar del cuerpo a todos los que se habían significado como enemigos de la República, pero sin tocarles el pelo de la ropa siquiera. Allá ellos. Había uno que siempre se había declarado monárquico, ya veis, monárquico, y que no lo negó cuando le comunicamos nuestra decisión. Bien, pues resulta que más tarde, quizás algún vecino suyo o vaya usted a saber quién, le denunció como fascista, y fascista no era, porque ni sabía lo que eso significaba, y un día apareció muerto en la Casa de Campo. De esto último nos enteramos en el interrogatorio, mientras nos sobaban la badana a vergajazos. Claro, la familia nos echaba la culpa a los del comité, porque alguien tenía que pagar la muerte de aquel hombre y no sabía quién o quiénes le mataron. En resumen, que querían cargarnos el muerto. Nosotros, que no; y los del vergajo, que sí. Total, que, cuando ya estábamos hechos unos zorros, a mí me quebraron un brazo y a otro compañero le ataron los testículos con una cuerda a la pata de una mesa y tuvo que aguantar así que lo deslomaran a estacazos, ya sin conocimiento de lo que hacíamos, nos hicieron firmar un papel escrito a máquina que ni nos leyeron ni pudimos leer nosotros.

El fiscal pidió para ellos la pena de muerte, y, sin saber tampoco ni cómo ni por qué, un día les comunicaron la

conmutación de la última pena por la de treinta años de cárcel. Joaquín nos relató todas estas peripecias como quien repite una aburrida historia ajena. Él era uno de tantos entre miles y miles, y lo único que le preocupaba era no poder realizar los ejercicios físicos necesarios para estar a punto en su profesión.

—A la edad que ya tengo, como haya de estar muchos meses sin hacer gimnasia, cuando vuelva al servicio no seré más que un inválido y me darán una escoba para que barra el cuartelillo —se lamentaba, profundamente desolado.

Robleda, que tenía un puesto de carne en el mercado de San Miguel, ya estaba afiliado al Partido Socialista antes de que se proclamara la República.

—Me acusan de haber tomado parte en el asalto al cuartel de la Montaña y de haber denunciado como fascista a un colega del mercado que había hecho propaganda a favor de las derechas en las últimas elecciones. Ni una cosa ni otra son ciertas. No estuve en el cuartel de la Montaña porque a mí me mandaron desde la Casa del Pueblo a Campamento de Carabanchel para aplastar la rebelión del cuartel de zapadores, y no denuncié a ese fulano porque, aunque pertenecía al partido de Gil Robles, no era más que un bocazas y un gilipollas. ¿Cómo podía yo denunciarlo si, además, cuando volví a verle ya tenía carné del partido comunista y era de los que más se jactaban de antifascistas en el barrio? Pero, coño, al acabarse la guerra, el tiparrajo me denunció para quedarse con mi tienda, igual que hicieron otros, que se convirtieron en chivatos de lo que era y no era verdad con el fin de apoderarse de lo ajeno. Pero a él le salió el tiro por la culata, porque alguien se chivó de él y ahora se encuentra enchiquerado en la prisión de Santa Rita, según me dijo hace poco la parienta.

Higinio llevaba muchos años de militante en el sindicato de la construcción de la CNT, en Madrid. Había tomado parte activa en la última huelga del ramo, que precedió a la sublevación de los militares, por lo que se encontraba en la cárcel Modelo cuando aquélla se produjo. Fue liberado inmediatamente y concentró toda su actividad en la organización de las milicias confederales. Actuó en varios frentes como jefe de centuria, pero, al ser integradas todas las milicias independientes en el Ejército Popular, se negó a vestir el uniforme y a lucir las nuevas insignias impuestas por el partido comunista. Entonces, la organización sindical lo destinó a los servicios de abastecimientos de guerra y ocupó un puesto directivo en una improvisada fábrica de municiones, donde hubo que lamentar algunos sabotajes que fue preciso reprimir sin contemplaciones.

—Montamos un servicio de vigilancia dentro de la fábrica y logramos desenmascarar a varios miembros de la «quinta columna», cuya misión consistía en averiar las máquinas más importantes. Los detuvimos y los entregamos al SIM. ¿Qué otra cosa podíamos hacer con ellos? No era de nuestra incumbencia juzgarlos. Tampoco podíamos permitir que siguieran haciendo de las suyas, ¿no? En cuanto al SIM, ya sabéis cómo las gastaba... Uno de los saboteadores desapareció y los demás, después de pasarlas canutas en los calabozos del Ministerio de Marina, fueron juzgados y condenados a varios años de prisión. Claro, al recobrar la libertad debido al triunfo de los suyos, lo primero que hicieron fue denunciar al comité de la fábrica, bueno, a los que quedamos de aquel comité, entre los que me encontraba yo. Y ellos mismos se convirtieron en interrogadores y manejaron los vergajos. Nos dieron varias sesiones... Para qué contaros... Nos decían: *Que no se*

os olvide, cabrones, ahora estáis en la España de Dios. Uno de ellos quería hacerse pasar por compasivo. Era el que cuando a mí ya no me quedaban fuerzas para levantarme del suelo, molido a patadas, daba la orden de que me dejaran en paz. (*¡Ya está bien, ya está bien!*). Cesaban de pegarme y entonces él me ayudaba a ponerme en pie y me permitía beber del botijo que tenían allí, pero después me aconsejaba que firmase. (*No seas tonto, hombre, porque más pronto o más tarde tendrás que firmar. Si lo haces ahora, ya nadie volverá a molestarte*). Y yo le contestaba que bien, que yo firmaría la verdad, que los habíamos entregado al SIM y que, después, ya no habíamos vuelto a saber de ellos. En vista de lo cual, el compasivo se encogía de hombros y salía de la habitación. Y empezaba de nuevo el baile... A la siguiente sesión volvía a aparecer, dándoselas siempre de hombre bueno, para proponerme lo mismo, que firmase, hasta que se convenció de que estaba perdiendo el tiempo, y me arreó un puñetazo en la boca del estómago que me tiró al suelo sin sentido. Yo he vomitado y orinado sangre, y a otro compañero le estuvieron dando varetazos en la entrepierna con una regla metálica hasta que se desmayó. Cuando volvió en sí, tenía los testículos del tamaño de un melón pequeño y tuvo que desabrocharse los pantalones para echárselos fuera, porque no le cabían dentro. Y hubo otro que, desesperado, no pudiendo ya aguantar más, se ahorcó con la cadena del váter, colgándose de la cisterna. Lo que tendría que bregar el pobre para que el vigilante, que estaba al otro lado de la puerta, no se percatara de lo que estaba sucediendo en el retrete. Cuando, al fin, se dio cuenta de que pasaba ya demasiado tiempo, abrió la puerta de una patada. Pero ya era tarde. El hombre estaba muerto.

Cada uno de estos relatos nos indignaba y después de desahogarnos de palabra contra nuestros opresores utilizando hasta la saciedad el rico repertorio de vocablos infamantes que nos ofrece nuestro idioma, nos movían a reflexionar sobre la causa última de tantos horrores y atrocidades: la maldita guerra.

Pero la guerra, con haber sido tan despiadada, no difería sustancialmente de los numerosos ejemplos de la misma índole que la Historia nos recuerda, porque cualquier guerra civil, en todo tiempo y lugar, ha consumado siempre el más completo haz de crímenes que el hombre es capaz de concebir y cometer. Y la nuestra fue, desgraciadamente, una guerra civil o, lo que es lo mismo, en cada familia, en cada casa, en cada calle, en cada barrio, en cada ciudad, en el campo, en el templo, en la escuela, en la tertulia de café, entre compañeros, entre amigos, entre hermanos, entre padres e hijos, entre amantes, entre los sentimientos más sublimes, entre las pasiones más innobles, en la que los beligerantes son, a la vez, víctimas y verdugos, y beligerantes son todos, hasta los niños de pecho, los ancianos y los moribundos, y la única razón es el odio ciego, irracional, larvado, yacente en los inferiores sustratos zoológicos de la especie humana. La guerra civil es, pues, sinónimo de iniquidad y de infamia en grado superlativo. Así se entiende y así se admite. Sin embargo, existe algo peor y absolutamente inexplicable, y es la venganza después de la victoria, cuando el adversario ha hincado la rodilla y se entrega al arbitrio del vencedor. La venganza es aún más irracional que la guerra, porque se ha demostrado históricamente su inutilidad para el logro de los fines humanos. En vez de extirpar las raíces de la discordia, las abona, las estimula, las cultiva, de manera que cada venganza promueve la gestación

de la réplica, del desquite, es decir, el rebrote de nuevas violencias. (*Tú me humillas, me torturas y me encarcelas hoy, pero como algún día pueda yo poner mi pie sobre tu cuello... No tendré piedad de ti. Te devolveré tus golpes, uno por uno, pero con más fuerza, para que nunca jamás puedas rebelarte y ser un peligro para mí... Esta victoria mía durará hasta el fin de los siglos...*) Siempre las mismas palabras alternativamente en labios de unos y otros. Y el hombre no escarmienta. Por eso, de aquí a mil años, innumerables hombres de todas las razas y culturas habrán pasado por la misma prueba que ahora sufrimos nosotros.

En un momento en que la réplica verbal a nuestros opresores alcanzaba su tono más agresivo y rabioso, se me ocurrió, como quien arroja agua sobre brasas, soltar esta pregunta:

—¿Y qué habiéramos hecho nosotros en su lugar? Primero, exclamaciones e interjecciones y, después, respuestas incompletas y contradictorias, hasta que Agustín me replicó:

—Hombre, Federico, ésa es una pregunta capciosa. No se puede opinar aquí, en las condiciones en que nos encontramos, sobre un supuesto como el que tú propones.

Mi amigo tenía razón. Yo comprendía que un hombre acorralado y sometido a tan alta presión física y espiritual, no puede razonar objetivamente. Sin embargo, insistí:

—Ya lo sé, Agustín, pero imagínate por un momento que nuestras tropas hubiesen entrado en Coruña, Pamplona, Burgos, Valladolid, Sevilla, Badajoz y Salamanca, donde los fachas dominaron desde el primer momento y fueron tan implacables hasta con los más tibios partidarios de la República, y dime cuál crees tú que hubiera sido la reacción de los nuestros ante la demanda vengadora de los familiares de las víctimas del terror

fascista.

—¡Alto ahí! —me interrumpió acaloradamente Higinio—. No se pueden establecer comparaciones entre una situación imaginaria y la que realmente se ha dado aquí. Molina fue más explícito:

—Yo creo que les hubiésemos ajustado también las cuentas, pero, desde luego, no en la forma de «*todo el mundo a la cárcel*» que están empleando con nosotros, porque es una barbaridad inútil empapelar y encarcelar a tantos miles de españoles. También creo que hubiéramos tenido una manga más ancha. Y otra cosa, nosotros nos hubiéramos cansado antes que ellos. Mucho furor al principio, a tontas y a locas, eso sí, pero, pasado el primer chaparrón, nada.

—Sin embargo —dije yo, cerrando el debate—, pienso que, desgraciadamente, la inclinación a la venganza, llamada *el placer de los dioses*, es congénita en el hombre, y que todos somos vengativos en mayor o menor grado y de una u otra manera. Siempre que ha habido vencedores y vencidos en una lucha a muerte, el deseo de venganza se ha impuesto en aquéllos a la razón. Siempre, en cualquier época y lugar. No seamos hipócritas. Yo creo que es producto del miedo y una constante de la condición humana. Algo sucio y horrible, pero inevitable.

El repertorio de los casos particulares quedó agotado en un par de días y para salvar uno de esos deprimentes silencios en que caíamos cuando nos faltaba un tema que nos incitara a discutir, yo me lancé a contar a mis compañeros la vida de Napoleón y obtuve un éxito inesperado. Desde entonces, al llegar la oscuridad, cualesquiera de mis compañeros me pedía:

—Anda, Olivares, cuéntanos algo.

Novelas, biografías... Tras concentrarme para ordenar mis recuerdos, empezaba el relato. Así desfilaron por la imaginación de mis oyentes los personajes de Dumas, Dostoyewski, Balzac, Wenceslao Fernández-Flórez, Valle Inclán, Somerset Maugham, Tolstoi, Blasco Ibáñez, Galdós, Dickens, Baroja, Merejewski, Mata, Zamacois, Valera... A veces, inventaba yo mismo, a veces también, enmendaba a los autores añadiendo episodios a sus obras, cambiando el final o mezclando capítulos de unos y otros. Cuando me cansaba de hablar o no me encontraba en forma, recurriamos a los versos. Molina nos recitaba a Rubén Darío; Pablo, a Bécquer; Agustín, a García Lorca; yo, a Antonio Machado.

Un día, alguien propuso que cada uno de nosotros confesase qué le hubiera gustado ser en la vida. El primero en manifestarse fue Rodrigo:

—Yo, general.

—Pues yo —dijo Jesús—, portero del Hotel Palace. Antes de la guerra solía entretenerme alguna vez viendo lo que hacen, y no dan golpe. Visten como generales y les llueven las propinas. Claro que yo, con tanta cabeza y tan poco cuerpo, no podía ni pensar en un enchufe como ese. Pero me hubiera gustado ser, ya lo creo que sí, uno de aquellos tipos.

Para Molina, el cargo ideal era el de director de un orfelinato; para Agustín, el de ministro; Pablo hubiera querido ser un gran poeta. Higinio, arquitecto. Adolfo no estaba muy seguro.

—No tengo idea de nada —contestó humildemente—, pero creo que al frente de un bar lo hubiera hecho bastante bien.

Robleda prefería el destino de los sabios, de un Cajal, de un Pasteur, de un Marconi... Y Joaquín fue el único que se mostró satisfecho de lo que había logrado ser:

—Si me dieran a elegir, me quedaría de bombero.

—¿Y tú, Olivares?

Yo me sentía, en realidad, requerido por diversas vocaciones: profesor, abogado, dramaturgo, político. ¿Por cuál me decidiría? En cualquier caso, la elección me dejaría insatisfecho. Adherirme a una sola posibilidad entre tantas es como renunciar a todo por casi nada. Creía que el destino de un hombre no es uno, sino múltiple, y que todos llevamos dentro, a la vez, un albañil, un cocinero, un abogado, un capitán, un sabio, un navegante, un poeta, un ingeniero, un actor, un médico, un labrantín, un ladrón, un rey, un asceta, un místico, un dictador, un esclavo, un crapuloso, un mujeriego, un banquero, un comerciante, un estafador...

—Escritor —dije, porque, a mi juicio, es como ser todo a la vez y no ser nada en concreto.

Cuando nos apagaban la luz, después del toque de silencio, empezaba la larga noche. Seguían diez horas de tinieblas. Pese a la incomodidad de yacer físicamente incrustados los unos en los otros, la oscuridad me hacía libre e ingrátido. Precedía a mi sueño un prólogo, más o menos fantástico, pero siempre breve, en el que yo me lanzaba a una aventura absolutamente desligada de mi situación real. Me encontraba en la batalla de Waterloo, esperando a Grouchy, junto a Napoleón, o en Otumba, peleando al lado de Cortés, o en Peñíscola con el papa Luna, o paseando por el foro romano, o en la corte de Abderramán III, o visitando las tumbas de los faraones egipcios, o errando por un país desconocido, de sorpresa en sorpresa, a través de una maraña de misterios... Solían repetirse, pero siempre quedaban inacabados los episodios, porque el sueño me sorprendía antes de su final. Y

mi sueño no era una caída en el vacío, sino un rapto. Un aletazo de viento me transportaba por encima de un mar encrestado por grandes olas que se perseguían incansablemente. A la luz fulgurante y fugaz de algún relámpago podía vislumbrar la infinita y turbulenta negrura que me rodeaba. Y yo estaba solo y sin rumbo. Y tenía miedo. Y sentía angustia. Y me despertaba. Y entonces oía:

—¡Centinela, alerta!

—¡Alerta!

—¡Alerta!

—¡Alerta!

—¡Alerta está!

Algunos de mis compañeros roncaban; otros, resoplaban. Entonces recobraba la conciencia de mi estado. Pero el insomnio me dejaba pronto en paz y me dormía nuevamente. Y el sueño cambiaba. Negruras y turbulencias se convertían en claridad y placidez. Y ya no estaba solo. Había mujeres bañándose en un río, que me llamaban y me tendían sus brazos húmedos. Y yo corría hacia ellas y las mujeres me abrazaban y me envolvían, pero no lograba retener a ninguna, porque sus muslos y sus pechos se me escurrían entre las manos y mis labios apenas lograban rozar los suyos. O alguna de ellas se me aparecía de espaldas, completamente desnuda y, cuando corría a abrazarla, me daba de bruces contra un espejo. Y esas mujeres eran Aurora, Matilde, Marilú, o algunas otras sin nombre, vistas alguna vez o no vistas jamás, mujeres desconocidas, pero mujeres, mujeres, mujeres. Y hubo ocasiones en que abracé y besé a alguna de ellas y en que estuve a punto de conseguirla, pero en ese decisivo instante se rompía el sueño y me despertaba bruscamente, húmedo y

jadeante. Y otra vez, pasado el sofoco y en calma ya sangre y nervios, tomaba el tren del sueño para un viaje tranquilo y sin memoria. Eran tan frecuentes entre nosotros las poluciones nocturnas que acordamos dormir con la toalla enrollada a la cintura para evitar discusiones al despertar. Nos sentíamos avergonzados, pero esos percances no dependían de nuestro albedrío y los aceptábamos como una de las servidumbres que nos imponía la promiscuidad.

A mí me despertaba definitivamente el sobresalto que siempre me provocaba el toque de diana, y unas veces retenía algún retazo de lo vivido en sueños y, otras, mi memoria era una página en blanco, como si hubiera estado muerto toda la noche. A mis compañeros les sucedía, poco más o menos, lo mismo. Al pronto, nos mirábamos como extraños, ennubarrada la mente y atrofiados los sentidos, sin conciencia clara de si lo que veíamos era pura ensoñación o impura realidad. ¿Vivíamos? ¿Soñábamos? ¿Nos encontrábamos en la cárcel? ¿Y quién era yo y quiénes eran aquellos nueve hombres que me miraban a mí con el mismo estupor con que seguramente les contemplaba yo? ¿Y mi escuela, mi madre, Alfonsina, Aurora, Matilde, Marilú, la guerra, el fusilamiento de José Manuel y mi indulto eran también simples juegos de mi imaginación?

Aquella mañana abrí los ojos con el eco de unos lejanos disparos todavía en los oídos. Me quedé inmóvil, pero interiormente tenso, con toda mi atención concentrada en los ruidos del exterior. Pero un silencio vaporoso penetraba por el tragaluz y anegaba la celda y sólo oía las respiraciones acompasadas y los leves ronquidos de mis compañeros. Aquel rápido y breve tiroteo, ¿era el final de alguna pesadilla onírica o la

descarga de un pelotón de fusilamiento? Yo no había soñado nada que tuviese relación con ello. Por otra parte, el penal permanecía callado y enmudecida la nueva mañana, tanto dentro como fuera de sus muros. Tan sólo algunos débiles ladridos de perros, perros de pastor o de corral, anunciaban en la lejanía el comienzo de la nueva jornada. Ningún síntoma extraño, pues, distinguía aquella mañana de otra cualquiera. Sin embargo, presentía que algo terrible acababa de ocurrir, como la ejecución de unos hombres, de unos compañeros desconocidos. ¿Jóvenes? ¿Viejos? Seguramente, campesinos, hombres de pana. Y me acordé de mi amigo José Manuel, poeta, inocente, piadoso, fusilado en Madrid al amanecer de un 13 de julio, junto con quién sabe cuántos. Y vi las mujeres enlutadas lavando en silencio los rostros manchados de sangre y tierra del esposo, del padre, del hijo, del hermano, del amante... Y, tras ello y sobre ello, el desamparo, la impotencia, el asombro. Y el no poder gritar ni maldecir. El sorberse las lágrimas. El bajar la cabeza y cargar con la inmensa pesadumbre de todo lo perdido. Sin consuelo. Sin esperanza. Cuando, después, sonó el toque de diana y se evaporó la horrenda pesadilla que había evocado con los ojos abiertos y la sensibilidad vigilante, no quise comunicar mis presentimientos a mis amigos para no amargarles desde el primer momento el nuevo día.

En la hora del recreo de las mujeres entró por el tragaluz una piedrecita envuelta en un recorte de periódico. Jesús, que lo recogió, hizo entrega de él a Molina, e Higinio fue inmediatamente a recostarse contra la puerta para tapar el chivato, y mientras Molina desenrollaba el papel y lo extendía cuidadosamente, los demás permanecimos mudos e inmóviles a pesar de la impaciencia que nos consumía por conocer el contenido del

mensaje. Cuando lo hubo desdoblado y alisado, Molina dijo:

—Es un decreto de Franco —y leyó—: «Constando oficialmente el estado de guerra que, por desgracia, existe entre Inglaterra, Francia y Polonia, de un lado, y Alemania, de otro, ordeno por el presente decreto la más estricta neutralidad a los súbditos españoles, con arreglo a las leyes y a los principios del Derecho Público Internacional». Y lo firma en Burgos a 4 de septiembre de 1939, Año de la Victoria, junto con el coronel Beigbeder.

—Vaya —exclamó Agustín, sin poder contener su lengua por más tiempo—, España se declara neutral, es decir, ni fu ni fa —y en el tono de sus palabras se percibía claramente su decepción.

—El país no está en condiciones de lanzarse a nuevas aventuras. Hay que reconocerlo así —comentó Molina.

—Eso quiere decir que veremos los toros desde la barrera —dijo Pablo.

—Por ahora... Al final, ya veremos —opinó Rodrigo—. La URSS no va a estarse quieta todo el tiempo y, cuando llegue su turno, no creo que vaya a dejar a Franco en paz. Vamos, me parece a mí.

El decreto no podía estar redactado en forma más seca ni tampoco menos aparatosa y explicativa. No obstante, su significado entrañaba una noticia tan interesante como que España quedaba al margen del conflicto, y ello quería decir, a su vez, que nosotros seguiríamos en la cárcel más solos y abandonados que nunca, puesto que las naciones, de las que, pese a todas sus traiciones a nuestra causa, siempre esperábamos alguna reacción favorable, tendrían en lo sucesivo, hasta que derrotasen a Hitler, demasiadas preocupaciones para acordarse de los desgraciados antifascistas españoles. Ahora bien, ¿se

mantendría neutral España hasta el final de la guerra? Habíamos leído en el diario «Arriba», órgano de la Falange, la despedida a la legión «Cóndor», con tan hiperbólicas alabanzas a los aviadores alemanes, incendiarios y devastadores de Guernica y de otras muchas ciudades españolas, y tan eróticas y delirantes expresiones de admiración por la Alemania nazi, que me parecía inimaginable que una amante así seducida y en tal grado apasionada pudiera desentenderse de su seductor cuando éste la requiriese. Ciertamente que España vivía uno de los trances más difíciles de su Historia, al borde mismo de la desintegración, pero la neutralidad podría ser una añagaza para ganar tiempo y estar a punto cuando el director de la gran matanza la llamase a escena. Porque, aún en el supuesto de que la neutralidad fuese la decidida y firme postura de Franco, ¿permitiría Hitler, conculcador habitual de pactos, compromisos y juramentos, la desertión de su débil aliado y amigo?

Mis dudas y sugerencias provocaron una viva discusión entre mis compañeros, hasta que puso fin a ella Agustín sugiriendo que, en vez de tanto discutir por discutir, preguntásemos a Pasionaria más cosas sobre la marcha de la guerra en Polonia.

—Según los partes de guerra alemanes —nos dijo—, están ya en las afueras de Varsovia.

—¿Y qué hacen, entre tanto, Francia e Inglaterra?

—Nada, y se rumorea que si Hitler acaba pronto con Polonia es muy posible que se quede ahí la cosa.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! —protestó Pablo—. Me apostaría a que esos rumores son infundios de la prensa fascista de aquí.

—Pues no sería más que una repetición de lo de

Checoslovaquia... murmuró Molina.

—¡No puede ser! —repitió Pablo.

—Inglaterra es una puta —afirmó rabiosamente Rodrigo. Luego, el cansancio y la desilusión nos aplastaron y la celda quedó en silencio. Fuera, las mujeres reían, parloteaban... Mujeres bañándose en el río... Mujeres en el baile de la plaza... Mujeres en el patio del penal... Mujeres, mujeres, mujeres...

—Compañeros —volvió la voz de Pasionaria—: mañana, después de misa, saldréis al patio general, pero antes oiremos la misa juntos. Para que me conozcáis llevaré un pañuelo blanco sobre la cabeza. Las chicas que veáis a mi lado son las que han atendido a vuestros camaradas que ocupan las demás celdas. También veréis a los condenados a muerte. Esta mañana han fusilado a ocho camaradas.

El mismo patio cuadrangular, dividido en dos zonas enfrentadas. En una de ellas, unos trescientos hombres pálidos, con barba de varios días, deslumbrados por el sol, formados en prietas filas. En la contraria, más en sombra, un numeroso conjunto de mujeres de aspecto campesino, en el que sobresalen las muchachas, como clavellinas en un espartal, por su inquieto cabeceo y los vistosos colores de sus vestidos. En medio de la franja libre, el altar, y, en uno de los laterales, un nutrido pelotón formado por hombres de todas las edades, de talante rural, sombríos y orgullosos, los condenados a muerte, rodeados y aislados completamente por varios guardianes.

Al frente de las filas de mujeres aparece Pasionaria con un pañuelo blanco sobre la cabeza y anudado a la barbilla. A su

derecha y a su izquierda se alinean otras jóvenes. Pasionaria tiene deformada la nariz y sus ojos son negros, grandes, luminosos, y el blancor de sus dientes resalta entre sus labios oscuros. Es morena, tostada por el sol, esbelta, delgada, grácil; toda ella, fibra, nervio. Una joven flameante, apasionada. Una muchacha que tal vez nunca fue hermosa, aunque sí bien conformada, de busto y contorno muy sobrios. Femenina, pero no sensual. Y atrayente por la hondura de su misterio y la irradiante fuerza de su espíritu.

La atmósfera es densa, gelatinosa, pero diáfana, y los ojos la traspasan con flechas que hienden el aire. Mientras el cura runrunea sus latines que Pedro, el chivato, contesta torpemente, las miradas se cruzan, chocan y se comunican por encima del altar y de los guardianes, taladrando el espeso silencio. La vida afluye tumultuosamente a los ojos de los prisioneros y desde allí dispara sus preguntas y recoge las respuestas, grita sus temores y sus esperanzas y escucha el clamor de los sentimientos que agitan a los demás. Son todos aquellos seres vasos comunicantes por los que discurre, en circuito cerrado, la misma corriente emocional. Todos esperan lo mismo. Todos piensan unánimemente. Todos sufren idéntica ansiedad. La única diferencia consiste en que la mirada de los condenados a muerte es más apremiante y angustiosa, en unos, y más indiferente o altiva, en otros. Sin embargo, se establece entre todos los reclusos, hombres y mujeres, una perfecta comunión y un recíproco conocimiento que ningún lenguaje sería capaz de expresar. Por supuesto, la ceremonia religiosa que oficia el sebáceo don Germán no atrae en ningún momento su atención. Si no fuese porque la corneta estride de cuando en cuando para ordenar los movimientos de los asistentes, la misa pasaría absolutamente inadvertida para ellos,

hasta que el sacerdote interrumpe su bisbiseo, su abrir y cerrar los brazos, su ir y venir de un extremo al otro del altar, para dirigirles la acostumbrada plática dominical, no con palabras del Evangelio, sino en el lenguaje vindicativo del odio.

Don Germán, tras el hipócrita saludo de *queridos hermanos*, glosa la carta congratulatoria del cardenal Gomá al Generalísimo Franco a raíz de su triunfo militar, en la que el primado de la Iglesia española se echa a los pies del general victorioso, llamándole instrumento de la divina providencia, proclamando su adhesión incondicional y la de sus sacerdotes a la causa representada por su espada y su derecho, por lo tanto, *a participar de su gracia en estos momentos de triunfo definitivo* sobre la otra media España. El cardenal Gomá bendice a Franco y a los suyos y hace votos porque *el buen Dios que tan visiblemente lo ha conducido desde el comienzo de la guerra le guíe para levantar en los días de la paz la obra de la España cristiana, próspera y gloriosa que todos anhelamos*.

—¿Qué podría añadir yo, pobre de mí —sigue diciendo don Germán—, después de las luminosas palabras del gran cardenal de España, inspiradas por Dios? —Hace una pausa y prosigue—: Así, pues, el aire que respiráis, la luz que os ilumina, el cielo que os cubre, la tierra donde posáis vuestros pies, la ropa que cubre vuestras carnes, la comida que alimenta vuestro cuerpo, el agua que calma vuestra sed, y todo lo demás: campos, montes, ríos, ciudades y pueblos de esta sagrada tierra española, son de Franco, dones que Dios ha concedido a Franco y que todos, nosotros y vosotros, vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos y todas las generaciones que nos sucedan, deberemos agradecer al gran hombre elegido por Dios para salvar a nuestra patria de los

criminales masones y marxistas vendidos al extranjero, enemigos de Dios y secuaces del Anticristo.

II

—Este sí que es un mar proceloso, rumoroso y peligroso —dice Agustín al contemplar el gran patio cuadrado, en el que apenas puede moverse una masa palpitante formada por miles de hombres.

Es como el remedo de una plaza mayor pueblerina. La forman cuatro altos muros con cuatro órdenes de ventanas enrejadas y un porche o marquesina, con techo de cinc sobre columnas de hierro, a todo lo largo de su perímetro. En medio de uno de esos lados se alza una torreta como único detalle arquitectónico, impar, en la que asoma el gran ojo redondo de un reloj fatídico cuyas agujas cuentan el tiempo sin tiempo de los reclusos; ojo acusatorio e implacable como el que perseguía a Caín.

Olivares y sus compañeros marchan en vanguardia de la formación, con toda su impedimenta a hombros. Los guardianes les abren paso, con sus gritos y órdenes, a través de una compacta y remisa muchedumbre que ha de comprimirse para dejar un estrecho pasillo, ya que no queda ningún espacio libre hacia donde desplazarse. Tropiezan unos con otros y, a veces, los guardianes les empujan bruscamente. La gran mayoría, casi la totalidad, de la población reclusa que ocupa el patio está compuesta por campesinos, por hombres de aspecto rústico,

vestidos de pana, pelados a rape, de barba oscura y prieta, achaparrados; de mirar curioso y desconfiado. Las excepciones visten sucias prendas militares y parecen más flacos, más tristes y desvalidos. Sobre las cabezas gravita una atmósfera ardiente y un espeso rumor estático, y les rodea y envuelve una densa vaharada de olores a humanidad sucia y traspirante.

—Son de Madrid —se oye decir a su paso, en un tono a la vez admirativo y burlón.

Los que llegan de Madrid parecen, en medio de la gran multitud rural, señoritos de segunda clase. Para los rústicos son los listillos, los tipos que saben hablar y se las dan de enterados, pero completamente ignorantes en lo que respecta al trabajo que tunde los riñones, a la vida auténtica, a la sombra del sufrimiento siempre junto al cuerpo, al sudor en la frente y a la escarcha en los huesos... En el campo, los alimentos son naturales, verdaderos el amor y el odio, enterizos los hombres, como los árboles y las piedras, y sufridas las mujeres, sin remilgos ni blanduras, como tiene que ser. En cambio, en la ciudad todo es mentira, fraude y fingimiento. Allí los hombres son parlanchines, infatuados y viven a costa de la sangre y del sudor ajenos, como los parásitos; y las mujeres entran y salen, se rizan el pelo, se pintan los labios y se entremeten en los asuntos de la exclusiva competencia varonil. En la ciudad, los hombres son medio mujeres; y las mujeres, medio hombres. Pero las gentes de la ciudad desprecian a las gentes de los pueblos, y, sin embargo, ¿qué sería de la ciudad sin los pueblos? ¿Quién siembra el trigo, y las patatas, y el aceite, y el vino, y la fruta, y la verdura, y cuida de los animales que dan carne y leche? Bien que recorrían los pueblos en busca de comida durante la guerra. ¿Y ahora? Pues lo mismo. Mucho pico, mucha

verborrea, mucha fantasía, mucho presumir, pero, a la hora de la verdad, ¿qué? Los pillos se olieron la chamusquina y se fueron de España, pero los más se confiaron y cayeron en la trampa, como pardillos de aldea. (*¿Por qué no os habéis quedado allá, tanto como se os llena la boca al hablar de Madrid y os burláis de nosotros, los palurdos?*)

Una rivalidad muda e invisible, como una muralla de cristal, se interpone entre unos y otros, vieja rivalidad que en unos se manifiesta por su actitud desconfiada y recelosa y, en los otros, por su talante de superioridad.

—¡Cuánta leña! —se oye exclamar entre los recién llegados.

—No veo más que paletos. ¡Estamos listos!

Agustín increpa a los maldicientes:

—Menos cachondeo, coño. Son compañeros.

No sólo los intelectuales, los burócratas o los empleados, sino hasta los mismos obreros madrileños en general desprecian a los campesinos, aparentemente opacos e impermeables.

—Y somos las dos caras del mismo país y, en este caso, de la misma derrota, ¿no te parece? —pregunta Olivares a Molina, y añade—: Y también las dos caras de una misma moneda indivisible.

—Así es —responde Molina—, y pienso que debemos hacer todo lo posible para llegar a la mayor compenetración entre ellos y nosotros.

Trescientos cincuenta, medio batallón, son destinados a la misma sala, en el piso bajo. Olivares y sus amigos tienen la suerte de que les hacen virar a la izquierda y quedan de ese modo en el extremo opuesto al de las letrinas y el lavabo, tres exigüos compartimientos sin puertas y separados entre sí por un tabique

no más alto que un metro. La columna se fracciona, después, en varias filas dobles y paralelas hasta constituir un bloque de cinco hombres en fondo, en el centro mismo de la estancia. Dirigen la operación dos funcionarios bajo las órdenes de otro de más graduación, el del estómago hundido que les recibiera la noche de su llegada al penal.

—¡De frente!

Dan media vuelta y la formación queda de cara al funcionario que manda.

—Formarán así siempre, en filas de cinco en fondo —les advierte, añadiendo a continuación—: Si hay entre ustedes algún militar profesional, que salga de la formación.

Se miran unos a otros y, tras unos momentos de indecisión, se despega de las filas un hombrecillo que se cuadra ante el funcionario y le dice:

—Se presenta Rufino Cáceres Jiménez. ¡A sus órdenes!

El funcionario le mira de arriba abajo, mueve la cabeza, sonrío y, finalmente, le pregunta:

—¿Qué eras tú en el ejército antes del Glorioso Alzamiento Nacional?

—Sargento de zapadores.

—Hombre, entonces, durante la guerra habrás sido lo menos coronel en el ejército rojo, ¿no?

—No, señor. No llegué más que a capitán.

—Bien, bien, se ve que has crecido poco en todo —mira a sus dos colegas, que acogen con sonrisas su ocurrencia y, ya en tono grave y autoritario, dice al exsargento—: Quedas nombrado jefe de la sala, ¿entendido?

El pequeño hombre se yergue sobre las puntas de los pies y

hace un enérgico movimiento afirmativo con la cabeza. Luego, el funcionario se dirige a todos:

—Les cambiarán el dinero por vales del economato y podrá suscribirse el que quiera al semanario «Redención», lo que le dará derecho a una carta y a una comunicación extraordinarias al mes. Y ojo con formar comités y con hacer otras tonterías por el estilo, y, sobre todo, mucho cuidado con alborotarme a los otros presos que son gente del campo, tranquila y disciplinada —recorre la formación con la vista hasta detenerla en el jefe de sala recién nombrado, a quien dice—: Que rompan filas.

Entonces se encara Rufino a sus compañeros. Tiene los ojos saltones y en forma de acento circunflejo, y la nariz como el pico de un loro. Vuelve a enderezarse y grita, levantando el brazo derecho:

—¡Rompan filas!

—¡Fran-co! —responden los demás, alzando y abatiendo también el brazo.

Los funcionarios desaparecen rápidamente. El grupo de Olivares se apresura a ocupar uno de los ángulos y a situar sus petates junto a la pared. Los demás tratan de hacer lo mismo, pero no hay pared para todos y han de formarse dos filas de petates en el centro, realizándose alborotadamente todos esos trasiegos que promueven confusión y altercados.

—Yo he puesto mi petate aquí antes que tú.

—Vamos a dejarlo, ¿quieres?

—¡Jefe de sala!

—¡Quita de ahí!

—¡Que venga el jefe de sala!

Y el jefe de sala corre de un sitio a otro tratando de resolver

los conflictos, pero como nadie le hace caso, saca de su pequeño cuerpo un vozarrón que se oye en toda la sala:

—¡Silencio!

Y añade cuando se callan todos:

—Esto es una vergüenza, compañeros. Vamos, discutir y pelear ahora por un hueco junto a la pared... ¿Qué dirán de nosotros los funcionarios, si nos oyen, o los demás presos que están en el patio? Un poco más de tolerancia, amigos, un poco más de tolerancia. Yo mismo me voy a colocar en el centro.

Su actitud es convincente.

—Sí que es enérgico el pequeñajo este —dice Agustín.

Pero entonces alguien hace notar al jefe de sala que el suelo está embarrado y que es preciso fregarlo bien y secarlo con serrín si no se quiere que se empapen las colchonetas, y el exsargento sale disparado a comunicar la novedad al jefe de servicios.

Mientras, Agustín bromea diciendo que el jefe de sala, aunque es la contrafigura de Espartaco, parece un tío con toda la barba, y se acerca al grupo un tipo extraño, vestido de negro, con manchas y brillos de incuria y vejez por todo el traje. La chaqueta, como la de un espantapájaros, se le descuelga por todos los lados, y el pantalón, que se sujeta al vientre con una deshilachada corbata, se le abullona alrededor de la cintura. Tiene el pelo oscuro y aplastado; encorvada la nariz; negros y brillantes los ojos. En su boca sólo asoman los colmillos del lado izquierdo de la mandíbula. Pese a su aspecto desastrado, su figura conserva aún cierta prestancia y de su rostro se desprende un indefinible atractivo. No es, desde luego, un hombre vulgar.

Sin más preámbulos dice:

—Es una totovía. ¿No se han dado cuenta? Es una totovía.

—¿Quién? —pregunta Agustín, desconcertado.

—El jefe de sala, hombre. Cuando se estira y se engalla, con sus ojos oblicuos, de arriba abajo, y su nariz picuda, parece una totovía. Sabrán lo que es una totovía, ¿eh? —y, sin esperar respuesta, hace su presentación—: Bueno, señores yo soy Ernesto López Pérez, aunque me firmo Lopérez. Supongo que les sonará.

Ninguno se atreve a contestarle, pero como él les mira intensamente, se crea una situación incómoda que trata de salvar Federico preguntándole:

—Escritor, ¿verdad?

Lopérez sonríe, muy halagado.

—Sí, poeta, premio nacional de Literatura por mi libro «La imagen iluminada», que prologó Pedro Luis de Gálvez, mi maestro y amigo. Su compadre, Emilio Carrere, también era amigo mío, y digo era, porque, cuando mi mujer fue a pedirle un aval para mí, le contestó que no tenía el honor de conocerme. Lo mismo le contestó Wenceslao Fernández Flórez, y eso que fui yo quien le llevó a Talavera a dar una conferencia, porque yo soy de Talavera, ¿saben? —y, sin dejar intervenir a nadie, continúa—: Esto es el infierno de Dante, del que no saldrá con vida ninguno de nosotros. Es el fin. Por eso me he negado a comer el inmundo rancho que nos dan. No admito ser cerdo ni un solo minuto. Pueden matarme, pero esa es otra cosa. Matar es algo que es capaz de hacer cualquier bestia, ande a dos o a cuatro patas, y hasta un objeto o fuerza inanimados, como una roca, un huracán, un rayo... Pero dignidad no la tiene más que el hombre. Y en ese punto no cedo ni un quilate. Cuando en el interrogatorio me pegaban para que confesase no sé qué atroces majaderías, ni me acuerdo ya, yo recitaba versos míos, o de Rubén, o de fray Luis. Así, hasta perder

todos los dientes menos estos dos colmillos —y los muestra: dos grandes y amarillentos colmillos, curvos y afilados— y dejarme en paz por imposible. Y en el consejo de guerra tuve muy buen cuidado de no mirar a mis jueces ni una sola vez, porque para mí no existían.

Sus palabras, por falta de dientes, silban o explotan como globitos entre sus labios. Y no cesa de hablar. Y fascina a todos los que le oyen con su mirada de azor, y sólo es capaz de interrumpirle la voz del exsargento, ya de vuelta:

—¡Oído!

Subido en un montón de petates, el jefe de sala reclama la atención general:

—Ya está ahí. ¿No le ven? —dice Lopérez—. Es el totovía —y repite en voz alta—: ¡Totovía!

El Totovía dice:

—He hablado con el jefe de servicios y me ha dicho que esta sala sufrió los efectos de un bombardeo durante la guerra, que la han arreglado ahora, a toda prisa, para que la ocupemos nosotros, pero como, por el momento, no hay bayetas, ni escobas, ni serrín, y somos muchos, es cosa de que la sequemos con los riñones... —marca una pausa, que se llena de rumores y exclamaciones de descontento, y termina—: Y ahora, a colocar rápidamente los petates porque va a sonar el toque de rancho.

Y salta al suelo sin descomponer su figura de gallito peleón.

Y Lopérez torna a lo suyo, dirigiéndose a Olivares:

—¿No se lo dije? Una totovía, aunque él no lo sepa. ¿Cómo va a saberlo el pobrecillo, sargento de zapadores en miniatura, casi en embrión? —se encoge de hombros y se despide diciendo—: Voy a ver por dónde andan mis cosas... —y se va, murmurando—:

To-to-vía, to-to-vía, aconsonanta con alegría, manía mía, tía, María, alferecía...

—Está como una cabra —exclama Agustín.

Los trescientos cincuenta hombres de nuestra sala han ido después, poco a poco, intercambiándose los puestos para formar grandes grupos de afines ideológicamente. Así, quedamos divididos en dos fuertes minorías: la comunista y la no comunista, y una tercera, difusa y heterogénea, de antifascistas de todas las tendencias, no precisamente tibios, sino más bien independientes y también, quizá, más, egoístas. Se han constituido los comités correspondientes a las dos primeras y ambas han emprendido una vasta operación proselitista entre los que llamamos indígenas, es decir, entre los campesinos, primeros moradores del penal. Pero los indígenas se hallan, a su vez, agrupados por pueblos, en círculos cerrados que ofrecen, en principio, fuerte resistencia pasiva mediante el silencio, asombro fingido y preguntas en apariencia incongruentes, pero muy intencionadas en el fondo y, en algunos casos, capciosas.

—¿Y cómo es que os entregasteis sin pegar un tiro?

—¿Por qué dejasteis que se escapasen los dirigentes?

—Vosotros, que estabais al tanto de lo que sucedía, ¿qué esperabais, que los fascistas os dejaran tranquilos como si aquí no hubiese pasado nada?

A ellos, tanto al principio como al final de la guerra les habían pillado desprevenidos, ignorantes, *¿qué sabe uno de lo que pasa en Madrid?* Muchos se encontraban segando al sonar los primeros tiros y supieron que había acabado el follón por la radio, y

comprendieron la magnitud de la catástrofe por lo que decían los soldados huidos del frente.

—Si no podía ser... No se sostiene una guerra sin comida, y el campo estaba abandonado.

—Si no teníamos nada. Todo era para Madrid y en Madrid la gente se caía de hambre. Y los fachas tenían de todo: pan en abundancia y todos los aviones que querían. Hacían la guerra a todo lujo, mientras que nosotros, sólo con miserias.

No era fácil hacerles entender con pocas palabras algo que nos turbaba tan profundamente a nosotros mismos, un mal cuyas raíces escapaban a nuestro análisis, un resultado que todavía discutíamos y seguíamos sin comprender.

—No pasarán, no pasarán, ¿eh? Anda, que si llegan a pasar...

No obstante, algo he podido entresacar acerca de la represión de los vencedores en los pueblos. En eso son más explícitos aunque tardan en romper a hablar. Una vez iniciado el tema, y pese a sus reticencias y sobreentendidos, el cuadro se completa con las pinceladas de unos y otros. De esta forma he sabido que, nada más producirse la desbandada el 28 de marzo, surgieron en cada lugar grupos armados con escopetas que se apoderaron del mando y detuvieron y encerraron en cuevas, en garajes o en los cuarteles de la guardia civil a las autoridades republicanas, a los elementos más destacados de los partidos y organizaciones del Frente Popular e, incluso, a otras gentes sin significación política, pero marcadas por odios y resentimientos estrictamente personales. Súbitamente aparecieron algunos dados por muertos durante la guerra, y tipos forasteros, con uniforme o sin él, que se encargaron de dirigir y encauzar la purga. Se generalizó el sistema de las denuncias y delaciones y se puso en práctica, en toda su

crudeza, el método inquisitivo, los interrogatorios, con acompañamiento de atroces palizas. Las más virulentas e irreprimibles en la vindicta era las viudas. Y aparecieron también los curas, tan misteriosamente como desaparecieran un día, y monjas y frailes, todos animados de un ardor apostólico infatigable. Y se organizaron toda clase de espectáculos religiosos de desagravio: misas de campaña, rosarios de la aurora, procesiones, viacrucis... De día, de madrugada, de noche. En muchos lugares se obligó a los presos a asistir a esos alardes y desfiles, a cantar preces con los brazos en cruz y a recorrer los viacrucis de rodillas y a afrontar en público las burlas e improperios de los familiares y amigos de las víctimas de la llamada horda roja. Ni siquiera las mujeres fueron eximidas de tales oprobios colectivos. Se las exhibió por las calles con la cabeza rapada o con moñitos sujetos por cintas y papeles con los colores nacionales. En un pueblo muy famoso de la Mancha llevaron en formación a los chiquillos para que apedreasen los cadáveres de varios socialistas ahorcados en la plaza pública, y en otro, también muy importante, se había repetido el hecho de sacar de la cárcel una cuerda de presos, al amanecer, y conducirla entre dos hileras de gente armada hasta el borde de los pozos barreros, muy profundos, de los que se extrae la arcilla para fabricar las grandes tinajas en que se almacena el vino, y allí, una especie de matarife les golpeaba la cabeza con un hacha y luego los arrojaba al pozo, y, después, la comitiva regresaba al pueblo cantando el rosario de la aurora. Y hubo un cura, sí, un cura, que, enterado de lo que sucedía tuvo el valor de denunciar el hecho públicamente.

—Y en buena hora escapó del pueblo, porque, si no, a estas horas estaría también pudriéndose en un pozo barrero.

Es un corro formado por ocho o diez indígenas, en el que estoy incluido. Se me ocurre preguntar:

—Pues, ¿qué hicisteis durante la guerra para que luego hayan cometido los fascistas tantas barbaridades con vosotros?

Mi pregunta les enmudece y, tras hacerse los desentendidos, empiezan a escabullirse. Pero la reitero y entonces uno de ellos, a quien he elegido con la mirada, intenta traspasar la respuesta a otro, diciéndole:

—Anda, cuéntaselo tú.

—Coño, ¿y por qué tengo que ser yo —replica el aludido— si tú sabes de esas cosas tanto o más que cualquiera?

Se miran entre sí, pero ninguno se atreve a hablar y la deserción cunde hasta el extremo de que es casi una espantada y me quedo acompañado únicamente por el hombre que más ha atraído mi atención, que me mira con sus ojos grises y fríos y me confiesa:

—La gente es desconfiada y con razón después de lo que ha sufrido, y porque el chivato salta donde menos se piensa.

Le sostengo la mirada sin inmutarme, sonrío y acabo encogiéndome de hombros.

—Es natural —digo—. Vosotros no sabéis quién soy yo y...

—Sí. Yo sólo sé que te llamas Federico Olivares.

Es musculoso y pasa de los cuarenta años. Mira con fijeza a los ojos y habla pausadamente. Hay un momento en que parece disponerse a dejarme solo, pero le retengo con una pregunta:

—¿Has estado en el frente?

—Bueno —y sonrío—, tanto como en el frente, no. Me movilizaron con la última quinta, la del saco, y me destinaron a un batallón de retaguardia. Y terminé la guerra sin haber pegado un

tiro.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

Me mira entrecerrando los párpados y yo siento más dentro de mí la acerada punta de su mirada, que trato de sostener sin parpadear, y, tras una pausa, comienza su relato, con frases breves, certeras, intercalando algunos silencios que he de interpretar yo intuitivamente.

Fue pastor ya a los doce años, junto a su padre. Y se hizo hombre apacentando ovejas por montes, valles y quebradas, durmiendo en chozos solitarios o en los apriscos, y bajando al pueblo cada quince días para recoger el hato y también el pan.

—Es un buen oficio para los muchachos —dice—. Uno es libre y el trabajo no mata. Lo malo es cuando llega el momento de echarse novia o de casarse, porque no puedes pelar la pava o acostarte con la mujer más que cuando bajas al pueblo. Y cuando llega el ordeño, como no suba ella al monte...

El jornal era de cincuenta o setenta y cinco céntimos al día, o de una peseta, según los tiempos, pero contaba también el producto del pequeño rebaño propio que iba formando con las crías que el amo tenía que darle.

—Muy poco, al remate, como puedes comprender, pero preferible al jornal de los peones que se pasaban la mayor parte del año sin poder trabajar.

Cuando llegó la República (*Cuántas quimeras trajo la República, ¿eh?*), reunió a unos pastores y, después de muchos tanteos y de mucho hablar, logró convencerles de que debían pedir al amo el aumento del jornal, siquiera hasta dos pesetas, y el derecho de pasar en el pueblo una noche a la semana y de hacer relevos de forma que pudiesen tomar parte en las fiestas y gozar

un poco de la vida (*Porque los hijos crecían ajenos, sin el cuidado ni la voz del padre*), pero le exigieron que fuese él quien se enfrentase con el amo. Y así lo hizo. (*No creo que sea mucho pedir, ¿eh?*) Pero el patrón no estaba por esas. (*A ti, Cosme, es que se te han subido los pájaros a la cabeza y andas por ahí revolviendo a los demás. Así que lo mejor es que cojas lo tuyo y te quites de mi vista. No quiero desagradecidos en mi casa. Tanto tu padre como tú habéis vivido siempre de lo mío y ahora quieres echarme la soga al cuello*).

—Mi padre había muerto cinco años atrás, pero vivía mi madre, y repartí el ganado con ella y con mis hermanos. A mí me quedaron ocho ovejas con sus crías. No se puede vivir con tan pocos animales y, como mi hijo era ya un zagal de trece años, que me ayudaba, se encargó del pastoreo y yo, como no quería pedirle trabajo a nadie, me dediqué a la pleita, a hacer sogas y aparejos de esparto. Por eso me llaman Cosme, el espartero.

En su pueblo había empezado a cundir la rebeldía entre los pastores y los gañanes y, sobre todo, entre los peones condenados al hambre por los jornales míseros y la falta de trabajo. Los gañanes, más afortunados que los peones en ese aspecto, porque se ajustaban para todo el año el día de San Miguel, padecían la servidumbre de tener que dormir en las cuadras, junto a las mulas, para darles el pienso de la media noche y evitar que pudieran ahogarse con los ronzales. Cosme, que ya se había destacado frente a su patrón, se convirtió, sin pretenderlo, en el cabecilla de los descontentos y, por consiguiente, en el enemigo número uno de los propietarios.

—Yo sé leer y escribir, malamente, pero sé. A mis manos llegaban algunos números atrasados de «El Socialista» que recibía

el jefe de Correos, con el que yo solía tener algunas conversaciones. Y un día me invitó a su casa y allí me presentó a un señor que acababa de llegar de la capital y que pertenecía a la UGT. Le informé, porque me lo preguntó, de lo que sucedía en el pueblo y, después, entre él y don Eulalio, que así se llamaba el jefe de Correos, me convencieron para que formara un sindicato. Y yo sabía lo que me jugaba, pero acepté, porque si no se decide alguien, no se hace nada, ¿no te parece?

A los pocos días llegaron desde la ciudad los papeles en regla para que pudiese empezar a funcionar el sindicato, con domicilio en la corraliza de Cosme, su presidente. Lo formaron en un principio veinte hombres, pero, al mes, ya pasaban de ciento sus afiliados. Entonces, los patronos, que se habían burlado de la naciente sociedad, viendo que la cosa iba en serio, tomaron la determinación de acabar con ella. Por de pronto, apuntaron en una lista negra a todos aquellos de quienes se sabía o sospechaba que pertenecían al sindicato, para negarles trabajo. Así, cuando por las mañanas iban a la plaza los patronos para contratar a los peones entre los jornaleros allí reunidos como en un mercado de esclavos, se oía decir: *¿No eres tú del sindicato, eh? Pues que te dé el jornal Cosme.*

—Fue un invierno terrible. Mis hermanos se quedaron sin trabajo y a mí nadie me compraba un aparejo. Tuvimos que malvender el ganado, pero, aún así, el hambre nos roía los talones. En la panadería y en las tiendas se negaron a conceder más crédito a los compañeros y la gente tuvo que tirarse al campo a la rebusca de lo que fuese, con tal de llevar algo de comer a sus casas. Y hubo detenciones y palos en el Ayuntamiento y en el cuartel de la guardia civil por robos de patatas y de nabos. Qué sé

yo... —y Cosme cierra los ojos—. Tanta calamidad era demasiado para gente tan pobre como nosotros y yo decidí vender mi mercancía de esparto en otros pueblos, pero pasaba lo mismo en todas partes y apenas si sacaba para el pienso del burro y un cacho de pan con aceite para mí. Por eso y porque me remordía la conciencia como si fuese un desertor, me volví para casa. Si el invierno fue duro, la primavera no fue mejor.

Pero llegó el verano y, con él, la sazón de la mieses. Los campos se llenaron de oro y la cosecha fue declarada de interés nacional. Nunca engordaron tanto las espigas ni fueron contempladas con tanta reverencia.

—A nosotros nos cogió en los puros huesos, desesperados. Pero ya estaba a la vista la salvación. Los patronos no estaban dispuestos a ceder y quisieron traer segadores de otras regiones, portugueses y gallegos, para hacernos doblar la rodilla, pero Largo Caballero sacó entonces una ley que impidió a los patronos salirse con la suya y nosotros hicimos la siega.

La cosecha fue abundante y como el espigueo resultó también muy provechoso, se calmó la ira de los campesinos, y éstos pudieron comer aquel verano y enfrentarse al otoño con algunas reservas.

—Pero, de todas maneras, los patronos se vengaron —sigue diciendo Cosme—, porque, cuando llegó el tempero, sembraron lo mínimo y dejaron llecos la mayor parte de los labrantíos. Por eso, antes de finalizar el año nos vimos amenazados otra vez por el hambre. Poco dura la alegría en casa del pobre... —mueve la cabeza y prosigue—: Aquella segunda primavera de la República fue todavía peor que la primera. Los patronos ya habían perdido el miedo y el Gobierno no cumplía sus promesas. Ni reforma agraria,

ni subida de salarios, ni protección a los braceros... Nada. En Madrid no hacían más que hablar mientras que en los pueblos los ricos se ensañaban con los pobres. Tuvimos que ser cazadores furtivos, ladrones... Había que vivir. (*Que os dé de comer la República*). Aguantamos como pudimos hasta el verano. Y vuelta a empezar. Los compañeros se fueron borrando del sindicato y, al triunfar las derechas en las elecciones, ya sólo éramos seis, y no sé, no sé, pero pienso que se quedaron conmigo los que se quedaron porque estaban perdidos de todas maneras. Verás lo que me ocurrió. Pues que me encontré con mi antiguo amo en un camino. Era al anochecer y estábamos solos. Recuerdo que nos quedamos parados los dos, frente a frente. Por el aquel de las cosas, resultaba que él y yo éramos los cabecillas de los dos bandos enemigos. Entonces él estaba arriba, y yo, abajo. Él venía de un huerto que tenía cerca de allí, y yo iba a robar a su huerto. Pero él sospechaba otras intenciones en mí, por lo que me dijo: *¿Por qué no dejas esas tontunas del sindicato y de las reuniones? Ya has demostrado que eres un hombre cabal. Tú y yo somos dos hombres cabales. Bien, pues si te apartas del sindicato, no tengo inconveniente en olvidar lo pasado y en hacerte mi rabadán. ¿Qué me dices?* Era un tío bragado, sí, señor. No se arrugaba, no, tan fácilmente. Tengo que reconocerlo. Pero el poder y el orgullo le cegaban. Y yo le contesté. Pues si estás convencido de que soy un hombre de verdad, *¿cómo se te ocurre proponerme una cobardía? Mejor es que no te entrometas en nuestras cosas ni obligues a los hombres a bajar la cabeza y a vender su honra por un jornal. Nunca te lo perdonarán y siempre no va a ser lo mismo.* Él meneó la cabeza y echó a andar mientras decía: *Yo te he propuesto un trato para que luego no digas que no te he dado tus cartas. El que*

avisa no es traidor. Y ahí quedó la cosa. Y pasamos meses y años quitándonos el hambre a bofetadas.

En esas circunstancias llegó el triunfo del Frente Popular. Todas las esperanzas frustradas, todos los rencores reprimidos, todos los miedos sudados, y todas las hambres y las humillaciones y las injusticias padecidas reventaron como pústulas entonces. Los desertores del sindicato volvieron a él dando voces y exigiendo el reparto de las tierras, y muchos de los que nunca quisieron ni oír hablar de tal cosa por no comprometerse pasaron a engrosar sus filas, con pretensiones más revolucionarias que las de los veteranos. Cosme fue presidente del Comité del Frente Popular que ocupó el Ayuntamiento. Mientras esto sucedía llegaron forasteros anunciando la revolución social, y papeles y periódicos en los que se decía que en España iba a hacerse, por fin, justicia a los reprimidos, a los represaliados, a los pobres. Nacía otra España. Justa. Limpia. Libre. Alegre. Sin caciques. Sin siervos. Con trabajo y cultura para todos sus hijos por igual.

—Pero las leyes nos ataban las manos. Muchas palabras, mucho ruido, muchas promesas, pero pasaban los días y el Gobierno no resolvía nada. Nosotros esperábamos sus órdenes y sus instrucciones para saber por dónde teníamos que empezar, pero sólo nos aconsejaban que tuviésemos paciencia, paciencia, paciencia, como si no lleváramos años teniendo paciencia. Eso se dice muy bien en Madrid, pero, ¿quién se atreve a enfrentarse con un personal que ha sufrido tanto para decirle: *Calma, compañeros, calma. Volved a vuestras casas y esperad allí quietecitos hasta que el Gobierno disponga lo que tenemos qué hacer?*. Y no había trabajo ni pan. También es muy fácil proponer a la masa el asalto de los almacenes de harina, de las tiendas, de los corrales y de los

huertos. Muy fácil. Pero tienes enfrente a la guardia civil. ¿Qué has de hacer, pues? Los del comité estábamos cogidos entre dos fuegos. Algo se hizo, de todas maneras, pero insuficientemente.

Cosme hace otra pausa que yo aprovecho para ofrecerle un cigarrillo, que rehúsa. (*Gracias, no fumo*). Yo enciendo el mío y él prosigue:

—Uno de aquellos días, tan removidos, volví a encontrarme cara a cara con mi antiguo patrón, en su huerto. Yo sabía que estaba allí, armado de una escopeta, porque se había corrido el rumor de que un grupo de parados quería pelarle el habar. Le di una voz y me salió al encuentro, empuñando el arma. Yo estaba entonces arriba y él, abajo y cegado por la ira. Era como un jabalí herido. Y le dije: ¿Para qué quieres la escopeta? Si matas, morirás tú también o irás a la cárcel. Y, si no matas, ¿de qué te sirve? Y él me contestó: Si vienen, tiraré primero al aire, para asustarles y si no hacen caso... Yo me agaché a coger una vaina. La abrí y saqué los granos, unos granos gordos y tiernos, pura manteca. Me eché uno a la boca y, mientras lo masticaba, le dije: ¿No comprendes que tienen hambre y que el hambre ciega y da valor a los cobardes si son muchos? Porque uno a uno no vendrían, que eso lo sé yo muy bien, pero juntos sí que vendrán. Y juntos son capaces de todo. Anda, dame la escopeta y vete, que yo me las entenderé con ellos para que cojan sólo lo justo y respeten lo demás. El hombre se quedó sin saber qué hacer ni qué decir. Lo que sí sabía era que yo no le engañaba, que le decía la verdad. *¿Quieres un consejo, si es que no te parece mal que te lo dé yo? Pues coge a tu mujer y a tus hijos y llévatelos lejos de aquí por una temporada, hasta que se calmen los ánimos. El que avisa no es traidor.* Ni siquiera abrió la boca, pero me entregó la escopeta y se fue. Y al día siguiente sacó

del pueblo a su mujer y a sus hijos, hasta el que ya había cumplido el servicio militar. No sé a dónde los llevaría. El caso es que no se les vio más por allí. A él, sí. Porque él volvió.

Fue el verano del oro y la púrpura, el verano en que estalló la guerra civil como estalla una bomba en las manos de un niño: jugando, sin prever sus consecuencias. España saltó en añicos y el duelo y el luto por tanta muerte inútil durará tres generaciones, cien años, o quien sabe hasta qué primavera de arrepentimiento y perdón. ¡Qué alegría demencial! ¡Qué gritos! ¡Qué cantares de guerra y qué llanto! ¡Cuántos himnos, cuántas banderas! Las águilas de la gloria y del botín revolotearon sobre ciudades y aldeas, y las palabras *héroe, honor, victoria, inmortalidad, sacrificio, patria, valor, corona de laurel, muerte gloriosa, libertad, justicia, revolución, Dios lo quiere*, y otras más, igualmente altisonantes y vacías, palabras, palabras, palabras, nada más que palabras, detonaron en el aire tórrido de aquellas terribles jornadas. Y vibraron los hombres, enloquecidos, y hasta las mujeres sintieron el aguijón de la furia guerrera en sus entrañas. Y se cantó y se mató por la felicidad humana. Y se brindaron a Dios preces y fusilamientos. Y los militares ciñeron la espada, y los obispos alzaron la cruz y el hisopo, y los revolucionarios empuñaron la tea incendiaria, y los obreros y campesinos, los de siempre, corrieron a matarse, y el sol alumbró los combates y la noche encubrió los crímenes.

—La guardia civil —dice Cosme— fue a concentrarse en la capital, y nos quedamos solos. No sé cómo empezó a matarse la gente. Los periódicos y las radios nos contaban los crímenes que cometían los fascistas con los simpatizantes del Frente Popular, y de los pueblos del contorno nos llegaban noticias de las

represalias que tomaban los nuestros contra los terratenientes y los caciques. Y aparecieron en el pueblo grupos armados, procedentes de la ciudad, que arengaban a los jóvenes para que se alistasen en las milicias republicanas antifascistas y que nos exigieron después la entrega de los partidarios de los rebeldes, que teníamos vigilados. Nosotros habíamos organizado una guardia de escopeteros contra los fascistas de dentro y de fuera para evitar los desmanes de los desaprensivos, pero incapaz de oponerse a los milicianos forasteros. Así que... —hace otra pausa, se alisa el mechón de pelo entrecano y duro que le apunta sobre la frente y, mirando al suelo, dice—: Una noche detuvieron en sus casas a cinco de los principales de derechas y los mataron a la salida misma del pueblo. A mi antiguo patrón no lo encontraron, pero, como nunca falta un chivato, se supo que se había refugiado en su majada. Y fueron allí por él. Y lo mataron allí mismo —levanta la cabeza y, dando a sus palabras un acento de rotundidad y convicción, continúa—: Era inevitable. Le hubieran cazado más pronto o más tarde. Cuando se ajustan las cuentas y se es deudor, hay que pagar, y esos hombres eran causantes de muchas desgracias y habían cometido muchos abusos sin ninguna necesidad, tan sólo para que nadie dudase de que eran los amos... Y lo peor es que no escarmientan. Ahora se están llevando por delante cinco de los nuestros por cada uno de los suyos. En mi pueblo han detenido a más de ochenta personas entre hombres y mujeres y ya han mandado a veinte al otro mundo. Y aún matarán más...

Las últimas palabras de Cosme me estremecen.

—¿Más todavía? —le pregunto.

Sonríe débilmente y me contesta:

—Sí. Que yo sepa, faltamos cinco o seis en su lista y hay por lo menos dos que esperan en celdas su última madrugada.

Esos cinco o seis comprometidos y todavía no identificados se encontraban en el ejército republicano cuando acabó la guerra y ahora deben andar errantes por ahí, o camuflados en alguna otra cárcel o quién sabe si fuera de España.

—Vete a saber —dice Cosme—. Yo, por ejemplo —y me mira fijamente a los ojos—, estoy aquí por casualidad. Me atraparon las tropas franquistas vestido de paisano, en la estación, esperando un tren para alguna parte, y me agregaron a un grupo de civiles y militares que estaban formando para traerlo aquí. Dí mi verdadero nombre, pero cambié los apellidos. Ni mi mujer ni mis hijos saben donde estoy y quizá me den por muerto o refugiado en el extranjero. Así he podido hasta ahora librarme de mis enemigos. Pero sé que me buscan como lebreles y que, al remate, sabrán donde estoy, porque aquí hay muchos que me conocen y es fácil que alguno de ellos se vaya de la lengua. Ya verás como cualquier día vocean mi nombre en el patio para ir a diligencias, y serán ellos que vienen por mí con la orden de llevarme al pueblo. Ahora bien, te aseguro que a mí no me hacen pasar por la rueda, que es lo que ellos quieren, antes de despacharme para el otro barrio.

He oído hablar mucho de la famosa *rueda*. Consiste en correr al reo dentro de un círculo de hombres armados con garrotes, sogas mojadas, cadenas y otros instrumentos tendentes. Cada uno de ellos golpea dónde y cómo puede a la víctima mientras éste corre y trata de esquivar sus golpes y se protege con manos y brazos aquellas partes de su cuerpo más sensibles y vulnerables, sabiendo que, si se detiene, caerá inmediatamente abatida a porrazos, con peligro de que le quiebren algún hueso, le dejen sin

vista o le destrocen los órganos genitales. Las sesiones son breves, a fin de poder repetirlas. A veces reaniman al supliciado con cubos de agua y, a veces también, el supliciado sucumbe en la prueba.

—Yo no les daré ese gusto, no —repite Cosme.

Entre tanto, han aparecido débiles nubes que se desmigán en el cielo y cubren con un tenue velo gris el gran patio donde miles de hombres esperan que suene el toque de recogida de pan.

Tengo enfrente a Alfonsina, separada de mí por las dos alambradas y el pasillo. Junto a ella está Rosario, la mujer de Molina y, éste, a mi lado. El matrimonio utiliza para comunicarse la mímica de los sordomudos, pero mi hermana y yo nos limitamos a sonreír y a gritar algunas palabras, porque es imposible entenderse en la cámara de resonancias que es el locutorio. En la parte de acá, treinta reclusos, la mayoría campesinos, ametrallan con preguntas a voz en grito a las otras setenta, o más, personas, mujeres y chiquillos casi todas, que, al otro lado, se desgañitan, a su vez. Las notas graves de los vozarrones masculinos y las agudas y chillonas de la pandilla femenil forman un estrépito que ensordece y exaspera. *Cómo los chicos avales el guiso te traigo peculio te apañas avales el Fermín nadie tu hermano la guardia civil avales los pantalones el cura hemos vendido la burra alfalfa consejo de guerra el médico falangistas qué pasa con la burra Antonia que sales piojos mucha hambre aquí afeitan por nada que escribas estoy avales, bien la siembra que te hables cuides no hables avales avales avales hambre...* Hago entender por señas a Alfonsina la conveniencia de que hierva mi ropa infestada de piojos y liendres. Me esfuerzo en traslucir jovialidad y

despreocupación y percibo que ella trata de aparentar lo mismo. Pero ninguno de los dos nos lo creemos y sabemos que fingimos, aunque seguimos fingiendo como si no fingiéramos que fingimos, a pesar de que el fingimiento se nos asoma a los ojos contra nuestra voluntad. Y yo sonrío y ella sonríe, y su sonrisa y la mía, aunque forzadas, expresan, no obstante, la alegría de vernos, el asombro gozoso de que vivimos, y, si bien pretendemos engañarnos mutuamente, y estamos persuadidos de que así es, responden a un deseo de dicha tan profundo que transfiguran la realidad y nos confortan. Encuentro a mi hermana Alfonsina más delgada y ella, por la expresión que advierto en sus ojos, debe sentirse muy penosamente impresionada por mi aspecto presidiario. ¿Y nuestra madre? Adivino más que oigo su respuesta: *Bien, no del todo bien, triste, acongojada, pero... ¿Cómo quieres que esté?* No deseo que mi madre venga a verme, porque el viaje de ida y vuelta en el mismo día, la espera en colas para entregar la ropa limpia y recibir la sucia y obtener el pase para la comunicación, exigen un esfuerzo excesivo a una persona tímida y débil como ella. ¿Vale la pena tanto trabajo para verme a través de las alambradas tan poco tiempo, apenas diez minutos, poco más que un relámpago? Conque me haga una visita cada cuatro o cinco meses me conformo. ¿Y la guerra? Alfonsina se encoge de hombros. Está tan lejos y es todo tan confuso... Alemanes, polacos, franceses, ingleses... ¡Bah! Sé que ahora viven solas las dos en una buhardilla de la calle de la Paz, que Fernando, el novio de Alfonsina, les ayudaba con raciones alimenticias extra del economato militar, que su licenciamiento del ejército es inminente y que se casarán tan pronto consiga él un empleo civil estable y que entonces ya no vivirán tan solas ni tan

desamparadas. Me entero también de que el resto de la familia: abuelos, tíos y primos, nos han borrado de la lista, que Aurora, mi novia primera, se ha casado, y que, incluso los compañeros del partido que han logrado escapar de las redes represivas nos eluden. Nadie pregunta ni se interesa por mí, salvo Matilde, quien, de cuando en cuando, le da paquetes de cigarrillos y latas de sardinas... *(Toma, para Federico, y dile que haría más por él si pudiese, pero que mi situación es peor cada día).*

Nos repetimos así, con los ojos, lo que ya nos hemos comunicado por escrito, en frases telegráficas y con letra menuda, pero clara a fin de evitar la suspicacia de los censores. Los censores son los guardianes, cuánto se ríen leyendo nuestras cartas, y algunos presos que, por oscuras razones, han merecido la confianza del director del penal. Presos son también los escribientes de las oficinas penitenciarias; preso el encargado del economato, Manolo el del economato, como le llamamos, buen compañero, cuya familia tiene una fonda cerca de la prisión; presos los que registran los paquetes de ropas y alimentos bajo la vigilancia de un guardián canijo, de nariz torcida, a quien las mujeres han estigmatizado con el sobrenombre de Mediopelo, hijo de un funcionario de prisiones que murió no se sabe en qué motín carcelario, ni dónde, ni cómo, ni cuándo, y que es un hombrecillo siempre dispuesto a abofetear a un recluso con cualquier pretexto, y más si la víctima es un hombre alto y robusto, aunque haya de empinarse para ello sobre las puntas de sus pies, pero que tiene una buena condición, inapreciable en nuestra circunstancia, y es la honradez. Jamás falta nada en los paquetes, y a más de uno de sus subordinados ha impuesto Mediopelo rigurosos castigos por no haber vencido la tentación de

probar una tortilla o de quedarse con un corrusco de pan ajenos.

El silbato del vigilante estrangula las voces, pero aún quedan flotando en el aire los flecos de las conversaciones interrumpidas:

—¡Avales, que, si no, le apiolan a uno!

—¡Aaava...les!

—... me apaño.

—¡Adiós!

—... y no me pidas nada.

—... el paquete.

—... díselo.

Alfonsina, después de enviarme varios besos por el aire, me muestra los dedos de ambas manos y repite la seña con dos dedos más para darme a entender que ha impuesto doce pesetas en mi cuenta de peculio. Doce pesetas para mis necesidades personales, tales como papel de fumar, sellos de correos, dos afeitados por semana y un corte de pelo al mes, significan una cantidad considerable dentro del presupuesto familiar, y yo le hago un gesto denegatorio con la cabeza, muy enérgico, y Alfonsina me responde con otro firmemente afirmativo. A mí me ha brotado espontáneamente, impetuosamente, como el grito de un dolor irresistible, pero la actitud de mi hermana, tan generosa y decidida, me calma, primero, me enternece, después, y, por último, me infunde seguridad, sentimiento éste que crece en mi interior y se convierte en un flujo de orgullo cuando, de vuelta al patio general, veo a los que merodean en torno a los grupos al acecho de una punta de cigarrillo o de una monda de boniato, a los desharrapados, a los pobres del penal, los pobres más pobres entre los pobres. Unos, porque la guerra los dejó sin familia; otros, porque sus familias los segregaron de su propio cuerpo, y, los más,

porque, procedentes de las regiones del sur, la distancia y la miseria de los suyos los han dejado a la intemperie. Ellos son los que forman las brigadas de limpieza por un cazo más de rancho al día, los que husmean entre los desperdicios, los que lamen los platos de otros a cambio de fregárselos... Con la tortilla de patatas, dos latas de sardinas, un bote de leche condensada, una pastilla de chocolate, media docena de boniatos asados y doce pesetas en la cuenta de peculio, me considero un privilegiado, aunque estos alimentos hayan de durarme dos semanas, y un mes el dinero. Junto a lo que aporten Molina y Agustín, aquél más y éste menos que yo, garantiza un mínimo indispensable para subsistir. Además, algún que otro día se nos une Pablo, a quien sus tíos abastecen con relativa abundancia. Todo ello, sin embargo, no nos libra de tener que estar haciendo constantemente difíciles equilibrios sobre la cuerda floja del hambre, porque el rancho, siempre repulsivo y pobre en sustancias alimenticias, ha empeorado mucho y se reduce ya a un caldo gris con ojos de sebo, en el que sobrenadan algunos trozos de hojas de berza. Pero, hasta ahora, el hambre que nos hostiga no nos obsede del todo y podemos olvidarnos de ella en muchos momentos de la jornada. Somos los menos en estas condiciones, porque los más sufren hasta en sueños el torturante hormigueo de millones de células insatisfechas, que oscurece la mente y supedita al hombre al instinto primario de las raíces en la tierra. Yo me avergüenzo, a veces, de la situación que disfruto. También se avergüenzan por lo mismo Molina, Agustín, Pablo y otros compañeros, y lo comentamos, y lo lamentamos, y lo condenamos, pero, como el remedio no depende de nuestra voluntad, hemos de admitir resignadamente sus consecuencias. Otras veces, en cambio, oigo

dentro de mí una voz que justifica mi suerte excepcional diciéndome que debo sobrevivir a la prueba porque estoy predestinado a desempeñar altas funciones en el mundo. Y es que la circunstancia me enajena. Por eso, en los trances de lucidez, cuando recobro la conciencia, comprendo que tales insinuaciones brotan del fondo más deleznable de mi persona. Entonces me siento íntimamente despreciable. Claro que son más las veces en que no puedo discernir qué es en realidad lo que me sucede, ni si lo que me preocupa es una pesadilla más dentro de la gran pesadilla en que vivimos sumergidos. En el tumulto del patio o en la promiscuidad maloliente de la sala, hay momentos en que me parece que he perdido la razón o que estoy soñando una extraña aventura inverosímil. En esas ocasiones, no oigo lo que me dicen cuando me hablan los que me rodean, y hasta su misma realidad física se me aparece borrosa, como si se hallasen al otro lado de una inmensa distancia transparente o emergieran a una superficie cristalina desde las profundidades de algún oscuro misterio, seres mudos, incorpóreos, fantasmales. Puede que la transfiguración sólo dure unos segundos, lo ignoro, pero sus efectos de desasimio de la realidad perduran en mí mucho más tiempo. Y es entonces cuando siento la angustia de la náusea, como el despertar de una borrachera.

A nuestra vuelta del locutorio se nos acercan los amigos, ansiosos de novedades y noticias. Vencida Polonia y repartida entre Alemania y Rusia, sus implacables enemigos históricos, hecho divulgado ya por radio petate y confirmado por diversos conductos, la cuestión ahora es saber si Inglaterra y Francia van a aceptar la paz que les ofrece Hitler victorioso.

Yo no puedo aportar ningún dato nuevo y es Molina quien

habla:

—Según la BBC de Londres, que ha oído mi mujer, ni Francia ni Inglaterra aceptan la ocupación y reparto de Polonia. O se vuelve a la situación anterior al uno de septiembre o continúa la guerra. Esto es lo que hay, compañeros. Naturalmente, Hitler ya no puede echarse atrás y, por lo tanto, no hay por qué temer un nuevo Munich. Ahora va en serio. Y quizás haya sido necesario el sacrificio de Polonia para que las democracias se jueguen el todo por el todo con Hitler. Además, les ha dado tiempo para movilizar sus reservas, si no en su totalidad, al menos en gran parte. Por de pronto, los franceses están ya en la línea Maginot y los británicos han podido desembarcar tranquilamente en Francia y poner a punto su flota de guerra. Claro, el enemigo más fuerte de Hitler es Inglaterra y por eso trata de convencer a los ingleses de que él no va contra su imperio.

El planteamiento del problema me parece irreprochable y tan manifiestas las intenciones de Hitler que me sorprenden por ingenuas. Hitler jugó al farol en el póker de Munich y ahora quiere repetir la jugada que le diera tan buen resultado, pero sin advertir que las circunstancias no son las mismas y que esta vez los franceses y los ingleses, que ya conocen su juego, le han aceptado el envite, habiendo llegado, por lo tanto, el momento de poner las cartas boca arriba sobre la mesa. En resumen, que ya no valen las palabras, sino los hechos. Y añadido:

—Ahora hace falta saber quién atacará primero. Y pienso que será Hitler, y pronto, porque el tiempo es el gran aliado de las democracias.

—En el verano del año que viene ya no habrá fascismo en el mundo.

La sentencia de Robleda, tan rotunda y terminante, nos estremece de gozo, aun cuando no se apoye en ninguna razón sólida. Es, simplemente, el deseo traducido en palabras. Todos creemos firmemente que nuestro destino se decidirá en esta guerra y que nuestra suerte va ligada a la de las naciones democráticas, que, si triunfara Hitler, nos veríamos irremisiblemente condenados a muerte o a cautiverio perpetuo, y que si resultara derrotado, seríamos restituidos inmediatamente a la vida de los hombres libres.

—Aunque algunos no lleguemos a verlo, no importa. Lo que importa es el triunfo de la libertad —dice Agustín.

—Y de la revolución —añade Higinio.

De pronto, nos sentimos optimistas y nos miramos unos a otros como si nos halláramos en la víspera de la gran fiesta, con una copa de más en el cuerpo y esperando el toque a rebato de las campanas. Es un instante. Luego, Higinio pregunta:

—Y de la calle, ¿qué?

Molina se encoge de hombros y dice:

—Qué estos tíos no se paran en barras. Primeramente declararon nulos y sin ningún valor los billetes de Banco que puso en circulación el gobierno de la República durante la guerra. ¡Menuda jugada, que nos dejó a la mayoría sin un céntimo de la noche a la mañana! Después, anularon los matrimonios civiles, por lo que muchos españoles, yo entre ellos, no estamos casados, ni solteros, ni viudos. Tampoco han admitido los resultados de los exámenes en los institutos y en las universidades de la zona republicana, castigando así, injustamente, a unos muchachos que no tienen ninguna culpa en que estallase la guerra. Y ahora, ¿qué os parece qué han hecho ahora? Pues nada menos que derogar la

ley de divorcio de la República con carácter retroactivo. ¡Vaya broma, compañeros! Resulta que gentes que se divorciaron con arreglo a esa ley y volvieron a casarse otra vez por separado, tienen que decirle adiós al segundo cónyuge y juntarse con el primero, como si no hubiese pasado nada. Vamos, que la cosa tiene narices.

—¡Dios, qué lío, tío lléveme usted al río! —exclama jocosamente Agustín y, luego, añade—: Nada, que para ellos no somos personas.

—Desde luego —dice Molina—, no puede imaginar uno que se pueda llegar a tales extremos de refinamiento para humillar y destruir a un adversario. Ni siquiera respetan los sentimientos más íntimos e inviolables de la persona. Su odio es insaciable. Sólo les falta ya desenterrar a nuestros antepasados y quemar sus restos en autos de fe.

Yo saco en conclusión que las víctimas, en el caso de la derogación de la ley del divorcio, van a ser los más inocentes, los hijos. Si los hubo en el primer matrimonio y en el subsiguiente al divorcio y si la pareja divorciada vuelve a tenerlos al juntarse nuevamente, se van a reunir *nuestros hijos* más *tus hijos* más *mis hijos* más los *nuevos hijos nuestros* bajo el mismo techo.

—Sólo falta —observo— que, después de juntarse y tener hijos otra vez la primera pareja, se muera uno de los cónyuges y el superviviente vuelva a casarse y a tener descendencia...

—Es un invento de los curas —explota Higinio—. Cosas así no se les ocurren más que a ellos.

—Hombre, claro, porque a la gente gorda, que es la que se aprovechó de la ley del divorcio, no le hace maldita la gracia el batiburrillo que se va a formar —y Agustín añade a continuación

—: Coño, ¿a qué no adivináis lo que me ha contado hace poco uno de los que acaba de llegar de Madrid? —y como todos le miramos expectantes, prosigue—: ¡La caraba! Pues hay allí un curita que se las trae. Primeramente intentó casar por la Iglesia a los que lo están sólo por el juzgado o en unión libre, pero, viendo que no conseguía nada práctico, dejó correr la voz de que permitiría a la pareja pasar media hora a solas después del casamiento y sólo por tres duros. Al principio, la gente, que está tan mosqueada, lo tomó a choteo y no hizo caso, hasta que, al fin, picó uno, y, cuando éste contó lo que había hecho, se formó cola. Todo dios quería casarse. Veréis. Para empezar, te cobra los tres duros, y, después de la ceremonia, hace salir a los padrinos y a los testigos con el pretexto de echar una plática a los recién casados, pero entonces descubre, detrás de un biombo, un catre y un lavabo portátil con una toalla. Y hala, mientras él vigila por si alguien pretende entrar en la habitación, los casados, al trique-triqui, ¿comprendéis? Allí mismo, en la cárcel. ¡Es la rehostia!

—¡La madre que parió al cura ese! ¡Qué cabrón!

A mí me parece una trola descomunal y digo:

—¡Ese sí que es un buen bulo!

Pero Agustín me replica:

—¡Qué bulo ni qué hostias! Eso creí yo también, pero me lo confirmaron otros dos compañeros procedentes de la misma cárcel, uno de los cuales es de los que se ha casado así. Por cierto, me dijo que su mujer, cuando llegó el momento crítico, estaba más tiesa que un palo. *Pero si está ahí el cura... ¿Cómo quieres que...? Olvídalo, mujer. Es que así no puedo, Paco. Déjame a mí, ya verás... Ella que no y yo que sí. Por fin pude convencerla. Había que hacerlo con la soga al cuello, como quien dice, pero así y todo...*

¡Ojalá pudiera casarme todas las semanas para estar un rato con la parienta! ¿Qué tal, eh?

—¡Increíble! —exclama Molina.

—¡Qué suerte! —exclama Jesús.

En ese momento se nos acerca Lopérez. Por los bolsillos de su amplia chaqueta asoman trozos de pan, boniatos, zanahorias y papeles.

—¿Haciendo planes, eh? —nos pregunta con voz y gesto misterioso. Luego, toma un actitud admonitoria y nos dice—: Pues pierden ustedes el tiempo lastimosamente. Hemos caído en el infierno y no se tienen noticias de que alguien haya podido escapar de él. *¡Finis!* ¿Comprenden? *¡Finis historiae!* ¡Que aquí se acabó la historia, vamos! —y, sin transición, se dirige a Molina—: Vea, vea lo que trepa por sus zapatillas.

Las zapatillas de nuestro amigo son de paño oscuro y observamos en ellas algunas motas de polvo. Lopérez insiste:

—¿Sabe lo que es eso? ¡Piojos! ¡Piojos! El suelo del patio está alfombrado de piojos.

Nos agachamos y, efectivamente, no sólo en las zapatillas de Molina, sino que también en el variado calzado de los demás, advertimos que los supuestos grumos de polvo se mueven y chascan cuando los aplastamos contra el cemento del piso. ¡Son piojos!

Lopérez sigue diciendo mientras tanto:

—Los piojos irán creciendo y multiplicándose, al igual que las chinches, a costa de nuestra grasa y de nuestra sangre, hasta que acaben con nosotros. Señores, nos devorarán los piojos y las chinches, miserablemente. Ni siquiera vamos a tener el honor de morir entre tigres y leones como los mártires del cristianismo.

¡No! ¡Devorados por los piojos, señores míos, devorados por los piojos!

Y, sin tomarse un respiro, recita:

*—¿Hombre un rojo? Es un decir.
—Pues, ¿qué hacer con tantos rojos?
—Que se los coman los piojos
y a otra cosa,
mariposa,
que nadie lo va a sentir.
Piojos, rojos...
Rojos, piojos...
¿Qué más da?*

*Entre rojera o piojera
mejor es que el rojo muera
y ya está.*

III

No cesan de llegar expediciones de penados procedentes de diversos puntos, generalmente de Madrid, bien para extinguir condena en este penal o bien con destino ulterior a otros. También recibimos grupos de prisioneros en campos de concentración, de paso a las localidades que los reclaman. Cada uno trae, con su más o menos exiguo equipaje, un repertorio de noticias, bulos, rumores y anécdotas de lo que ocurre, se piensa, se sabe o se lucubra en los numerosos compartimentos penitenciarios del país, sobresaliendo, entre todos, los madrileños por su pretensión de deslumbrar con sus informaciones a los confinados en cárceles de provincias, aunque bien pronto se les viene abajo su engreimiento al comprobar que estamos tan al día de lo que sucede, dentro y fuera de nuestro mundo, como ellos. *(Eso ya lo sabemos, y, ¿qué más?)*

—Hasta en estas circunstancias, Molina —suele decirme Olivares—, prevalece la presunción de superioridad por parte de los madrileños, que se creen los más listos, aunque muchos de ellos sean tontos e ignorantes, y piensen que la gente de provincias es estúpida, y la verdad es que los pueblerinos les ganan en malicia y no se dejan convencer así como así y les tiran de la lengua para reírse después de ellos. ¡Menudos son los leños!

Juegan a hacer el tonto, el pasmado, para burlarse mejor de los que juegan a la suficiencia.

A la vez, salen del penal, para reingresar en él a los pocos días, aquellos a quienes vienen a buscar sus paisanos con el fin de hacerles pasar por la rueda. Esta trashumancia penitenciaria, turismo penitenciario lo llama Agustín, origina constantes trasiegos de reclusos de unas salas a otras, que constituyen una de las más penosas servidumbres que les impone la vida en prisión. Uno ha ido poco a poco mejorando de sitio en la sala hasta alcanzar la pared o el rincón, lejos de la puerta o de las letrinas, quizás hasta debajo de una ventana, que son los más codiciados, y se ha familiarizado con sus vecinos más próximos y constituido con ellos una entidad de intereses comunes, en la que las operaciones de limpieza, la toma y reserva de puestos en las colas para la peluquería y el economato o el grifo del agua, incluso para la utilización de la letrina, se realizan por turno entre los componentes de la minúscula comunidad, cada uno de cuyos miembros se siente así protegido, ayudado y servido por los demás en cualquier circunstancia. Esta actitud comunitaria trasciende, a todos los efectos, del grupo a la sala en el conjunto de la población reclusa, pudiéndose decir que los grupos son las familias y, las salas, los barrios del penal. Por eso, el traslado de sala es impuesto por los funcionarios como castigo. El trasladado es un forastero. Tiene que ocupar el peor lugar y, al principio, se ve solo, y ha de emprender pacientemente la búsqueda de amigos o, siquiera, de afines, y, luego, ejercer una tenaz presión para que le hagan un hueco a su lado. Hasta que lo consigue, y ello resulta siempre difícil, es, en realidad, un desplazado que sufre en el más alto grado los efectos de la reclusión: la soledad y el desamparo.

Nuestra sala, la número trece, por cierto, ha sufrido, como las demás las consecuencias de estas mudanzas, que no sólo se deben al turismo penitenciario, sino al designio del mando de la prisión de mezclarnos unos con otros a fin de romper el bloque o los bloques formados por los reclusos de procedencia capitalina, los más peligrosos, sin duda, por su más alto nivel, en general, en cultura y en formación política. Ya no hay salas exclusivas para «leños» o para «forofos», para penados o para procesados. Ello nos ha traído, entre otras consecuencias, una distribución más igualitaria de la suciedad. Si había abundantes piojos desde un principio, los prisioneros de los campos de concentración nos han anegado en ellos. Estos hombres han vivido hacinados en lugares y condiciones muy inferiores, desde el punto de vista higiénico, a los padecidos por nosotros. Durante todo ese tiempo no se han mudado de ropa interior y difícilmente han podido lavarse la cara algún día. Los uniformes o monos militares con que se cubren son harapos. La mayoría carece de mantas, calzado y colchoneta, y su estado físico limita por todas partes con la extenuación. Con ellos ha llegado, además, la sarna.

Gracias a Totovía, nuestro jefe de sala y amigo, mi grupo permanece indiviso y en las mismas posiciones que ocupó el primer día, y Lopérez ha podido cobijarse junto a nosotros después de pedir cortésmente nuestra conformidad. (*Es que no quiero que nadie se sienta molesto por mi compañía*). Olivares, Agustín y los demás desvanecieron sus temores y el poeta talaverano agradeció nuestra actitud acogedora con la primera sonrisa que he visto en sus labios. (*No me gusta estar entre grullos. Los conozco muy bien y sé que me toman por uno de esos copleros que recorren las ferias pueblerinas explicando, sobre un*

cartelón, los crímenes célebres, o por un loco). Luego, se sentó en su colchoneta, sacó de uno de sus grandes bolsillos un mazo de hojas de cuaderno y, abstrayéndose de nuestra presencia y del barullo de la sala, empezó a garabatear renglones de palabras sobre uno de los papeles con un lápiz que ensalivaba y mordisqueaba nerviosamente. Pienso que Lopérez trata de encubrir con sus rarezas y sus extravagancias algo más desgarrador aún que la tragedia de que todos nosotros somos víctimas y actores. No lo sé. Es cierto que no prueba el rancho y que nadie viene a verle ni le envía paquetes. Únicamente, Manolo el del economato, quien disfruta de una situación privilegiada, porque su familia le pasa diariamente una cesta con comida casera, le obsequia con pastillas de chocolate y platos de arroz con leche, que son los manjares preferidos del poeta, *alimento de los ángeles*, según dice. Los demás los obtiene a cambio de escribir cartas y versos de encargo. Como su especialidad es conocida por toda la población reclusa, no le faltan clientes. En el patio ocupa siempre el mismo lugar en el mismo banco de cemento, bajo la marquesina. Allí, se coloca una tabla sobre las rodillas, a modo de mesa, prepara las hojas de papel, afina el lápiz en el rascadero de la caja de cerillas y espera. Es como uno de aquellos amanuenses galdosianos que escribían cartas a criadas y soldados, y que todavía persisten en los zocos marroquíes. Le he oído discutir el precio en especie de su trabajo. Consiste en alimentos blandos, por su falta de dientes: pan tierno, boniatos asados o cocidos, albóndigas, gachas de harina de almortas, plátanos, mostillo, miel... Lo único duro que admite es el chocolate, que roe con sus dos únicos colmillos.

(Dos onzas, no; tres. Y, si no, te inventas tú los versos, ilota. Por

menos de dos plátanos no le doy saliva al lápiz. El tocino para ti, yo prefiero un par de boniatos). Y rezongar. (¿Y cómo se te ocurrió ponerle a tu hija Atanasia de nombre? ¡Atanasia! No, no, si a mí me es igual. Atanasia... eutanasia... Creo que no existe otra consonante).

En cierta ocasión, antes de acogerse a nuestra vecindad, como las discusiones a su alrededor fuesen tan ruidosas que le impedían concentrarse en lo que estaba escribiendo, se puso en pie y, mirándome a mí, que me había detenido a observarle, declamó en alta voz y ademán teatral estos versos:

*Cual grita tanto chivato
entre petate y petate,*

*pero mal rayo me mate
si no les doy un mal rato
cuando esta carta remate.*

Y, después, se me acercó para susurrarme al oído:

—Es la primera quintilla de mi obra «Don Juan en la cárcel» que estoy escribiendo —y añadió, mirándome fijamente a los ojos —: Si los piojos no me sorben la sangre o si las chinches no me horadan antes el tímpano.

Los piojos y las chinches son nuestros más crueles y pertinaces verdugos. Los piojos engordan tanto que yo he matado alguno sobre mi pierna, por encima del pantalón.

Los cazo con las uñas, a ciegas, de entre el rapado pelo de mi cabeza o de entre el vello de las axilas o del pubis. Anidan y se reproducen en las costuras de los calzoncillos y de los pantalones. Siento la desazón de sus picaduras en todo el cuerpo, como un sarpullido, pero es en la entrepierna y en los testículos donde son más agudos y dolorosos sus aguijonazos. En las horas del despioje, después del almuerzo, los echamos en una lata de sardinas, vacía, para ganar tiempo y no embadurnarnos las uñas con el asqueroso bodrio de sus entrañas. Cada uno cuenta sus capturas para ver quién ha sido el mejor cazador. Luego, aplicamos a la lata papeles encendidos y así nos damos el placer de oír sus chasquidos al achicharrarse. Hay recipientes de estos con más de tres centímetros de grasa de piojos fritos. Pero son tantos y se reproducen en una progresión tan desmesurada que nos es imposible cogerlos y matarlos uno a uno y terminamos cada día la operación exterminadora volviendo del revés pantalones y

calzoncillos, extendiendo sus costuras en el suelo y pasando por ellas, a modo de rulo, un canto liso, el tubo metálico del mechero, el mango del cepillo de dientes o una moneda, para machacarlos. Pero es una batalla perdida de antemano. Al día siguiente nos encontramos con que han cubierto sus bajas con una prodigalidad asombrosa, pero repetimos la operación incansablemente, tozudamente, porque es, más que otra cosa, nuestra única manera de vengarnos de ellos. El que no se despioja nunca es Lopérez.

—Es inútil —dice—. Los piojos se multiplican de tal manera, a un ritmo tan rápido, que, aunque dedicásemos todas las horas del día a su extinción, no conseguiríamos, ni mucho menos, nuestro propósito. Por eso es preferible dejar que lleguen a ser tantos que no haya grasa de preso para todos y tengan que devorarse entre sí para no perecer. Claro que, para entonces, lo más probable es que estemos muertos todos nosotros. Eso es lo malo, pero no tenemos otra alternativa.

En cuanto a las chinches... Tan pronto se apagan las luces de la sala, excepto la central, que alumbrá toda la noche, las chinches aparecen en manadas pavorosas. Apenas cierro los ojos para dormir o para evadirme de la realidad por los caminos de la imaginación, caminos que unas veces me retrotraen al punto de partida de mi existencia, al vientre de mi madre, donde desearía esconderme, o que me llevan, otras, a la cumbre desde la que se divisan las deslumbrantes promesas que la vida me ofrece, cuando bajo la espesa capa de los múltiples olores que trasminan trescientos cincuenta sucios cuerpos humanos, percibo el olor característico de las chinches. Si enciendo entonces un fósforo, se desperdigan por mi colchoneta a chorros, como si se hubiese

vertido sobre ella un celemín de lentejas, y veo cómo se arraciman otras en las gargantas de mis compañeros o se pasean en apretados rebaños sobre sus rostros. Ha habido quien ha estado a punto de enloquecer por habersele introducido una chinche en el oído y el único remedio para evitar ese peligro es taponárselo con bolitas de papel. A Dante se le olvidó describir el círculo del infierno en donde los condenados fuesen mordidos y chupados por incesantes oleadas de chinches hambrientas. Algunas noches me hacen sentir el miedo a perder la razón. Pasearía, pero, ¿cómo si el piso de la sala es un entramado de cuerpos humanos? ¿Cómo, si hasta el vigilante de turno, el llamado imaginaria, ha de permanecer alerta inmóvil, sentado sobre su petate?

No disponemos de agua más que dos horas al día, por las mañanas. Las duchas, por lo tanto, no funcionan. Así, el sudor y el fino polvo que el viento arremolina en el patio y esparce hasta los últimos rincones van cubriendo de una capa pastosa y mugrienta nuestros cuerpos. El hedor a pies y a sobaquina se condensa en los dormitorios hasta un grado insoportable. Como la meseta se ha enfriado y el invierno nos ha invadido ya con sus vanguardias de cierzo y escarchas, el helor de las amanecidas despierta y acomete a los que ocupan las filas centrales. De ahí que cada noche, al acostarnos, estallen violentas porfías entre los partidarios de abrir las ventanas y los que se oponen a ello.

—¡Que se abran las ventanas!

—¡Que se cierren las ventanas!

—¡Viva la higiene!

—¡Muera la higiene!

—¡Que nos vamos a asfixiar!

—Peor que la mierda es la pulmonía. ¿Por qué no os venís

vosotros a dormir al centro y nos dejáis la pared a nosotros?

Los que duermen en el centro son los últimos que llegaron y muchos de ellos carecen de mantas y colchonetas. Tienen, pues, razón. Se hielan. Pero si no abrimos las ventanas, quedamos encerrados todos en una pocilga y expuestos, tan débiles estamos, a contraer cualquier grave enfermedad contagiosa. Y no hay fórmula útil para conciliar tan opuestos intereses y criterios. La única solución intermedia, aceptada por la mayoría después de mucho discutir y como mal menor, es dejar abierta una sola ventana, distinta cada noche. Sin embargo, alguien la cierra subrepticamente en cuanto nos dormimos, y, aunque otro la vuelva a abrir, no falta nunca quien la atranque definitivamente y nos obligue a pasar la larga noche sumidos en una atmósfera pestífera, de cloaca o pudridero, difícilmente respirable. Yo me despierto a menudo en el momento de la pesadilla en que me hundo en un lodazal, porque sueño con ciénagas y letrinas desbordadas, y tengo que encender un cigarrillo para quitarme el mal gusto de boca y contrarrestar momentáneamente las emanaciones de la humanidad que me rodea, y entonces me acuerdo de mi cama con olor a ropa limpia, de la tibieza y suave fragancia que trascienden del cuerpo de mi mujer dormida, del silencio apacible y arrullador de la alcoba, y me siento el hombre más desgraciado del mundo. Ella se levanta antes que yo, silenciosamente, y me despierta después de calentar agua y de preparar el desayuno.

—Vamos, dormilón, que van a dar las ocho.

Y me besa los párpados adormilados.

La mañana es luminosa e intensamente fría. Medio patio aparece cubierto por una delgada lámina de hielo en tanto que la otra mitad sigue seco. Sentado en el sitio de costumbre, y con la nariz goteante, Lopérez escucha la petición de un cliente. Los guardianes vigilan desde la puerta de la Jefatura de Servicios, de donde salen y a donde entran, tras unos minutos de permanencia al aire libre, para calentarse en la estufa que arde en la oficina. También ellos, con sus viejas guerreras, sus pelados capotes y sus rostros demacrados, revelan la penuria en que viven. Prestan sus servicios rutinariamente y sus relaciones con los presos se limitan a imponer el orden y la disciplina a gritos, a bofetadas o a puntapiés, incluso a fustazos, especialmente por parte de ciertos guardianes como Mula Romera, Portaviones, Grijalba y Goering, los más brutos y violentos entre los destinados al patio general, o como la Marquesona y el Chuti del departamento de celdas. Los presos saben que están mal pagados, que pasan hambre y que algunos reclusos, como Manolo del economato, obtienen de ellos, para sí o para otros, pequeños favores a cambio de comida o cigarrillos. Unos, como Villares, el jefe de servicios con el estómago hundido, pertenecían a la plantilla del cuerpo de prisiones antes de la guerra, y otros, como la Marquesona, Grijalba y Goering, deben su destino y empleo a méritos políticos o a ser excombatientes en la guerra civil. Aquellos, los «profesionales», llaman a estos últimos, despectivamente, «paracaidistas». Unos y otros saben, a su vez, que todo intento de aproximación a los presos con el fin de investigar, sonsacar o informarse, sería vano, y que si ellos son treinta para vigilar a casi

cinco mil hombres, son casi cinco mil hombres los que vigilan a esos treinta. Al director sólo se le ve los domingos, fugazmente, en el breve trayecto entre la Jefatura de Servicios y el pequeño local, la antigua escuela, donde se celebra la misa y, como siempre viene y va rodeado por los miembros de su plana mayor, los presos conservan de él una imagen borrosa, apenas identificable, y no odian su persona, sino su cargo. Al que sí odian en ambos aspectos es al administrador, porque les consta, por el testimonio de algunos funcionarios y de los compañeros que trabajan en su oficina, que de la exigua dotación del Estado para el sustento de la población penal, él extrae apreciables beneficios, de acuerdo con los proveedores, los cuales, a su vez, también se quedan con una buena tajada entre las uñas. Así, en las carretadas de nabos y berzas, base de la alimentación de los reclusos, una tercera parte de la carga es tierra, perpetrándose importantes sustracciones también en el suministro del sebo, huesos, leña, cebada, sacarina y sal.

Miles de hombres, cubiertos por las prendas de abrigo más diversas: gabanes, capotes de soldado, tabardos y mantas, los más afortunados; o con jerseys, guerreras o monos, los más menesterosos, ocupan, de pie, el patio entero, esperando el toque de formación para la misa, porque es domingo. Como en las salas, también en el patio se divide la población reclusa en tres bloques: el de los comunistas, por un lado; el de los anarcosindicalistas, socialistas y republicanos, por otro; y un tercero, incoherente y menos numeroso, cuyos miembros oscilan entre uno u otro de aquellos, según las circunstancias, pero sin ser admitidos nunca, por supuesto, en las interioridades de ninguno de los dos. El desenlace de la guerra civil, el pacto germanosoviético y la

participación de la URSS en la ocupación y reparto de Polonia, son, más que las divergencias ideológicas, las razones que mantienen divididos a los presos en posiciones antagónicas irreductibles.

Como no pueden pasear, por falta de espacio, forman corros, uno de los cuales es el formado por Molina, Olivares, Agustín, Robleda y otros amigos. De bocas y narices brotan, al hablar y respirar, débiles vaharadas blanquecinas que se esfuman en el aire diáfano, o espirales de humo de tabaco que se elevan lentamente hasta formar en lo alto una neblina blanquiazul y evanescente.

—¿Será verdad que Rusia ha atacado a Finlandia? —pregunta Agustín, pálido, con los cañones de la barba erizados por el frío, y añade—: Fijaos en el corro de los mandamases comunistas. Parecen muy contentos, ¿no? Coño, pues yo no creo que la cosa esté como para tomársela a cachondeo.

Efectivamente, el Támano, uno de los activistas más destacados del partido comunista, y sus compañeros de equipo muestran, si no alegría, sí una insólita sobreexcitación.

—Sí, es extraño —comenta Molina—, pero vaya usted a saber si es por la de Finlandia...

La noticia, filtrada a través del locutorio, circulaba por el penal desde el día anterior, pero de una manera confusa y en términos poco explícitos y poco convincentes. Unido su incierto origen a la inverosimilitud del dato, ni los comunistas ni los no comunistas la aceptaron como cierta, y sí sólo a título de rumor o de bulo. Atacar Rusia a Finlandia, ¿por qué, para qué? Por otra parte, ¿lo permitiría Alemania? Y si Alemania se callaba, habría que admitir que Hitler y Stalin lo habían concertado así previamente, lo cual daba pie a todas las suposiciones, por absurdas que parecieran. Por lo tanto, lo más prudente era permanecer a la expectativa.

Llega Pablo, hinchado bajo la bata blanca que encubre el grueso jersey de lana con que se abriga. Se advierte en su expresión que tiene algo grave que comunicar a sus amigos, quienes le acogen apresurada y amistosamente en su círculo y guardan silencio en espera de que hable.

—He leído el «Redención» que nos repartirán esta tarde.

—Bien, ¿y qué? —le pregunta el impaciente Agustín.

—Pues que es cierto que los rusos desencadenaron una fuerte ofensiva contra Finlandia hace justamente tres días.

—¿Estás seguro?

Molina no acepta nunca las noticias a su primer anuncio, aunque las crea. En el fondo, es cándido y crédulo, pero, quizá por eso, tiene la debilidad de ofrecer la cara contraria, de que es cauto y desconfiado.

—Y tan seguro —le contesta Pablo—. Aparte de que he leído «Redención», nos ha confirmado la noticia, con más detalles aún, el médico oficial —y, como Molina aún parece dudar, añade—: Coño, ¿es que quieres que te traiga un notario?

—No, hombre, no. Si te creo. Lo que me pasa es que no acabo de comprenderlo. Para mí no tiene sentido.

—No tendrá sentido, pero es la pura verdad, y no puedes imaginarte con qué lujo de hombres y material ha emprendido Rusia la invasión de Finlandia. Quiere repetir, sin duda, la hazaña de Alemania en Polonia, pero parece que los finlandeses no están dispuestos a ceder así como así y que están ofreciendo una resistencia feroz a los rusos.

—¿Y qué ha hecho Alemania? —quiere saber también Molina.

—Nada.

—¿Y las democracias?

—Nada de nada.

—Pues estamos listos —comenta Agustín.

Y Olivares apunta:

—Eso es, seguramente, lo que trae alborotados a los comunistas.

—Seguro —conviene Pablo—. Ellos ya lo saben, porque Velázquez, ese médico que es camarada suyo, ha salido corriendo de la enfermería antes que yo para ir a contárselo.

—A que nos vienen ahora con que los finlandeses son fascistas... —dice Robleda.

—Hombre, claro; es su costumbre —puntualiza Higinio.

—Qué pregunta, Robleda —y Molina sonríe—. Pero, hombre... A ver si lo entiendes. Hitler es amigo y aliado de Stalin, pero la propaganda nazi acusa a sus enemigos de comunistas y judíos, y la rusa, de capitalistas y fascistas a los suyos. ¿Está claro?

—Sí, tan claro como el carbón —sentencia Agustín y añade—: Esto sí que es diabólico, hiperbólico y simbólico.

Este nuevo episodio entenebrece aún más la oscura y peligrosa perspectiva que el destino presenta a los presos. La política que, para muchos de ellos, habría supuesto siempre, a pesar de los errores, miserias y limitaciones de los hombres que la protagonizan, una franca pugna de ideas en servicio de la humanidad, empieza a revelárseles crudamente como una maraña de sucias maniobras, sin moral ni belleza, que no tiene otro fin que el espasmo del poder y la dominación. Con mentiras, engaños, torturas, crímenes y ruinas. Pura animalidad triunfante. Corrupción y muerte, muerte y corrupción, corrupción, muerte...

Olivares, pensativo, mira a su alrededor. Sus compañeros tratan en vano de descifrar la incógnita que la conducta de Stalin

encierra. Los demás hablarían de lo mismo o ¿de qué, si no? En el fondo, unánimes en la aspiración suprema y última de sobrevivir, sobrevivir, sobrevivir. Tras sus miles de ojos, millones de células, ordenadas en escuadrones, al resguardo de la piel, trabajan intensamente en la viscosa oscuridad de tejidos y órganos por mantenerse vivas, imponiendo, a ese fin, sus exigencias a la actitud humana frente a su contorno físico y moral. ¿Son ellas entonces, las células, las que mandan en los hombres? En ese caso, ¿son la matriz y los ovarios los que miran al varón por los ojos de la hembra, y son las glándulas seminales masculinas las que contemplan a la hembra desde los ojos del varón? Y en otras ocasiones, ¿son el estómago, el hígado o el vientre, los que se asoman a las pupilas humanas? ¿No contiene el hombre más que legiones de células ávidas? ¿Nada más? Si es así, ¿de dónde le llega el sentimiento de la armonía y de la belleza que florece en sinfonías de palabras, de música, de colores y formas, dónde se generan sus sublimes impulsos de amor y sacrificio, de dónde le nace la capacidad para desmaterializarse en los raptos de su imaginación creadora? ¿Qué es el hombre, en definitiva: un animal o un dios frustrado?

Es Agustín quien pone punto final a la discusión:

—Pues con el aperitivo de Finlandia y media hora tiesos oyendo misa, más nos valdría que no hubiera salido hoy el sol.

Suelen asistir a misa, que se celebra en la escuela, formados en el patio y siguiendo las órdenes de la corneta: ¡firmes!, ¡en su lugar, descanso!, ¡rodilla en tierra! Media hora larga, larguísima, interminable. Como postre, los tres himnos. La ceremonia constituye siempre para ellos una humillación y una tortura. Esta mañana, el frío aumentará su sufrimiento, un sufrimiento inútil,

que sólo puede agradar a los que les obligan a soportarlo sin importarles el sacrilegio colectivo que conlleva, porque los presos, aun los que conservan algún poso de la fe católica que les fue impuesta en su niñez, pasan el tiempo de la misa murmurando y maldiciendo para sus adentros y hasta para sus afueras.

De pronto, suena la corneta que les llama a formación.

—¡La misa, maldita sea! —exclama Agustín:

Los hombres se mueven con lentitud, confundiéndose de sitio, a pesar de que cada uno tiene señalado un lugar en el patio para las formaciones, y tropezándose adrede unos con otros, única manera de demostrar sordamente la aversión y la repugnancia íntimas que sienten al verse obligados a participar en un acto religioso contra su deseo.

Los guardianes recorren las filas apremiando y empujando a los remisos y sin dejar de gritar:

—¡Venga, rápido! ¡A formar! ¡A formar!

Al fin quedan encuadrados en bloques compactos.

—¡Fir-més!

Los guardianes se colocan a la cabeza de las columnas y, cuando se da la orden de marcha, los presos ven, asombrados, que se les conduce a sus respectivas salas.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué no hay misa hoy?

—¿Se habrá muerto don Germán?

—¿Habrá revolera por ahí?

Cualquier cambio en la rutina carcelaria, por mínima que sea, excita la imaginación de los reclusos, siempre en estado de alerta, que trata de buscar una justificación acorde con sus deseos, aun a trueque de su inverosimilitud. Si, por ejemplo, se retrasa en unos

minutos el toque de diana, alguien dice:

—Se ve que la situación política en la calle, anda algo revuelta. Me dijo ayer mi hermana en la comunicación, que falangistas y requetés están a la greña, porque éstos pretenden que no corra más sangre y que vuelva el rey, mientras que los otros piensan en todo lo contrario. Se va a liar la gorda entre ellos. A lo mejor ya está liada...

El día en que esto ocurrió por primera vez, se supo más tarde que la demora se debía a que aquella mañana fueron tantos los condenados a muerte ejecutados junto a las paredes del cementerio, que hubo necesidad de invertir en los preparativos más tiempo del previsto. Pues a pesar de ese chasco y de otros muchos, con ocasión de cualquier anomalía, siempre se atribuye a la alteración una causa que de algún modo presagie un cambio también en la vida de los presos según los augurios de los más optimistas, aunque sea disparatada y sin ningún apoyo informativo racional.

Formados en la sala, el guardián elige con la vista al que sobresale entre todos por su estatura, un verdadero espantapájaros, delgadísimo, de cabeza diminuta y largo cuello.

—¡Tú! ¡Ven aquí! —le grita.

Pepe el Largo sale de las filas y se dirige a donde está esperándole el funcionario. Dos pasos antes de llegar a su altura se detiene, junta los pies y levanta el brazo. Viste un gabán que le cuelga muy por debajo de las rodillas y tan amplio que casi da dos vueltas a su cuerpo y que se ajusta con un ceñidor de cuero. El funcionario le hace una seña para que baje el brazo y le entrega un pequeño libro.

—Tú leerás desde aquí, en voz alta, las preces de la misa

siguiendo los toques de corneta, ¿entendido?

—Sí, señor.

Y el funcionario dice después a Totovía:

—Y usted será responsable del orden y el silencio en la sala mientras dure la función, hasta que suene el toque de romper filas, ¿estamos?

—Sí, señor.

El funcionario desaparece entonces y quedan juntos Pepe el Largo y Totovía, formando así pareja el más alto y el más bajo de entre los hombres de la sala, pareja que inmediatamente sugiere a todos la de Don Quijote y Sancho.

Y en seguida cundió el cuchicheo de los comentarios:

—¿Qué sucederá para que no quieran que pasemos frío en la misa?

—No será cosa de don Germán, no.

—Lo que es por ese... ¡Valiente marrano!

—Seguramente, han querido evitar el zapateo del último domingo —apunta Molina.

—O el espectáculo de los que se caen al suelo mareados —dice Olivares.

El tí, tí, tí, de la corneta anuncia la entrada del director en el patio. Totovía se cuadra instintivamente y cesan los rumores. Y, al siguiente toque de corneta, el pequeño jefe de sala se vuelve hacia la formación, rígido, empinado sobre las puntas de sus pies, para repetir la orden con una arrogancia y una energía militares que no le caben en el cuerpo:

—¡Fir-més!

Pepe el Largo tiene voz de sochantre, un poco temblorosa y engolada, que se le escurre por entre los huesos de su dentadura

incompleta. Su empeño en darle un tono solemne y sus continuos tropezones con las palabras truecan el acto en una grotesca parodia que provoca la chufla entre sus oyentes. Cuando, en cierto momento, Pepe el Largo dice: *¡Qué bueno es Dios y cuántos beneficios nos hace! ¡Qué bueno es Jesucristo y cuánto nos ama!*, los abucheos y las risas se superponen a su voz.

—¡Silencio! —grita entonces Totovía, en actitud de gallo de pelea con las plumas erizadas—: ¡Que viene hacia aquí Mula Romera!

Y cesan las risas. Y vuelven a oírse los trémolos de Pepe el Largo.

—Te he puesto en el paquete una pastilla de turrón y media botella de anís. Es un regalo de Matilde. El chocolate y la leche condensada los hemos conseguido en el economato militar por medio de Fernando.

Hoy es víspera de Navidad, y esta noche, Nochebuena. Gracias a la comunicación extraordinaria que se nos concede a los suscriptores del semanario «Redención», sólo somos siete los que comunicamos a la vez, por espacio de diez minutos, y puedo oír y entender lo que mi hermana Alfonsina me dice. La oigo y la entiendo, sí, la oigo y la entiendo, pero su palabra y su voz son como una música olvidada que, al sonar de nuevo en mis oídos, evoca en mí recuerdos lejanos de otras navidades, en el tiempo de nuestra infancia, cuando, ayudados por nuestro padre, montábamos el Belén y deliberábamos seriamente sobre si el tren debería quedar más lejos del portal, *el humo puede molestar al niño*, o sobre cómo distribuir las ovejas en el monte, *¿y si se*

pierden y las atacan los lobos?, o sobre dónde colocar el molino de viento, *¿para qué sirven los molinos de viento, Federico?*, o cuando tras una interminable noche de insomnio, a pesar de las advertencias de los mayores, *si los Reyes Magos os encontras despiertos, sólo dejarán carbón en vuestros zapatos*, corríamos al balcón, *¡niños, que vais a pillar una pulmonía!*, para recoger los juguetes... Otras navidades, ya de mayores, al tiempo que las murgas recorrían las calles cantando villancicos con el son de tanguillos de Cádiz, nosotros íbamos a cenar con la familia de don Evaristo y éste nos hacía levantar y volver a sentarnos de golpe, después de cada plato, al grito de *¡ad recalcandum!*, y otras noches de Reyes en que cambiaba besos y sencillos regalos con Aurora en su ventana, y todo era paz en torno, y el aire olía a mar, y los ojos de la muchacha se llenaban de mí, y, más lejos, el círculo se cerraba con las músicas errantes de las pandillas de alegres rondadores.

—Ni los abuelos, ni los tíos, ni los primos, se han acordado de ti en estas fechas, como si hubieses muerto, pero no te preocupes, porque mamá y yo te tenemos presente cada minuto del día, y esta noche, más que nunca, nuestro pensamiento lo ocuparás tú.

Alfonsina sonríe, pero no puede evitar que las lágrimas reprimidas humedezcan sus ojos. Las dos mujeres cenarán solas esta noche, y lo de siempre, porque lo extraordinario lo han reservado para mí.

—Cenará con nosotras Fernando. Así no estaremos solas.

—Me alegro que así sea —y sigo diciendo—: la próxima Navidad la pasaremos juntos todos.

Y ella me cuenta entonces que Fernando ha oído decir que van a revisar nuestras condenas, porque han comprendido, al fin, que

nos han juzgado demasiado atropelladamente, a ciegas.

—Pero siguen matando —le digo.

—Sí, pero tú ya estás fuera de peligro. No pienses en eso.

—¿Cómo no voy a pensar en eso si aquí hay ejecuciones dos días por semana? Es nuestra pesadilla. Mayor que el hambre, la suciedad, los piojos...

Apenas sabe noticias de la guerra.

—Lo de Finlandia nada más. Parece que Rusia no puede con ella.

—No importa. En la primavera atacarán las democracias y desaparecerá el fascismo, y entonces...

—Pues Fernando cree que le van a licenciar antes de la primavera, y como tú tienes que ser nuestro padrino de boda, ojalá suceda eso que dices para que podamos casarnos pronto.

¿Quién y qué clase de persona será Fernando? La verdad es que ya no me importa que haya luchado durante la guerra en las filas de Franco, ni que haya sido o siga siendo falangista, si, como me supongo, no ha tomado parte en la represión, porque es la represión la zanja que separará a unos de otros quién sabe cuánto tiempo, sobre todo en los pueblos y en las pequeñas ciudades, donde la forzosa convivencia de víctimas y verdugos mantiene al odio más en carne viva. *(No lo olvides, hijo; ese fue quien denunció a tu padre, quien apaleó a tu padre, quien mató a tu padre, o a tu madre, o a tu hermano, o a tu hermana o a tu hijo... Ese fue el que nos robó la hacienda. Míralo bien. Ahí lo tienes, tan campante, como si no hubiera hecho nada malo. Si algún día puedes, dale su merecido y hazle pagar ojo por ojo y diente por diente, sin compasión, porque él tampoco tuvo compasión por nadie).*

—Tengo ganas de conocer a Fernando. ¿Por qué no te

acompaña un día?

—Yo también quiero que os conozcáis, pero a él le da un poco de reparo, ¿sabes? Teme que, en la situación en que te encuentras, no seas capaz de..., aunque yo le digo que sí, que tú comprendes...

¿Cómo negarle a Alfonsina el derecho a disponer de su vida? ¿En nombre de qué, por qué, para qué? ¿Qué culpa tiene ella de lo ocurrido en España y, sobre todo, de que yo perteneciese al bando vencido? Bastante ha penado ya por mi causa. A ella le toca decidir con entera y absoluta libertad aunque me duela su decisión quizá por egoísmo más que por razones ideológicas, porque, en adelante, iré perdiendo posiciones en su corazón. Uno tiene que admitir que su hermana es también una mujer, que algún día se irá con otro hombre para formar familia aparte. Así debe ser, pero no puedo evitar la tristeza que me produce reconocerlo.

Alfonsina sigue hablándome de las míseras condiciones en que vive la población que nosotros llamamos libre.

—No hay nada de nada en las tiendas. Los artículos de comer como el pan, el aceite, la harina de almortas, los nabos, las patatas y las legumbres, se quedan en los pueblos, pero como está prohibido salir de la ciudad en busca de esos alimentos, has de acudir a los acaparadores y estraperlistas y has de aceptar lo que te den por lo que te pidan, si es que te ofrecen algo y tienes el dinero suficiente para adquirirlo. La carne y el pescado andan por las nubes y apenas se ven. El café es un lujo sólo al alcance de los privilegiados. Por eso, la gente no tiene más preocupación que la de matar el hambre con lo que sea y como sea. Con decirte que la pobre mamá pasa horas y horas en la calle, de aquí para allá, de

cola en cola, para conseguir algo de comer o que quemar, porque hasta las astillas y el carbón escasean... El azúcar es un sueño y empleamos sacarina. Nosotras, gracias al economato de Fernando, aunque pasamos necesidad, no somos de las personas que escapan peor.

Yo puedo imaginarme muy bien lo que sucede, que no es otra cosa que la agudización del hambre que ya se padecía en los últimos meses de la guerra, agravada, por supuesto, para los vencidos por el miedo y las represalias. El hambre y el terror obseden y destruyen en el ser humano todo lo que está por encima del mero instinto primario de supervivencia. Hambre negra, dicen, y es verdad.

Suena el silbato del vigilante y Alfonsina y yo nos inmovilizamos mirándonos a los ojos y sonriendo dolorosamente. ¿Era tan sólo Alfonsina quien se alejaba de mí? Sí, era Alfonsina, mi hermana, pero con ella se iba, además, todo lo que para los presos significa el otro mundo, el que se extiende más allá de las murallas que nos rodean, mundo ese en el que aún se podía amar, aunque uno tiritase de frío y desfalleciese de hambre, en el que, aún con el terror a cuestras, se podía llorar, afanarse por algo, disponer de tiempo y de intimidad.

En el patio, me preguntan mis compañeros:

—¿Qué?

—Hambre, miedo y guerra en Finlandia.

—Eso mismo me han dicho a mí.

—Y a mí.

Pero todos tratamos de disimular nuestra íntima pesadumbre.

—Hambre, cochambre y pelambre —dice Agustín.

La marquesina tiene un fleco de carámbanos y está

anocheciendo rápidamente. En los rincones resguardados del viento se arraciman, para darse calor, los reclusos que no tienen más ropa de abrigo que el mono o sucias y rotas guerreras militares. Son los que vinieron aquí desde campos de concentración, mugrientos y exhaustos, los más pobres y desamparados de entre toda la población reclusa. Algunos ya no son más que piel sobre huesos, y ojos, suplicantes unas veces y siempre ávidos, y, a menudo, opacos y fugitivos. Como se sabe que el rancho de esta noche va a consistir en garbanzos abundantes, aderezados con sustancia de oveja o carnero, la vida para estos hombres pende ahora exclusivamente, obsesivamente, del toque de corneta. Y suena la corneta y todos corremos a formar. Ya es de noche. Está helando sobre hielo y el frío, un hálito húmedo que penetra la ropa, entumece nuestros brazos extendidos mientras nuestras voces, tristes voces entrecortadas, vacilantes, ateridas, entonan, gimen los himnos triunfales de guerra, de victoria, de la grandeza patria y del imperio hacia Dios.

Ya en la atmósfera más suave de los dormitorios, nos recuentan rápidamente y, después, se sacan a colación en los grupos o repúblicas las viandas que cada uno ha recibido. En el mío, comemos y bebemos hasta saciarnos, cosa que no habíamos logrado desde que comenzó la guerra. Aún sumergidos en este ambiente desolador, infrahumano, nosotros podemos considerarnos favoritos de la suerte, porque son más los que, por carecer de familia o ignorar ésta su paradero o haberle repudiado o padecer la más absoluta miseria, no han recibido este día ninguna muestra de solidaridad exterior. Y nosotros tratamos de paliar este abandono repartiendo entre ellos algunas golosinas, cigarrillos, parte de las raciones de vino que se nos ha autorizado a

adquirir en el economato, y cediéndoles, por supuesto, nuestro rancho. Así han podido aplacar el hambre que les corroía, hasta la hartura, y alegrar un poco sus espíritus. Así han recobrado su nivel de seres humanos, y han reído, y han cantado y han llorado finalmente, por dentro o por fuera, igual que nosotros, porque ni la saciedad ni el alcohol nos enajenan hasta el punto de ignorar la cobardía y el egoísmo que se ocultan en el fondo de nuestra conducta. Porque nos acordamos de los nuestros y queda sin respuesta la misma interrogante que a todos nos remuerde:

—¿Qué habrá cenado esta noche mi madre y en qué ambiente de aflicción?

—Y en mi casa, ¿qué habrán cenado mi mujer y mis hijos?

—¿Cómo ha logrado mi mujer traerme estas cosas?

Y si no nos hubiesen traído nada, ¿qué pensaríamos? De cualquier forma nos toca sufrir, y el remordimiento amarga el final de la fiesta y, cuando suena el toque de silencio, nos dejamos caer sobre los petates, doblemente tristes, mientras oímos algún que otro sollozo ahogado.

No podemos dormir y pronto empiezan las carreras hacia las letrinas. El atracón de garbanzos y sebo ha descompuesto los vientres. Algunos vomitan. Otros no pueden contenerse y descargan sus intestinos sobre los que yacen acostados, entre protestas, gritos y maldiciones. Y llega el momento en que la letrina se desborda y los excrementos invaden la zona de los petates. Entonces, la confusión y el escándalo llegan al paroxismo. Se produce la desbandada de los afectados por la inundación, que corren, de un lado a otro, con el petate auestas, en busca de un intersticio donde incrustarse. Pero no quedan sitios donde puedan extender sus colchonetas y han de conformarse con envolverse en

sus mantas y echarse así a los pies de los demás, que, a su vez, oponen resistencia, remoloneando o a gritos. El espectáculo no puede ser más deprimente y vergonzoso. Menos mal que al fin se impone el pequeño y enérgico Totovía echando en cara a todos la falta de compañerismo y de compasión. *¿Cómo queréis que nos respeten los guardianes si no nos respetamos nosotros mismos? U os calláis sin más o presento mañana la renuncia a mi cargo.*

El efecto de sus palabras es fulminante. Se acallan las voces de protesta y el murmullo se convierte poco a poco en silencio. Totovía es amigo de todos y, más de una vez, con su tiesura militar y su voz tonante, que a nosotros nos ha hecho reír, pero que resulta muy eficaz para el mando, nos ha sustraído a las tarascadas de los funcionarios, ha encubierto nuestras faltas o, al menos, ha suavizado sus consecuencias. Por eso le queremos y le estamos agradecidos, a pesar de su ridícula figura. Y no sólo le obedecemos ahora en el acto, sino que consigue, además que se abran las ventanas, todas, porque la pestilencia nos ensucia la boca y nos revuelve el estómago.

—Y pensar —dice junto a mí Molina, más inspirado que nunca — que en iglesias y catedrales, en el Vaticano y en los palacios de los obispos y de los poderosos se celebra esta noche el nacimiento de Jesús, el pobre, y que esta es la noche buena, la del amor y la fraternidad... y del perdón. ¿Dónde está el perdón de los cristianos? ¿Dónde está Cristo?

—Aquí —contesta Higinio.

—Tal vez tengas razón —dice Agustín.

—Pues yo creo que no está en ninguna parte —dice Robleda.

Y yo digo:

—Esté o no esté aquí o en ninguna parte, por lo menos podrán

dormir tranquilos los condenados a muerte, porque mañana no habrá ejecuciones.

Y Lopérez, que apenas ha hablado en toda la noche, murmura:

—Ya es bastante.

IV

Y llegó la primavera de la altiplanicie. Los presos se apelotonaban en la mitad del patio calentado por el sol mientras permanecía casi desierta la otra mitad, en umbría permanente y con residuos de hielo aún sobre el cemento. Algunos, no obstante, optaban por la zona fría para pasear y desentumecerse. Don Mario, amigo de Lerroux y en un tiempo alcalde de su ciudad andaluza, con sus ochenta años auestas y una perniciosa enfermedad progresiva que agarrotaba sus miembros, era el más destacado andarín, pues se había impuesto la obligación de recorrer el perímetro del patio varias veces cada jornada.

—Tengo que andar todos los días cinco kilómetros como mínimo, porque es la única manera de contener la parálisis que avanza desde los pies y las manos hacia el vientre y el corazón. En cuanto me descuide y deje de andar, la muerte se me colará dentro.

Era un anciano de ojos saltones, rostro abotargado, y sin más materialidad que la piel colgando de sus huesos ateridos. Andaba penosamente, arrastrando los pies calzados con pantuflas de franela, apoyándose de cuando en cuando en las paredes, sostenido e impulsado únicamente por una irrefrenable ansia de vivir.

En las tardes de invierno se le veía caminar trabajosamente, húmeda la nariz, lacrimosos los ojos, jadeante, como un moribundo que así tratara de hurtarse a la persecución de la muerte. (*¡Dios mío, dame sol! ¡Dame aire, Dios mío! Ay, si estuviera en mi pueblo*).

—Quiero ver cómo termina esto.

A veces, su rostro aparecía amoratado, como si toda la sangre se le subiese a él; otras, blanco como una hostia, como si su corazón ya no fuese capaz de bombearla y se fuese muriendo de fuera a dentro. Contaba las vueltas. (*Ya sólo me faltan dos kilómetros*). Y sonreía como un héroe.

—Quemaron las iglesias siendo yo alcalde. No pude hacer nada para evitarlo, ¿comprendes, hijo? Ahora quieren hacerme purgar aquello. Y yo me pregunto: ¿dónde se habían metido entonces los que ahora me inculpan? ¿Por qué no se echaron a la calle para impedirlo? Ya ves, hijo me han condenado a treinta años de prisión. Y yo me pregunto: ¿es que no se dan cuenta de que no podré cumplir su condena?

Una de aquellas mañanas, cuando los gorriones piaban con más fuerza, persiguiéndose en el aire para copular, don Mario se sentó en el banco de cemento, rendido. Molina fue el primero en advertirlo:

—¿Qué le pasa a don Mario?

Y Molina y sus amigos acudieron a su lado. Tenía cerrados los ojos y mojadas por un llanto frío las mejillas. Se le había descolgado la mandíbula y ya no alentaba.

—Se ha entregado —dijo Agustín—. Era un valiente.

Entre todos le llevaron a la enfermería, una sala con catres desnudos, donde otros hombres esqueléticos esperaban también

la muerte. Y en la tarde del mismo día, sus innumerables compañeros, formados en el patio, despidieron sus restos encerrados en una caja de pino sin pintar, con los cantos del Requeté y la Falange, con el himno nacional de Pemán y los gritos de España una, grande y libre, y el corazón en la garganta. Fue el primero y el último ceremonial fúnebre en la prisión, porque, a partir de entonces, los cadáveres desaparecieron sin ruido casi clandestinamente, con rumbo al cementerio.

—Mira que morirse ahora, cuando la Comisión de Examen de Penas le habría rebajado tanto la condena que quizá se hubiera podido ir a su casa... —dijo alguien.

—Ya era tarde para él. Le mataron al encerrarle en la cárcel, porque tenía ya ochenta años y estaba enfermo —dijo Pablo y añadió—: Y le seguirán muchos. Tenemos en la enfermería varios casos sin remedio. Se mueren de hambre, aunque nosotros decimos, para disimular, que de carencia... Algunos quizá se curarían comiendo, pero, con el rancho que nos dan, no hay esperanza.

Primero, Polonia. Luego, Finlandia. Y ahora, ¿qué? ¿Cuándo va a empezar la guerra de veras? Yo creo que se tienen tanto miedo las democracias y las dictaduras que ningún bando se atreve a apretar el gatillo, y que cada uno de los dos espera a que sea el otro el que se decida. Es desesperante esta calma. ¿Se estará tramando una nueva traición? Ay, nosotros estamos tan acostumbrados a que nos traicionen... Pero, ¿puede quedarse así, en tablas, la partida? ¿Qué pueden esperar las democracias si ceden nuevamente al chantaje de Hitler? Luego, pedirá la luna. Y más tarde... Y yo, ¿qué

puedo decir a mis amigos para que no se desmoralicen ni se entreguen a la desesperación? Rosario no me trae ninguna noticia que se pueda creer y aquí no circulan más que trolas que inventamos nosotros mismos. Pero si hasta la prensa oficial no sabe qué decir y, aunque jalea a los dictadores (*Hombre, ya no se ataca tanto a Rusia y parece que han sido aplazadas las ejecuciones de algunos destacados dirigentes comunistas*), lo cierto es que no consigue justificar esta sospechosa quietud en los frentes. Los franceses y los ingleses pasan el tiempo despiojándose al sol junto a los fortines de la línea Maginot. Y los alemanes, ¿qué hacen, qué proyectan? Olivares opina que los alemanes no pueden permanecer mucho tiempo inactivos, porque el tiempo es el gran aliado de las democracias.

—Y tú, Molina, ¿qué piensas? —me acuciaron Pablo, Agustín, Robleda, Higinio y los demás.

No me queda más salida, pues, que apoyar la teoría de Olivares, aunque entre mi amigo y yo existe una diferencia fundamental, y es la de que él cree en ella y yo no.

—Alemania es una verdadera máquina de guerra a punto, mientras que los aliados se encuentran en la fase de ensamblar las piezas de distintas maquinarias para formar un todo medianamente homogéneo. La inactividad puede oxidar aquella y, por el contrario, ayudar a la coordinación de los elementos aliados, que son muchos y poderosos, pero desajustados —es, en síntesis, lo que suele decir Olivares.

El médico oficial, según Pablo, cree que Inglaterra se avendrá a un acuerdo con Hitler para el reparto del mundo. Hitler respetaría el imperio británico a cambio de tener las manos libres en el Este de Europa y de crearse un nuevo imperio colonial a costa de

Francia, de Holanda, de Bélgica, y hasta de Portugal. Pablo no admite esa posibilidad ni yo tampoco. *Los ingleses podrán ser todo lo que queráis, menos tontos y suicidas.* Son palabras de Federico que hago mías. No, por ahí no tiene nada que esperar Hitler. Entonces, ¿qué espera?

Nosotros esperamos todo y no sabemos qué. Estamos solos, olvidados, pero vivimos, que es lo importante. Ahora nos dan habas para comer. Los leños las reciben, verdes y jugosas, en sus paquetes familiares, y se las comen al sol, saboreándolas deleitosamente, primero las vainas y, finalmente, los granos. También nos venden habas dulces y tiernas en el economato. Agustín las engulle como si fueran rosquillas. Todos las comemos con fruición. Y engordamos.

—Hagámonos a la idea de que somos bueyes —dice Robleda.

—Sí, bueyes condenados al matadero —apostilla Adolfo.

—Pablo llegó corriendo al grupo que formaban Molina y sus amigos.

—¡Por fin ha empezado el tomate! —explotó.

—¿Qué tomate? —quiso saber Olivares.

—El follón. La guerra de verdad.

—¿Sí? ¿Cómo? ¿Dónde? —le apremió Agustín. Entonces Pablo miró, sonriendo, a sus amigos, que estallaban de impaciencia, y habló

—Alemania ha invadido Dinamarca y Noruega. Nos lo ha dicho el médico oficial.

—¡Ya era hora! —exclamó, alborozado, Olivares, y añadió—: Se acabaron las dudas, compañeros.

La noticia cundió por entre la población reclusa como un calambre. Empezó a discutirse acaloradamente en los corros y el tono de las conversaciones se elevó tan de súbito, formando un clamor tan estruendoso, que los guardianes, alarmados, fueron a tomar posiciones en los laterales a fin de vigilar mejor los movimientos de los presos.

—Ya veis, apenas hemos levantado un poco la voz y ya tienen miedo, como si media docena de hombres con pistola pudieran dominarnos si nos decidiésemos a atacarles. En dos minutos no quedaría de ellos ni rastro —dijo Agustín.

Y Olivares observó

—Que es justamente lo que quisieran nuestros enemigos para ametrallarnos después a mansalva y no dejar vivo ni a uno solo de nosotros.

—Ahora, menos que nunca —Molina levantó el índice y siguió diciendo—: Nuestro puesto está aquí. Es claro que podríamos escapar si nos lo propusiéramos. Excavar un túnel desde la sala a la huerta por debajo del recinto no es nada imposible. Pero, ¿y qué? ¿Qué haríamos luego sin armas ni dinero? Nos denunciaría la gente, cualquiera, por miedo, mucho antes de que pudiésemos llegar a Francia. No, nada de cacería a costa nuestra. Aquí, y a esperar. La solución nos tiene que venir de fuera. Ahora sí que resistir es vencer.

Inesperadamente sonó la corneta. Era el toque de formación. El jefe de Servicios gritó desde la puerta de su oficina:

—¡A formar! ¡Rápido!

Aquel día le tocaba a Goering, el tripudo y estirado carcelero de galones relucientes y gorra muy levantada por delante. Se decía de él que estaba al servicio de la Gestapo y que había

participado en los fusilamientos de Badajoz, cuando las tropas de África tomaron aquella ciudad, al principio de la guerra. *Yo me cago en la puta madre que parió a todos los rojos. Lo que es por mí, ya no quedaría ni uno solo para muestra, y nos evitaríamos tener que darles de comer por no hacer nada*, solía decir cuando se enfurecía, que era muy frecuente.

El guardián preferido de Goering era Portaviones, un gañán cuadrado vestido de uniforme, cuya especialidad era abofetear a los reclusos que pillaba en falta, hasta dejarles sin sentido. Un guantazo de Portaviones equivalía a la coza de un mulo. Él mismo se jactaba de su brutalidad y, de la eficacia de sus golpes, y añadía: *Lo peor de todo son los mocos y la sangre que se me pegan a las manos. Estos rojillos no tienen más que porquería por dentro.*

—¿A formar ahora? ¿Qué pasará?

—Miedo. Que nos tienen miedo.

—¡Rápido, rápido! —azuzaban los guardianes.

El patio se vació rápidamente y se cerraron las puertas de los dormitorios. De pronto, el penal quedó en silencio, como si estuviera deshabitado, pero no tardó mucho en rebrotar paulatinamente el vocerío en las salas y verterse sobre el gran cuadrilátero desierto. Totavía, acosado a preguntas, se excusaba así

—No sé nada. Lo único que he podido averiguar es que esperan a alguien.

—Aquí hay gato encerrado. Gato, garabato y aparato —y Agustín siguió diciendo—: No me gusta un pelo. Ya sabéis lo que ha ocurrido en otras prisiones, ¿no? Se inventan un complot de los presos contra el Régimen, se acusa de ello a unos cuantos, se les juzga y se les fusila, y así se libran de los que creen más peligrosos.

A ver si están esperando a los oficiales de un consejo de guerra especial, muchachos, que vengan a liquidar a unos cuantos supuestos sediciosos...

—Pues yo no diría ni que sí ni que no, porque son capaces de eso y de mucho más. A lo mejor tiene esto algo que ver con lo que pasó la semana pasada, cuando las viuditas de guerra vinieron a pedirle al director que les entregaran a los presos que tenían apuntados en una lista para hacer con ellos un escarmiento... —y Joaquín terminó con un insulto—: Las tías zorras esas...

—¿Y si se han sublevado los falangistas o los requetés? —apuntó Jesús.

—O han dado un golpe los militares, mira tú; que hay que estar en todo —sugirió Adolfo.

Lopérez, que permanecía callado, como traspuesto, se recobró repentinamente.

—No sean ustedes criaturas —dijo—. Aquí ya no pasa nada, porque ya pasó todo lo que tenía que pasar —y se calló, hundiéndose de nuevo en sus propias cavilaciones.

—Pues algo está ocurriendo —insistió Higinio—. Y si no, ¿por qué nos han encerrado en las salas?

Siguieron analizando las posibles causas de la alteración del orden carcelario dándole vueltas y más vueltas al asunto, empecinados, obsesos, perdidos en un círculo vicioso del que no eran capaces de escapar. Al fin, Olivares, cansado de divagaciones sobre supuestos gratuitos y fantasías inverosímiles, sugirió una nueva idea:

—Sea lo que fuere, el caso es que nosotros no podemos adivinarlo, pero hay una cosa cierta y es que no debemos continuar así, sin disponer de un buen sistema de información.

Tenemos que organizarlo y pronto, porque, a partir de ahora, en que la guerra ha comenzado en serio, pueden suceder en España muchas cosas decisivas para nosotros. Está claro que nuestra suerte depende de la marcha de esa guerra, ¿no es verdad? Pues si es así, resulta imprescindible estar informados al día, si no queremos que nos pille el toro, ¿estamos?

La propuesta de Olivares fue muy bien acogida e, inmediatamente, cada cual la tomó como propia, enredándose en decir lo mismo, en dar vueltas de noria en su torno, pero sin alumbrar soluciones.

—Es la única manera de no ser sorprendido como hoy por los acontecimientos —dijo Molina—. No hay más remedio que estar en comunicación directa con la calle, y no sólo para saber lo que ocurre en el mundo, sino para que los de fuera conozcan lo que pasa aquí dentro.

—Hay que formar comités de sala y un comité general de la prisión, como los teníamos en Madrid. Entonces sí que estábamos bien enlazados con los compañeros de la calle y...

Agustín, impaciente, le interrumpió

—Está bien, Higinio, todo eso está muy bien. Pero, ¿cómo, de qué manera? Porque no estamos en Madrid, sino en un pueblo perdido en el campo, cuyos habitantes nos odian, porque estuvieron en zona roja y ahora quieren demostrar que son más franquistas que Franco. Nos harían picadillo, si pudiesen. Ya sabéis lo que pedían las viudas y lo mal que se portan con nuestras familias cuando vienen a visitarnos. Así que mucho ojo, no sea que demos un traspiés y nos veamos metidos en uno de esos complots que te organizan nuestros enemigos por menos de nada.

—Naturalmente que es peligroso, pero o seguimos así o

corremos ese riesgo y otros. No hay más alternativa —le replicó Olivares.

—Ya lo sé —continuó diciendo Agustín—. Pero creo que hablamos demasiado y que en este caso huelgan ya las palabras. Hacen falta ideas, hechos, y a la chita callando, ¿comprendes, Federico? Nos jugamos el paredón, compañeros. Y ahora, ¿nos fumamos un pito? —e hizo una seña para llamar la atención de sus contertulios sobre los curiosos que se habían detenido a escuchar.

—Sí, tienes razón; vamos a liar un pitillo —accedió Molina, comprendiendo su intención.

Y, mientras liaban los cigarrillos, Agustín exclamó en voz alta:

—¡Todo esto es muy profuso, confuso y difuso, compañeros!

Y guardaron silencio, un silencio demasiado expresivo para que no supieran interpretarlo los curiosos, quienes lentamente empezaron a dispersarse. Al poco rato, se oyó una voz:

—¡Ya llegan! ¡Ya llegan!

Gritaba un hombre que, encaramado sobre una pila de petates, miraba al patio desde una ventana.

—¡Eh, muchachos; ya vienen! —repitió, vuelto de cara a sus compañeros.

El aviso desató los nervios de la gente. Todos quisieron entonces ver lo que ocurría en el patio, y se produjo un desordenado acarreo de petates, protestas y broncas por ocupar un sitio en las ventanas. Federico fue uno de los primeros en abrirse paso y ocupar un buen puesto de observación, desde donde se volvió a los que habían quedado abajo para recomendarles, por señas, que guardaran silencio.

—¡Silencio! —ordenó en voz alta y enérgicamente Totovía.

Cesaron las voces y el tumulto, fenómeno que debió repetirse

en todas las salas, porque la prisión entera quedó de pronto enmudecida. Y los afortunados, ocultos en el contraluz para no ser vistos desde fuera, pudieron contemplar, estremecidos, la escena que tenía lugar ante sus ojos y que después contarían a sus camaradas.

En el patio se estrellaba el sol de mediodía, rompiéndose en el cemento del suelo, en la chapa de las marquesinas, en el ocre terroso de los muros, y reverberando en las cristalerías de las ventanas. Era una gran llama que se abatía sobre el penal, oscilante y cegadora, y hacía bambolearse al enorme edificio, igual que si éste se reflejara en una lámina de oro líquido movida por un viento perezoso. Así, las figuras semovientes que surgieron en tan vivo resplandor parecían deformadas e irreales. Avanzaban en columna desigual, despacio y en silencio. Eran hombres de aspecto campesino. Eran hombres flacos, de semblantes terrosos. Eran hombres exhaustos físicamente. Eran hombres vestidos con harapos. Eran hombres aunque parecieran fantoches, fantasmas, cadáveres ambulantes, almas en pena, salidos de las sombras y el horror. Algunos se apoyaban en su compañero de fila para poder andar, tales iban cogidos a brazos de cirineo, cuales eran transportados en camillas improvisadas con palos y mantas cuarteleras. Los que marchaban por su pie lo hacían doblados por el peso de los mínimos equipajes, mantas y fardes, propios y de los enfermos. Formaban la expedición un centenar aproximadamente de pordioseros, apestados o moribundos. Se detenían, deslumbrados por el crudo fulgor de la solina, y se tambaleaban como si las fuerzas que les habían sostenido hasta entonces se hubieran agotado definitivamente. Ni Portaviones ni Mula Romera, que los escoltaban, se atrevían a gritarles ni a

urgirles, intimidados también por el espectáculo de aquellos despojos humanos y, seguramente, por miedo a que se derrumbasen en el camino a la menor violencia de palabra o de obra.

La procesión de espectros tardó más de media hora en atravesar el patio, media hora durante la cual los habitantes de la prisión permanecieron callados, sin toser siquiera, bajo el influjo de una paralizadora sugestión colectiva. Hasta que no hubo desaparecido el último de aquellos réprobos y los vigías saltaron al suelo, la gente no volvió en sí. Una vez que se hubo recobrado, empezó a preguntar y a aventurar suposiciones sobre la identidad y procedencia de los recién llegados.

—Esos son de Agudo.

—Ca, vienen de Villarrobledo.

—Pues a mí me parece que los traen de Orgaz.

Pero no pudo establecerse ninguna certeza, porque en todos los pueblos importantes, cabezas de partido o de comarca, se habían constituido prisiones, tribunales de urgencia y pelotones de ejecución, y en todos ellos también empuñaban la venganza los que habían sufrido persecución y sido víctimas del furor revolucionario y, con mayor ferocidad aún, quienes, por haber participado, más o menos activamente, en la situación republicana durante la guerra, o por haber mantenido relaciones y concomitancias con sus representantes, pretendían subir al tren de la victoria acumulando méritos en las sucias faenas de la represión. Unos y otros, azuzados por la prensa, el púlpito, las arengas políticas y el fanatismo contrarrevolucionario, sometieron cada aldea y cada pueblo a la ley tribal de la caza del hombre y del exterminio de los rivales.

Hasta después del almuerzo no se restableció la comunicación entre las salas. Fue entonces cuando Pablo pudo abandonar la enfermería e informar a sus compañeros:

—Han llegado ocho o diez casi en estado agónico y otros quince o veinte tan agotados que dudo mucho que escapen con vida. Todos tienen sarna y tiña y están comidos de piojos y garrapatas y presentan ulceraciones en los párpados, porque los han tenido presos desde que acabó la guerra en cuevas y parideras de ganado, casi a oscuras, durmiendo sobre excrementos de oveja o sobre paja sucia, sometidos, además; a un régimen de hambre y de sed. Su único alimento era el rancho, poco más o menos como el de aquí, un aguachirle de berzas o nabos, y sólo les permitían un botijo de agua, de tamaño regular, para cada diez hombres y para todos los usos. Hacían sus necesidades en cubetas. No podían comunicar con sus familias ni recibir paquetes con alimentos y ropa limpia. Los sacaban únicamente por la noche para ir a declarar o el día que los juzgaban, aunque, a veces, los exhibían, atados y en reata, por las calles del pueblo, para que la gente pudiera verlos e insultarles y así quedar satisfecha. Me lo ha contado uno de ellos, que fue recadero de las monjas en Talavera y que está ya en las últimas.

—¿Cómo? ¿Un tipo gordito que tiene una nube en un ojo? —preguntó Lopérez, vivamente interesado.

—La nube en un ojo sí que la tiene, pero de gordito no le queda nada, porque parece un fideo seco.

—¿Sabe si se llama o le llaman Sudores?

—Pues sí, pero no sé a santo de qué. El pobre no tiene ni una gota de grasa en todo el cuerpo.

—No importa. Es el mismo, Sudores —aseveró finalmente

Lopérez—. Antes estaba siempre sudando. Era una bolita de grasa. Cuando estalló la guerra y el Frente Popular se apoderó del convento, Sudores repartió las monjas entre las familias más acomodadas de la ciudad. Naturalmente, Sudores era beato y de derechas. ¿Cómo, si no, podía ser recadero de las monjas? Mientras Talavera estuvo en poder de la República no hizo otra cosa que cuidar de las monjas y seguir sirviéndolas y no quiso huir cuando entraron las tropas franquistas, porque confiaba en que no se meterían con él. Pero cuando vio que los nuevos amos encerraban a muchos de derechas, porque habían huido los de izquierdas, y que incomunicaban a las monjas para que no intercediesen por nadie, Sudores se asustó y escapó y, después de muchas peripecias, pudo trasponer las líneas republicanas. Yo me lo encontré en Madrid, acobardado y sin saber qué hacer por falta de documentación. Me contó el hombre sus calamidades y me dio tanta lástima, porque en el fondo es un infeliz, que le arreglé los papeles. Y desde entonces no he vuelto a tener noticias tuyas.

—Pues le cogió el final de la guerra —siguió diciendo Pablo— en Quintanar, donde trabajaba en una cooperativa y de donde huyó, en compañía de dos amigos, tan pronto empezaron a moverse allí los de la Falange clandestina, y se echaron al campo. Pero cuando se les acabaron los víveres, el hambre les obligó a entrar en un pueblo, y los atraparon en seguida por falta de documentación. Luego, ya se sabe... Informes, unas cuantas zurras, el consejo de guerra y los treinta años de cárcel. Todo seguido. Y menos mal que a Sudores le encargaron de la enfermería, bueno, de una paridera como las demás, destinada a los enfermos y a los heridos por las palizas, porque siempre sobraba alguna ración de rancho de los que ya no podían

comérselo por estar muriéndose o hechos polvo. La enfermería debía de ser mucho peor aún que la nuestra, que ya es decir. Como que no tenían más medicamentos que sal y vinagre para las fiebres, y cañas y cuerda para las fracturas...

—¡Coño! —exclamó Agustín—. Entonces sí que pasaría sudores de muerte el Sudores ese.

—Pero, ¿no les atendía ningún médico aunque sólo fuese para cubrir las apariencias? —preguntó Olivares.

—Eso mismo le he preguntado yo a Sudores y sí, había médicos en el pueblo, pero sólo los requerían para que firmasen los certificados de defunción. No sé cómo ha quedado con vida uno siquiera. Seguramente habrían muerto todos si no hubieran tomado la determinación de traerlos a este penal, aunque, como aquí no disponemos de medicinas y de alimentos adecuados, lo más probable es que se mueran más de la mitad. ¿Sabéis lo que han hecho hoy con ellos? Pues darles todo el rancho que quisieran. Algunos no pudieron más que beber el caldo de las habas, pero otros se atracaron y ahora andan retorciéndose de dolores de estómago, tomando bicarbonato a puñados, devolviendo encima de ellos mismos, sin tiempo ni fuerza para hacerlo en los retretes. El olor a agrio tiraba de espaldas, y, si no salgo pitando de allí, a estas horas hubiera yo echado hasta la primera papilla.

Al fin hemos organizado un sistema de información. Todavía no funciona muy bien, pero esperamos que pronto cumpla su cometido aceptablemente. No ha habido más remedio, aunque resulte peligroso, porque no es posible vivir a expensas de las

noticias, siempre deformadas, que nos llegan a través del locutorio o del médico oficial. Y, menos aún, de «Redención», escrito por presos para presos, donde se leen cosas tan indignantes como que los paracaídas nazis sembraban una lluvia de margaritas sobre Rotterdam, o que los Stukas, cóndores y águilas, se abaten sobre las formaciones aliadas en fuga desenfrenada y las destrozan entre sus garras de acero. Los autores de esos artículos, no sólo nos comunican, alborozados, los desastres de las fuerzas aliadas, sino que además aderezan las noticias con toda la cursi galanura literaria de que son capaces. No sólo nos apuñalan, sino que remueven el cuchillo dentro de la herida. Así nos hemos enterado de la ruptura del frente francés, de la capitulación de los belgas, de la marcha veloz de los tanques de Hitler hacia los puertos del Canal de la Mancha; carrera triunfal de los guerreros germánicos, alegres, sonrientes, sonrosados, según los cronistas de «Redención», que cuentan sus hazañas como pudieran hacerlo sus poetas o sus novias. ¡*Qué asco!, pero, ¿qué hacemos, Federico?* Y yo le contesto: *Hay que tender la red, amigo Molina.* A propuesta de Pablo bautizamos nuestra organización con el nombre de Almirantazgo y encubrimos su estructura bajo nombres y designaciones marítimas y navales. Al principio fue como un juego. Dividimos la prisión en mares. Al gran patio general le dimos, por ejemplo, el nombre de océano Atlántico, Bósforo a la zona de oficinas y, a nuestro dormitorio, sede del mando, Canal de la Mancha. En cada uno de los mares, el responsable de la información tiene la categoría de acorazado, crucero, destructor o submarino, según la importancia del sector o las dificultades que ofrece el desempeño de su encargo. Un submarino opera en la recepción de paquetes, y su quehacer

consiste en dar entrada, tras un simulacro de registro, al paquete que previamente le hemos recomendado. En dicho paquete viene el periódico que debe entregarme su dueño, sin siquiera leerlo ni ojearlo, inmediatamente de recibirlo. El único autorizado para leerlo soy yo, en la sala, clandestinamente, de acuerdo con Totovía. Leo y me aprendo de memoria las noticias más importantes y después, ya en el patio, las repito ante toda la flota del Almirantazgo reunida. Seguidamente, cada barco zarpa hacia su zona y transmite el mensaje a las flotillas de lanchas rápidas, las que, a su vez, los distribuyen por todo el mar. Molina es el Gran Lord del Almirantazgo y yo, su Secretario General. Quienes traen los periódicos son los familiares de algunos compañeros comprometidos, entre los que se cuentan la mujer de Molina y mi hermana. Aún no hemos conseguido la continuidad. Frecuentemente se registran fallos, bien por olvido o bien por miedo, pues nuestras familias saben muy bien que, si por cualquier indiscreción o ligereza, se descubriese el contrabando, las consecuencias serían muy graves tanto para nosotros como para ellas. Pero confiamos en que, si no surge prematuramente alguna seria contrariedad, la sensación de peligro vaya atenuándose hasta desaparecer y la comunicación de fuera adentro, y viceversa, acabe estableciéndose sin interrupciones, como una rutina más. Yo ya he empezado, valiéndome del sistema, a enviar fuera papeles con apuntes y notas que tal vez algún día me sirvan para reconstruir la crónica de nuestra vida en este penal, y lo mismo hacen Molina, Agustín y quizás otros compañeros. Por su parte, nuestras familias nos hacen llegar largas cartas en que nos dan minuciosa cuenta de lo que sucede, se dice y se murmura en la calle, y del comportamiento,

decepcionante, en general, de amigos y parientes. Así, estamos enterados del hambre progresiva que asuela al país y que el miedo sigue gravitando como una condena indeterminada, pero segura e inmisericorde, sobre los vencidos. El suministro oficial de alimentos es pura ficción burocrática y la única fuente real de aprovisionamiento es el mercado negro, perseguido aparentemente, pero, en la práctica, tolerado y estimulado. El estraperlo es un pingüe negocio, sobre todo si se practica en gran escala. La harina de trigo o de lo que sea, el aceite, las patatas, los boniatos, las almortas y el tocino son artículos tan codiciados que cualquiera es capaz de afrontar los mayores riesgos por conseguirlos. Las patatas fritas constituyen un plato succulento; la tortilla sin huevo, el cocido sin carne y el puré de San Antonio son los sucedáneos con que el ingenio popular se burla de su hambre. Una comida en regla, según los cánones, es privilegio de traficantes y de altos dignatarios de la nación. Se rebusca entre los desperdicios, las cáscaras de naranja se cazan al vuelo y se cotizan a alto precio las peladuras de patata y el arroz con cascarilla. Muchas personas se desvanecen de inanición en público, en plena calle, y la gran masa ayuna en Madrid tanto o más que durante los días de asedio. La primordial tarea del español, de la mañana a la noche, es la búsqueda de alimentos. Trapichea todo el mundo y en cualquier parte, y las vituallas tienen un doble valor: el alimenticio y el de cambio. El toma y daca y el trueque son la base del sistema, y el yo tengo y tú qué tienes, el resumen y final obligado de cualquier conversación. Telas por tabaco, tabaco por aceite, aceite por pan, pan por patatas, patatas por huevos, huevos por arroz, arroz por café, café por azúcar, azúcar por leche condensada, y leche condensada por aceite, aceite por huevos, huevos por pan...

Se espera el estío cuando todo madura en la tierra, para aliviar el hambre extrema de las gentes, pero la sequía ha devastado los campos y, por si fuera poco, Alemania e Italia esperan también la recogida de las cosechas para cobrar en especie sus créditos de guerra. Se dice que del matadero de Mérida salen todos los días «Junkers» cargados de cerdos en canal y que por la estación de Atocha pasan trenes abarrotados de víveres con rumbo ultrapirenaico. No obstante, existen restaurantes de lujo que no se recatan, en los que se come opíparamente, como en los tiempos de las vacas gordas, donde los grandes estraperlistas y los opulentos negociadores de licencias de importación se regodean y ultiman negocios traficando con las necesidades elementales del pueblo, que les permiten acumular fortunas ingentes. Estos caimanes eructan champán y ostras, solomillo y mero, vinos de marca y cigarros habanos, y aunque hay falangistas y excombatientes que se roen los codos y protestan entre dientes, nadie perturba sus banquetes, sus ganancias o la procaz ostentación de su opulencia. Y, a pesar de que continuamente se apela al recuerdo de los caídos en la lucha, a los héroes y a los mártires, para imponer la austeridad y el sacrificio a una sociedad desangrada y paupérrima, la desvergüenza, el impudor y la codicia siguen ondeando al viento de la victoria, porque son ellos, los altos jefes de la mafia que monopoliza las subsistencias y los suministros a la industria y al comercio, los verdaderos triunfadores de la guerra civil. Depredadores de cadáveres, piratas de la miseria, mercaderes de las lágrimas y el miedo. Los muertos han callado para siempre y los supervivientes esperan o desesperan, lloran, gimen, temen. Media España solloza. La otra media desfila, canta, reza o grita. Las iglesias rebosan de fieles y se

han puesto de moda las camisas y los hábitos de promesa, de color morado, con cordones de oro y escapularios. Se quiere que los españoles sean guerreros y monjes, guerreros como monjes y monjes como guerreros, nuevos templarios, en fin, en la noche reencontrada del siglo XIII. Ha llegado el desquite para los defensores de la ortodoxia inverecunda. Son los tiempos de la retórica campanuda y del verso adulador o esotérico. Es la hora de la servidumbre y de la castración del pensamiento. Los intelectuales erigen como símbolo de su espíritu creador a El Escorial, hervidero de gusanos, archivo de derrotas, mausoleo de todas las Españas. Wenceslao Fernández-Flórez nos alancea desde «Una isla en el mar rojo». Benavente abjura, perjura y mendiga olvidos e indulgencias por los escenarios. La prensa sigue acusándonos de criminales y ladrones con todas las circunstancias agravantes, y, a nuestras mujeres, de tiorras y mozas de partido. Oh, los artículos purulentos y hediondos, escritos con plumas gallináceas mojadas en caldo de letrinas. Pero estos cobardes ballesteros ni siquiera logran irritarnos con sus flechas envenenadas. Por el contrario, nos complace mucho comprobar la pobreza y pedestrismo de su retórica y de su dialéctica y que descubran tan impúdicamente su bajo nivel mental y la podredumbre de su conciencia. Ha sido necesaria una guerra, nada menos que una guerra, para que ciertos tipos ocupen las páginas de honor de un periódico. A tal honor, tal señor, digamos, invirtiendo los términos del adagio. Naturalmente, si cambiara el signo de los acontecimientos no dudarían en dirigir sus armas arrojadizas contra los mismos señores a cuyos pies se postran hoy. Han nacido para eso. Bastante desgracia tienen. Dejadlos, que con su pan se lo coman. Pemán brilla como la primera estrella literaria

del Régimen. «El ángel y la bestia» —ángeles, ellos; bestias, nosotros— puede ser su *summa poetica*. Serrano Suñer, más elegante que Ciano, polariza la constelación de los nazis ibéricos. El Director General de Prisiones, que se llama, y no es apodo, Máximo Cuervo, se ha sacado de su altísimo caletre unas máximas lapidarias para definir las cárceles nacionalsindicalistas: «*En las prisiones deben reinar la caridad de un convento, la disciplina de un cuartel y la seriedad de un banco*». ¡Qué portentosa imaginación, qué insondable espíritu cristiano, qué derroche de sabiduría! Pues, ¿y el jesuita Pérez del Pulgar? El *eureka* de este sabio ha sido: «*la redención de penas por el trabajo*», sistema mediante el cual se abastece el mercado del trabajo con la mano de obra que se extrae de las cárceles. Así, pues, el padre Pérez del Pulgar es el gran patrón de un campo de esclavos. Pues no hay cárceles, madre mía... Sólo en Madrid, que yo recuerde, Ventas, Cisne, Porlier, Torrijos, Yaserías, San Antón, Atocha, Santa Rita, Comendadores, Santa Engracia, Duque de Sesto, Conde de Toreno, Unamuno. El invento del padre Pérez del Pulgar no ha sido otro que resucitar la trata. Pero ahora no es preciso ir a Guinea para comprar esclavos y luego revenderlos. Para eso estamos nosotros. Ahora, eso sí, con una gran diferencia. Antaño, los traficantes de carne humana eran ateos o protestantes. Hogaño, fervorosos católicos y patriotas sin miedo y sin tacha, todos caballeros. Y no se crea que su incentivo es únicamente el lucro, no. Es, por encima de todo, misionero y apostólico. No es nada salvar del marxismo, del socialismo, del anarquismo, del liberalismo y de las aberraciones democráticas a tanto español descarriado. ¿Qué puede importar, por consiguiente, que se mueran de extenuación en tajos y barracones? Lo que vale es su

alma, y ésta, purificada por la penitencia y el dolor, tiene asegurada la vida eterna por el padre Pérez del Pulgar. *Hijos míos, la justicia no es de este mundo*, nos suele decir don Germán con las manos cruzadas sobre su abdomen obsceno. ¡Qué Máximo Cuervo, qué Pérez del Pulgar, qué don Germán! Dejadlos, que con su pan se lo coman. Don Germán, por lo pronto, empieza a perder tantos. Se le reprocha, según han captado nuestros submarinos en sus incursiones por las oficinas y por los aledaños de la dirección, no habernos preparado convenientemente para el cumplimiento pascual, con ayuda de los frailes dominicos. No comulgaron más que Pedro el chivato de celdas, algunos cocineros y ordenanzas, unos treinta en total.

—Esos frailes se creen que están todavía en China y no tienen ni idea de lo duros que son de pelar estos rojos empedernidos —gruñe nuestro grasiento capellán y añade—: Estos rojos no tienen de chinos ni un pelo. Son hijos de Satanás y saben más que Lepe, como que hay ingenieros y todo entre ellos. Si hubieran empezado por fusilar a los que tienen carrera, que son los que embaucan a toda esa manada de ignorantes, ya sería otra cosa.

Y el director ha confesado al administrador:

—Este don Germán no tiene labia. El pobre es un cura de misa y olla.

Y el administrador ha augurado:

—No sé lo que pasará cuando nos manden las monjas. Ya sabe usted cómo son las monjas... Ellas prefieren los curas sabihondos y bien parecidos. Así que cuando se encuentren con uno tan borrico y tan gordo como el que tenemos...

Es verdad. Se rumorea que van a venir monjas para regentar la enfermería, la cocina y el economato. Al menos veremos mujeres,

aunque sean monjas. Además, por poco que hagan, algo se notará, porque la enfermería es una pocilga, los cocineros parecen basureros y en el economato no venden más que sellos de correos, papel de cartas y de fumar, tabaco cuando hay saca, y fruta y legumbres algún que otro día.

Las habas verdes se acabaron y ahora nos dan habas secas, con bicho dentro y tan pocas que no exceden de diez o doce granos por cabeza. Lo demás es agua sucia, con posos de barro. El hambre, por lo tanto, arrecia. Han muerto varios de los pertenecientes a la expedición del Sudores y el Sudores también, como pronosticó Pablo. Eran esqueletos sin más envoltura que la piel, llagada en ingles y sobacos. Se han ido extinguendo silenciosamente, diríase que clandestinamente, y desaparecido en un mutis por el foro, nada teatral. Hay otros quinientos o seiscientos que caminan por el mismo rumbo. Vagan por el patio y las salas como canes hambrientos, husmeando en las barreduras, pidiendo déjame que lo apure y lamen los platos antes de que los freguemos. Merodean en torno a grupos y corrillos, pero no para oír o hablar, sino a la espera de que alguien arroje la cáscara de algo masticable o la punta de un cigarrillo, aunque son más los fumadores que las guardan para los días atabáquicos, como dice Agustín, que los que las tiran. En muchas ocasiones se pelean entre sí por estos despojos miserables. Entonces se miran con odio indescriptible, porque es más o menos que humano, o se gruñen como debieron hacerlo los prehomínidos en la selva. Les llaman la legión de los condenados, legionarios de la muerte o legionarios a secas. Su único punto de apoyo es el tabaco. Guardan sus raciones y almacenan colillas para la especulación, cuando los fumadores han consumido sus reservas, entre reparto

y reparto. *Canjeo tabaco por comida*, murmuran alrededor de los corros. Como el ansia de fumar es mucha, pero la comida es poca, los tratos y regateos son muy reñidos.

—¿Qué tienes?

—Peras.

—Te doy un pito canario por una pera.

—Ni hablar. Por media, si quieres.

—O dos pitos de colillas.

—Uno y medio frescos, ¿vale?

—No. Uno fresco o dos de colillas.

Se miran. Sigue un momento de silencio y, de repente, se cierra el trato, sucumbiendo casi siempre el fumador ante el hambriento. Acto seguido, uno de los dos se lleva un trozo de pera a la boca, donde la deslíe como si fuese un caramelo para que le dure más, y el otro se retira a un rincón y se fuma el pitillo lentamente, gozosamente, apurando hasta su última brizna. Campesinos hay que reciben de sus casas hermosos panes, admiración de muchos que lagrimean con sólo verlos, cuyo consumo administran con rigor espartano. (*Hay que estirarlos para engañar el hambre*). Pero tanto lo estiran algunos que, al cabo de los días, se les enmohecen o petrifican. No por eso se desprenden del pan o aumentan su ración, ca. Lo retienen para cambiarlo por cigarrillos, y son los legionarios quienes, al fin, se lo comen, porque, ¿qué puede importarles la miga reverdecida por los hongos ni que el corrusco esté tan seco y duro que haya que golpearlo para partirlo? Lo mojan en el caldillo del rancho y lo engullen en forma de sopa o de pasta y su organismo siente el mismo gozo mineral que la tierra de seco cuando la empapa la lluvia. (*Vitaminas, vitaminas, vitaminas, compañero. Calorías,*

calorías, calorías, paisano). Eso es lo que hace falta. (¿Y para qué —pregunta López—, si ninguno de nosotros va a escapar con vida de esta desventura?) Porque, aparte del hambre asesina, las ejecuciones prosiguen y las celdas de los condenados a muerte se vacían y se llenan a un mismo ritmo imperturbable. En algunos amaneceres me despierto, como avisado por una voz misteriosa, y oigo las descargas, y me parece que sueño, y pasan varios minutos hasta que recobro la conciencia de la realidad y entonces tiemblo, y siento frío y deseos de gritar, pero me contengo y sigo inmóvil y callado, y me reprocho mi cobardía, la cobardía de todos, la cobardía del mundo, y hasta me dan envidia los muertos porque han escapado de la ansiedad y de la incertidumbre, del hambre y de la porquería, sí, envidio a los muertos, pero después vuelve la tranquilidad a mí, poco a poco, hasta alegrarme, qué vergüenza, de no haber sido yo el elegido, de seguir con vida, aun en medio de tanta basura, y empieza el cosquilleo y la imaginación se echa a volar, y unas veces es Matilde y, otras, Aurora o Marilú, y me masturbo, y siempre acabo igual de cansado y triste y diciéndome a mí mismo: *Federico Olivares, qué miserable eres*. Tiene razón López. ¿Para qué tanto afán por vivir esta vida que no es vida, sino una agonía prolongada? López sigue sin probar el rancho, alimentándose de lo que lucra con sus poesías, cada día menos, y de lo que le da Manolo el del economato o algún otro amigo. Ya no puede enflaquecer más. En sus ojos negros hay siempre un relumbre de fiebre. Cuando ríe o declama se le curva aún más la nariz y enseña impudicamente sus dos descarnados y solitarios colmillos. López continúa escribiendo su parodia del Tenorio:

*Pero me paro, le miro,
me quedo triste y ascético,
doy un paso atrás, suspiro,
le doy un pase magnético
y a un solo impulso feroz
de mi carácter hepático
dejo a mi guardián sin voz,
vencido por el narcótico
de este fenómeno hipnótico
que no mejora Onofrof.*

Matilde me ha olvidado también o hace como que me ha olvidado o, simplemente, trata de olvidarme. Es igual. Yo lo comprendo. Ya no es posible volver a amarnos como en aquellos días. No. *(Federico, pase lo que pase, para mí ya no habrá más hombre que tú)*. Entonces era cierto. Entonces. Estabas en mis brazos, desnuda y trémula. Pero eso es ya una historia irrepetible. No se pueden vivir dos veces los mismos momentos. Nos desdoblamos en fantasmas innumerables que brillan fugazmente y se desvanecen en la oscuridad que nos rodea, como las luciérnagas en un jardín nocturno o los destellos de un faro en la insondable noche del mar. Por eso, apenas somos nada. El instante en que somos se convierte rápidamente en pasado y el pasado ya no es ni puede ser nunca más presente. Ahora, tú eres otra Matilde y yo soy otro Federico. Si acaso volviéramos a encontrarnos a solas algún día, nos miraríamos como dos extraños

que coincidieron alguna vez en una fiesta ajena, ebrios, y sería inútil que pretendiéramos revivir lo que ocurrió después. No hallaríamos las palabras precisas y sentiríamos, quizá, vergüenza. *¿Es este Federico aquel?*, te preguntarías tú. *¿Es esta Matilde aquella?*, me preguntaría yo. Y en tus ojos y en mis ojos, tantas veces espejos mágicos donde contemplamos la suprema belleza del mundo, ya no aparecería más que la imagen borrosa y sin rostro del desencanto. No lo dudes, Matilde. Yo sé muy bien qué es lo que nos trae y se lleva el tiempo, porque he envejecido muchos, muchísimos años, en estos meses, y me asombro de lo que he aprendido y me duelo por ello, porque saber es perder, perder es sufrir y sufrir es desangrarse. Es irremediable. Por eso me entristece tanto también que mis parientes, mi madre y mi hermana no son mis parientes, me ignoren. Pienso que piensan que me tengo muy merecido lo que me ocurre. ¿Quién me mandó luchar por la República? Claro que, en la hipótesis contraria, yo sería el héroe de la familia. Seguro. He aprendido tanto, Matilde, que envidio la ignorancia.

En la calurosa tarde de junio, el patio del penal era una olla gigantesca rebosante de hervores. Miles de personas en pie, ardorosas y agitadas, discutían apasionadamente. El sí y el no chocaban, se repelían y volvían a enfrentarse. Sí, no, sí, no...

—Yo te digo que no, que no puede ser.

—Pensarás y dirás lo que quieras, pero los guardianes y los oficiales están muy eufóricos.

—Bah, llevan muchos días así. Eso no quiere decir nada. —
¿Sabes lo que le ha dicho Portaviones a los ordenanzas? Pues, ¿y

ahora, qué, rojillos?

—Pues a pesar de todo, yo no me lo creo, vaya.

Del asfalto se elevaba una oleada de clamores que se abatía, por encima de muros y tejados, sobre el caserío del pueblo. Desde por la mañana corría el rumor de que París se había rendido a los alemanes, rumor que nadie podía desmentir ni confirmar rotundamente. Como era domingo, el médico oficial, residente en Madrid, no había comparecido en la prisión. Por otra parte, sólo comunicaban los leños, por que el tren de Madrid, a causa de una avería, no había llegado aún y, por consiguiente, tampoco la persona que debía traer el periódico.

—¡Qué fallo! —se lamentó Higinio.

—No es un fallo, es la fatalidad, porque no pretenderás que contremos también los ferrocarriles, ¿eh? —le replicó Agustín.

—La verdad es que no sé cómo pueden andar los trenes estando en la cárcel los ferroviarios —dijo Robleda.

—Y menos —añadió Adolfo— habiendo tantas pandillas de golfos que se dedican a robar los tornillos que sujetan los rieles a las traviesas para venderlos por chatarra.

Molina, como hablando consigo mismo, preguntó en voz alta:

—¿Cómo es posible que una ciudad como París se rinda sin lucha? Nosotros mantuvimos Madrid, casi cercado del todo y con enemigos dentro, más de dos años.

—Pues a mí no me extraña. Está claro que los franceses no quieren luchar. Ya hemos visto cómo se dejaron tomar la línea Maginot. Si no han hecho otra cosa que correr desde que les atacaron los alemanes... —y Olivares siguió diciendo—: La burguesía francesa prefiere Hitler a la revolución, y, por su parte, los comunistas prefieren el fascismo a la democracia burguesa,

porque creen que el fascismo no tiene otra salida que la revolución.

—Eso es cierto —terció Pablo—. Fascistas y comunistas son primos hermanos. Así, los comunistas arrepentidos se hacen fascistas, y viceversa. Y a ninguno de ellos se les ocurre pasarse al socialismo o al anarquismo o a la izquierda burguesa. Hablo de militantes, claro, porque los demás no cuentan.

—De todas maneras, de todas maneras... —y Molina movió la cabeza dubitativamente—. Es mucho lo que los franceses, piensen como piensen, se juegan en esta partida.

—¿Y si esperan que Hitler les trate bien? Esos franceses se creen el ombligo del mundo y piensan que todos los demás países tienen que postrarse ante Francia. Oh, la France —e Higinio levantó los brazos en ademán oratorio.

—Cuando estuve en Marsella, en el año treinta y siete, hablé con algunos socialistas de allí. Les dije que después de nosotros serían ellos las víctimas de Hitler, que se preparasen, y que si no querían verse como los españoles, lo mejor que podían hacer era ayudarnos, pero no con botes de leche condensada sino con armas y municiones. Me escucharon muy cortésmente, eso sí, pero no se dejaron convencer por mis argumentos. Hubo uno sólo que me habló aparte. Aquel hombre, ya mayor, me confesó que no había nada que hacer, porque sus camaradas tenían tanto miedo, aunque aparentasen lo contrario, que no se atrevían siquiera a imaginar una guerra contra Hitler y que si Hitler les prometiese respetar su situación, aceptarían todo lo demás sin ningún reparo. *Camarada español, la France ya no es la France*, y se le saltaban las lágrimas y golpeaba la mesa con los puños —dijo Olivares.

Y, tras una pausa, insistió Molina:

—Pero París, entregar París...

A Molina seguía pareciéndole imposible. Más que imposible, increíble, y más que increíble, inadmisible. A todo el que oía propalar el rumor le increpaba: *¿En qué periódico viene esa noticia y quién la ha leído? Vamos a ver: quién la ha leído y en qué periódico.*

—También es mala pata la nuestra —continuó diciendo—. Mira que averiarse el tren hoy, precisamente hoy, y dejarnos sin prensa... —Luego señaló con el índice a uno de los que le escuchaban—. ¿Y por qué el submarino del Bósforo no hace una incursión por la zona a ver si capta algo?

—Imposible —replicó el aludido, Matías, un leño joven y despabilado—. Como hoy no se trabaja en las oficinas, no me dejarían pasar ni el primer rastrillo.

—A lo mejor es un bulo inventado por los fachas para elevar su moral. No es la primera vez que lo hacen —aventuró Robleda, añadiendo—: Hasta que los alemanes invadieron a los neutrales venían mascando que Francia e Inglaterra estaban en tratos con Hitler para otro Munich, ¿no?

—Lo que más me mosquea a mí —dijo Adolfo— es la entrada en la guerra de Mussolini, ese bocazas. ¿Cómo se hubiera atrevido a lanzar sus macarronis de no saber que es pan comido?

—¡Valiente hijoputa, eh! —exclamó Joaquín—. Sí, se conoce que Hitler dio la voz de maricón el último.

Agustín, que había desaparecido, volvió diciendo:

—Acabo de hablar con Rodrigo y, por lo que me ha dicho, se ve que los comunistas tampoco saben nada de cierto, aunque, eso sí, dicen que no tendría nada de particular la caída de París, ya que el

pueblo francés no está dispuesto a luchar en una guerra como la que está planteada. Al obrero francés, según ellos, le da lo mismo Reynaud que Hitler, y que lo que le interesa es la guerra revolucionaria, y que la guerra revolucionaria sólo puede hacerla la URSS. Bueno, lo de siempre, ya lo sabéis.

—Sí, hasta que digan lo contrario.

—Por supuesto, Molina —y Agustín volvió a tomar la palabra—. Pero así es muy fácil explicar lo que está ocurriendo. ¿Que cae París? Estaba previsto. Y tranquilizan a su gente, aunque me parece a mí que están por dentro tan jodidos como nosotros.

Súbitamente, el voceador lanzó al aire unos cuantos nombres que nadie pudo entender a causa del zumbido atronador de la inmensa colmena.

—¡Silencio! ¡Silencio! —se oyó gritar aquí y allá, entre la masa de reclusos e, inmediatamente, comenzó a ceder el estruendo a tirones, hasta que ya pudieron oírse y entenderse los nombres, seguidos de la coletilla:

—¡A comunicar!

—¡Ha llegado el tren! Por fin vamos a saber la verdad. Por amarga que sea, peor es la incertidumbre —dijo Molina.

Los llamados a comunicar se abrían paso dificultosamente entre el confuso ir y venir de quienes ya no podían estarse quietos, presas de un repentino hormiguillo. Aquel mar de cabezas rapadas, estático hasta pocos momentos antes, se había fragmentado ya en innumerables remolinos. Incluso los legionarios, ajenos siempre a lo que no se relacionase con su pitanza, se movían también, contagiados de la inquietud general, aunque sin quitar ojo de los que apuraban nerviosamente sus cigarrillos, presintiendo que algo importante estaba a punto de

ocurrir, sin saber qué, y no, por supuesto, un reparto de rancho, ni una lluvia de panes, ni una visita familiar, ni cartas, pero sí una cosa, una cosa, una cosa... La barruntaban, la venteaban. Ellos también vivían y tampoco lo sabían, pero vivían. Por eso, sólo por eso, eran sacudidos por la misma corriente que percutía en los demás.

Olivares abandonó el grupo y se dirigió a la sala sorteando pacientemente a los que se interponían en su camino, porque el destinatario del paquete donde debía llegar el periódico había sido convocado para la primera tanda del locutorio. Ya estaría registrado y, muy pronto, en manos de su dueño.

Decía, entre tanto, Lopérez:

—Desengáñense. Francia es hoy como una de esas mozas que se entregan sin rechistar en cuanto un hombre les pone la mano encima. En cambio, Inglaterra es la vieja solterona a quien no hay dios que la monte, aunque ella lo esté deseando, porque chilla. Sí, Inglaterra, al menos, chillará y arañará. Y, si no, al tiempo.

Allá arriba estaba Inglaterra, circunvalada por mares y barcos, primera potencia naval del mundo, que había ganado todas las guerras. Inglaterra, vencedora de Felipe II y de Napoleón. Ah, el foso del canal. Y ahora mandaba allí Churchill, un tipo duro de pelar, y no Chamberlain, aquella gallina mojada. La atacaba Agustín y la defendía Pablo.

—Gracias a Inglaterra perdimos la guerra nosotros —alegaba aquél—. No me fío un pelo de los ingleses.

—Está bien, pero en Inglaterra nació y se mantiene la primera democracia del mundo —contraatacaba éste.

—Sí, democracia para ellos, pero palo y tente tieso para los demás.

—Es que ahora les toca a ellos. No lo olvides, Agustín.

—Ya, pero mientras les dejen abierta la tienda, son capaces de todo, Pablo.

Hasta en el corro del Almirantazgo se sintió la fuerza de la oleada.

—Pero, ¿qué pasa ahora, coño? —protestó Agustín.

—Pues que han vuelto del locutorio los de la primera tanda y la gente corre a ver qué noticias traen —dijo Adolfo.

Entonces, Molina pidió que se desplazase un crucero con el mismo fin, y se ofreció Higinio para cumplir el encargo, introduciéndose en la corriente y navegando en ella a puro remo.

Arreciaron los gritos y las llamadas y se formó una galerna en torno al rastrillo por donde acababan de aparecer los que volvían del locutorio, y Portaviones y Mula Romera se asomaron a la puerta de la jefatura de Servicios. Por su parte, los asediados pretendían escabullirse, cada uno con su paquete en la mano, por lo general una cesta o una bolsa, desentendiéndose de los apremiantes requerimientos de curiosos e impacientes.

—Venga, hombre, ¿es verdad o es mentira lo de París?

—No sé nada, déjame.

—Luego, luego...

Uno protestó, airado:

—Que me vais a espachurrar el paquete, coño.

Hasta que intervino Portaviones repartiendo bofetadas a derecha e izquierda mientras decía:

—Vamos, cabrones, ¡quiero ver despejado ahora mismo este rodal!

A unos pasos de él, su colega Mula Romera, cruzado de brazos, cubría su retaguardia. Sonaban los trallazos de las manazas de

Portaviones y la gente retrocedía empujándose, y pronto quedó libre un ancho espacio alrededor de los guardianes, circunstancia que aprovecharon los de los paquetes para desaparecer.

Portaviones miró a su alrededor como un general que contempla el campo de batalla recién conquistado, jadeante, enrojecido y reluciente el rostro, y después sacó un gran pañuelo sucio con el que se enjugó el sudor y se limpió las manos.

—No tenéis más que mugre, rojillos de mierda —vociferó. Por su parte, Mula Romera, sonriente, movía la cabeza diciendo:

—¿Veis cómo no andáis derechos más que a hostias? Higinio ya estaba de vuelta en el Almirantazgo, empujado hasta allí por el reflujo de la ola.

—Menos mal que no pude llegar hasta ellos —dijo—, porque si llego, cobro, y vaya guantazos los que repartía el cabrón ese.

El incidente levantó entre los presos un alboroto y un encrespamiento excepcionales. Ello hizo que Goering y dos guardianes más se unieran a Portaviones y Mula Romera. Los cinco hombres uniformados y armados, Goering con la gorra echada hacia atrás y los pulgares enganchados en el cinturón del correa, se subieron al banco de cemento para, desde su altura, dominar con la mirada a la multitud y ser vistos por ella.

—Están más provocativos que en otras ocasiones, ¿no es verdad? —preguntó Robleda.

—Pues nosotros, como si tal cosa —dijo Molina, y siguieron hablando sobre Inglaterra, el Comité de No Intervención y las ideas reaccionarias del gobierno de Londres durante la guerra de España.

—Ahora van a pagar los ingleses las consecuencias de la política de Chamberlain, Eden, lord Halifax y compañía —hablaba

Agustín—. No, no hay que disgustar a Hitler. Peores son los comunistas y toda la relea de socialistas, anarquistas y liberales, ¿eh?

—También nosotros tuvimos mucha culpa de lo que sucedió. ¿A quién se le ocurre enviar a Ginebra como ministro de Estado a un tipo como Álvarez del Vayo, el come sopas a sueldo de Stalin, más traidor que judas y...?

La presencia de Federico interrumpió el debate. Todos volvieron a él la mirada, una mirada múltiple y única a la vez que delataba la unánime lacerante inquietud. Al mismo tiempo la expresión del mensajero no podía ser más sombría. Hubo una brevísima, pero honda, pausa.

—¿Qué? —le preguntó, al fin, Molina, en cuyo tono se advertían sus temores.

Olivares movió lentamente la cabeza en sentido afirmativo y empezó a hablar:

—Sí, es verdad. París se ha entregado sin lucha; sin un tiro, vamos, y la operación ha consistido en un verdadero paseo militar para los alemanes —y añadió, tras una pausa—: Una vergüenza. Pero lo peor de todo es que los franceses han tirado las armas y sus diputados se han reunido para entregar el poder al mariscal Petain, para que sea éste quien pida un armisticio a Hitler —hizo otra pausa y siguió diciendo—: Sí, parece un mal sueño. Lo acabo de leer en la crónica del corresponsal de «ABC» y me parece mentira. Pero es cierto, porque cosas así no se las inventa un corresponsal.

Aunque presintieron lo peor, su evidencia les abrumó. Descartados Francia y su prestigioso ejército, el de Foch y Weigand, la victoria de Hitler, su victoria total, se imponía

irremediablemente. Quedaron anonadados. ¿Qué iba a ser de ellos? ¿Qué podían esperar ya? Vencidos por segunda vez, sometidos a la ira de un enemigo implacable, aislados del mundo, asediados por todas las plagas de la miseria, sin fe ni en Dios ni en los hombres, víctimas de la traición, la sevicia y el miedo, ¿a dónde mirar, por qué y para qué seguir viviendo?

—Y ahora, ¿qué?

La pregunta de Agustín quedó temblando en el aire, incontestada. Tras un penoso y meditativo silencio habló Molina:

—Aunque haya caído París por la traición y la incompetencia de sus dirigentes, la guerra continuará. Aún está en pie Inglaterra e Inglaterra, con su imperio, es medio mundo, y detrás de ella aguardan los Estados Unidos. Y también queda Rusia que no tendrá más remedio que jugar su carta, porque Hitler la tiene en su lista, para ajustar cuentas un día u otro, aunque ahora parezca que se llevan a partir un piñón... —Hizo una pausa y siguió diciendo—: Así tenemos que dar la noticia, en blanco y negro, entre sol y sombra, para que no se hunda del todo la moral de la gente. Que no se le olvide a nadie que en las celdas de condenados a muerte hay unos compañeros que no tienen más esperanzas de vida que la derrota del fascismo.

Cuando dejó de hablar Molina, pequeño Molina, pálido Molina, pero siempre inabitable Molina, las unidades del Almirantazgo partieron para difundir la noticia por todos los mares. Cada uno abordaba un grupo y repetía en él su mensaje, y de cada grupo partían, a su vez, correos que lo transmitían a otros círculos. De boca en boca, el mensaje quedó reducido a *París ha caído, los franceses piden la paz. Inglaterra no se rinde, quedan los Estados Unidos y Rusia*, pero sólo las dos primeras frases eran

escuchadas, sólo esas dos frases tatuaban a fuego a sus oyentes. *¡Ha caído, París! ¡Los franceses piden la paz!* Y se repetían los mismos comentarios. *¡Esto es el fin! ¡Estamos perdidos!* Las terribles palabras corrían con la rapidez del fuego en un rastrojo batido por el viento, y, a medida que avanzaban, se extinguían las voces. Y, a los pocos minutos, la multitud, hasta entonces rugiente y movediza, se quedó inmóvil y atónita, y sobre el patio se posó un lúgubre y espeso silencio, y los gorriones enmudecieron, y hasta se nubló la sonrisa en los labios de Goering y de los guardianes, sobre cogidos también, hombres al fin, por tan vasto y profundo estupor, y las gentes del pueblo, según se supo, se alarmaron por temor a que aquel síncope fuera el anuncio de algún suceso pavoroso en el penal. Así pudieron oírse como clarinazos el grito de *¡Viva la República!* y los que siguieron a continuación pidiendo socorro. *¡Dios, qué gritos!* Rompieron el aire e hicieron explotar una ensordecedora algarabía. Mil voces preguntaban a la vez: *¿Qué pasa, qué pasa?* Y los hombres corrieron hacia allí, empujaron, forcejearon y se detuvieron. La masa formó un bloque compacto, impenetrable. Sólo pudo atravesarlo Pablo, por su bata blanca y el aviso: *¡Sanitario, sanitario!*, y sólo lo hicieron Goering y sus hombres a puntapiés, a culatazos, a bofetadas, dejando tras ellos una estela de ayes y descalabraduras.

—*¡Que me cargo a mi padre!* —rugía Goering, pistola en mano, lívido de ira y de miedo. A su vera, protegiéndole, los guardianes, igualmente asustados y enfurecidos, abrían brecha como leñadores.

El hombre estaba ya recogido en una manta, cuyas cuatro puntas empuñaban otros tantos compañeros. Era un campesino, un leño de unos cuarenta años, con el rostro cerúleo, cuya palidez

acentuaba, por contraste, la oscura barba crecida. No presentaba más rastros de sangre que el hilillo rojo que manaba de sus labios y le corría por el cuello. A las preguntas de Goering se oyó decir a uno de los que sostenían la manta:

—Se conoce que se tiró por el hueco de la escalera. Yo le vi ya en el suelo y corrí a coger una manta. Para mí que está reventado por dentro.

Pablo, que le tomaba el pulso, advirtió:

—Todavía vive.

—Pues venga, a la enfermería con él y rápido —ordenó Goering, diciendo después—: Es el único de toda esta chusma que ha demostrado tener lo que tienen los hombres. ¡Que avisen a don Germán!

Otra vez se abatió sobre el patio un pesado silencio. La gente, sobrecogida, dejaba paso a la comitiva que encabezaba Pablo y a la que se unieron los médicos reclusos, Goering y los guardianes. Detrás, se formó el mudo acompañamiento de paisanos, amigos y camaradas y, mientras, el voceador cantó los nombres de otra tanda para el locutorio, bajando la voz en cada uno de ellos hasta apenas oírse el último.

Olivares volvió donde estaba Molina.

—Lo he visto —explicó—. Es Cosme, aquel campesino de que te hablé. Todo un hombre. Ya me dijo que a él no le pasarían por la rueda. Sin duda, la caída de París se llevó su última esperanza. ¡Dios, todavía me resuena en la cabeza su viva a la República!

Le echaron sobre uno de los catres de la enfermería y le cubrieron el cuerpo con una manta, a excepción del rostro, pálido y sereno y con la barba empapada en sangre. Los enfermos, incorporados en sus camastros, miraban hacia allí aterrorizados,

algunos de ellos con el aviso de la muerte en los ojos, y los demás testigos callaban, y los médicos hacían a Goering gestos de impotencia con las manos vacías, *no tenemos nada, no podemos hacer nada por él*, y el funcionario, comprendiendo, asintiendo, se descubrió la cabeza, y los guardianes le imitaron, y nadie sabía qué decir ni qué hacer, y apareció don Germán revestido de estola, portando un crucifijo y la cajita de los óleos sagrados.

Y don Germán se acercó al moribundo.

—¿Vive todavía? —preguntó y, al ver la unánime señal afirmativa de los médicos, se inclinó sobre Cosme y le preguntó en voz alta—: ¿Me oyes?

Entonces, Cosme abrió los ojos y el cura acercó el crucifijo a sus labios, pero aquél movió levemente la cabeza de un lado a otro, negándose con las únicas fuerzas que le quedaban. El cura miró a Goering.

—¡Será testarudo y empecinado! —Luego, habló a Cosme—: ¿Y qué pierdes, vamos a ver, con besar el crucifijo? Otros ateos claudicaron antes que tú. No seas tonto y bésalo. Así, a lo mejor te salvas, porque Dios perdona a los arrepentidos.

Y le aplastó el crucifijo en los labios y Cosme se quedó quieto y con los ojos de par en par. Los enfermos se dejaron caer, despavoridos, sobre sus yacijas, y todos los presentes sintieron un escalofrío, todos menos don Germán, que descubrió los pies de Cosme, los desnudó y los ungió con los santos óleos mientras mascullaba latines. Luego, volvió a cubrirlos y, tras pretender en vano cerrar los ojos al muerto, le tapó el rostro con la manta. Entonces, Goering, brazo en alto, gritó estentóreamente:

—¡España!

—¡Una! —respondieron los guardianes y don Germán. Goering

retó a los presos con la mirada y amenazó

—Al que no conteste lo meto en celdas hasta el día del juicio final —y gritó nuevamente, con mayor energía aún:

¡España!

—¡Grande! —respondieron solamente los guardianes y don Germán.

—¡España!

—¡Libre! —respondieron todos.

V

Las sesiones de catequesis tenían lugar por las tardes en el local que sirviera en otros tiempos de escuela penitenciaria y que ahora, suprimida la plaza del maestro (*¿Para qué quiere la cultura esta canalla: para quemar iglesias, para matar curas, para negar la existencia de Dios, para embaucar a los tontos con sus teorías del reparto y de la igualdad que, en fin de cuentas, no quieren decir otra cosa que quítate tú para ponerme yo?*), se utilizaba para los actos religiosos. Capaz apenas para acoger holgadamente a treinta o cuarenta personas, hubo días en que los asistentes a las charlas catequísticas de don Germán sobrepasaban la cifra de doscientos, de pie, pecho contra espalda, cociéndose unánimemente en la salsa del sudor colectivo y asfixiándose, pese a estar abiertas puertas y ventanas, en el ardiente tufo común.

Sin embargo, los principios fueron difíciles. A pesar de la intensa propaganda previa, mediante alocuciones leídas y glosadas por los funcionarios a la hora del recuento nocturno, el primer día sólo asistieron cinco catecúmenos, Lopérez entre ellos (*Sí, quiero oír por mí mismo lo que dice este energúmeno*). Y lo primero que dijo don Germán fueron estas palabras:

—Os felicito por haber vencido el miedo a los demás y el miedo a los curas. Así veréis que yo no me como a nadie. Ah, y que

no me entere yo de que alguno de esos cobardes se mete con vosotros... Porque no son más que unos cobardes. ¿Sabéis por qué no quieren escucharme? Pues porque tienen miedo a enfrentarse con la verdad. Además, ¿qué saben ellos? Se creen cultos por haber mal leído cuatro periodicuchos destinados a analfabetos o escuchado las paparruchas que cuentan todos esos vagos que se dedican a dar mítines. Pico y pala les daría yo para que aprendieran a ganarse el pan con el sudor de su frente. ¿Saben latín? No. ¿Saben teología? No. ¿Conocen el Evangelio? No. Pues entonces, ¿qué es lo que saben?

Siguió largo rato dándole vueltas a las mismas cuestiones, insistiendo sobre todo en sus ataques a los dirigentes de los partidos políticos y de las organizaciones obreras que defendieron la República.

—¿Dónde están ahora, qué hicieron por vosotros? Viendo el nublado que se les venía encima, dieron la espantada y se fueron al extranjero, a vivir como pachás con lo que se llevaron de España. ¿Qué les importa a ellos que vosotros os pudráis en la cárcel? Y vosotros, inocentones y bobos, esperando todavía que vengan a sacaros de aquí... Ya, ya. Sois tontos de capirote. Pero, gracias a Dios, no les va a servir de mucho su pillería. Otra vez les han salido mal las cuentas y puede que a estas horas no encuentren donde ocultarse, porque la policía alemana debe de andar ya pisándoles los talones.

Se solazó después contándoles, todo lo detalladamente que pudo, las victorias de las tropas hitlerianas, dueñas de casi toda Francia, hasta los Pirineos, la formación del gobierno Petain en el trocito que le habían dejado para que empezase desde allí la regeneración de Francia. La masonería, el comunismo, el ateísmo

y el libertinaje eran la causa de que un gran país se hubiera corrompido hasta el punto de que sus hijos no tuviesen ya agallas para defender su propia tierra. Claro, tantos placeres, tanta livianidad y tanta desvergüenza, acaban por convertir a los hombre en mujeres y, a las mujeres, en prostitutas. París era la síntesis de Sodoma y Gomorra. Francia necesitaba un buen lavado y fregado. Y de eso se encargaría Alemania, un pueblo disciplinado, limpio, idealista, amante del honor y de la gloria. No cabía la menor duda de que Dios estaba a favor de Alemania. ¿Y qué decir de los ingleses? Pudieron escapar de Dunquerque como el gallo de Morón, sin plumas y cacareando. Sí. Para eso son maestros en el arte de escurrir el bulto. Pero, ¿qué podían hacer ya solos frente al tremendo poder de Hitler? ¿Eh, qué podían hacer? Más les valdría rendirse antes de que los alemanes dejen las islas como la palma de la mano. ¡Hijos de la Gran Bretaña!

Por último, preguntó

—¿Sabéis lo que le ha pasado a Trostky? —y, como nadie le respondiera, añadió—: Trostky fue el segundo jerifalte de la revolución rusa. El primero fue Lenin, el de la cara de chino. Os lo digo porque seguramente no estaréis muy al tanto de la verdadera historia, ya que los comunistas la cuentan a su gusto. Bien, pues vino Stalin después, el de los bigotes, y se hizo el amo, y Trostky, para salvar el pellejo, en Rusia se las gastan así, tuvo que escapar de su patria y andar rodando de aquí para allá, porque ningún gobierno civilizado lo quería tener de huésped, hasta que fue a parar a Méjico. Allí, los panchovilla y compinches le dieron posada. Claro, ya dice el refrán que quien mal anda mal acaba, y Trostky, que había mandado matar a tanta gente, no podía ser menos. Le ha asesinado uno de los suyos, deshaciéndole la cabeza con una

espiocha. Lo ha dicho la radio este mediodía.

El trágico final del revolucionario ruso, creador del ejército rojo, conmovió y turbó profundamente a la población reclusa, aunque por distintas razones.

—Trotsky era el revolucionario que con más autoridad podía acusar a Stalin de traidor y cómplice de Hitler ante los trabajadores del mundo. Por eso le ha callado para siempre. El brazo de Stalin llega a todas partes. Ya lo comprobamos en el caso de Nin, el del Poum, asesinado aquí por los estalinistas, en nuestras narices, en plena guerra. Stalin no se para en barras con tal de conseguir lo que quiere. Y lo que ha querido siempre era quedarse él solo. Empezó por eliminar a Radeck, a Bujarin, a Zinoviev y a Kamenev, que le ayudaron a derrotar a Trotsky, su gran rival, a quien, por fin, ha logrado ahora asesinar desde lejos. Ya está solo. Ya ha logrado lo que quería —dijo Molina.

—Al fin se ha cumplido la justicia revolucionaria. Trotsky era un traidor vendido al capitalismo y al fascismo —dijeron los comunistas.

El caso es que fue la noticia del asesinato de Trotsky en México la que despertó el interés de los reclusos por las charlas de don Germán. A partir de entonces, tomó la costumbre, al final de sus toscas y breves alocuciones explicativas de algún pasaje del Evangelio, de leer y comentar extensamente los comunicados oficiales de la agencia alemana de noticias DNB. Su auditorio fue aumentando de día en día y hasta el Almirantazgo designó a uno de sus miembros, Agustín, para que asistiese diariamente a las sesiones catequísticas. Entre palabra y palabra, por el tono, los gestos y el talante del orador, hasta los menos avisados de sus catecúmenos sabían descubrir la verdad subyacente en sus

declaraciones y juicios. Si sonreía y se mostraba campechano, era señal de que las cosas rodaban bien para los alemanes, Si, por el contrario, imprecaba, amenazaba y agredía a los adversarios de los dictadores —ingleses, australianos, neozelandeses, canadienses, algunas colonias francesas y, en último término, los yankis que robaron Cuba a España— con la retahíla de sus acostumbrados epítetos: masones, protestantes, mercachifles, piratas y judíos, era síntoma evidente de que los resultados se alejaban mucho de sus deseos.

Don Germán se complacía en demostrar sus vastos conocimientos teológicos y, contrariamente, la lamentable ignorancia de sus oyentes en esta materia. Para ello, señalaba con el dedo al que le parecía más estólido entre sus oyentes:

—Vamos a ver, tú —y le preguntaba—: ¿Cómo te explicas que tres personas distintas formen un solo Dios verdadero?

El interpelado, confuso, se callaba. Entonces, el capellán insistía:

—Vamos, no tengas miedo. Si es muy fácil, hombre.

Y si el catecúmeno confesaba su impotencia, aprovechaba ese fallo para arremeter contra la falta de instrucción de los anticlericales y comecuras, y terminaba repitiendo la misma explicación:

—Escucha, hombre, y métetelo bien en la cabeza. Si nos fijamos bien en un objeto cualquiera, observamos que es, a la vez, alto, ancho y grueso. Son tres cualidades distintas, ¿no?, pero no son tres objetos, sino uno solo. Pues igual pasa con Dios —y añadía, después de saborear su presunta victoria dialéctica—: Claro que con esta comparación sólo se trata de conformar a nuestra pobre y limitada inteligencia, porque es un misterio que

nunca podremos comprender.

También gustaba de que le hicieran preguntas sobre la marcha de la guerra, que él contestaba siempre de una manera tajante e irrefutable, supiera la respuesta o la inventase. En todas esas ocasiones miraba, resplandeciente de vanidad y de sudor, a su auditorio, interpretando como un homenaje a su magisterio las sonrisas socarronas y las toses con que los presos acogían sus palabras.

De pedazo de atún le calificaba siempre Lopérez, y Agustín decía:

—Si no fuera por el calor... A pesar de todo, se pasa bien. Tiene muy mala leche, desde luego, pero es tan burro que no se da cuenta de que nos reímos de él y que de cuando en cuando le sacamos alguna verdad que nos conviene.

Una de aquellas tardes de finales de verano, muy calurosa, don Germán, chorreando sudor que se enjugaba frecuentemente con su enorme pañuelo de yerbas, después de explicar que el quinto mandamiento debía interpretarse como *No matarás sin causa justa, es decir, si no están en peligro la religión, la patria, el orden, la honra, la vida o la hacienda del cristiano, porque de los no cristianos mejor es no hablar*, hizo una pausa durante la cual cambió de fisonomía, abandonando el aire magistral y prepotente y adoptando el del hombre humilde y afligido.

—No sé, no sé cómo van a acabar esos orgullosos ingleses —dijo, tras encogerse de hombros—. Se empeñan en no aceptar las generosas condiciones de paz que les ofrece el Führer de Alemania, y claro, éste no va a tener más remedio que invadir Inglaterra, lo que no lograron ni Felipe II ni Napoleón, porque entonces no existían los tanques, los aviones y los navíos a motor.

Hitler ya ha reunido miles de embarcaciones en los puertos del Canal y ha situado sus mejores tropas en los puntos precisos para saltar sobre Inglaterra en cualquier momento, bajo la protección de la más poderosa flota aérea del mundo, que ya está reduciendo a escombros sus principales ciudades. ¿Y qué tienen los ingleses para responder? Sólo la escuadra, pero los submarinos y los aviones alemanes no la dejan moverse. Ya estáis viendo cómo ni siquiera puede proteger sus barcos de aprovisionamiento. Inglaterra está cercada y, muy pronto, sus habitantes no tendrán nada que llevarse a la boca. Y todo por culpa de los masones, allí hasta el rey es masón, y de los enemigos del papa y de la Iglesia Católica, allí los obispos son rojos y el rey usurpa los poderes del Soberano Pontífice. Yo pido a Dios todos los días que devuelva el buen sentido a esos pobres sentenciados. Me dan mucha lástima. Si no estuvieran tan ciegos, verían que lo que más les conviene es hacer las paces con Alemania. Así se acabaría de una vez esta maldita guerra y Hitler podría sentarle la mano a Stalin. Pero Dios ciega a los que quiere perder —se limpió el sudor de los párpados y luego se condolió, con voz compungida—: ¡Pobrecitos ingleses!

Y siguió un silencio que rompió la aguda voz de Lopérez:

—Don Germán, ¿me permite una pregunta? El cura le miró compasivamente.

—Sí, hijo; todas las que quieras.

Lopérez, irguiendo la cabeza, más que nunca de gavilán pendenciero, y silbándole las palabras, dijo:

—¿No son protestantes también los alemanes?

El rostro de don Germán se ensombreció un instante, pero inmediatamente apareció en sus labios una sonrisa que se lo iluminó.

—En Alemania —contestó en tono condescendiente— hay de todo: católicos y protestantes, pero en la antigua Austria todos son católicos. El Führer es austríaco, luego es católico. Ya ves, hasta me ha salido un silogismo perfecto. ¿Qué más quieres saber?

Lopérez movió energicamente la cabeza en sentido negativo.

—Creo que la conclusión es falsa, don Germán —le replicó—, porque Hitler ha atacado muchas veces a la Iglesia Católica.

Don Germán resopló, súbitamente enfurecido.

—¡Calumnias! —explotó—. Hitler es un obediente hijo de la Iglesia. Precisamente, el Pontífice reinante, el gran Pío XII, siendo Nuncio de Su Santidad en Berlín, firmó con el Führer un concordato muy favorable a la Iglesia de Roma, lo que todavía no hemos hecho aquí, ya ves. Pero aunque así no fuera —y desafió a Lopérez y a todos los demás con la mirada—, Dios sabe escribir derecho con renglones torcidos. Y en este caso, de lo que no hay duda es de que Hitler es el martillo de Dios.

Y don Germán puso fin a la catequesis por aquel día, cerrando así la boca a Lopérez, que ya se disponía a replicarle y que sólo pudo murmurar en voz baja:

—Pues vais a estar listos como Hitler gane la guerra, don Germanófilo.

Por mucho que vivamos, si es que tenemos la suerte, o lo que sea, de sobrevivir a esta locura homicida en que primeramente caímos los españoles y, ahora, Europa entera, no podremos olvidar este interminable verano. Nunca, nunca, nunca hemos estado tan cerca de la desesperación, ni siquiera el día en que entraron los

fascistas en Madrid o aquel otro en que el tribunal nos condenó a muerte. En esas ocasiones estábamos aún tan exaltados y tan caliente nuestra sangre que el morir entonces, en plena ebriedad trágica, nos hubiera resultado un desenlace fácil y hermoso. Yo veía a Olivares entero, dispuesto a todo, desasido de las mezquindades que nos amarran a la vida, sublimado por la conciencia de representar un gran papel en la historia de nuestro pueblo. E igualmente Agustín y otros muchos compañeros, conscientes de lo mismo. Nos sentíamos protagonistas, y eso nos daba valor y serenidad. *Pagaremos por todos*, decíamos mirando a la posteridad, asumiendo todo el honor y el sacrificio por la gran causa. Con este espíritu, hasta el débil y frágil José Manuel pudo ir a la muerte como un romano. Cuántas veces, después de una saca de condenados a muerte, al desvanecerse el fugaz sentimiento de alegría malsana por haber sido suplantados ante el pelotón de ejecución, nos aleccionábamos mutuamente acerca de cómo deberíamos afrontar el trance cuando sonaran nuestros nombres en una de aquellas fatídicas convocatorias.

—Es una lástima, Molina, que maten de madrugada, sin que nadie más que los ejecutores contemplen a las víctimas, y no como en los tiempos de la revolución francesa, en un alto patíbulo, a la vista de una gran multitud, como murieron los girondinos y Dantón —solía repetir Federico, obsesionado siempre por los ejemplos históricos y su destino de mártir de la libertad.

Yo no sé qué hubiéramos hecho en el caso de haber sido seleccionados por la muerte, pero lo cierto es que nuestro compromiso, concertado en momentos tan dramáticos y solemnes, de dar un ejemplo de valor a nuestros compañeros y de frialdad y desdén a nuestros enemigos, era absolutamente

sincero. *Libertad o muerte, ¿no es eso? Sólo este pensamiento puede darnos fuerza para no temblar ante los fusiles*, insistía Olivares, y Agustín, echando un poco de sal gruesa en la salsa, decía:

—Para un revolucionario, y eso somos nosotros, amigos, mal que nos pese, morir, no es que sea agradable, ni deseable ni envidiable, pero sí es aceptable, soportable y honorable. Coño algún día hay que morir, y yo creo preferible caer ante un piquete que ante una pulmonía, ¿no?

¿Balandronadas? ¡Quién sabe! Por lo que a mí se refiere, sé que no soy un valiente, ni mucho menos, yo diría que más bien cobarde, porque el temor de ser fusilado me hizo temblar y llorar muchas veces, pero creo ahora que, al lado de hombres como Olivares y Agustín, hubiera sabido y podido comportarme dignamente. Pero eso ya pasó. Ya no somos nadie ni protagonistas de nada. El hambre, la suciedad, los piojos y las chinches, la sarna y la tiña, la cabeza rapada y el ambiente sórdido que nos rodea, han hecho de nosotros unos héroes frustrados. Somos como actores en un teatro vacío y así no es posible representar, altiva y apasionadamente, el papel de hijos de los dioses. No. Los dioses nos han abandonado, quien sabe si definitivamente, en medio de la oscuridad, sin el brillo de una estrella en el cielo. Si, en algún momento, hemos creído ver un destello esperanzador en la lejanía, ha sido tan breve como un relámpago que, al apagarse, nos ha sumido en más espesas negruras, como cuando supimos que España había ocupado Tánger en la misma fecha de la conquista de París por Hitler.

—Es un acto indiscutible de agresión que significa, de hecho, la entrada de España en la guerra —dijo Olivares.

En el caso de que nuestro país se jugase a cara o cruz su destino en esta guerra, nosotros podríamos recobrar nuestra personalidad. Tanto amigos como enemigos tendrían que contar con nosotros, porque somos muchos y estamos en situación de aceptar cualquier riesgo. No tenemos nada que perder y no nos asusta morir, y lo que más ardientemente deseamos es pelear. Acción, acción, acción. La que sea. Pero fuera de estos muros. Yo repudié siempre la violencia en las luchas sindicales, y, en la guerra, no fui capaz de manejar más arma que la pluma, y siempre en apoyo de tesis en lo posible conciliadoras y, sobre todo, respetuosas con la vida humana, y sistemáticamente en contra, por supuesto, de la mística bélica que encubre muchas veces el disfraz revolucionario. Pero ahora... En el momento en que escribo estas líneas sería capaz de salir tirando bombas de mano contra todo lo que se me pusiera por delante, aunque, quizá, me arrepintiese después. No lo sé. (*Pero, ¿qué te pasa, Molina? ¿Te has vuelto loco? ¿Tú, el pacifista, proclamando ahora la guerra santa? ¿Te das cuenta de lo que dices?*) Lo único que sé es que prefiero cualquier situación a la de permanecer aquí, inmóvil, impotente, hostigado por «Redención», don Germanófilo y los periódicos de la calle.

Pero no pasó nada. Tánger fue ocupado por las tropas de Franco y aquí paz y después gloria. *Indecente, deprimente y repelente*, dijo Agustín, y eso fue todo. Los comunistas se rieron y nuestros vencedores desempolvaron una vez más el vacuo repertorio retórico carlosquintero y felipesegundero, paviano y leparentino, imperial y funerario, y nosotros hubimos de aspirar la fétida vaharada de los cementerios patrióticos, porque, hombre, ahora que todas las noticias nos son desfavorables nuestro

sistema de información funciona matemáticamente. No sé cómo Olivares puede digerir tanta información adversa, porque si una noticia es mala, la siguiente es peor. ¿Cuál será la próxima? ¿Tal vez la de la invasión de las islas británicas, última caída del telón, fin del espectáculo y momento musical del suicidio? Entre tanto, se dictan algunas libertades. Sí. Y es un juego divertido. Salen y, en la puerta de la prisión les esperan las comisiones de los pueblos, esas benditas, patrióticas y cristianísimas comisiones, y se los llevan para hacerles pasar por la rueda. Es repetir el juego del gato y el ratón. Lopérez no se equivoca, no, ni está tan loco como parece. En un diálogo de versos ripiosos, entre dos personajes de su bufo «Don Juan», dice:

—*¿Buenos bulos?*

—*Regulares*

para rellenar la arquilla.

Uno de Villasequilla

*dice que los militares
saldrán pronto de «Unamuno».
—Tu esperanza es cosa vana,
de aquí no sale ninguno.
—Uno salió esta mañana.
—Pues ten el oído atento
y ojo avizor está,
porque ese, antes del recuento,
aquí otra vez estará.*

Así es. Y no asombra a nadie. Y, aunque parezca mentira, cuando a algunos les llega el soplo desde la oficina de que van a ser libertados, se echan a temblar, como si les anunciaran la peor desgracia. Aquí, salvando las tarascadas de Portaviones, Mula Romera y compañía, y adaptándose en lo posible y en lo imposible a la mugre y a los parásitos, puede uno morir de hambre tranquilamente. Eso es todo. Pero fuera se está expuesto a todas esas calamidades más a los astiles de azadón, a los vergajos y a las orquitis traumáticas. Por eso se suicidó Cosme. Estaba persuadido de que un día cualquiera vendrían por él sus caritativos paisanos para someterle a largos interrogatorios nocturnos, ebrios de odio y de vinazo. Sabía muy bien lo que le esperaba y su resignación no iba tan lejos. Seguramente, se había fijado como último plazo para actuar el momento en que el voceador cantase su nombre en el patio, seguido de la temible cantinela: ¡A *jueces*! Quería apurar el tiempo hasta el último minuto, a ver si mientras tanto se producía algún hecho que cambiase la situación. Como para todos nosotros, la guerra en Europa era también para Cosme el factor máximo que

decidiría nuestra suerte. El inesperado y súbito derrumbamiento de Francia le decidió a anticiparse al plazo que se impusiera. La desesperación cayó sobre él como un ave de presa, lo encumbró hasta el paroxismo y desde allí lo precipitó a la muerte. Valeroso Cosme. El único entre todos que ha sabido interpretar dignamente su papel hasta el fin. Los cobardes decimos que fue un cobarde. Pero aquella noche, ya acostados, Olivares me preguntó:

—¿No crees tú que debiéramos seguirle todos, por uno u otro procedimiento?

No podía ver los ojos de mi amigo, porque ambos yacíamos boca arriba, pero el tono de su voz delataba la tensa lucha que mantenía en su interior.

—¿Te refieres a la conveniencia de plantear un suicidio colectivo? —le pregunté, a mi vez, llamando por su verdadero nombre a la acción que sugería.

—Sí, eso es —repuso Olivares sordamente, y añadió—: Es la única opción honrosa que nos queda. Siguiendo como estamos, moriremos lentamente, degradándonos un poco más cada día, no sé hasta dónde ni hasta cuándo. De la otra manera, moriríamos rápidamente y, muriendo todos a la vez, qué ejemplo de valor y de hombría daríamos al mundo entero. Vamos, dime, ¿se te ocurre algo mejor para testimoniar nuestra protesta contra la infamia de que se nos ha hecho objeto?

Sentí miedo por él, por mi entrañable amigo, y su miedo, porque Olivares tenía miedo, un miedo que se trasformaba en decisión heroica por autosugestión, vino a aumentar mi propio miedo, que no podía ser más grande. Olivares peroraba, y eso era lo malo, porque las palabras comprometen y, a veces, forman cadenas con las que nos ahogamos, o trampas en las que

inconscientemente caemos. Yo intuía que Olivares esperaba, temblando por dentro, mi decisión, y ahí estaba la argucia peligrosa. Él deseaba, quizá, que yo desaprobase su propuesta, para quedar tranquilo y, una de dos, o se inmolaba inmediatamente para demostrarme su sinceridad y dar un ejemplo de valor a todos, o, por el contrario, desistía de ello apoyándose en mí. Si aprobaba su proyecto, debería ser yo quien iniciase la serie de muertes voluntarias. Pero yo no deseaba suicidarme ni me sentía capaz para ello. Ante tal disyuntiva, opté por eludir una respuesta comprometedora.

—¿Y cómo? —lancé como en un juego de adivinanzas.

—¿Que cómo? Muy fácil. Hay muchas maneras de hacerlo. Cosme ha utilizado una. Otra podría ser la de abrirnos las venas. Es menos aparatosa y, por lo tanto, la mejor a mi juicio.

—Sí, pero, ¿con qué?

—Hay cuchillas de afeitar dentro de la prisión, y están las navajas de la barbería y también las que se han fabricado algunos con las latas de conservas. En último término, queda el recurso de cortarse las venas a mordiscos.

Evidentemente, Federico se dejaba llevar por la imaginación. No proponía un plan realizable, sino la hipótesis idealizadora de sus impulsos románticos. Era necesario, pues, hacerle descender a la realidad.

—Está bien, pero, ¿tú crees posible convencer a tantos hombres para que se quiten la vida en el plazo de una noche, por ejemplo? Si no coincidimos en cosas tan simples como el final de nuestra guerra o el pacto germanosoviético, ¿cómo vamos a coincidir en una decisión numantina como la que se te ha ocurrido a ti? Anda, vete a decirle a un comunista que se suicide porque

Hitler ha derrotado a las democracias. Se reiría en tus propias narices. Creen que Rusia vela por ellos y que Stalin es el único que sabe lo que debe hacerse. Si recibieran la consigna de suicidarse, serían ellos quienes nos lo propondrían a nosotros, pero, dándose al revés, me parece inútil cualquier gestión, y, claro, sin los comunistas, nuestro plan no tendría sentido.

—Quizá les arrastrásemos con nuestro ejemplo, Molina.

Era la última posición que defendía mi amigo antes de rendirse y comprendí que ya todo era hablar por hablar.

—Yo no lo creo y, naturalmente, no vamos a apostar nuestras vidas, que no son sólo la tuya y la mía, sino la de tantos compañeros, a un número de lotería que no puede salir.

—Sin embargo, sería algo hermoso, hasta diría que sublime, como una tragedia griega. Antes de morir enviaríamos fuera de la prisión un documento en que haríamos constar el porqué de nuestro sacrificio. Imagínate por un momento la impresión que causaría en el mundo. Imagínate también la sorpresa de los guardianes, a la mañana siguiente, cuando abrieran las puertas de las salas para el recuento y nadie se levantara porque todos, estuviéramos muertos. ¡Qué bomba, Molina!

—Sí —concedí—, muy espectacular si todo se desarrollase así, como tú lo imaginas, pero, desgraciadamente, no podríamos llegar a tanto. Desengáñate, no pasaríamos de media docena los protagonistas. La gente no quiere morir a pesar de todo, Federico. Cosme es punto y aparte. No faltarían entre los nuestros quienes dijeran, para justificar su cobardía, que habíamos sido unos chalados, y, por supuesto, los comunistas nos acusarían de infantilismo revolucionario. Y, en definitiva, ¿qué significan hoy seis muertos más entre los innumerables muertos que cada día

cosechan los piquetes de ejecución, el hambre y la guerra? Nada. Nos ha tocado vivir un tiempo en que la vida de un hombre tiene para los demás menos valor que un panecillo. Es así y no vale darle vueltas, y todo lo demás es sólo fantasía.

Es cierto que yo tenía razón y que Olivares deliraba, pero he de confesarme a mí mismo que con mis razonamientos, pretendía, sobre todo, encubrir mi impotencia para tomar una determinación como la sugerida por mi amigo. No he nacido para héroe, la verdad, aunque nunca he rehuido las consecuencias de mis actos. Pero una cosa es afrontar la muerte impuesta por los demás y otra muy distinta buscar voluntariamente esa muerte como única solución.

Olivares guardó silencio, un grave y penoso silencio que yo respeté, y al cabo de unos minutos me volvió bruscamente la espalda al tiempo que decía:

—Está visto que no podemos salir de esta cloaca, aunque la mierda nos llegue ya a la boca.

A poco, se durmió como de costumbre, fulminantemente. Yo aún continué en vela unos minutos más. La mierda tenía un sentido figurado en la expresión de Federico, pero cobraba toda su realidad física en el hedor nauseabundo que nos envolvía. Así, Federico tenía razón en todos los sentidos. Mierda, mierda, mierda... A pesar del asco, acabé durmiéndome yo también. Sin darme cuenta. Como bajo los efectos del cloroformo. ¡Qué pobre animal es uno a veces! Con todo, no quiero decir que Olivares haya perdido su entereza, ni que Agustín, Pablo y los demás compañeros flaqueen, ni que mi moral se desmorone, no. En absoluto. Otro es el fenómeno y consiste en que ya ha pasado para nosotros la oportunidad de ser protagonistas activos. Ya sólo

somos elementos pasivos, restos de un naufragio que flotan en la resaca. No podemos decidir nuestro destino y no nos queda ni el consuelo de que nuestros nombres sean recordados cuando se escriba la historia de esta época. *Nos han robado hasta la gloria*, dice Federico, y eso es lo que más nos duele.

Sofocante verano. El sol se clava en la vertical del patio y desde allí nos somete, durante horas, al implacable flagelo de sus rayos. Sobre nosotros, el aire llamea contenido por los altos muros, y, bajo nuestros pies, echa humo el asfalto. Cabe la marquesina, tanto tiempo recalentada, el aire enrarecido es irrespirable, y en las salas, donde a veces podemos refugiarnos, la atmósfera se condensa y se caldea hasta tal grado, por efecto de la transpiración y de las emanaciones corporales, que no se puede permanecer en ellas mucho rato. Es preferible aguantar el peso del sol al descubierto, protegida la cabeza con gorras, pañuelos anudados y cucuruchos de papel. La piel se irrita, pican los párpados y escuecen los pies, y el agua escasea y no funcionan las duchas. Hay quien no lo puede soportar y cae al suelo sin sentido y el único remedio en estos casos, tan frecuentes, es llevar al desvanecido al límite de la zona abierta y abanicarle con blusas y camisas hasta que vuelve en sí. Cuando, el otro día, Lopérez abrió los ojos después de uno de estos desmayos, nos dijo que hubiera sido más humano no despertarle, porque ya no sentía nada y hubiera llegado al final del viaje con la conciencia dormida. De noche, el suplicio es aún más intenso. Yacemos sin más ropa que el calzoncillo, rozándonos unos con otros, recibiendo el aliento del vecino en la nuca, mezclando los sudores, respirando siempre el mismo aire viciado, espeso y maloliente. Hay quien gime de angustia, quien maldice en alta voz a su denunciante, quien jura

venganza a gritos y quienes agotan, como si lanzaran cohetes, el repertorio de las blasfemias. Se ulceran las esquimosis que producen las mordeduras de piojos y chinches y nos arde la piel como si estuviéramos sumergidos en un baño de ortigas y mostaza. Cada noche tiene momentos en que nos asalta la locura y nosotros venteamos el peligro, en que la desesperación nos ronda y nosotros percibimos sus tentáculos, en que la muerte nos llama y nosotros sentimos el tirón de su querencia. La muerte, qué liberación. La muerte, qué tranquilidad, qué dulzura, qué silencio. Pero la muerte nos esquivo, la desesperación se retrae, y la locura pasa, al fin, de largo, y nos quedamos con nuestra conciencia herida, con nuestra dignidad violada y con nuestro dolor inconsolable. Sólo al filo del día nos estremece un suave y fresco soplo purificador que a veces nos despierta, como ayer, cuando sonaban a lo lejos las descargas de las ejecuciones. Entonces, alguien saludó al nuevo día repitiendo las palabras que Pepe el Largo lee cada domingo: *Qué bueno es Dios y cuántos beneficios nos hace. Qué bueno es Jesucristo y cuánto nos ama.*

—¿No ves qué gordos se están poniendo los legionarios? —y Robleda señalaba a un numeroso grupo de presos sentados bajo la marquesina.

Ciertamente, la llamativa obesidad de aquellos hombres resultaba incomprensible, porque habían pasado, en muy poco tiempo, de esqueletos vivientes, sólo piel y huesos, rostros chupados y grises, ojos desmesurados y voraces, a ser unos tipos hinchados de grasa, con la piel túrgida, con los ojos, apenas dos rayitas oscuras, sumidos entre los párpados abultados, con los

dedos de las manos igual que morcillas, con los tobillos enterrados en manteca y con unos pies que no les cabían en albarcas y alpargates.

—No lo comprendo —dijo Jesús— porque con el rancho, que no tiene más que hollejos de garbanzo, poca grasa se puede criar.

—Pues parecen fatis —insistió Robleda.

—Y digo yo —siguió diciendo Jesús—, ¿a dónde irán a parar los meollos de los garbanzos? A lo mejor los vende el administrador fuera aparte, o a lo mejor, no compra más que hollejos.

—A saber, mira tú. Ahora se estraperlea hasta con la basura. Pocos cuartos que le sacará el administrador a nuestra mierda... —bromeó Joaquín.

—A que nos están convirtiendo en una fábrica de abonos... Estaría bueno, ¿eh? —intervino Agustín.

—Pues no lo tomes a cachondeo, no —dijo Joaquín—. Los leños dicen que el estiércol se vende a peso de oro, porque no hay abonos minerales y el campo, después de la guerra y de la sequía, se ha quedado como la teta de una vieja.

—Pues que nos den bien de comer y que nos saquen a cagar al campo.

—Déjate de colas, Jesús —y Robleda volvió a referirse a los legionarios, cuya repentina gordura le intrigaba.

—A mí me parece —opinó Molina— que lo que tienen es alguna de esas enfermedades de ahora, qué sé yo.

—Puede ser la del piojo verde —sugirió Olivares. Entonces intervino Pablo:

—No lo creo. El tifus exantemático presenta otras características, según los libros. Parece más bien que se trata de un estado patológico provocado por la carencia, ya sabéis, la falta

de proteínas y de vitaminas. Los enfermos se hinchan, se hinchan y luego, de repente, paf, se deshinchán y mueren. Los dos que murieron ayer habían estado tan gordos como esos, y hay tres o cuatro en la enfermería que van por el mismo camino. Ya están en las últimas y yo creo que no pasarán de esta noche —y añadió, después de una pausa—: El médico oficial ha pedido harina de trigo, aceite, naranjas y chocolate, para darles una alimentación compensatoria, que es la medicación que necesitan más urgentemente.

—¿Y qué? —preguntó Olivares.

—Verás. El médico oficial no quería buscarse complicaciones, pero Velázquez y los demás médicos reclusos le hicieron ver que no se trataba de un caso aislado, sino que hay cientos de hombres que están al borde de lo mismo y que, si no se ataja el mal, puede sobrevenir una catástrofe y armarse la de Dios, porque no se va a poder mantener oculto lo que ocurre, y, en cuanto se descubra, alguien tendrá que pagar el pato, y ese alguien no puede ser otro que él por no haber denunciado a tiempo la situación. Estas consideraciones le hicieron reflexionar y planteó oficialmente el problema en una reunión del consejo de disciplina. Don Germanófilo se excusó diciendo que a él le competían únicamente las cuestiones de índole religiosa. Para Goering no existía tal problema. ¿Que se morían los rojos ellos solos? Pues era lo mejor que podía ocurrir. Ya estaban viviendo demasiado. Villares opinó que se debería recurrir a todos los medios para obtener esa mejora de rancho que necesitaban los enfermos. Dijo que él es un funcionario de prisiones y no juez, que su obligación consistía en imponer la disciplina a los reclusos, por eso me llaman Malastripas, pero también procurar que no les faltase lo mínimo a

que tiene derecho un hombre. Entonces, Goering pegó un puñetazo en la mesa y dijo a Villares que lo que le pasaba era que todavía guardaba resabios de otros tiempos, que ahora es diferente y que los rojos son unos renegados que no se merecen ni el aire que respiran. Malastripas echó en cara a Goering que vestía el uniforme de prisiones por equivocación y que él, Villares, llevaba treinta años de servicio en el cuerpo, que toda la guerra estuvo en el penal de Burgos como funcionario y que, hasta la fecha, ninguno de sus superiores había tenido que llamarle la atención por nada ni tampoco le habían ordenado nunca que se convirtiese en verdugo de los presos. Y Goering acusó a Villares de defender a rojos y masones, y Villares llamó a Goering paracaidista, y hubo de intervenir el director para que la cosa no pasara a mayores. Luego, el director endosó la papeleta al administrador y éste puso el grito en el cielo. (*¿Cómo quieren ustedes que yo saque dinero para extras de la asignación de los presos? Yo no soy Dios y no puedo repetir el milagro del pan y los peces*). Total, que lo que se acordó fue remitir un informe a la superioridad para que sea ella quien decida, y todos contentos.

—Nada de nada —resumió Molina.

Se miraron en silencio. Caía la soleada tarde otoñal. Los gorriones estridían furiosamente, como locos, en el aire gris, antes de acogerse a sus nidos, hasta que puntease en el cielo la nueva aurora. En cambio, el tono del gran rumor del patio decrecía sensiblemente. La reacción de los pájaros ante el crepúsculo contrastaba con la de los hombres en su forma de expresión, diametralmente opuesta. Aquéllos gritaban, exasperados; y éstos, enmudecían, abatidos. Para los pájaros significaba una brusca interrupción en la plenitud de su gozo vital; para los hombres, un

recrudescimiento de sus angustias existenciales. Los pájaros eran detenidos por las sombras, y por eso protestaban, pero, en cambio, las sombras empujaban a los hombres a la disolución y al vacío, y por eso callaban, intimidados.

—¿Y por dónde empiezan a hincharse? —preguntó Agustín a Pablo.

—Pues, generalmente, por los párpados, aunque no lo sé con certeza.

Entonces, Agustín se pasó las yemas de los dedos por los suyos y, después, cerrando los ojos, se acercó a su amigo.

—¿Qué te parecen los míos? —volvió a preguntarle. Jesús y Robleda, imitando a Agustín, preguntaron también:

—¿Y los míos?

—¿Y los míos?

Olivares, Molina y los demás callaban, sombríos y expectantes. Y Pablo sonrió al responderles:

—Bien, hombre, bien. No se ve ningún síntoma. Y, coño, no seáis tan aprensivos.

Y en ese momento sonó la corneta llamando para la última formación de la tarde.

Olivares y Molina se han empeñado en que yo también escriba mis impresiones y experiencias carcelarias y las haga llegar a mi madre a través de nuestra organización, para que ella las guarde hasta el día en que yo recobre la libertad, si es que ese día está en el calendario. No me ha valido decirles que lo que a mí se me da bien es hablar y que, en cambio, escribir me resulta muy engorroso, porque, así como las palabras me vienen a la boca sin ningún

esfuerzo, cuando cojo la pluma se me escapan, se me olvidan, y nunca me parecen apropiadas las que logro atrapar. (*Mira, Agustín, escribe como te salga y no te preocupes. El día de mañana valdrá más lo que digas que como lo digas, ¿comprendes?*) Y Olivares acabó, como no, convenciéndome. Al fin y al cabo, pienso yo, puede servirme de entretenimiento y quizá también de desahogo. Aquí lo que sobra es tiempo y nos aburrirnos como ostras, y hablamos siempre de lo mismo, dale que te pego, y hay cosas que no te escucharía nadie, o que se te quedan atragantadas o que no se pueden confiar más que al papel. Por eso, voy a intentarlo. Pues bien, para empezar tengo que decir que padezco un hambre crónica tal que si pudiese ahora satisfacer mis deseos por orden de importancia, pediría, en primer lugar, una paella de langostinos y almejas; después, un pollo asado y, por último, filetes con patatas y pimientos fritos y, para remate, croquetas de bacalao. Todo esto acompañado de pan, de mucho pan, y de cerveza fría, mucha cerveza fría. De postre, queso y fruta, natillas y helado y, naturalmente, como fin de fiesta, café, un par de copas de coñac y un cigarro faria. ¡La rehostia! Y lo que es el escribir. ¿Pues no me estoy relamiendo de gusto...? Ay, pero me suenan las tripas vacías. Siempre están vacías. Siempre están gruñendo. Como anoche, cuando aquel gracioso, en el momento en que yo trataba de olvidar el hambre que no me dejaba dormir recordando un mitin que dimos en Santa Cruz de Mudela, gritó desde su petate: *¿Qué tal nos vendrían ahora, compañeros, unas chuletitas de cordero a la plancha, eh?* Le hubiera estrangulado. ¡Cállate, cabrón! También le dijeron: *¡Una mierda para ti, desgraciado!* Y hubo quien protestó: *¡No hay derecho a torturar así a la gente!* Seguro que todo dios se puso a tragar saliva. Yo

tuve que salir pitando para la letrina, como si tuviera diarrea, qué retortijones, madre, para echar los vientos, porque no tenía más que aire en las tripas. Y ya no pude dormir en un buen rato. Son bromas de casquero. Si se habla de mujeres es otra cosa, porque si se pone uno a cien por hora, siempre queda el consuelo de emplear los cinco contra uno, que nos deja tranquilos. Pablo, cada vez que los empleaba, solía terminar diciendo: *Y, ahora, un pitillito...* Pero con el estómago no se puede jugar, y cuando achucha demasiado no hay más forma de torearlo que recordar alguna cosa que te ponga los pelos de punta o que te saque de quicio, como las hostias de Portaviones, los bombardeos alemanes o una buena pasada con alguna gachí. Es como si, para acallar un dolor de muelas, te pegases un martillazo en un dedo. Y ya que me ha salido la palabra bombardeo, qué espantosos deben ser los que están sufriendo los londinenses. Si aquella tarde, cuando las treinta y tres famosas «pavas» descargaron sus tripas sobre Madrid nos pareció que se iba a hundir el mundo, qué sentirán y pensarán los ingleses al ver sobre ellos, no treinta y tres, sino cientos de aviones mucho más poderosos que las «pavas» de nuestra guerra, sembrando bombas a voleo. ¡Coño! Y de día y de noche, sin parar. Y, sin embargo, aguantan. Vaya que si aguantan. Son unos jabatos. Hay que reconocerlo, como hay que reconocer asimismo que los alemanes son los fulanos más testarudos que ha parido madre. Cuantos más aviones pierden, más ponen. Hasta que, si siguen así, se descrismen del todo. Menudo hueso les ha salido con Churchill. A ese no hay quien le haga doblar la rodilla. ¡Ni hablar! Ha dicho y repetido, y con un coraje que mete miedo, que Inglaterra ni se rinde ni se rendirá jamás a Hitler. Y no se rendirá, no, si antes no consigue Hitler arrasar las islas británicas.

¿Lo lograrán? Don Germanófilo, qué bien le cae el mote, coño, dice que sí. (*¡Pobrecitos ingleses! ¿Por qué no cogen a Churchill, a ese masón, y lo tiran al mar? Infelices, es la única escapatoria que les queda. Pero no. Se empeñan en resistir y, claro, aunque Hitler no quiera, se ve obligado a aniquilar Londres y todo lo que se le ponga por delante. Pues que no se quejen luego por lo que les ocurra. Si Dios no lo remedia, dentro de pocos días Inglaterra habrá dejado de existir*). Pero pasan los días y las semanas y que si quieres arroz, Catalina. Inglaterra sigue en pie. Por suerte para ella y para nosotros también, naturalmente. No es que me sean muy simpáticos los ingleses, pero... Los enemigos de mis enemigos, amigos míos son, ¿no es eso? Yo creo que Hitler se va a romper los cuernos contra Inglaterra. Por de pronto, todavía no ha conseguido poner los pies en las islas y, para vencer a Inglaterra, hay que ir allí, meterse en la boca del lobo, apoderarse de su tierra. Y eso de atacar el Peñón de Gibraltar pasando por España me parece que a Franco no le ha gustado mucho o que Franco le ha puesto un precio muy alto y que de la entrevista de Hendaya no ha salido nada en concreto. Todos esperábamos que, inmediatamente después, Franco exigiría a los ingleses la entrega del Peñón, amenazándoles con la guerra en caso de que no accediesen a ello. Pero las cosas han quedado como estaban, desgraciadamente, y digo desgraciadamente porque a nosotros nos interesa que España tome partido, aunque nos cueste la vida, porque todo es preferible a esperar la muerte aquí, cruzados de brazos, que es nuestra situación. Entonces, si Hitler no acaba rápidamente con Inglaterra ¿qué va a pasar? Porque los Estados Unidos no se van a quedar al paio, y si Hitler les da tiempo a que se preparen... Y parece que tampoco todos los franceses se dan

por definitivamente vencidos. ¿Quién será ese De Gaulle, de quien nunca habíamos oído hablar? ¿Es un fantasma, como dicen los periódicos, que Churchill se ha sacado del sombrero, como un prestidigitador, o es un tipo con vergüenza capaz de revolver a sus compatriotas contra el alemán? Ya lo veremos. A propósito de ese De Gaulle, tuvo mucha gracia la que organizamos ayer. Nos pusimos en cola ante la ventanilla del economato lo menos trescientos tíos. El primero va y pide papel de fumar.

—¿De qué marca? —le pregunta Manolo.

—¿Hay de Gol?

—Sí.

—Pues dame de Gol.

Y los siguientes también de Gol, de Gol, hasta que se terminó lo que había.

—Ya sólo quedan Bambú e Indio Rosa.

Y los tíos *no, yo quiero de Gol y, si no, nada*. Y otra vez de Gol, de Gol, de Gol, hasta que Estuka, el oficial del economato, cerró la ventanilla de golpe y apareció Portaviones, seguramente avisado por Estuka, repartiendo hostias y patadas. Fue una escaramuza que nos dio tema de conversación para toda la tarde.

El hecho cierto es que la guerra se complica y que su final ya no se ve tan cerca, ni siquiera se ve, aunque los de aquí digan otra cosa en sus periódicos. ¿Qué coño saben estos periodistas que se bajaron los pantalones delante de Ciano y de Himler? ¡Valiente manada de chupaculos que no tienen valor más que para meterse con nosotros porque saben que no podemos defendernos! Pues mira los de «Redención»... ¡Desgraciados! ¿Y cómo paga Hitler vuestros servicios cabrones? Pues cogiendo a Companys, a Zugazagoitia, a Cruz Salido, a Muñoz Martínez y a otros

destacados refugiados políticos en Francia y regalándoselos, atados de pies y manos, a sus más encarnizados enemigos y perseguidores, y amos vuestros. Peces gordos esta vez y no boqueroncillos como hasta ahora. Qué alegría, ¿no? Y peces gordos que se habían escapado de la red. Casi nada. ¡Qué vergüenza! Y ellos, qué imbéciles. Todavía no se habían enterado de cómo las gastan aquí. Pensarían, digo yo que pensarían, que lo que nos ha ocurrido a nosotros, los pobres diablos de siempre, era una consecuencia natural e inevitable de la guerra y quizá muy merecido por no haberla ganado y habernos quedado aquí, con Franco, como si todo hubiera dependido de nuestra voluntad, o por aquello de *¿quién se preocupa por las circunstancias personales de los simples soldados caídos en la batalla?* Lo que importa es que se salven los jefes por encima de todo. Por eso no quisieron escucharnos cuando les pedimos ayuda. *(Otros perdieron la vida. Entonces, ¿por qué se quejan si todavía viven? Además son tantos que no podrán fusilarlos a todos)*. Entendido, entendido. Los jefes no se improvisan, mientras que la gente de tropa sale a patadas, se da como los hongos. Y se quedaron, tan tranquilos, a vivir en París. Algunos, más precavidos, se largaron a las repúblicas hispanoamericanas, por si las moscas. Ellos, no. ¿Cómo podían pensar que los detuviesen en un país extranjero que los había acogido con todas las de la ley, para entregarlos después a sus peores enemigos? ¡Qué disparate! Ellos eran refugiados políticos de primerísima categoría y no morralla indocumentada e indeseable como la que se pudría en los campos de concentración franceses. Que los alemanes avanzaban... *(Bien, ¿y qué? Señores, existen unas normas internacionales que nos amparan. No somos franceses ni beligerantes. Somos huéspedes*

de un país cuyo honor nos protege). Paparruchas y nada más que paparruchas democráticas, hombre. Qué palabrería, señor. Como si los fascistas, que se han saltado siempre a la torera todas las leyes y tratados que les estorbaban, se fueran a detener ante vosotros por un escrúpulo de conciencia. ¿Después de violar a Checoslovaquia, Bélgica, Holanda, Dinamarca y Noruega? Vamos, hombre. ¿Es que no os acordabais ya de que negaron el derecho de asilo, el sagrado derecho de asilo, a las embajadas en Madrid al término de nuestra guerra, a pesar de que por ese derecho ejercido ampliamente bajo nuestra dominación salvaron sus vidas innumerables facciosos, Serrano Suñer y Fernández Cuesta entre ellos? No es que tomemos vuestra desgracia como una compensación de la nuestra. Vuestra captura no nos consuela ni nos alivia en absoluto. Antes al contrario, nos agobia y nos entristece y nos hace sentirnos más desvalidos. Lamentamos, eso sí, que os hayáis dejado coger como conejos, sin ninguna reacción valerosa por vuestra parte. Lo contrario, podéis estar seguros de ello, nos hubiera enorgullecido, y mucho. Porque de nada nos va a servir vuestra inmolación, como tampoco nos favoreció que, según se dice, los comunistas hicieran volver desde Nueva York a Diéguez, secretario del comité provincial del partido comunista en Madrid, que lo detuviese en Lisboa la policía de Salazar y lo entregase a la española para ser fusilado. De nada. Todas estas historias nos deprimen y vienen a aumentar la sensación de derrota que nos abrumba. Son una carga más sobre la que cada uno de nosotros lleva consigo. Y, si no podemos con la nuestra, si se nos doblan las rodillas, si ya no nos queda casi aliento, ¿cómo vamos a sobrellevar, por añadidura, ese peso ajeno? Y, sin embargo, así tiene que ser, querámoslo o no. Somos el yunque de

todos los martillos. De todos. Sí, porque tenemos que soportar hasta que los comunistas se alegren de las derrotas de las democracias.

—¿Es verdad —le pregunté no hace mucho a Rodrigo, amigo personal nuestro y afiliado al partido comunista— que tus camaradas celebran como victorias los bombardeos de Londres y el hundimiento de barcos ingleses?

Estábamos los dos solos en un dúo aparte. De hecho, Rodrigo y yo somos el punto de unión, la soldadura diríamos, entre los dos grandes sectores en que se divide la población penal. Los comunistas se creen infalibles. (*El partido no se equivoca nunca*). De ese modo, hasta los mayores errores tácticos del partido son maniobras geniales, según ellos, de la dirección, y la base debe admitirlo y defenderlo así. Y si no saben cómo argumentar ni cómo escurrirse, se encogen de hombros y repiten una y otra vez: *Cuando el partido ha señalado esa línea, por algo será*. En el caso del pacto germanosoviético, que les pilló desprevenidos y les dejó turulatos, los dirigentes, como no sabían qué explicaciones dar a la base y viendo que ésta se iba a pique, desmoralizada, dijeron: *Camaradas, el camarada Stalin sabe muy bien lo que hace. Él nunca se ha equivocado y ha mantenido siempre la línea justa. Nosotros no podemos ver lo que el camarada Stalin ve, sin duda, desde el puente de mando de la nave socialista. Y, si ha señalado ese rumbo, sus razones tendrá. No lo dudéis, el gran jefe de la revolución, el genial conductor del proletariado, el sabio camarada Stalin, nos conducirá al triunfo definitivo*. Palabras nada más, claro.

—Para tu padre —replicaban los menos dialécticos de los nuestros, y añadían—: No, si lo mejor que nos podía ocurrir es lo que el sabio camarada Stalin tenía previsto, que cayéramos en

manos de Franco. No te jode... Si te condenan a muerte, no te preocupes, porque te indultarán; y, si no te indultan, no te preocupes, porque no te llevarán al picadero; y, si te llevan al picadero, no te preocupes, porque tirarán con balas de fogeo. Coño, qué broma. ¿Y si tiran con balas de verdad, qué? Mira, ¿sabes lo que te digo? Pues que no soy ningún gilipollas y que todo eso que farfullas me suena a disco rayado y ni tú mismo te lo crees, porque no me vas a decir que tu gran camarada Stalin te ha soplado a la oreja lo que se trae entre manos. Que si Stalin piensa, que si Stalin prepara, que si las intenciones de Stalin... ¿Y cómo sabes tú todo eso? Y si lo sabes tú, que estás encerrado aquí y eres un cero a la izquierda, mejor lo sabrán los fachas, digo yo, ¿no? Y si lo saben los fachas, no se van a estar chupándose el dedo, vamos, me parece a mí.

Ahora se justifican diciendo que sin el permiso de Stalin, Hitler no se hubiera atrevido a atacar a las democracias capitalistas, que es el primer paso para el triunfo del comunismo. Una vez vencido el gran capitalismo, el comunismo será cosa de coser y cantar. Así de fácil y de claro.

Rodrigo me miraba serio, cecijunto. Para mí que estaba hecho un lío.

—Dicen —me respondió al fin— que Inglaterra es el mayor enemigo de la revolución.

—¿Más que Hitler?

Sí, porque es más fuerte.

—Pero en Inglaterra están las Trade Unions y el partido laborista y que...

Rodrigo me disparó rápidamente:

—Son instrumentos al servicio del capitalismo, y Bevan y

Adtlee, dos traidores al proletariado.

—Eso dice el partido, ¿no?

—Sí, eso dice el partido.

—Y tú, ¿qué dices?

—¿Y qué quieres que diga?

Hubiera sido inútil seguir por ese camino. Tiene siempre en reserva una consigna elaborada desde un punto de vista inalterable. Así no hay manera de discutir. Problema, consigna; problema, consigna. Y ya está. No importa que uno alegue que, una vez derrotada Inglaterra, Hitler se volverá contra Rusia. (*¿Y el ejército rojo, camarada? Es el proletariado en pie de guerra, y el proletariado en pie de guerra con un jefe como Stalin, es invencible, camarada*). Inútil. ¿Y los trabajadores que están muriendo en Inglaterra por oponerse a Hitler? ¿Y los compañeros que mueren aquí, en esta prisión, de hambre cada día? ¿Y los que caen ante los piquetes de ejecución? No importa nada. (*Lo que verdaderamente importa, camarada, es el triunfo de la dictadura del proletariado. Ese día se instaurarán en el mundo la paz y la justicia y comenzará la nueva era histórica de la humanidad feliz*). Igual que los curas cuando dicen que ni los sufrimientos ni los placeres en esta vida valen algo y que lo verdaderamente bueno comienza más allá de la muerte y que es en el otro mundo donde gozaremos la dicha suprema, junto a Dios. Y tú, Agustín, cállate. Lo malo es lo que me grita dentro. Ah, si uno pudiera tragarse todo eso y digerirlo. Muchas veces hablamos de estas cosas Olivares, Molina y yo y los tres coincidimos en que es imposible entenderse con los comunistas, tan imposible como llegar a un acuerdo con los católicos, apostólicos y romanos, quizá más difícil todavía, porque, al fin de cuentas, los católicos, bueno, los que se dicen

católicos, que habría que ver qué son en el fondo, parten de posiciones antirrevolucionarias y, además, están gastados y tienen las tragaderas más anchas, y ya no utilizan la inquisición y las hogueras de la fe, y son, en general, más bien pancistas, y sólo pretenden que las cosas no se muevan y seguir haciendo tranquilamente la gran digestión, mientras que los hijos de Lenin hablan de transformar el mundo y de conquistas proletarias, y están en la fase de la intransigencia y de la exclusión y de que el fin justifica los medios, y se valen de la violencia moral y del miedo, y pretenden poner lo de arriba abajo o lo de abajo arriba y dominar la tierra. En definitiva, lo mismo que los católicos, pero, actualmente, con la diferencia de que el catolicismo se muere de vejez y de que el comunismo apenas si ha alcanzado la mayoría de edad.

—Es el relevo en la dominación del hombre —suele decir Olivares, que se explica así—: Nosotros, en cambio, queremos la liberación del hombre. Quizá nos equivoquemos muchas veces en el método, en el procedimiento, que equivocarse es cosa de hombres, los animales no se equivocan jamás, y por eso aceptamos el error, pero el objetivo no cambia. Sin embargo, hay que reconocer lo ventajoso que resulta tener siempre una respuesta a punto en cada circunstancia, porque lo que el hombre desea es que se le dé una respuesta, para quedarse tranquilo y no verse obligado a pensar. Ahí reside la fuerza de todos los dogmáticos, y, en razón inversa, nuestra debilidad, ya que nosotros sólo admitimos lo que entendemos y, aunque estemos muy seguros de algo, no nos encastillamos en nuestra verdad y estamos dispuestos a discutirla y no a imponerla violentamente, porque, a nuestro entender, la fuerza no ha conseguido nunca

hacer verdad de una mentira.

—Por eso —piensa Molina—, no me explico aún cómo caímos en la trampa de ir juntos con los comunistas en una guerra y en una revolución. Estábamos perdidos desde el primer momento. Al final, luchábamos por ellos y en contra nuestra. Cuando se dieron cuenta del juego los que habían sido engañados, rompieron la baraja, pero demasiado tarde, cuando la partida estaba definitivamente jugada y perdida.

De este primer gran error, Olivares deduce el segundo error capital que nos llevó consecuentemente a la derrota:

—Si teníamos que hacer una guerra, ¿por qué hacer la guerra de los militares, la única que ellos saben hacer, aprendida en las academias, y no la nuestra? Nada de grandes unidades, de frentes continuos, de logística clásica. Eso era lo suyo. Y no es que fuera difícil, no, y la prueba de ello es que fuimos capaces de asimilar sus sistemas rápidamente. El problema consistía en que nuestra mentalidad y nuestra formación son diametralmente opuestas a las de los militares, por cuya razón, lo que es bueno para ellos resulta malo para nosotros. Además, nosotros estamos sometidos a razones de otro rango e índole que las estrictamente militares. De ahí que, al aceptar el terreno de juego y las reglas de la guerra académica, cayésemos en una trampa mortal. Otro gallo nos cantara, en cambio, si hubiésemos empleado el método popular y revolucionario de la guerra de guerrillas que tan buenos resultados dio cuando la invasión napoleónica, y al que tan bien se prestan nuestra idiosincrasia y nuestra geografía; atacar de improviso, huir, concentrarse y dispersarse súbitamente, estar en todas partes a la vez y en ninguna en concreto, ser una amenaza de día y de noche, aparecer y desaparecer en los riscos, en las

gargantas, en los bosques, y levantar los pueblos e insurreccionar las aldeas a espaldas del enemigo...

Esta es, en síntesis, la teoría última de Federico, a quien, cuando agarra el tema, no hay forma de pararle, hasta que él mismo comprende que abusa de nuestra paciencia. Entonces, me mira y se sonríe. (*¿Qué, masoquismo; verdad, Agustín?*) Porque yo le he dicho varias veces que esa manía de volver tan insistentemente sobre algo que ya no tiene remedio, es, ni más ni menos, que una aberración masoquista, Y es verdad. Y, sin embargo, comprendo y comparto su inclinación. Es natural que pretendamos hallar la razón de nuestra desgracia, que no es una desgracia cualquiera, sino el colmo de todas las desgracias, y más ahora, cuando hasta la desgracia ajena se vuelve contra nosotros. ¿Qué hemos hecho para merecerla? ¿Por qué estamos aquí? Con estas preguntas nos dormimos y con las mismas preguntas nos despertamos cada día. Y mil años que viviésemos, mil años que estaríamos dándoles vueltas y más vueltas, sin quedar nunca conformes. Porque hay que ver cómo nos aprieta y nos ahoga la mala suerte. Ahora mismo, nos bombardean las malas noticias por todas partes. De la guerra no sabemos más que desastres, porque el chaqueto de los italianos en Libia, por mucho que lo hinchemos, no es más que el fracaso de una bufonada de Mussolini, qué mierda de tío, sin trascendencia en el conjunto del conflicto. Y de casa... No sé como se las arreglará mi madre para subsistir y traerme algo de comer de cuando en cuando. Ella me mira, me mira, pero no contesta a mis preguntas. Parece pasmada, la pobre. ¿Le quedará algo todavía por vender? ¿Trabaja? Pero, ¿qué trabajo puede hacer a su edad: fregar escaleras? ¿Pide limosna? Es terrible no saberlo, pero quizá fuese

más terrible saberlo. La verdad es que no quiero ni pensarlo, aunque, ni aun negándome a pensarlo, me libro de que las sospechas sean carcomas que me roan por dentro. Y tengo la suerte de no estar casado. Las madres aguantan y aceptan su destino resignadamente, y ya no están en edad para otra cosa. Pero los casados... Ay, los casados. Muchos deben la vida a sus mujeres jóvenes y apetecibles. Si bien se mira, desde mi posición de soltero, claro, puede ser el suyo un hermoso sacrificio. Ahora bien, ¿pensarán lo mismo los interesados? Yo creo que en su gran mayoría no tienen ahora otra preocupación más acuciante que la de vivir, vivir, vivir. Si algún día recobran la libertad y vuelven a sus casas, puede que al enfrentarse con los hechos consumados se sientan ofendidos y obren como tales. No lo sé. Ahora reaccionan como animales acorralados. Aquí, si no te acoplas, palmas, ya lo sabemos, pero fuera ya de aquí, ¿qué? Pues que te llamarán cornudo y que hasta las piedras se reirán de ti, amigo, sin acordarse de que fuiste obligado a vivir con un pie del enemigo en tu garganta. ¿Qué hubieran hecho en tu lugar los que te llaman cabrón? Eso no se sabe. Todo el mundo es valiente detrás de la barrera. Lo único que sé es que yo no me atrevo a juzgar en ningún caso. Sin ir más lejos, hace pocos días presencié casualmente una de las escenas más tristes y desgarradoras que se puede uno imaginar. Comunicaba yo con mi madre, es decir, mi madre y yo nos mirábamos en silencio y pude, por lo tanto, advertir lo que ocurría a mi lado. Enfrente, junto a mi madre, una mujer joven, con evidentes signos de hallarse encinta, gritaba al compañero que tenía a mi lado:

—Te he metido unos filetes empanados, harina de almortas, arenques, un bote de leche condensada, pan...

El hombre la miraba intensamente, contraídas las mandíbulas, pálido y desencajado el rostro. Y ella le preguntó:

—¿Qué te pasa, hombre? ¿Es que te has quedado mudo de repente?

El locutorio resonaba como un tambor y era preciso gritar rabiosamente para hacerse oír. Aquel hombre rugió:

—¿Y eso? —y señalaba con el dedo hacia el voluminoso vientre de aquella mujer.

—¿Qué? —gritó ella, a su vez, palideciendo.

—¿Qué va a ser? ¡La tripa, tu tripa!

La mujer se mordió los labios y, sacudiendo después la cabeza airadamente, contestó:

—Ya lo estás viendo. ¡Preñada de siete meses!

La rabia y la ira se le salían por los ojos, negros, grandes. Era morena y, si no guapa, guapa, lo que se dice guapa, sí, una de esas mujeres que gustan sin saber por qué, que atraen y que, si te miran fijamente, te atolondran, y ellas lo saben.

El marido se estremeció, y yo creo que creció, que se agigantó.

—¡Putas!

Un cañonazo, pero un cañonazo que no consiguió derribarla. Por el contrario, se engalló aún más.

—¿Y de dónde querías que sacase un paquete de comida para ti todas las semanas, marido? ¿Qué es lo que me dejaste tú? Mi cuerpo, ¿no? Pues de mi cuerpo saqué los paquetes. Y si ahora soy puta, soy puta por ti.

El hombre tembló aún más, cerró los ojos y se aferró a la alambrada, como si quisiera destrozarla con sus manos, mientras ella seguía ensañándose con él.

—Tú me pedías: no dejes de traerme paquete, por favor,

Paloma, porque aquí nos matan de hambre, por favor, por favor... Y yo... Pero, ¿es que no te has dado cuenta hasta hoy?

El desgraciado gemía sordamente. Cuando, al fin, abrió los ojos, vi que estaba llorando. Este gesto del hombre debió calmar a la mujer y enternecerla, porque, de pronto, contrajo el rostro y rompió también a llorar. Y ya no hicieron otra cosa que mirarse en silencio a través de las lágrimas. Y yo, cuando más tarde referí la escena en un corro de amigos, comprendí que esas cosas no deben contarse en sitios como este, que había metido la pata.

VI

El doctor Cemento, en compañía de Pablo, empezó a pasar la diaria revista a los enfermos yacentes en sus petates. El doctor Cemento era un médico recluso de fuertes mandíbulas cuadradas, nariz olfateadora, ojos saltones, grandes manos y pies, corpulento y basto, que empleaba frecuentemente expresiones deportivas para formular sus dictámenes profesionales. Empezaron por llamarle Pastor, luego Funerario, más tarde Paquete y, por último, Cemento. Este definitivo sobrenombre se debía a que, cuando consiguió licenciarse en Medicina, tras doce años de dura brega con las asignaturas, en vez de dedicarse al ejercicio de la profesión médica, se puso a trabajar en el negocio de su suegro, almacenista al por mayor de cemento. Tenía fama de ignorante, tragón y sucio. En las discusiones, tan frecuentes entre sus compañeros de enfermería, o en los corros del patio, él se excusaba siempre diciendo: *No me gustan las melés ante la portería, porque es cuando algunos se aprovechan para segarte los tobillos*. Se relamía luego los labios y se callaba. Si se hablaba de enfermedades y de fármacos, resumía lacónicamente sus saberes con estas palabras: *La peor enfermedad es el hambre y, la mejor medicina, el jamón*. Y tenía el vicio de hurgarse en las narices, en los oídos y entre los dedos de los pies, para hacer pelotillas que después arrojaba al

aire de un papirotazo.

El doctor Cemento se dobló en cuclillas junto al primer enfermo, le abrazó la muñeca con una de sus manazas y esperó unos segundos, cerrados los ojos y fruncida la boca. Al cabo, le preguntó: —¿Qué, recibes paquete?

—Sí.

—¿Cuándo recibiste el último?

—Ayer.

—Pues está claro: tripada —y, dirigiéndose a Pablo, añadió—: Apúntale: sal de higuera.

Con los siguientes enfermos, o repetía el diagnóstico o formulaba el contrario.

—¿Qué, recibes paquete?

—No.

—¡*Dominus vobiscum*! Te han pitado penalti, muchacho, y, como no recibas paquete pronto, no hay quien te salve del gol. A ver, practicante, apúntale para la enfermería.

En un solo caso advirtió la fiebre que consumía al paciente.

—Este está en orsai. ¡Aspirina!

Cuando hubo terminado el recorrido, el doctor Cemento llamó aparte a Totovía para darle instrucciones. Inclinado sobre el pequeño jefe de sala, manoteando, aleteante la carnosa nariz, abriendo y cerrando la enorme boca y saledizos los globos oculares, parecía a punto de abalanzarse sobre él y devorarlo.

Mientras, Pablo se acercó a sus amigos:

—Es cierto lo de las duchas —les dijo—. Ya podéis ir preparando estropajo y jabón.

—¿De veras? ¿Y hoy mismo? —le preguntó Olivares, alborozado.

—Sí, hoy mismo, esta mañana. Es lo primero que han hecho las monjas.

—¿Es que las has visto? ¿Qué pinta tienen?

Pablo sonrió a las palabras de Agustín.

—No, hombre. Todavía no han atravesado el rastrillo, pero el médico oficial ha hablado con ellas y, según parece, la superiora tiene mucho genio. Le dijo, para empezar, que las duchas debían ponerse en servicio inmediatamente, antes de que ellas acabaran de instalarse y de hacerse cargo de sus funciones.

—¡Hostias! —exclamó Agustín—. Me gustan, hombre, aunque sean más feas que Picio —y tragó saliva.

—No te salgas de madre, Agustín, por tan poco —le recomendó Robleda—. Ya sabes, en esto como en todo, vista larga, paso corto, cachaza y... a verlas venir.

—Al fin, mujeres —dijo Olivares—. ¿Qué importa todo lo demás? Es increíble.

—Mujeres, no; monjas —precisó Lopérez—. No confundamos.

El doctor Cemento llamó entonces a Pablo y éste hubo de seguirle para continuar la visita médica en otras salas.

La intervención de Lopérez hizo sonreír a Federico, pero Jesús se encaró con el poeta: —¿Y en qué se diferencian las mujeres de las monjas, vamos a ver?

Lopérez, cortando el aire de arriba abajo con el índice y el pulgar de la mano derecha unidos, respondió, enfáticamente: —*Mutatis mutandis*, en nada; *ordine rerum*, en todo, ¿comprendes?

—Eh, ¿qué coña es esa? Queo, que me mareo, Timoteo. Este tío se está cachondeando de ti —intervino Adolfo.

Lopérez le despreció con la mirada y le dijo:

—*Quod natura non dat, Salmantica non praestat*, ¿estamos?

—Ahí va, qué golfo. Pues no se quiere quedar con nosotros...

Y Jesús añadió a las palabras de Adolfo:

—¿Sí? ¿Pues sabe lo que le digo, maestro? Pues que le vayan dando mucho por el...

—Ya —le interrumpió Lopérez—; un exabrupto. Lo esperaba.

Jesús y Adolfo se miraron, se encogieron de hombros y se separaron de Lopérez, este les siguió con la mirada centelleante, entreabiertos los labios por ácida sonrisa y murmurando: — Naturalmente, naturalmente, naturalmente... —cada vez en tono más bajo, hasta que la palabra se desvaneció junto con la sonrisa, quedando envuelto en su habitual aire sombrío. Luego, se sentó en su petate, sacó el cuadernito y empezó a escribir en él nerviosamente, ajeno a todo lo que le rodeaba.

Los demás seguían con el tema de las monjas.

—De cualquier manera, no perderemos mucho, porque ya no tenemos nada que perder, compañeros —decía Agustín.

—Y tanto que no y el que se hayan interesado por las duchas quiere decir que, al menos, se van a preocupar un poco de la porquería que nos come —opinó Molina.

—Yo creo, aparte de todo —habló Olivares—, que, ahora, el problema consiste en conquistar de alguna manera la simpatía de las monjas. Siempre será más fácil y, sobre todo, mucho más agradable, trabajarlas a ellas que a los funcionarios o al penco de don Germanófilo. Debemos ir por ahí, creo yo. Tendrían que ser de hierro para que, entre tantos hombres, no se sientan también mujeres, aunque sea platónicamente y sin ningún compromiso.

Dominando todas las voces, se oyó la de Totovía:

—¡Oído! El que quiera ir a las duchas, que venga a apuntarse.

—Hala, vamos a apuntarnos —propuso rápidamente Olivares.
Lopérez ni siquiera levantó la mirada de su cuadernillo. Los demás componentes del grupo corrieron hacia el jefe de sala.

—¡Apúntame a mí!

—¡Y a mí!

En total, no fueron más de veinte los voluntarios para la ducha, y mientras Totovía escribía sus nombres en un papel, empezó la evacuación de los enfermos más graves. Eran tres y tan débiles que tenían que transportarlos en mantas. Tres esqueletos; dos inconscientes, y uno, febril, gesticulante y con fuerzas todavía para gritar: —¡Adiós, compañeros! Ya no volveré más a la sala. Había cundido una gran excitación entre los hombres.

Se hablaba y se gritaba, y se interferían exclamaciones, nombres y voces, y las conversaciones se fragmentaban y se rompían, formando todo el conjunto una barahúnda incoherente.

Los portadores de los enfermos se abrían paso entre los grupos:

—Coño, ¿no veis que llevamos a un enfermo?

—¡Abajo las duchas!

—¡Apartaos, apartaos!

Algunos protestaban:

—No empujes.

Otro decía:

—Esos palman esta noche.

El enfermo febril, jadeante, seguía clamando:

—Me llamo Narciso Higuera, y soy de los Yébenes.

—¡Y a mí, qué leche me importa!

—Y yo soy de Madrid, ¿y qué?

—¿Queréis dejar paso?

—¿Te has apuntado a la ducha?

—¿Apuntarme yo al remojón? A mí no me llevan a la ducha ni amarrado.

—Monjas, monjas... Lo que hacen falta son chicas.

—¡Silencio! ¡Silencio! ¿Quién más quiere apuntarse?

—¡Que se apunte tu abuela!

—Eh, jefe, ¿es que quieren matarnos ahora de pulmonía?

—¡Burr! Con lo fría que debe estar el agua.

—¡Compañeros! Soy Narciso, de los Yébenes. Y me muero por no recibir paquete.

—¡Viva la higiene!

—¡Silencio! ¡Que cierro la lista!

—Joder con el Totovía. ¡Ciérrala de una vez y déjanos en paz!

—Me muero de hambre. Soy Narciso... De los Yébenes. ¡Salud, compañeros! No me olvidéis. De hambre... —y el enfermo dejó caer la cabeza inánime sobre la manta en que le llevaban cuatro amigos a la enfermería.

Lopérez leía unos versos recién escritos a un hombre que le escuchaba con los ojos húmedos, arrodillado junto a él, humildemente.

Tengo una niña bonita

con dos ojos como estrellas

*con la boca de coral
y los dientes como perlas.
Hoy mi niña cumple años.
Si estar junto a ti pudiera,
yo me sentiría el padre
más dichoso de la tierra...*

La corneta impuso silencio. Era la hora de formar para salir al patio.

Era la primera vez que el director asistía a la formación de la mañana, y lo hizo acompañado de toda la plana mayor y de cinco figuras fantásticas, inverosímiles, vestidas de negro y con alas blancas en la cabeza, cuya inesperada presencia agitó hasta lo más hondo la sensibilidad de aquellos miles de hombres. Eran cinco mujeres con hábito de la Caridad, pálidas y sonrientes, intimidadas y temblorosas por el tremebundo espectáculo de aquella multitud de seres humanos en filas compactas de cráneos rapados, de rostros intonsos afligidos por el hambre y la ansiedad, de cuerpos vestidos con prendas de todos los orígenes y tan sólo acordes en la suciedad y el desaliño. Al aparecer las mujeres cundió un estremecimiento unánime en las filas de cabezas, como cuando el viento revuelve las espigas en un trigal, e innumerables ojos, asombrados y voraces, fueron a clavarse en ellas, y una ola de hedor carcelario las envolvió físicamente, y una ola de dolor podrido en la desesperanza las conmovió espiritualmente. Ellas, con sus manos ocultas bajo los escapularios, parecían contener los

latidos de sus corazones, en los que percutía aquel inmenso sufrimiento humano que clamaba a Dios. La mañana era fresca. El sol de otoño brillaba de refilón en los tejados del penal.

El rumor de que habían sido destinadas a la prisión unas monjas que asumirían la vigilancia de algunos de sus más importantes servicios como la enfermería, la cocina, el economato y el suministro de víveres, revoloteó varias semanas, como una mariposa multicolor, sobre la excitada fantasía de los reclusos. Alguien temió una insolencia más de la beatería religiosa para domesticarlos. (*Hijo, por qué no comulgas. Anda, vamos a rezar el rosario para que la Santísima Madre te dé buena suerte*).

Algunos preguntaban:

—¿Y qué van a hacer aquí las monjas con tanto tío? Como no sea ponernos cachondos...

Se calificó también por muchos de bulo el rumor, un bulo más, como tantos otros, lanzado por no se sabe quién ni con qué fines. Para algunos, la presencia de las monjas humanizaría el trato de que eran objeto: —Puede que a Portaviones y a Mula Romera les salga un hueso con las monjitas, porque no les van a dejar que anden a hostias todo el día como hacen ahora.

Olivares opinó

—Siendo mujeres, nos resultará relativamente fácil lograr algunas pequeñas mejoras. Siquiera, podremos hablarles y quejarnos sin temor a una paliza. Oye, y que siempre es agradable oír una voz femenina y ver unos ojos de mujer que te miran.

Agustín fue de la misma opinión, añadiendo:

—Y, a falta de pan, buenas son tortas. Molina dijo:

—Las más favorecidas van a ser, seguramente, las compañeras presas y sus hijos.

Pablo se alegraba:

—Ya es hora de que alguien meta mano en la enfermería, donde no hay más que mierda, y a ver, si por lo menos, el rancho de los enfermos lo sirven limpio de tierra y broza, y traen vendas y alcohol, y vacunas y pomada de azufre para la sarna, y otras muchas cosas de primera necesidad.

Por su parte, los más desgraciados esperaban que mejorase un poco la alimentación, y era mayoritario el supuesto de que se daría una batida a la mugre y a la miseria. A todos estos pareceres subyacía la misma indefinible sensación bullidora y cosquilleante. ¡Mujeres! Eran la representación del mundo perdido. ¡Mujeres! Palabra que reverdecía y floreaba los recuerdos agostados, remotos en la memoria. Palabra que encendía tantas luces apagadas en el corazón y en el espíritu de unos hombres sometidos a la incierta suerte de vivir un día más. ¡Mujeres! Nuncio de lluvia en la tierra calcinada, de sol sobre la nieve, de luz en la noche, de descanso en la pelea. ¡Mujeres! Era la evocación de la ternura, de la suavidad cálida, del arrullo acogedor. ¡Mujeres! Era el retorno a los pechos y al vientre protectores, a la raíz, al principio, a la inocencia, a la confianza, a la comunión con la vida. ¡Mujeres! La imaginación de los presos se desbordaba por los innúmeros cauces de la ensoñación y el deseo. Era el símbolo y el nombre de todo en el vacío de la nada. Los ancianos famélicos levantaron los ojos de la tierra impaciente; los legionarios sonrieron, y hasta las celdas lúgubres de los condenados a muerte llegó un relámpago de alegría.

El anuncio de las monjas perturbó la rutina de relojería en el ánimo de los presos. Fue un tema que vino a remozar el monótono cuestionario de todos los días, abriendo un paréntesis

de expectación susceptible de toda suerte de pronósticos y especulaciones. Tema, además, que les concernía, que incidía en su vida de presente y de futuro inmediato. Pero pasaron semanas y semanas sin que se convirtiera en realidad, fue palideciendo poco a poco hasta que, finalmente, quedó relegado en el archivo de las ilusiones frustradas, entre el polvo y el desorden de los desengaños. Por otra parte, el ataque masivo de la aviación alemana a Inglaterra decrecía ostensiblemente y, aunque los comunicados de guerra pretendían mantener la ilusión de la victoria, se evidenciaba sin lugar a dudas su fracaso. Se recordaba una frase de Lopérez: *Inglaterra chillará y arañará antes de dejarse violar*. Y los descalabros de Mussolini en la descabellada aventura griega. Y la puesta en marcha de la industria bélica de los yanquis para ayudar a sus parientes europeos. Y la voz cada vez más firme de Churchill y la postura claramente intervencionista de Roosevelt. Estas eran las noticias que absorbían la atención de los presos. Ya don Germanófilo había suspendido sus sesiones catequísticas, pues, al suprimir en ellas la lectura y comentarios de los partes de la agencia hitleriana DNB menos jactanciosos y más contradictorios cada día, fue perdiendo catecúmenos hasta que llegó la tarde en que nadie acudió a oírle. Desde esa fecha, el capellán se eclipsó totalmente. Sólo hacía acto de presencia los domingos, en la misa, o para aplicar los óleos a los moribundos en el depósito de cadáveres instalado en el departamento de celdas. Pero una tarde, después de difundirse las últimas noticias de la prensa, Matías, el submarino del Bósforo, sorprendió a todos con la suya: —¡Ya están aquí!

—¿Quiénes están aquí? —le preguntó Molina.

—Las monjas.

—¿Qué dices? ¿Las monjas? ¿Dónde? —le acosaron.

—Coño, en el penal. Han habilitado para ellas un departamento en el pabellón principal, en cuya entrada hay ahora un letrero que dice: clausura.

No sabía más. No las había visto ni oído. Pero los funcionarios no hablaban de otra cosa, y no muy respetuosamente por cierto, especialmente el administrador, quien había dejado escapar frases como estas: *Es una humillación para el cuerpo. Ya veremos lo que duran, ya veremos*. La noticia, confirmada por los demás presos que trabajaban como auxiliares en las oficinas, volvió a suscitar el interés general. ¿Serían viejas o jóvenes, guapas o feas? Pudiera ser que algunas hubiesen pasado la guerra en zona republicana, en cuyo caso serían más generosas y comprensivas con los reclusos, o lo contrario. A saber. ¿De dónde vendrían?

Pocos días después, la información del leño Matías hizo chisporrotear la explosiva imaginación de sus colegas del Almirantazgo.

—Son andaluzas y, seguramente, jóvenes.

—¿Por qué?

—Porque ahora mismo se las oía cantar y palmotear al son de una guitarra.

—¿Qué dices?

—Tú deliras, muchacho. ¿Es que no recibes paquete?

—Os juro que es cierto. No me lo han contado. Lo he oído yo y estoy sereno, leche.

Parecía un cuento, una historia increíble.

Así, al ver aquella mañana el pequeño grupo de tocas blancas en medio del borrón caqui de los funcionarios, corrió un calambre de curiosidad y de emoción por las filas de los reclusos. Todos

querían verlas y se estiraban, se alzaban de puntillas, movían la cabeza. Como eran tantos, promovieron un vasto murmullo, como el del viento cuando arrastra hojas secas o sacude suavemente la enramada en los parques, que ahogó el estallido de los himnos. Los hombres los cantaron con más vigor que nunca, sin proponérselo, sin saber por qué, obedeciendo a ciegas al instinto milenario que enardece a los machos en presencia de las hembras.

Después de romper filas y de disolverse la formación, no crujió el aire, como de costumbre, con el alarido de una multitud que rompe a hablar al unísono, sino que se levantó un ondulante rumor comprimido, porque los hombres seguían pendientes de los movimientos de las monjas que, en comitiva con las autoridades de la prisión, se lanzaron a cruzar el patio. Iban en cabeza Portaviones y Mula Romera abriendo paso entre la masa renuente.

—Vamos, vamos, dejen pasar.

—Apártense, por favor, apártense.

(Qué suaves están hoy estos mamones. ¿Por qué no repartís leña hoy como tenéis por costumbre? ¡Cabrones! ¡Cabrones! ¡Cabrones! ¿Dónde se ha quedado el seboso de don Germanófilo?) Inmediatamente detrás marchaban el director —gorra galoneada, uniforme nuevo, bastón de mando—, un tipo de estatura media y rostro grisáceo, con gafas de gruesos cristales sobre una nariz roma *(Ya era hora de que dieras la jeta, mamón)* y el administrador —gorra sobada, uniforme descolorido—, flaco, de grandes orejas y boca en punta *(¿Dónde echará este cabestro la comida que nos roba?)*, llevando en medio a una monja alta, esbelta, joven, que parecía no poner atención alguna a lo que, acompañándose con gestos más serviles que cortesés, le decían a

dúo sus acompañantes. Ella dirigía al frente su fría mirada azul, a los hombres desharrapados y borrosos que la contemplaban con impertinente curiosidad, mientras, de cuando en cuando, se mordía el labio inferior.

(Esa debe ser la jefa, la superiora, que está superiora, hombre. Sí que tiene buena planta la tía. Coño, va más tiesa que un cirio y sus ojos parecen espejos. Dicen que es ella la que toca la guitarra. A ver si mete en cintura a todos estos marrajos).

Luego seguía el grupo formado por las cuatro monjas restantes y algunos funcionarios. Estas monjas eran más jóvenes aún que la superiora y sonreían tímidamente, llevándose una mano a la boca y bajando la cabeza. Goering sonreía también, exultante, como si contara chistes atrevidos a las hermanas, y Malastripas mostraba su peor jeta de enfermo del estómago.

La comitiva avanzaba a paso lento por entre la masa que se abría perezosamente para volver a cerrarse, después, tras ella, y así llegó hasta la enfermería. Allí salió a recibirla el médico oficial, un guapo mocetón atlético y jocundo, a quien hizo tartamudear la mirada impávida y escrutadora de aquella altiva mujer, cuyo nombre, sor Gabriela, sonó entonces por vez primera. Sor Gabriela, que había acusado con un gesto muy expresivo la desagradable impresión que le produjo aquel aire cargado de agrias emanaciones y la inmundicia allí acumulada, se dirigió directamente a la fila de los sanitarios reclusos: médicos y practicantes. El médico oficial hacía las presentaciones, ellos se estiraban y sonreían levemente y ella les miraba a los ojos, uno a uno, y se mordía el labio inferior. *(¡Cómo mira! Te atraviesa. Y no está mal como mujer. ¿Que no está mal? ¡Está como un camión! Y se muerde los labios cuando te mira. Chico, a mí me ha entrado*

una cosa... ¿Será tan fría como parece? A lo mejor es que no sabe sonreír). Después, sor Gabriela llamó junto a sí a una de las monjitas: —Venga, sor Rosa de Lima. Usted se quedará aquí.

Su voz era grave y profunda para mujer, como la de un adolescente. Sor Rosa, ligeramente ruborizada, se unió a ella y, juntas las dos, seguidas del médico oficial, comenzaron la inspección de los bultos que yacían sobre los petates. Sor Gabriela descubrió sus manos finas, blancas, hasta entonces ocultas bajo el escapulario. Pinzaba con la punta de los dedos la manta que cubría el cuerpo vestido del enfermo y después posaba la palma de una mano sobre su frente. El enfermo, con el rostro desfigurado por la hinchazón, o permanecía con los ojos herméticos o entreabría los párpados edematosos como si le hiriera la vista un rayo de sol. Así, uno tras otro, en silencio, mientras se oían las palabras entrecortadas del médico oficial: —Edema por carencia... Avitaminosis... Es el diagnóstico general.

Sor Gabriela no habló hasta terminar la revista. Entonces, en voz alta, para que la oyeran bien todos los presentes, y dirigiéndose a sor Rosa, dijo: —Ya está viendo, hermana, que esto no es una enfermería, que es una pocilga.

—Sí, madre.

—Hay que empezar por abrir las ventanas, aljofifar bien el suelo y traer ropa de cama para que los enfermos se desnuden.

—Sí, madre.

—Y todo lo que se pueda.

—Sí madre.

—Carecemos de recursos —murmuraba el director.

—No tenemos asignación suficiente... —decía el administrador.

Camino de la cocina, sor Gabriela oía las excusas de sus acompañantes, guardaba silencio y miraba al frente. Examinó peroles, cazos y marmitas, y revistó a los rancheros. Fue tajante: —Ya está viendo, hermana Inés, que esto no es una cocina, que es un muladar.

—Sí, madre.

—A fregar, a fregar... Jabón y estropajo, lo primero. Y que estos hombres se afeiten y se laven. Habrá que darles un mono limpio todas las semanas.

Sonrió por primera vez cuando se halló entre los niños y las mujeres enclaustradas en el departamento celular.

—No sé lo que podremos hacer por vosotras y, sobre todo, por los niños, pobres criaturas. No será mucho, por desgracia, pero sí todo lo que podamos. Intentaremos hasta lo imposible, si es necesario.

El ordenanza de celdas, el bueno, Juan, no Pedro, el chivato, que fue abriendo ante la monja las celdas de los condenados a muerte, contó más tarde a sus amigos que sor Gabriela hizo en todas la misma pregunta a los hombres que las ocupaban: —¿Qué puedo hacer por ustedes?

Y que todos callaban y que solamente uno se atrevió a hablar:

—Quisiéramos una comunicación especial siquiera una vez al mes. Puede ser siempre la última y tenemos que decir tantas cosas a nuestros familiares...

Y que el director dijo:

—Ya gozan de la comunicación especial que se concede mensualmente a los suscriptores de «Redención».

Y que el condenado a muerte no se calló

—Sí, pero no todos podemos pagar la suscripción y, claro...

Y que la monja interrumpió al preso para interpelar al director:
—Señor director, ¿y si yo lo pidiera por ellos?

Y que el director, turbado, sonrió torpemente y dio su conformidad, diciendo:

—En ese caso, no puedo negarme, sor Gabriela.

Y que ella le dio las gracias y que al final de la ronda tenía húmedos los ojos y se mordía los labios, y que oyó decir a la Marquesona que el padre de sor Gabriela, un médico rojo, estuvo también condenado a muerte después de que los nacionales tomaran Málaga, y que se salvó y que por eso ella se había metido a monja.

Por fin hemos podido ducharnos. Entramos en tropel, treinta en cada tanda, unos trescientos en total entre toda la población reclusa. Los leños tienen verdadero horror a la ducha, que ellos llaman lucha. Al grito de ¡a la lucha, a la lucha! se escabullen despavoridos, como si se tratase de escapar de un incendio. No se han bañado en su vida. Para ellos, el sudor condensado sobre la piel forma una película que les protege contra la pulmonía y el reuma. Así ocurre en la siega, bajo la solina, o en las cavadas invernales, cuando acuchilla el cierzo. Y, a lo mejor, es verdad. ¿Por qué no? Pero, ¿y el gozo del agua y del frescor de la limpieza? Los leños no lo conocen ni sienten ningún interés por conocerlo. Ellos se lo pierden, sí, pero si no se lavan persistirán los malos olores, la sarna y la miseria. Tendrían que obligarles, pero... En ese caso, ¿podrían resistir duchas de agua tan fría, porque la que cae a presión por los agujeros de los tubos parece de deshielo, los legionarios y los viejos? Además, hay corrientes de aire. No, yo

creo que los matarían. *¡Molina, Molina, frótate bien si no quieres quedarte tieso como un témpano!*, gritaba, jadeante, Federico, mientras se enjabonaba y se restregaba el cuerpo vigorosamente con el estropajo hasta hacer saltar la sangre en algunos puntos. Yo hice lo mismo. También Agustín le imitó y acabamos fregándonos la espalda los unos a los otros hasta gritar, a veces, de dolor. *(¡Animal, que me desuellas!)* Era un extraño y doloroso placer. Entonces, al vernos desnudos, pudimos comprobar los estragos que hacía en nosotros la desnutrición. A todos se nos señalan descaradamente los huesos y tenemos los culos escurridos, aunque con diferencias en grado. Hay a quien se pueden contar las costillas y hay a quien se le transparenta todo el esqueleto. Sobresalía entre todos un antiguo camarero de Acuarium. Según él, en tiempo normal pesaba más de ciento veinte kilos. Durante la guerra perdió más de treinta y ahora no alcanza los sesenta. Los glúteos de este hombre son dos pingajos y, por la parte anterior, el pellejo de la barriga le cae como un mandil que le cubre hasta medio muslo. Además, le faltan todos los dientes, aunque no llega a los cincuenta años, porque los perdió en los interrogatorios. Por eso, parece que está siempre riendo y, al pronto también, causa risa, aunque después uno sienta miedo. Al principio, le embromamos, pero le dejamos pronto en paz, seguramente porque cada uno pensó en sí y se vio en él, como lo hice yo. *Así estoy más ligero y no me maldecirán los que me lleven a la fosa*, dice, a veces, mostrando esa mueca que parece una sonrisa en su boca desdentada. Agustín le ha puesto el sobrenombre de Parca, y ya todos le llaman así, y, él lo sabe, pero no se molesta por ello. Nos recuerda a Narciso, el de los Yébenes. Parece que nos señala el camino. Es macabro. *¡Molina, Agustín, somos inmortales!*, gritó

Federico, saltando bajo los chorros de agua helada. ¡*Molina, Federico, somos inmortales!*!, clamó después Agustín. ¡*Olivares, Agustín, somos inmortales!*!, grité yo finalmente. Y es verdad. Si no morimos fulminados por el hambre o por la pulmonía será debido a que somos inmortales. Después de secarnos y de vestirnos de limpio, hubo un momento en que pareció que la vida cambiaba para nosotros. Olivares dijo que ya sólo nos faltaba una mujer para llegar al completo. Ay, una mujer. Y yo me acuerdo de la mía, Rosario, de la que me separan ya tantas noches solitarias. ¡Rosario, Rosario! Su padre, aquel buen hombre, obrero del ferrocarril, que ya tomó parte en la huelga revolucionaria del año 17, fue mi maestro. Yo le respetaba tanto que estuve a punto de salir corriendo al llegar aquella noche ante la puerta de su casita, allá en Vallecas. Sí, estuve a punto de salir corriendo, pero la puerta se abrió muy suavemente, desde dentro, y ya no pude huir, y me encontré en plena oscuridad, cogida mi mano por la mano caliente de ella, que iba delante de mí sin hacer ruido, como un fantasma blanco, y que olía a agua de rosas. Así penetramos en su alcoba, situada entre la de sus hermanos y la de sus padres, completamente a oscuras. Ella me soltó entonces y me dejó solo. Y yo no sabía por dónde empezar, hasta que oí su leve siseo que me guió a su cama. El olor a agua de rosas era allí más fuerte. Aquí hay que desnudarse, pensé, y eso hice rápidamente, sin saber cómo ni de qué manera, y oí que ella me decía, en un hilo de voz, que tuviera mucho cuidado para que no se despertase su hermana pequeña que dormía en la camita de al lado (*Qué apuro, Manolo*). Y me acosté como si la cama estuviese hecha con palillos de dientes, yo creo que sin respirar siquiera. Y en seguida me tropecé con su cuerpo desnudo, cálido, blando, suave, oloroso, y recibí su

aliento en mi cara, y otra vez oí el hilo de su voz (*¡Despacio, Manolo, por lo que más quieras!*), y creí que se me iba la cabeza al besar sus pechos y sentir que ella temblaba y respiraba como si se ahogase, y más al agarrar su mata de vello rizado y áspero. Di un salto sobre ella, me lo dijo después, y por eso tuvo que agarrarse a mí y sofocarme con un beso en la boca, y colocarse y guiarme, y hacerlo casi todo, hasta que me derretí cuando ella todavía temblaba y gemía. Luego, me soltó y volví de nuevo a escuchar su aliento fuerte, cada vez menos fuerte, cada vez más sosegado, hasta terminar en suspiros. Cada noche veo cómo será mi próxima noche con ella, porque la quiero y la deseo más que nunca. Me la imagino en todos sus detalles, como si la estuviera viendo. Sé lo que tengo que decir, lo que tengo que hacer, cada movimiento, cada caricia, dónde, cómo, de qué manera. *Ahora, a conquistar una monja, muchachos*, nos dijo Olivares. Pero habíamos consumido demasiadas calorías y después de la euforia nos entró tal flojera que no hubiéramos sido capaces de nada. En vista de lo cual hemos decidido no ducharnos más de una vez a la semana, y sólo durante unos minutos, para ahorrar combustible. Y en cuanto a conquistar una monja, ya, ya... Como no sea Pablo, que ha simpatizado con sor Rosa, pero sin ir más allá de un pequeño favor: una carta, una comunicación, un quite si algún funcionario arremete contra él caprichosamente... Y nada más. Es mejor que no pase de ahí, porque si cayeran en alguna debilidad, las autoridades de la prisión, que no las pueden ver, se cebarían en ellas. ¡Pobres! Porque hay que reconocer que están empeñadas en una tarea muy difícil e ingrata. Por un lado, tropiezan con un muro de intereses y complicidades, de escasez y deficiencias primarias, y, por otro, se ven asediadas por necesidades

angustiosas, elementales, por bajo ya del nivel humano. Buscan, arañan aquí y allá, tapan algún agujero, y eso es todo. Vigilan, por ejemplo, el peso de las provisiones, sí, pero, ¿qué consiguen con ello? Pues aumentar nuestra ración con dos trocitos más de nabo. Eso sí, ya el caldo no deja posos de tierra y la comida de los enfermos, un caldillo de patatas, que si no alimenta lo suficiente, al menos no provoca náuseas ni diarreas. Pero siguen las muertes por hambre. Ayer, siete; anteayer, cuatro, y, anteriormente, cinco, ocho, seis, tres. Todos los días hay bajas, a un promedio, calculo yo, de cinco. Han aseado la cocina, han adecentado la enfermería y han conseguido vendas, alcohol, pomada de azufre y algún potingue más, y nos obligan a hacer zafarrancho todas las semanas, pero no han encontrado aún el medio de acabar con los piojos y las chinches y no se sabe si conseguirán su propósito de construir en la huerta hornos para la desinsectación de los petates y de la ropa. Cuando sor Gabriela aparece en el patio, le salen al paso numerosos pedigüeños. *(No tengo ropa para cambiarme, madre. Madre, voy descalzo. ¿No podría usted apañarme una manta? Yo no recibo paquete. ¿Por qué no me da un mono, aunque sea viejo, o unas alpargatas? No tengo quien me lave la ropa)*. Hay quien la aborda por el gusto de verla de cerca y comentar después sus impresiones. *(Te digo yo que tiene unos ojos de cuidado. Chico, cuando te mira y se muerde el labio, pues ya me dirás lo que te entra. Habría que verla tocando la guitarra. Yo creo que es rubia. Pues a mí me parece más bien castaña. Y casi no habla. Sólo mira y escucha. Le hubiera dicho algo, pero cualquiera se atreve)*. Efectivamente, sor Gabriela escucha pacientemente, en silencio, apunta en una libreta el nombre del peticionario y lo que éste desea y responde con breves palabras.

(Lo tendré en cuenta. Veremos lo que se puede hacer). También es verdad que desde el mismo día en que oficialmente aparecieron las monjas en la prisión, los guardianes aficionados a pegar a los presos frenan sus impulsos, aunque no los contienen del todo. Ahora, por ejemplo, cuando Portaviones abofetea a alguien, termina amenazando a su víctima. *(Vas y se lo cuentas a las monjas, que aquí te espero para pisotearte las tripas).* Los reclusos allegados a ellas, como Pablo, son los que les informan sobre esos y otros abusos. *(¡Brutos! Son unos brutos. Se lo diré a la madre).* Y hemos sabido que la madre suele armar de cuando en cuando la marimorena en los consejos de disciplina. Sin embargo, los resultados son pobres. Se dice que se quieren cargar a don Germanófilo, y puede que lo consigan, porque en ese terreno tienen más poder. Si el capellán que sustituya a don Germanófilo se pone al lado de las monjas, es muy posible que nuestra situación mejore. En este régimen político la Iglesia tiene la sartén por el mango, así que... Bueno, también se rumorea que van a cambiarnos de director y que es probable que nos manden a Chico Listo. Este es el apodo de un oficial de prisiones protegido durante la guerra civil en premio a haberse portado bien con los presos políticos y sociales en anteriores circunstancias. Obviamente, ha debido hacer muchos favores también a los presos fascistas en la zona republicana valiéndose de sus buenas relaciones con los altos cargos del Ministerio de justicia cuando lo regentaba el anarquista García Oliver, porque, de lo contrario, los vencedores le habrían expulsado del cuerpo y ahora estaría muerto o extinguiendo condena como cualesquiera de nosotros. A mí me suena su nombre y aun es posible que haya coincidido con él en alguna de mis estancias en la cárcel antes del 18 de julio. Pero no me

acuerdo, la verdad, de su físico. Si viene aquí, como se dice, puede que, al verle, le reconozca. Por de pronto, hay compañeros aquí que se hacen muchas ilusiones. Piensan que van a tener fácil acceso a Chico Listó y les será dado influir en él para poner coto a los desmanes de algunos funcionarios y mejorar la situación de los presos, que coparán los destinos principales y podrán ser, hasta cierto punto, los intermediarios entre la primera autoridad de la prisión y la masa de reclusos. Los comunistas, en cambio, temen que un director que se incline a favor de cenetistas, socialistas y republicanos, los tome a ellos como chivo expiatorio, pese a que los compañeros de aquel sector les hayan prometido la más amplia y desinteresada solidaridad, porque el asunto de la Junta de Casado sigue dividiendo a unos y a otros en dos facciones irreconciliables. De ahí que las cábalas en torno al nombramiento del nuevo director y de su hipotética conducta ocupe ahora el primer plano en la atención de sus dirigentes. Nosotros, desde el Almirantazgo, que, por cierto, funciona estupendamente, vemos la cosa con más calma. Ya hablaremos del tema cuando Chico Listó tome el mando del penal, si es que se cumplen las predicciones. Entre tanto, hay otros problemas de que preocuparse. La guerra ha entrado en una fase de exasperante lentitud. La campaña submarina, las carreras por los arenales africanos y el tropezón de Mussolini en Grecia, aunque importantes, no son acciones decisorias, sino meros episodios de un proceso cuyo final aparece cada día más lejano. La guerra va a ser larga y por ahí nada podemos esperar de momento. Sin embargo, hemos de sostener la moral de la gente amplificando la importancia de las pequeñas noticias favorables que se filtran a través de las hábiles crónicas de Augusto Assía en el periódico «Ya». Con el mismo fin hemos

adoptado un himno que no pueda despertar sospechas ni acarreamos represalias en el supuesto de que llegara a oídos de los guardianes. Se trata del «Tipperary», canción de los soldados británicos en la primera guerra mundial, que cantamos a coro, aunque con sordina, por si acaso, al final de nuestras reuniones, cuando hay alguna victoria que celebrar. Y entre tanto, ¿qué? Aquí es donde la situación se agrava por días, donde el cerco de la muerte se estrecha más y más. La muerte por hambre. El rancho que nos dan consiste en unos trozos de nabo o de hojas de berza flotando en agua. Algunos días se añaden desperdicios de corvina, ese bacalao de las clases humildes según la propaganda oficial, que sólo sirve para que apeste a pescado podrido. Los hombres están tan débiles que se sientan en el primer hueco que encuentran en el patio, aunque tiriten de frío. Hace sólo unos días sucedió algo que explica mejor que las palabras el estado de desesperación a que nos está llevando el hambre.

Por las mañanas, a eso de las diez, la brigadilla del suministro, compuesta de diez o doce hombres, presos naturalmente, suele atravesar un par de veces el patio, desde el rastrillo de entrada a la cocina, transportando a hombros los sacos con las provisiones. Ese día, la brigadilla realizó el primer viaje como siempre, sin consecuencias, pero en el segundo, al llegar al centro del patio, fue asaltada de improviso por una banda de hambrientos. Fue, según se supo luego, como si el mar se abriera para tragarse un barco. Al principio, ni siquiera nosotros comprendimos lo que sucedía, porque a menudo se forman marejadas por pequeñas incidencias como bromas, juegos o peleas de menor cuantía, hasta que sonaron los silbatos de los guardianes y vimos a Portaviones y al chulo Grijalva bregar en el maremágnum a su estilo. Algo grave

e insólito ocurría esta vez. Efectivamente, según el rumor que volaba sobre el patio, los de la brigadilla del suministro habían sido asaltados y desvalijados, tan rápidamente que, cuando los guardianes llegaron al lugar de los hechos ya habían desaparecido los asaltantes y sólo encontraron allí a los portadores quejándose de los golpes recibidos, y algunas hojas de berza diseminadas por el suelo. De la mercancía, ni rastro. Fue inútil que Portaviones y Grijalba preguntasen a las víctimas, entre zarandeos y amenazas, quiénes eran los culpables. No lo sabían. Como marchaban con la cabeza inclinada por el peso de los sacos, no pudieron distinguir ningún rostro en particular ni reconocer a ninguna voz, porque se encontraron, de pronto, aplastados por la *piara de tíos que se nos vino encima sin decir ni mus*. Portaviones mugía, fuera de sí, y Grijalba hacía crujir el aire con la fusta que siempre llevaba consigo.

—¿Dónde está el suministro? ¿Quién se lo ha llevado? —gritó aquél mirando en derredor.

Los presos, unánimes, en bloque, le miraban, impávidos y mudos. Entonces, Grijalba se dirigió a uno de ellos: —Dilo, cabrón. Tú lo sabes. Si no me lo dices ahora mismo, te cruzo la cara con la fusta.

Pero el interpelado no se inmutó.

—Verá —dijo—, yo estaba allí —y señaló el punto más lejano — cuando se formó el follón, y acudí para ver lo que pasaba, pero, cuando llegué aquí, ya se había acabado todo. Por eso no pude ver nada.

Grijalba, ciego de ira, levantó la fusta en el aire, pero le contuvo Portaviones sujetándole el brazo.

—Quieto, no jodas tú ahora —y, luego, dirigiéndose a todos,

añadió—: Ya sé que estáis muy envalentonados, pero esta vez no os va a servir de nada. Os juro que encontraremos el suministro aunque tengamos que registraros hasta la bragueta.

Llegó en ese momento Malastripas, desabrido, mirando de través.

—¿Se puede saber qué es lo que ocurre aquí?

Grijalba y Portaviones le saludaron militarmente y después le informaron con pocas palabras.

Los presos nos habíamos concentrado en masa en torno al escenario y a los actores del suceso y nos manteníamos silenciosos y expectantes. Malastripas, alzándose sobre las puntas de los pies, giró la vista en derredor lentamente. Luego, dijo a los guardianes: —Está bien. Parte por escrito, parte por escrito, ¿estamos? Que sea la dirección quien ordene lo que debe hacerse.

Sorprendentemente, ni se llevó a cabo ningún registro ni se castigó a nadie. La única reacción, que sepamos, por parte de las autoridades del penal consiste en que el transporte del suministro se efectúe ya antes de que salgamos al patio. Se dice que asaltantes y asaltados estaban de acuerdo y es lo más probable. Aquellos devoraron el botín en un santiamén. Fue visto y no visto. Excepto los tronchos. Yo he presenciado cómo algunos se los comían al día siguiente. Los guardaban ocultos en el pecho y, de cuando en cuando, con mucho disimulo, agachaban la cabeza y les daban un mordisco, bocado que saboreaban largamente, ronchando y rumiando como cabras. Fue una victoria del compañerismo, sí, pero, a la vez, una prueba estremecedora del estado de suprema necesidad en que vivimos. Hoy es un día negro. A las once en punto de la mañana por el gran reloj del patio suele sonar cada día la corneta llamando a los jefes para recoger el

pan. Se reparte una libreta de unos cuatrocientos cincuenta gramos para cada grupo de ocho, de manera que la ración consiste en pocos más de cincuenta gramos de pan por barba. En cada grupo hay un encargado, en el nuestro es Jesús, de dividir el panecillo en ocho partes exactas. Utiliza para ello la navaja del jefe, el único autorizado a tenerla, la regla y el lápiz, y, a cambio de este trabajo, tiene derecho a las migas que se desprenden en el transcurso de la operación divisoria, tan rigurosa y meticulosamente realizada que nunca da lugar a reclamaciones. Pues esta mañana sonaron las retumbantes campanadas de las once, pero la corneta permaneció muda. Los del Almirantazgo hablábamos, como de costumbre, de la marcha de la guerra; concretamente, comentábamos un discurso de Churchill que Olivares se había aprendido de memoria, y no advertimos anormalidad hasta que nos llegó el aviso de alerta desde los corros inmediatos y que recogió Robleda: —¿Sabéis lo que dicen? Pues que hoy no habrá pan.

Instintivamente, miramos al reloj. Son las once y diez minutos. Observamos igualmente que los ruidos del patio se apagan y que el silencio crece y se expande como la niebla.

Como el voceador canta los nombres de los que deben salir a comunicar, vuelvo la vista en aquella dirección y veo que, en ese momento, sale el corneta de la oficina y se encoge de hombros y da a entender por señas a los reclusos que inmediatamente le cercan que no sabe nada de nada, actitud que viene a confirmar los malos pronósticos. Sin embargo, digo a mis compañeros, tratando de suavizar la noticia: —A lo mejor se ha retrasado la cochura por falta de leña.

—O por falta de harina, que es lo más seguro —me replica

Agustín, que añade, dando también, a su estilo, un sesgo humorístico a la cuestión—: Y, si no hay harina y todo es mohína, cuidado con la minina, compañero.

Pero nadie tiene ganas de reír. Por su parte, Federico recuerda a Gaspar, el de los mofletes, que estuvo con nosotros en la cárcel de San Antón de Madrid: —Aquí quisiera yo verle ahora. ¿Os acordáis? Decía que existe un artículo en el reglamento de prisiones por el que se ordena a los directores de establecimientos penitenciarios poner en libertad a los reclusos en el caso de que no pueda alimentarlos. ¿Y si es verdad?

—Claro que lo es —dice Higinio—. Como que cada día salen unos cuantos en libertad definitiva por no comer lo suficiente, pero camino del cementerio.

Entre tanto, la larga aguja del reloj tarda siglos en bajar el peldaño de cada minuto. Las once y cuarto. Las once y veinte. Las once y media. A partir de ese instante empieza la cuesta arriba y los pasos de la aguja minutería nos parecen más lentos aún. Todos los ojos están pendientes de sus movimientos en una expectación hipnótica. Es una parálisis colectiva hasta, que cerca de donde estamos nosotros, alguien cae al suelo, desvanecido. Y otro más allá. Y otro. Y otro más. Suman cuatro. Cuatro remolinos entre la gente, cuatro rumores que prenden el miedo en las vísceras y levantan un ahogado clamor multitudinario. Cuatro hombres, en fin, candidatos a la libertad última, camino de la enfermería en brazos de sus camaradas. Ya nadie mira el reloj. Y el rumor se encrespa y se disparan los comentarios. *(Cuatro más para el cementerio. Y los que todavía faltan, los que faltamos. Poco a poco nos van a ir dando así la boleta al resto. ¿Por qué no nos envenenan a todos de una vez, cabrones? Apaga y vámonos,*

compañero). Y, al fin, suena la corneta, pero es para la distribución del rancho en las salas. Rompemos filas. (¡*Franco!*) Definitivamente, no hay pan. Humean los grandes peroles y el aire se corrompe con el olor de la corvina putrefacta. (¿*Por qué echarán esta porquería en las calderas?*) No puedo resistirlo y me tapo la nariz. Hoy me han suprimido el postre, esa rebanadita de pan con la que me quitaba los malos sabores. Para Jesús, el postre eran las miguitas que recogía después de partir el pan. Hoy está Jesús más desolado que nunca. Y todos.

—¡Qué putada! —exclama Agustín al hacer rebotar la cuchara en el plato de aluminio y soltar el aliento, después de haber apurado hasta la última gota de rancho—. ¡Qué hijoputada, qué recochinada, qué vomitada!

Lopérez ha cedido, como siempre, su ración de rancho a Jesús y deslíe en la boca un minúsculo trozo de chocolate que ha encontrado entre las puntas de cigarrillos y los papeles que guarda en el bolso de la chaqueta. Su cara parece de pergamino. Le punzan en ella los pómulos. Se le han ahondado las cuencas de los ojos y se le han hundido las sienes. Lleva el único traje que le conocemos, negro un día, pero, ahora, del color indefinible de sus innumerables manchas, pero por primera vez viste una camisa verdaderamente limpia. Suele lavarse él mismo su ropa interior, cuando consigue un trozo de jabón a cambio de sus versos onomásticos, bueno, la moja, la enjabona y la estruja en el patio de la cocina aprovechando la poca agua que le proporciona uno de los rancheros paisano suyo. Consigue así poco más que distribuir equitativamente la suciedad por toda la prenda y convertirla en jirones. Algunos compañeros, especialmente Manolo el del economato, se han ofrecido para que se la laven en sus casas,

pero él se ha negado siempre obstinadamente a aceptarlo. *Mi mierda es sólo para mí*, dice invariablemente y se encierra en un silencio impermeable. Y es porque ayer tuvo su primera visita. Sí, por la tarde, al mismo tiempo que Pablo. Una comunicación especial. Lopérez nunca habla de la situación actual de su familia. Y sólo sabemos de él que es de Talavera, donde vivió siempre (*Yo soy un señorito de pueblo*), que es amigo de Emilio Carrere y, sobre todo, de Pedro Luis de Gálvez, el poeta siniestro de los arrabales literarios de Madrid, que actuó vesánicamente durante la guerra y fue fusilado al término de la misma. Un día en que le hicimos beber un poco de vino, nos contó el suceso de su boda. Era hijo único y vivía con su madre viuda. Al morir ella repentinamente sufrió tal depresión que estuvo al borde de la locura y hubo de ser internado en un manicomio. Entonces la familia opinó que el mejor remedio sería casarle con una de sus primas, una colegiala de dieciséis años a la que doblaba en edad, huérfana también de padre y madre. La muchacha poseía algunas rentas y vivía interna en un colegio de religiosas. Así que un buen día le quitaron a él la camisa de fuerza y a ella, que lloraba porque no quería casarse con un loco, la vistieron de novia y juntaron a los dos en la capilla del colegio ante su capellán, que ya estaba también metido en la conjura. Actuó de padrino Pedro Luis de Gálvez, quien, en el momento de leer la epístola de San Pablo a los contrayentes, arrebató el libro al sacerdote (*Trae, bárbaro, no profanes la lengua de Virgilio*) y recitó el texto latino con voz campanuda y en tono enfático, ante la consternación y aturullamiento de los asistentes. Durante el viaje de novios, que duró un mes, por Córdoba, Sevilla y Granada, Lopérez no pudo tocar a su esposa. (*Y no pude hacerlo hasta mucho tiempo*

después, cuando huyó de mí el espíritu de mi madre, que me poseía). Ni un dato más. Ni por qué le habían juzgado, ni qué había sido de su mujer y de sus hijos. A todas las más o menos discretas preguntas que se le hacían sobre este particular, callaba herméticamente, limitándose a mirar con hipnótica fijeza a los ojos del curioso preguntón, o contestaba con una incongruencia, siempre la misma. (*Y dígame usted, ¿soñamos mientras vivimos o vivimos mientras soñamos? ¿Qué es más cierto: lo que uno imagina sin saber que lo imagina o lo que uno cree que imagina?*) Pero ayer tarde nos sorprendió a Olivares y a mí con otra historia. Al volver del locutorio nos cogió a cada uno por un brazo e hizo que lo acompañásemos en un breve y dificultoso paseo por entre los grupos.

—¿A que no adivinan ustedes quién es la persona que ha venido a verme? —nos preguntó de sopetón tras atraer, alternativamente, nuestras miradas y herirlas con la punzada de la suya—. Vamos, adivinen.

—Su mujer, supongo —dijo Olivares.

Pero Lopérez denegó con la cabeza.

—Algún otro familiar —contesté yo al tuntún. Y Lopérez volvió a denegar con la cabeza.

—Algún amigo —sugirió Olivares.

Entonces él nos preguntó si nos dábamos por vencidos y tanto Olivares como yo asentimos con un movimiento de cabeza. Lopérez nos miró atentamente en silencio y, tras una pausa, nos reveló el secreto: —¡La Venus de Bronce!

—¿La Venus de Bronce? —le preguntó Olivares, estupefacto.

—La misma en persona.

Yo sé que la Venus de Bronce es una artista del género

flamenco, bailadora o cantaora o ambas cosas a la vez, célebre por su belleza en ese mundo aparte de las «varietés» y de los tablaos. Pero, ¿qué relación podía existir entre una mujer como la Venus de Bronce y un poetaastro anónimo como Lopérez?

—Verán ustedes —y Lopérez comenzó a hablar desenfrenadamente—. Nos conocimos en la primavera del 35. Yo le había enviado antes unos versos, *tú eres como una campana que con sus fuertes latidos me roba ya los sentidos al despertar la mañana, eres bronce bronce y eres plata, eres luz y resplandor, y yo un poeta a quien mata a fuego lento tu amor...* Tanto le gustaron que me dio una cita y, desde el instante en que nos vimos, ya no nos fue posible separarnos. Fuimos amantes. ¡Y qué amantes! —parecía contemplar una rutilante visión colgada en el aire ante sus ojos—. Emprendimos un largo peregrinaje por Andalucía. Yo daba conferencias sobre el arte flamenco, que ella ilustraba con sus danzas y sus coplas. Y fuimos de éxito en éxito, del arte al amor y del amor al arte. ¡Qué carne de mujer, qué ardores, qué aniquilamientos! Pero nuestra verdadera apoteosis la gozamos en las ruinas de Itálica, una noche de verano con la luna de Lorca en el cielo. Aquella vez bailó sólo para mí. Parece que la estoy viendo. Brillaban sus dientes, fosforecían sus ojos, se recortaba a contraluz su silueta sobre un fondo de azules plateados. Yo hubiera querido morir después, cuando la tuve en mis brazos y veía perderse las estrellas fugitivas en el agua profunda y negra de sus ojos. Pero, señores, no era solamente el sexo, un sexo en flor, lo que me fascinaba. Era el mundo mágico que trascendía de su cuerpo perfecto, de la euritmia de sus formas, de la armonía de sus movimientos, de aquel tejer y destejer ritmos antiguos en el aire, al son de los crótalos

enronquecidos. Era la belleza absoluta, el milagro, la quimera, lo imposible. Venus rediviva. Venus surgiendo, no del mar como la griega, razón y finitud, sino del seno misterioso de la noche, Venus de Tartesos, emoción e infinitud. Nuestra Venus hispánica, morena, nocturna, generatriz y campesina. ¿Comprenden ahora, señores, por qué las vírgenes adoradas por nuestras gentes aparecieron en peñascales o entre las breñas llevando a un niño en brazos? La Venus de Bronce era para mí todo eso, el gran enigma, el espíritu de la danza transformado en llama ritual de la sabiduría, principio del orden creador, porque el mundo salió de la oscuridad y del caos —se interrumpió bruscamente, hizo una pausa y nos preguntó—: ¿Les he molestado?

Al desembarcarnos tan súbitamente y dejarnos en tierra, apenas si pudimos balbucir *no, no, siga, siga*. Pero Lopérez se había quedado vacío.

—No hay más. Bueno, sí, un pequeño detalle. Que me ha traído una tortilla de gambas, mi manjar favorito, y me ha rogado que recuerde y vuelva a escribir la ópera flamenca que yo estaba componiendo para que la estrenase ella cuando se sublevaron los militares. Y eso haré sin pérdida de tiempo, porque me queda muy poco. Gracias, señores.

Nos soltó y siguió andando solo, insensible a los tropezones y a las protestas. Olivares y yo nos mirábamos, todavía atónitos. ¿Qué piensa Olivares de un hombre como Lopérez y de su historia? A mi me pareció algo fantástica, desde luego, pero posible. Hablaba tan convincentemente... En cambio, para Federico, Lopérez es un confabulador que trata de encubrir la realidad con delirios y lucubraciones de su imaginación sobreexcitada por el acoso de la idea de la muerte. Huye de la verdad y se refugia en la mentira

que urde él mismo y acaba creyéndose por autosugestión, como todos los embusteros patológicos. Nos sacó de dudas Pablo: —Nada de Venus de Bronce ni Cristo que lo fundó —nos dijo—. Quien ha venido a verle es la vieja ama de cría de su mujer. Ella le ha contado a mi tía, pues han venido juntas desde Madrid, la verdadera historia. Esta señora vivía en Talavera con el matrimonio Lopérez y sus cinco hijos. Ante el avance de los fascistas, se fueron a vivir todos a Madrid, refugiándose en el piso de un faccioso desaparecido. Lopérez se enchufó en el Ministerio de Trabajo y, al terminar la guerra fueron detenidos y encarcelados él y su mujer. Apareció entonces el dueño del piso y puso al resto de la familia en la calle. Ama e hijos comían las sobras que les daban en los cuarteles y dormían al raso, hasta que la anciana se puso a morir y fue internada en un hospital. Los chicos, tres hembras y dos varones, quedaron abandonados y no se ha vuelto a saber nada de ellos desde entonces.

Siendo así, no me extraña que Lopérez esté loco o que, como dice Olivares, huya de la realidad y se acoja desesperadamente a las ficciones de su fantasía, como quien se entrega al alcohol o a la morfina. Es un hombre roto por dentro, que, sin embargo, se obstina en no admitir su derrota y en no abdicar de su dignidad.

A la hora de la cena hemos tenido que aceptar cada miembro del grupo un trozo de la pequeña tortilla de gambas, igual al que ha reservado para sí, por temor a que se ofendiese si lo rechazábamos. Estoy seguro de que ha sido uno de los raros momentos que Lopérez ha compartido en camaradería, sin reservas, plenamente identificado con nosotros.

—La tortilla de gambas es un obsequio de Manolo el del economato. Lo sé porque me lo ha dicho el mismo Manolo.

Lopérez que, como sabes, no habla jamás de la comida, había exaltado alguna vez a Manolo ese plato, resumen de todas las excelencias culinarias habidas y por haber, en vista de lo cual Manolo tenía la intención de invitarle a comer tortilla de gambas la noche de Navidad. Pero esta mañana, al saber que Lopérez tenía visita, creyó que era la mejor ocasión para satisfacer su capricho. Así, su dicha sería completa. Manolo llamó a su mujer y le expuso la idea. Por suerte, tenía gambas en casa. Hizo la tortilla y la entregó en el penal a nombre de Lopérez, a fin de que creyera que se la enviaba su visitante junto con la bolsa de la ropa limpia. El ama fue informada de ello para que pudiese anunciárselo a Lopérez en el locutorio y justificar su procedencia, al igual que la de la ropa, con las gratificaciones que en alguna ocasión recibe por planchar y repasar la de los ancianos asilados. Manolo quiere que Lopérez ignore la verdad de lo sucedido y siga creyendo que ha sido iniciativa de la vieja ama, ¿comprendes?

Transcribo las últimas palabras de Olivares cuando todos duermen, o parece que duermen, a mi alrededor, formando un amasijo de cuerpos humanos acoplados entre sí como las piezas de un «puzzle». Hay que vigilar, esa es la consigna, ¿qué, si la muerte entra y sale aquí tan sigilosamente que ni siquiera se enteran sus víctimas? Y no poseemos nada, porque nos han despojado hasta del mínimo imaginable de intimidad. *Es curioso. Ya no siente el menor pudor. Creo que sería capaz de pasearme completamente desnudo por la calle y hasta de hacer mis necesidades en público con absoluta indiferencia. Yo, que me sentía profundamente avergonzado al desnudarme por primera vez delante de una mujer. Nunca se me olvidarán los apuros que pasé por eso en mis tiempos de soldado. Y, en cambio, ahora, ya*

ves... Ya ves hasta donde nos han hundido, Molina. Hasta ponernos al ras con los animales, me confesaba, no ha mucho, Federico. Y es cierto. Somos un rebaño. ¿No comprenden los que nos obligan a ello que, por su condición humana, se rebajan al mismo nivel que nosotros, que todo atentado contra nuestra dignidad repercute en la suya? Pues no, no lo comprenden. Por lo visto, ellos piensan que proceden de una estirpe superior, en gracia a los mismos razonamientos políticos, antropológicos y religiosos en que se apoyaba antaño la esclavitud. Sin duda, piensan que pertenecemos a una raza inferior, no bestias del todo, porque somos responsables, pero sin llegar a ser, como ellos, *portadores de valores eternos*, según proclaman continuamente. Eso es subhombres, no exhombres, subhombres. Así se explica esta situación subliminal en que nos han colocado. ¡Qué aberración! Sí, pero tranquiliza su conciencia y los hace sentirse seguros, premiados, bendecidos, satisfechos. Además, están tan lejos de nosotros o nosotros estamos tan lejos de ellos... Por eso no nos ven, no nos oyen, no nos sienten. No existimos para ellos, en suma. (*¿Los rojos? No me hable de los rojos. Fue una pesadilla. Desaparecieron. No son. No están. Nada*). Y yo escribo y escribo, y pienso. Luego soy, estoy. Desgraciadamente, soy y estoy, porque fuera mejor no estar ni haber sido. Algún día, quizá, comprendan su equivocación y, entonces, vuelta a empezar... Bien. Dejémoslo aquí. Pronto sonarán las dos de la madrugada en el reloj del patio y llamaré a Agustín para que me releve. Entre tanto, me fumaré un pitillo. Creo que me sentará bien. Y, luego, a dormir, a pesar de todo.

Mañana fría y transparente como el hielo. El aire es puro y está inmóvil. El sol sesga el cielo incoloro y pasa oblicuamente, a ras de los tejados, dejando caer un pálido reflejo de acero. Los reclusos hacen flexiones sobre las puntas de los pies y golpean con ellos el asfalto, se frotan las manos o las resguardan bajo las axilas, para desentumecer y calentar las extremidades ateridas. De sus bocas y narices se elevan efímeras estalagmitas de vapor que se funden rápidamente en el cristal del aire.

El invierno se ha echado encima de repente, como un lobo, y sus dentelladas son muy dolorosas para unos hombres con el estómago vacío y el corazón débil, extenuados, siempre al filo del colapso final.

No obstante, se advierte un desusado rebullicio en los corros de los comunistas más destacados. Hablan animadamente, se dan palmadas en los hombros, ríen, bromean.

—¿Qué mosca les habrá picado hoy para estar tan eufóricos?
—pregunta Robleda en la reunión del Almirantazgo.

—A lo mejor han recibido carta de Stalin —bromea Agustín restregándose las manos—. Coño, qué frío.

—Convendría enterarnos, ¿no?

—Tienes razón, Molina. Anda, Agustín, vamos a ver si Rodrigo quiere damos una pista.

Olivares coge a Agustín de un brazo y ambos salen del grupo y echan a andar por entre los corros en busca de Rodrigo, a quien descubren en seguida. Agustín le llama y, a poco, se reúnen los tres.

—Oye, Rodrigo: ¿es qué habéis sabido alguna noticia

importante o es que ocurre algo especial hoy? —le pregunta Olivares.

Rodrigo se estremece de frío dentro de su tabardo militar.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Hombre, porque parece que estáis muy contentos.

—Ya, pero no se trata de nada que pueda interesaros.

—De todas maneras, si no es un secreto...

—No, nada de eso —y, tras una leve pausa, Rodrigo añade—: Es que ha salido de celdas, después de cumplir el período de aislamiento, un camarada nuestro, que se llama Miguel Ángel Miró, alicantino, creo. Dicen que es un gran poeta. A lo mejor le conocéis vosotros mejor que yo.

—¿Miguel Ángel Miró? Pues sí, parece que me suena algo... —dice Agustín.

—Sí, hombre, sí. Yo he leído algunos de sus poemas. Es muy bueno. Para mí, el mejor poeta de la guerra —afirma Olivares.

—¿Qué fue en la guerra? ¿Pegó tiros? quiso saber Agustín.

—Me parece que fue miliciano de la cultura, de los del «Altavoz del frente». Ya sabes... —contesta Rodrigo soplándose las puntas de los dedos.

—Ya. De los que arengaban a las tropas y hablaban de noche al enemigo por altavoces. ¿Y qué cuenta? ¿De dónde viene? Anda, desembucha —y Agustín golpea amistosamente a Rodrigo en un hombro.

—¿Qué quieres que cuente? ¿Qué noticias puede darnos después de veinte días de aislamiento?

Los tres amigos golpean el suelo con los pies. Tienen roja la punta de la nariz y les lagrimean los ojos. El frío mana del cemento, se adhiere a las piernas de los hombres, se cuela por la

ropa y trepa carne arriba hasta el cuello, y, a la vez, cae de lo alto en breves y secas alentadas que muerden el rostro y las orejas. Pinchazos de agujas y alfileres. Quemazón de hielo. Frío, frío, frío.

—Vamos a dar una vuelta. Quiero conocer a Miguel Ángel —dice Federico.

Lo hallan en un corro, junto a Tábano y otros conspicuos camaradas, el médico Velázquez, el ingeniero Torralba, escritores y periodistas.

—Ya ves —dice Olivares a Agustín—, no le había visto hasta ahora.

Olivares lo ve como un hombre joven, de estatura más que mediana, esbelto, de piel morena, frente amplia y arqueada, ojos muy expresivos, nariz como un pegote de barro, boca grande y basta. Un rostro tosco, sin pulir, como inacabado. Vestido con cazadora de paño militar y pantalones caqui, de campaña, trabados a los tobillos. Calzado con peales y esparteñas. A primera vista, un tipo rústico, feo, vulgar.

—Pero, qué gran espíritu el suyo. Yo diría que es como una llama encerrada en una de esas ánforas de barro antiguo que los pescadores del Mediterráneo encuentran alguna vez en el fondo de sus redes, con adherencias de fósiles, nácares y algas. Es la impresión que me da —comenta Olivares.

—¿Tan importante es? —le pregunta Agustín.

—Ya te he dicho que me parece el mejor poeta de la guerra. Un verdadero poeta del pueblo.

Rodrigo se despide de ellos, pero antes de separarse dice:

—Pues yo, ni idea.

Olivares y Agustín vuelven también al Almirantazgo. Habla Pablo y los demás le escuchan en silencio, muy impresionados al

parecer, especialmente Molina, que masca como siempre que alguna fuerte emoción le conmueve.

—Un enfermo le vio levantarse de la cama y dirigirse, tiritando y tambaleándose, a la de un compañero, hurgar en su bolsa, que colgaba de la cabecera, y sacar de ella una pastilla de chocolate. Partió un trozo, volvió a dejar el resto en la bolsa y, cuando intentaba morder el chocolate, cayó al suelo. El enfermo empezó a chillar y acudimos a ver qué pasaba. Lo encontramos encogido, todavía caliente y con el trozo de chocolate en la mano. Pero estaba muerto.

Olivares mira interrogativamente a Molina y éste dice:

—Lopérez.

—¡Dios! —exclama Olivares, aterrado, cerrando los ojos.

—Cuando pudimos llevarle a la enfermería, ya no tenía remedio, pero, ¿quién iba a pensar que durara tan pocas horas? —explica Pablo.

—Y él no quería. Decía que no, que a él no le llevaban al matadero como a un buey —recuerda Agustín.

—Entre sus papeles —sigue diciendo Pablo—, hemos encontrado un poema inconcluso, que dice así —saca un papel y lee en voz alta y temblorosa, rodeado del dolor y del silencio de sus amigos:

Estoy bajo el oprobio de la gran prostituta
que se goza en el turbio placer de la sevicia,
la que hiciera que Sócrates tomase la cicuta,
la que a Cristo enclavara, la que llaman justicia.
Pero ya hacia mí viene la vieja zorra astuta,

la muerte, que me llama, se acerca y me acaricia,
la que a los enemigos nuestra suerte disputa
y, llevándonos, nuestra liberación propicia.
Ya oigo en el silencio de la noche tus pasos.
Llega pronto, no tardes, adusta amiga nuestra,
y déjame que apoye...

Los amigos de Lopérez guardan silencio por él, por ellos; un silencio estremecido, lacerante. Es un réquiem atroz, sin oraciones ni conjuros. Mientras tanto, suenan campanadas en el reloj del patio: una, dos, tres... ¡once!, y alguien grita muy cerca, como enloquecido: —¡Va a tocar el corneta! ¡Hoy hay pan!

VII

—Oye, Federico, ¿a que no sabes quién está en celdas cumpliendo el período de aislamiento?

Pablo sonreía, enseñando su diente de oro. (*¿Cómo adivinar un nombre entre tantos nombres posibles?*) Federico se encogió de hombros en señal de impotencia y entonces Pablo se lo reveló

—El coronel Pardo.

—¿El del ejército del Centro?

—El mismo —y añadió—: Acabo de verle por el chivato de su celda, pero no he podido hablar con él. Parece muy agotado. Esta noche se va a encontrar muy solo el pobre hombre.

—Sí que es triste —dijo Olivares.

—¿Y por qué no se la alegramos un poco?

Olivares miró a su amigo atentamente, tratando de adivinar la chanza que urdía.

—¿Cómo?

—Muy sencillo. Ya sabes que por ser esta noche nochebuena, los funcionarios se olvidan un poco de la disciplina. Además, no estará allí de servicio la Marquesona.

—Bien, ¿y qué, a dónde quieres ir a parar?

—He pensado que, a última hora de la tarde, con cualquier pretexto que inventaré y, aprovechando el barullo de los

preparativos de la cena, podríamos pasar a celdas tú y yo, acercarnos a la que ocupa el coronel, decirle algo que lo anime y dejarle unos pitillos y algún recorte de prensa, por ejemplo. El caso es que sepa que tiene amigos aquí dentro. ¿Qué te parece?

Pablo no bromeaba y parecía muy decidido. Olivares apretó los labios moviendo al mismo tiempo la cabeza pensativamente.

—Hombre, claro que me parece bien. Pero, la verdad, no veo la forma de que me dejen a mí pasar al departamento de celdas. ¿Con qué pretexto? Yo creo que sería menos comprometido que lo hicieras tú solo.

—No, no —le replicó Pablo vehementemente—. Si pudiera hacerlo yo solo, no te hubiera dicho nada. No. Tiene que ser entre los dos. Allí hay mucha vigilancia y uno solo está copado, no puede moverse. En cuanto al pretexto, déjalo de mi cuenta y no te preocupes, si es que estás conforme. Olivares, después de un breve silencio (*Es una locura, pero... Pase lo que pase, no puedo decirle que no. Sería una cobardía*), aceptó.

—Conforme.

—Bien. Ahora ocúpate tú de preparar las cosas para el coronel: los pitillos, los recortes de prensa y lo que a ti se te ocurra, pero no olvides que todo tiene que entrar por el agujero del chivato.

—Entendido.

Y Pablo, vivamente entusiasmado, le recomendó por último:

—Y que el Almirantazgo no sepa nada de la operación hasta que la hayamos realizado. Va a ser tan difícil como la de los alemanes en Scapa-Flow —y se frotó las manos de contento.

Después del rancho de mediodía, Olivares resumió en una cuartilla, con letra menuda y clara, las últimas noticias de la guerra, poca cosa en sí, pero adobadas e interpretadas de tal

manera que de su lectura se desprendiese un ligero y reconfortante optimismo. Salían a relucir en el resumen la línea Metaxas ante la que se rompían los dientes las divisiones fascistas italianas, el definitivo fracaso de la Lutwaffe alemana frente a Inglaterra y, sobre todo, la caótica situación de la economía española, pues ya hasta los soldados se desmayaban de hambre en los cuarteles, que presagiaba un cambio radical del régimen de Franco, quizá un golpe antifalangista, para antes de que madurara la próxima cosecha. Se recogían asimismo los rumores de descontento por parte de algunos generales que odiaban a Serrano Suñer, sobre quien se cargaban los excesos de la represión y de la política germanófila, y por parte también de los requetés que ya no admitían más dilaciones para la restauración de su monarquía. Finalmente, le transmitía el cordial saludo de todos los que se encontraban presos allí por haber defendido la República y la libertad. Y firmaban la nota «el mediquín» y «el cuentista». Terminado el escrito, enrolló la cuartilla en forma de canuto y metió dentro algunos cigarrillos.

Aquella tarde, los reclusos salían y entraban libremente en las salas. El número de paquetes recibidos, y de comunicaciones, sobrepasaba el de los días ordinarios. Se había anunciado que podrían cenar juntos los amigos, aunque pertenecieran a distintos dormitorios, y se supo que el rancho consistiría en un caldo de patatas con huesos de cerdo, por lo que hasta los legionarios, reducidos a narices y ojos, bullían magnetizados por los barruntos de hartura. Por su parte, los carceleros se preparaban también para la fiesta gastronómica, la realmente importante para todos aquella noche, aunque se conmemorara el nacimiento de Cristo, y apenas se dejaban ver por el patio. Las monjas se ausentarían tan

pronto comenzase el reparto de la cena, para celebrar en comunidad el gran acontecimiento religioso ante el belén que habían instalado en su departamento con la ayuda de algunos reclusos (*¿Y qué os han dado las monjas por ello? Coño, qué mal pensado eres. Si no me refiero a eso, hombre. Pues bocadillos, unos bocadillos de mortadela. Quién pudiera caer por allí esta noche, ¿eh? Y que lo digas, aunque después viniese el diluvio. Calla, jodido, no me provoques, que tengo más hambre de mujer que de pan, que ya es decir*), cantando villancicos populares andaluces al son de la guitarra.

Según lo previsto, a última hora, anocheciendo ya, Pablo y Federico esperaban a que terminase el paseo de las mujeres reclusas; aquél, vistiendo la bata blanca y, éste, cargado con la caja metálica de las agujas y las jeringas, el frasco del alcohol y el estuche de las ampollas.

—Tú, eres mi ayudante, ¿comprendes?

—Comprendo, comprendo. Pero como sospechen y descubran el engaño nos van a poner morados a hostias.

—Ese es el riesgo que tenemos que correr, Federico, aunque yo creo que no van a descubrir el truco.

—No, si es igual. Aquí estamos de todas maneras.

Después del canto de los himnos y de las voces de ritual, siguió el sordo rumor de las pisadas de las mujeres que abandonaban el patio para recluirse en las celdas. Cuando empezó a desvanecerse, dijo Pablo:

—Ahora. Este es el momento.

Y golpeó después con los nudillos la chapa metálica de la puerta que daba acceso al patio de celdas. Se abrió la mirilla y asomó en ella la jeta zorruna de Pedro el chivato, quien, al ver la

bata blanca de Pablo, descorrió el cerrojo y abrió el rastrillo. No obstante, antes de dejar pasar a los dos amigos, los examinó detenidamente, casi olfateándolos, y preguntó

—¿A qué venís?

Pablo, con toda naturalidad y casi autoritariamente, contestó

—Pues, hombre, a vacunar a los de las celdas quince y dieciséis contra el piojo verde; vamos, contra el tifus, ya sabes.

Pedro escrutaba desconfiadamente a Olivares que procuraba aparecer tranquilo y seguro.

—¿Y este?

—Es mi ayudante.

—Ayudante, ayudante... Joder, con los ayudantes —masculló Pedro el chivato—. En cuanto cogéis un destino metéis a otro para que os ayude. Yo, en cambio, tengo que estar todo el día hecho un cabrón. —Volvió a examinarlos de cabeza a pies con sus astutos ojos ratoniles y prosiguió—: Está bien. Podéis pasar, pero tendréis que esperar a que terminen los funcionarios de encerrar a las mujeres. Pero allá, en la oficina —y señalaba la puerta de enfrente, por la que se pasaba a los túneles celulares, y que estaba abierta porque no podéis quedar parados aquí ni yo puedo abandonar el rastrillo, y mucho cuidado con hacer una putada, eh.

Pablo hizo un gesto de aquiescencia y, sin decir palabra, echó a andar en aquella dirección, seguido de Olivares, un Olivares cabizbajo y silencioso. Los dos sentían en la nuca la mirada punzante y recelosa de Pedro el chivato. Traspusieron el umbral y cuando alcanzaban la bifurcación de los túneles llegó hasta ellos el grito apagado de las mujeres al romper filas ¡Fran-co!

—Ya. ¡Rápido! —dijo Pablo a Federico.

Federico giró a la izquierda, revisó velozmente los números de

las celdas que encontraba al paso y se detuvo, al fin, ante una de ellas, y, sin vacilar, destapó el chivato y acercó a él un ojo. De frente, al fondo de la estancia, entrevió confusamente a un hombre de pelo canoso cortado al rape, de rostro gris, con gafas, sentado sobre la colchoneta enrollada y recostado contra el muro.

—¡Coronel Pardo! —susurró.

El hombre levantó y alargó la cabeza en dirección a la voz, sorprendido (*¿Quién me conoce aquí? ¿Será una trampa?*), y permaneció atento, pero sin moverse.

—¡Animo, coronel! Soy amigo suyo aunque no me conozca. Tenga mucho cuidado con el ordenanza pequeño. Es un chivato muy peligroso. Y coja esto. Es un regalo de navidad que le envían sus amigos.

Seguidamente, Olivares introdujo el canuto de papel por el orificio de la mirilla y corrió, después, a reunirse con Pablo.

—¿Qué tal, Federico?

—Perfecto. ¡De Alejandro Dumas, Pablo! ¡De folletín!

—¡Ojo!

Se oían las voces y las pisadas de los funcionarios acercándose y los dos amigos quedaron automáticamente en actitud rígida y silenciosa, y, al aparecer el Chuti, jefe del departamento aquel día, levantaron a una el brazo derecho, manteniéndose así hasta que el Chuti les hizo una seña para que lo bajasen, al tiempo que les preguntaba desabridamente:

—¿Qué coño estáis haciendo aquí vosotros?

Contestó Pablo, muy dueño de sí:

—Hemos venido a vacunar a los que esta mañana se quedaron sin inyección por falta de tiempo.

El Chuti, delgadísimo, nariz torcida, ojos bribones y ademanes

chulescos, torció la boca, enseñando su dentadura amarillenta de fumador sucio y empedernido.

—¿Y cómo no se os ha ocurrido venir antes?

Pablo se encogió de hombros, eludiendo así toda responsabilidad en determinaciones que no le incumbían. El Chuti preguntó entonces a sus acompañantes:

—¿Qué os parece? Aquí nadie sabe nada, por lo que se ve.

Uno de los guardianes, tras asentir con un gesto a las palabras de su jefe, preguntó, a su vez:

—¿Y cuántos son?

—Eh, ¿cuántos son? —repitió el Chuti, dirigiéndose a Pablo.

—Dos celdas —contestó Pablo.

—¡Pues vaya coñazo! —refunfuñó el guardián—. Nos va a pillar el reparto de la cena y se va a armar el gran follón.

La intensa penumbra impedía ver bien los rostros y rastrear en ellos las intenciones y las sospechas que pudieran encubrir las palabras.

—Ya lo estáis oyendo —dijo el Chuti—. No creo que se vaya a morir nadie de tifus esta noche. Así que largaros por donde habéis venido. Mañana será otro día, ¿estamos?

—¡A sus órdenes!

—¡A sus órdenes!

Y, del mismo modo automático, los dos amigos saludaron, a la vez, al estilo fascista.

—¡Venga, rápido! —les ordenó el Chuti.

Olivares y Pablo salieron más que de prisa al patio. Tras ellos quedaban los siniestros corredores y la voz rezongona del Chuti:

—No te jode... A quién se le ocurre venir a estas horas con esa pega. Anda, Gómez, enciende la luz.

Pedro el chivato, que les vio venir, abrió el rastrillo rápidamente.

—Conque de vacío, ¿eh? Ya me lo pensaba yo —y sonrió burlonamente.

Pablo y Federico sonrieron también, y, ya en el patio de la cocina, dijo aquél:

—¿Ves cómo ha sido más fácil de lo que tú pensabas?

—Sí, ha sido fácil, pero he pasado un miedo...

—Dímelo a mí —y, de pronto Pablo empezó a reír estrepitosamente. Contagiado, Federico estalló también en carcajadas. (*La cara del Chuti. A quién se le ocurre, ¿eh?, a quién se le ocurre... Coño, con los ayudantes... Conque de vacío, ¿eh?*)

—¡Ay, no puedo más, Pablo! —dijo Federico, doblándose por la cintura—. ¡No puedo más! ¡Voy a reventar!

—¡Calla, calla! —y Pablo se retorció.

Rieron convulsivamente hasta quedar extenuados. Cuando cedió la risa, apenas podían sostenerse en pie y tuvieron que enjugarse las lágrimas.

—Lo que hace el miedo, ¿eh? —dijo Federico, todavía jadeante.

—Sí, ahora se ríe uno, pero...

Se guardaron la noticia hasta los turriones. Agustín propuso un brindis por el coronel, por Federico, por Pablo y por el Almirantazgo, un brindis con coñac.

—¡Hip, hip, hurra!

Después, cantaron a coro el Tipperary:

It's a long way to Tipperary

*It's a long way to go.
It's a long way to Tipperary
To the sweetest girl I know.
Goodbye Piccadilly,
Farewell Leicester Square.
It's a long, long way to Tipperary
But my hert's right there.*

Chico Listo. El nuevo director. Más bien bajo, rechoncho. Sus ojos son dos ranuras estrechas y alargadas; sus manos, regordetas; su cabello, castaño y liso. Fuma cigarros puros sin cesar. Anda de prisa. Siempre tiene una orden en los labios. Lleva siempre consigo el movimiento y la agitación.

—Sí, Federico, creo que le he visto alguna vez no sé dónde — me dijo Molina.

¡La que ha armado en pocas semanas! En seguida puso en danza a toda la población reclusa. El personal de cada sala ha sido redistribuido por todas las demás. *Hay que romper las capillitas*, se le ha oído repetir como un sonsonete. Los compañeros de nuestro grupo hemos sido diseminados, aventados, por todo el penal, y ya no podemos reunirnos más que en el patio. Yo he ido a parar a una sala del segundo piso, con mayoría rural y un solo miembro del Almirantazgo, Capote, que trabaja a las órdenes de Mediopelo en la recepción de paquetes del exterior y es el encargado de pasar de matute todos los días el del compañero donde viene el periódico.

Durante unos días, la vida en el penal se ha caracterizado por el constante ir y venir, subir y bajar, de gente con el petate al

hombro. Estos cambios son, en sí, un castigo para el preso, porque rompe el «statu quo» al que se ha amoldado y se ve, de pronto, como un intruso o un extraño entre gente desconocida. Aunque a veces suponga realmente una mejora en su situación, al principio resulta una contrariedad que agudiza los dolores espirituales de la prisión. Se encuentra más solo, más abandonado. Yo, ahora, he quedado en las filas del centro, entre uno de los barberos, a la derecha, y un campesino taciturno a la izquierda. Este último se come todas las noches una cabeza de ajos crudos, dice que para combatir el reuma, pesadilla de todos los aldeanos. Ello hace que, cuando duerme con la cara vuelta hacia mí, me despierte yo mareado, con la náusea a punto, tal es la pestilencia de su aliento. Cada vez que esto ocurre, y ocurre varias veces en la noche, le sacudo y él abre los ojos velados por el sueño.

—¿Quieres darte la vuelta, por favor, porque me ahogo? El hombre obedece, pero, al poco rato, protesta el otro vecino suyo:

—Coño, qué peste. ¿Por qué no te vas a dormir al váter? Resignadamente, el hombre se pone boca arriba y entonces su aliento, qué irresistible hedor agrio y picante, se desparrama por igual sobre mí y sobre la otra víctima, y nos mantiene a los dos en vela hasta que el sueño puede más que todas las salvaguardias del organismo. Y cada mañana contesta a nuestras quejas y recriminaciones diciendo:

—¿Es que voy a dejar que se me pudran los huesos en vida?

He probado a taponarme los orificios de la nariz con bolitas de algodón que me proporciona Pablo, pero he tenido que desistir de ello, porque roncaba tan furiosamente que los compañeros de alrededor me despertaban con abucheos y chasquidos de lengua. Inútil, pues. Paciencia, pues. Últimamente nos hemos conjurado

su otro vecino y yo para no dejarle dormir, empleando para ello todas las picardías que se nos ocurren: hurgarle en la nariz con una pajita, soplarle en los oídos o clavarle bruscamente una rodilla en los riñones, a ver si se desespera y cambia de sitio. Pero resiste. Es un hombre paciente. En eso es como un buey. Pero ya veremos quién puede más, si el buey o los tábanos.

Bien. Y se hicieron todos los cambios y combinaciones de presos y salas. Y a Chico Listo se le ocurrió acabar con los piojos, y lo que las monjas apenas habían podido empezar, lo concluyó él en una semana: la construcción en la huerta de unos hornos para la desinsectación de los petates, las mantas y las bolsas de ropa de los presos, mediante gases de cianuro potásico. Y otra vez las reatas de presos de aquí para allá con el equipaje a cuestras. Entregarlos por la mañana, recogerlos a media tarde, airearlos, sacudirlos... El patio general parecía uno de esos campamentos improvisados para víctimas de alguna catástrofe, un incendio o una inundación, en caótico desorden. Simultáneamente, nos ha obligado a todos sin excepción, incluidos los legionarios, a tomar una ducha una vez por semana. Cuando le llega el turno a mi sala, se suceden algunas escenas que, en otras circunstancias, parecerían cómicas, pero que, en nuestra situación, son más bien dramáticas. Muchos rústicos se resisten y tratan de escapar de la ducha a cualquier precio: se fingen enfermos, se desmayan, suplican, protestan... (*¡No, a la lucha, no! No quero morir de pulmonía. ¡Que me lleven a picar!*) Hay algunos que, efectivamente, son presa de vómitos, mareos, diarreas repentinas. Pero la orden se cumple a rajatabla. Una vez formado el personal, es conducido entre dos guardianes hasta el departamento de duchas. Y allí empieza la segunda parte de la función. Nos

desnudamos a la intemperie, en turnos de cincuenta, y entramos en pelotón, traspasados de frío, tiritando. No nos podemos mover bajo los chorros y, al enjabonarnos y frotarnos, tropezamos unos con otros y hasta nos golpeamos sin querer. Y por más que lo advirtamos todos los días (*¡No meéis al compañero, coño! ¡Cuidado, apuntad al suelo!*), no se evita que, en medio del escalofrío, alguien nos riegue con orín caliente las piernas y hasta los riñones. Desde luego es un espectáculo alucinante el que ofrece la masa compacta de cuerpos esqueléticos agitándose espasmódicamente bajo la lluvia glacial de los tubos. Yo la veo como una danza macabra, como un fantástico baile de cadáveres al compás de los látigos de invisibles demonios. ¡Chas! ¡Chas! ¡Chas! Salimos de estampida, jadeantes, doloridos, como bestias apaleadas, y nos cruzamos con otro grupo de seres desnudos, ateridos, temblorosos. ¡Qué suplicio! (*Sí, qué suplicio, Olivares, qué suplicio. Nos tratan como si fuéramos ganado*).

—Peor, Molina, porque el ganado vale dinero y nosotros, ¿qué valemos nosotros?

Pues, ¿y el sistema empleado con los viejos? Se les ha recluido en una misma sala y se les ha invitado reiteradas veces a que se apunten voluntariamente para ser transferidos a la prisión de la isla de La Toja, especialmente habilitada para sexagenarios. Pero ninguno quiere ir allá, bien por razones de distancia con respecto al punto de residencia de sus familias, bien por miedo a lo desconocido o, sobre todo, por las siniestras noticias que se tienen acerca del clima salobre, frío y húmedo de la isla y su efecto mortal entre los sexagenarios en ella concentrados. (*Ese es el cementerio que nos preparan. ¡La madre que los parió! ¿Voluntario yo? Ni para coger onzas de oro. Que me muera cuando*

tenga que morirme, pero que no me pidan que me meta yo mismo en la fosa). Pero los ancianos son los que más piojos tienen y como obligarles a la fuerza a tomar duchas colectivas podría dar lugar a algún conflicto con las monjas, Chico Listo, tan pródigo en soluciones expeditivas, ha resuelto esta vez el problema mediante un rodeo. Aprovechando una mañana de sol, les hizo salir a la huerta, aparentemente con el fin de que pudieran disfrutar el privilegio de un paseo al aire libre. Mas, una vez allí, y sin romper la formación les ordenó que se desnudasen completamente. Parece que se resistieron a obedecerle, pero que, ante la actitud de los guardianes, que comenzaron a desnudar a algunos por la fuerza, acabaron por ceder. Entonces apareció un ordenanza con un cubo y una brocha, que los embadurnó desde el cuello a los tobillos, por delante y por detrás, con una solución desinfectante. Después, otro ordenanza los lavó de arriba abajo con la manga de riego. Y hubieron de secarse al sol y permanecer desnudos hasta que les devolvieron los vestidos debidamente desinsectados. Chico Listo dirigió y presidió todas estas operaciones sin dejar de sonreír, como si se tratase de una broma inocente, fumando puro tras puro y teniendo a su lado un enorme perro pastor. Los viejos volvieron a su dormitorio amedrentados, despavoridos, temiendo que aquella noche morirían todos de pulmonía, pero no murieron más que los dos que no habían podido salir a la huerta porque estaban agonizando. Desde aquel día, los sexagenarios acuden a la ducha, sin ofrecer resistencia, cada dos semanas, y no ha habido necesidad de repetir el experimento de la huerta. De esta manera, Chico Listo ha vencido a los piojos, aunque como un general a quien no importan nada las bajas propias.

Lo más dañino para el preso es estar todo el día mano sobre

mano sin hacer nada y cavilando. Por eso, hay que mover a la gente, no dejarla parar, para que no tenga tiempo de pensar.

Consigna de Chico Listo. Terminada la batalla contra el piojo, arremetió inmediatamente, con la impetuosidad y la falta de escrúpulos que le caracterizan, contra el aburrimiento de los presos. Y organizó cuatro equipos de fútbol, un campeonato de boxeo, un orfeón y una banda de música. Dos cazos más de rancho en cada comida y, a veces, la hartura de rancho, fue el cebo para la recluta. Por más que intentamos boicotear sus planes recurriendo a la conciencia política y al amor propio de los candidatos, no pudimos evitar, salvo alguna excepción, que se alistasen. El hambre y el ciego instinto de la supervivencia arrollaron todos los razonamientos y consideraciones de índole moral. Fue totalmente inútil nuestro empeño. Además, los planes de Chico Listo se vieron favorecidos por la efemérides que desencadenó el pánico entre los reclusos: la muerte por inanición de trece hombres en un solo día. Mira por donde este tipo osado y sin escrúpulos de conciencia ha logrado el triunfo de sus propósitos a cambio de una escandalosa derrota en su batalla contra el hambre. Porque Chico Listo ha intentado también, si no eliminar, sí, al menos, amansar un poco al terrible enemigo. Chico Listo ha espesado el rancho añadiéndole zanahorias cuyo repugnante dulzor provoca la náusea. Yo me oprimo la nariz con los dedos y las engullo rápidamente para no gustarlas, porque sé que alimentan, y me enjuago la boca con agua cada vez que me amaga un espasmo de estómago. Ha establecido, además, un sistema rotatorio de hospitalización en la enfermería, por espacio de una semana, para los más gravemente afectados por la desnutrición. El reposo, el calorcillo de las mantas, el caldo de

patatas y la presencia de la monja son los tres recursos de que allí se dispone para combatir a la muerte. Pero esta terapéutica es eficaz sólo temporalmente, un alivio, un aplazamiento, cuando se aplica a organismos jóvenes y sanos, y absolutamente inocua en los demás casos. Por otra parte, según me ha contado Pablo, la presencia de la monja, su voz, sus palabras amables, que en un principio reanima a los enfermos, se trueca pronto en un tóxico mortal para ellos, porque caen en la masturbación. Se masturban exasperadamente. El ejemplo de uno arrastra a los demás. Se animan a ello unos a otros y hay momentos en las noches de la enfermería en que crujen varias camas a la vez a impulso de los espasmos agónicos de quienes quizá buscan la muerte por ese camino, sin que valgan para contenerles las amonestaciones y las advertencias de los médicos, sino todo lo contrario. La masturbación es una de las plagas que nos consumen, cuya violencia aumenta en la misma medida que el hambre y la muerte; aliada de la muerte, secuela del hambre, suicidio lento, fácil, grato. La muerte en forma de mujer hermosa, de la más bella y de la más sugestiva y de la más dócil y de la más ardiente y de la más real y de la más fantástica y de la más pura y de la más crapulosa de las mujeres, de la mujer en que transforma cualquier mujer nuestra imaginación. (*Quiero morir de gusto*). La masturbación es inevitable aquí. El problema consiste en dosificarla, sólo en eso, no en suprimirla, porque si no nos masturbásemos de cuando en cuando, enloqueceríamos o nos suicidaríamos de otra manera.

Y los que sucumben son sustituidos por nuevos aspirantes, y el número de los que esperan su vez para entrar en la enfermería es siempre el mismo o mayor, y los sucesivos relevos mantienen inalterable el «batallón de los fatís», de los edematosos y

deshidratados por falta de proteínas. Han desaparecido el camarero de Aquarium, la Parca, y el comedor de ajos crudos y otros muchos conocidos nuestros. Ahora es costumbre en los dormitorios que los más agotados permanezcan tendidos en sus petates hasta el primer recuento y que uno de sus compañeros más próximos recoja su café y se lo lleve al lecho. Pues bien, no hace muchos días, al llamar su vecino el que duerme a continuación de mí en sentido longitudinal, cabeza contra cabeza, para que se bebiese el aguarchirle mañanero, éste siguió durmiendo.

—Bueno, pues ahí te dejo el plato. Ya te lo beberás, si quieres, antes de que se enfríe.

Sonó poco después el toque para el recuento y, como siguiera sin moverse, su compañero volvió a llamarle, zarandeándolo suavemente. (*Vamos, hombre, a formar*). Pero no obtuvo respuesta. Entonces lo volvió boca arriba. (*Despierta ya, coño*). Pero no despertó, y el amigo, espantado nos miró a los que veíamos y oíamos la escena de cerca, y lanzó un grito:

—¡Jefe de sala, Antonio Gómez está muerto!

Más de trescientos semblantes terrosos se volvieron hacia allí, más de seiscientos ojos despavoridos vieron una vez más la muerte. Yo me incliné sobre Antonio Gómez y le tomé el pulso. Pero no tenía pulso y estaba frío. Alguien expresó el pensamiento general. (*Se ha muerto el pobre como un pajarito*). Sí, había muerto silenciosamente, sin un estertor. Confirmé el hecho al jefe de sala cuando acudió al grito, pálido, descompuesto, y al oír mis palabras empezó a tartamudear y luego salió corriendo para cuadrarse ante el funcionario que acababa de abrir la cancela de hierro. El funcionario, apodado el Piri, es un muchacho más bien

tímido, que elude todo enfrentamiento con los reclusos. Vino hacia nosotros, se detuvo, miró al cadáver y no sé si lo vio, porque estaba asustado también, como el jefe de sala, como todos.

—¿Es éste? —balbució.

—Sí.

El guardián nos dirigió entonces una mirada exculpatoria a los más próximos, como si quiera decirnos: *Yo no tengo la culpa. Ya sé que es espantoso, pero yo no tengo la culpa.* Pero nosotros le respondimos injustamente con una mirada fría y condenatoria. Queríamos decirle con ella: *¿Ahora nos vienes con esas? No te hagas el inocente. Tú eres tan culpable como los demás.* Y apartó bruscamente sus ojos de los nuestros y dijo al jefe del dormitorio:

—Bien. Que le cubran la cara.

Yo le cubrí el rostro con su propia manta. Y empezó el recuento. Y aquella fría mañana del invierno más invierno de todos los inviernos no se oyó una sola tos mientras el Piri nos contaba.

Chico Listo no ha podido, hasta ahora, con el hambre, ni podrá con ella, porque se trata de una batalla en que está empeñado todo el país y en la que los presidiarios no contamos ni siquiera en las listas de bajas. Chico Listo no posee medios ni recursos para contrarrestar eficazmente el hambre, oh, las bolas de maíz en vez de pan, del escaso, pero rico pan que me servía de postre, bolas de maíz, cemento amarillo que pesa como plomo en el estómago y no alimenta porque no hay dios que pueda digerirlo. ¿Ese es el calor y el pan que nos ofrecían? (*Ni un hogar sin lumbre, ni una familia sin pan*). Nuestra única esperanza consiste en alcanzar a tiempo la cosecha de las habas. Habas pulposas, mantecosas y deliciosas, como dice Agustín. Oh, las habas, benditas habas,

nunca tan ardientemente requeridas, nunca tan angustiosamente esperadas. (*Si aguantamos hasta que lleguen las habas, estamos salvados*). Al menos es una ilusión y de esa ilusión vivimos.

Mientras tanto, se nos obliga a asistir a tres partidos de fútbol por semana y a una sesión de boxeo cada domingo. Como tiene que quedar libre el patio, toda la población reclusa ha de comprimirse en la banda de las marquesinas y hemos de presenciar los partidos de pie, apelmazados, sin poder cambiar de sitio ni de postura y sin movernos aunque nos apremie alguna necesidad fisiológica inaplazable. Así, dos horas, dos interminables, irresistibles, demolientes horas. Es un suplicio chino. Hay quien se desmaya, quien se duerme, entre brazos, piernas, vientres y pies. Formamos un bajorrelieve de chatarra humana a lo largo de los cuatro muros. Si la temperatura es suave, rara vez, nos licuamos y la chatarra se convierte en gelatina. En cambio, en las tardes moradas y serenas de invierno, que son las más, cuando el aire inmóvil se cristaliza, sentimos cómo se clavan en nuestra carne las agujas del frío. ¡Cómo tiritamos a pesar de las apreturas! ¡Dios qué sufrimiento! Y qué sufrimiento inútil, caprichoso, superfluo. ¡Qué poca cosa somos, Dios! Chico Listo goza el espectáculo desde la plataforma de madera que se ha hecho construir, sentado, sonriente, ladeada la gorra, el puro humeante en la boca y el perro pastor echado a sus pies. Le acompañan Goering o bien Malastripas y algunos otros funcionarios, con los que intercambia frases, chistes y risas. Chico Listo aplaude, grita, se ponen en pie, vuelve a sentarse, disfruta plenamente. Parece un pequeño y grotesco Nerón con uniforme de prisiones presidiendo los juegos en un circo rectangular ante los esclavos de Roma. Los atletas visten calzoncillos, camisa blanca

u oscura, y calzan alpargatas. Son atletas de escuálidos rostros, de flacas piernas y abultados vientres. Vientres como alforjas. (*La tripa de estos jugadores es un pellejo lleno de rancho*). Se les ve correr y bregar jadeantes, exhaustos, inconscientes casi. Cuando el juego decae, suena la corneta y los jugadores se detienen y entonces se oye el grito de Chico Listo: *¡Más coraje! Parecéis señoritas*. Y los jugadores extraen furia de las últimas gotas de rancho. Furia ciega, agónica, desesperada. Alguno tropieza o resbala y cae sobre el duro cemento, se hiere o se rompe algo. No importa. En seguida lo relevan. Alguien, con los huesos ateridos, le reemplaza y el juego continúa. Y Chico Listo es el primero en gritar, ¡Gol! Y se levanta, frenético, y aplaude hasta caérsele, a veces, la gorra, y le imitan los funcionarios. ¡Gol! ¡Gol! Sí, es un pequeño Nerón paranoico, sensual, rodeado de una pandilla de serviles aduladores. Nosotros maldecimos entre dientes a él y a todo su linaje hasta el primer espermatozoo y el primer óvulo que le dieron principio y vida, y le deseamos la muerte por estallido, por reventón, la del sapo bajo la rueda herrada del carro.

Los combates de boxeo son menos incómodos para nosotros porque el cuadrilátero ocupa poco lugar. La cuadra de púgiles está formada por Lino, Paco, Toledo, Madrid, Vitaminas y Escopeta, y dirigida por «Puños de oro», un antiguo boxeador profesional que llegó a ser el número uno en no sé qué categoría, y que ahora es un hombre desdentado y desnarigado, reducido a una armadura de espantapájaros, todo él huesos y pellejos colgantes. Al igual que los futbolistas, los boxeadores, cebados con forraje, carecen de musculatura a cambio de barrigas prominentes. Y se pegan. Aunque pueda parecer mentira, lo cierto es que se pegan, vaya si se pegan, ferozmente. Tal vez se prometieran entre sí, antes del

combate, simular golpes, solamente señalar los golpes, pero se calientan y acaban zurrándose sin piedad, porque Chico Listo les azuza con gritos y denuestos y les estimula prometiendo una buena comida, huevos fritos y paella, al campeón y al subcampeón, y porque muchos espectadores de la masa de presos les animan también con sus voces bárbaras: *¡Acaba con él, Lino! ¡Dale fuerte, al estómago, Vitamina!* Y cae Escopeta, fulminado. O se derrumba Toledo. O vomita Paco. O se cubren de sangre los dos púgiles. Y la sangre entonces excita aún más a presos y guardianes. Y el griterío aumenta, porque somos muchos también los que increpamos e insultamos a los perros a voz en grito: *¡Callaros, cabrones, borregos, hijos de puta! ¿No veis que son compañeros? ¡Traidores!* Y el vencedor saluda con los brazos en alto. Un vencedor que se ahoga, que se tambalea. Un vencedor que acude sonriente, mareado, a la llamada de Chico Listo, que le estrecha la mano y le obsequia con un cigarro puro. Y, entre combate y combate, toca la banda pasodobles toreros o el orfeón canta: *Eres alta y delgada como tu madre, morena salada, como tu madre...*

—Federico, Federico, este caradura ensaya en nosotros sus desvaríos de mando y de poder... —me dijo Molina la primera vez que desfilamos ante Chico Listo el paso de la oca—. Está loco, Federico, o está loco.

Sí, esto de los desfiles vespertinos u obedece a un premeditado plan disciplinario con objeto de triturar las últimas resistencias físicas de los presos y convertirlos en peleles sin voluntad y sin conciencia, o es el síntoma de alguna peligrosa desviación psíquica de Chico Listo. También pudiera tratarse simplemente de una farsa cruel y sin sentido. En cualquier caso,

para nosotros es una forma de tortura colectiva y otra causa de tensión, de sufrimiento y de angustia.

Después de dos días de preparativos y ensayos que estuvieron a punto de acabar con nuestras últimas reservas físicas, llegó la hora de la primera representación en serio. El ejercicio consiste en desfilar de a cuatro en fondo, al paso de la oca, ante Chico Listo y la bandera, con el acompañamiento de marchas militares como el himno de la Legión o «Los voluntarios». Al llegar a la altura de Chico Listo y de la enseña, hemos de inclinar la cabeza y, seguidamente, abrírnos en dos columnas de a dos en fondo, una de las cuales ha de girar a la derecha y, a la izquierda, la otra. Paso de la oca, pero rápido, llevando el compás con el brazo derecho y cogiendo con la mano izquierda la costura del pantalón del compañero situado a ese lado. Dicho así, parece fácil, e, incluso, divertido. Pero hay que verlo.

Han quedado exentos de la prueba los sexagenarios, pero la mayoría de los rurales y de los que, sin serlo, han remontado cierta edad, son incapaces de superarla. Aquéllos porque, en general, son físicamente torpes. Habitados a las rudas labores campesinas, sus cuerpos, aunque fuertes, se han deformado, y sus miembros han perdido elasticidad, y el reuma, el mal calzado y la costumbre de pisar superficies quebradas, han convertido el suyo en un andar de plantígrados o marineros. Se mueven, efectivamente, como osos. En cuanto a los hombres maduros, la debilidad, las artrosis y las callosidades les han privado hasta de los últimos vestigios de marcialidad que les quedaran. A todo esto hay que añadir el nerviosismo, la inseguridad y el miedo, para comprender el resultado. Cuando la corneta nos convoca para la última formación de la tarde que precede al desfile, es como si

sonase para nosotros la trompeta del juicio final. Peor aún, como si se nos diera la señal para arrojarnos por un precipicio. En ese estado de ánimo no es posible hacer nada bien, aunque sea fácil, y menos, naturalmente, el movimiento acompasado y rítmico de tantos hombres a la vez.

En los dos primeros días, el desfile duró más de una hora a causa de las arritmias provocadas por las innumerables torpezas y fallos del personal. Sin embargo, no hubo castigos ni se tomaron represalias. Pero al tercer día se nos advirtió que el desfile debería realizarse en treinta minutos y que se enviaría a celdas a todo aquel que cometiese una falta. Y rígidos, tensos, a punto de estallar, nos esforzamos en bailar en la cuerda floja sin rompernos la crisma. Guardianes apostados entre las hileras de la formación nos espolean sin cesar. (*¡Rápido, rápido! ¡La cabeza, atrás! ¡El pecho, fuera! ¡Aire, aire!*) Sustos, choques, pisotones. Uno que resbala. Otro que cae. Alguien se trabuca y pierde el paso. (*¡Más de prisa, más de prisa!*) Dientes apretados. Rabia en los ojos. Saltitos para recuperar el paso. (*¡Aire! ¡Aire!*) Tambaleos. Vértigo. Espasmos de estómago. (*¡Ese paso! ¡Esa cabeza!*) La música aporrea el cráneo con sus agudos martilletes. ¡La bandera! Chico Listo, que parece un mojón, atisba por entre las ranuras de su párpados para sorprender cualquier descuido. Los hombres sudan a chorros, pero no lo sienten, no sienten nada, sólo tienen ojos. ¡Ahora! Abatir la cabeza, girar... Otros guardianes apartan a los torpes. (*¡Tú, sal fuera!*) Muchos. Más de ciento cincuenta quedan separados. Desde entonces, el desfile es nuestra pesadilla más negra, la angina de pecho de los reclusos.

Todos sabemos lo que significa la reclusión en celdas como castigo. Lo de menos son los días sin paquete, sin comunicación

oral, sin carta, sin paseo, sin tabaco. Lo que lo hace realmente temible es el preámbulo de todo eso a manos de Portaviones, Mula Romera, la Marquesona y otros funcionarios de la misma ralea. Es cierto que, desde que llegaron las monjas, se aguantan las manos en público todo lo que pueden. Aún así, se les escapa alguna bofetada que otra, algún que otro puñetazo. Pero se desquitan en celdas. Allí se desahogan a placer. Allí no tienen jurisdicción las hermanitas. Allí, hasta Pedro el chivato se permite tales abusos cuando aparece alguno de su pueblo, testigo de sus fechorías durante la guerra. Así burla Chico Listo a las monjas. Es uno de sus trucos. Nada de enfrentarse con ellas. Sería, quizá, peligroso para él. Es mejor el rodeo, la infiltración y el ataque por la espalda. Cínicamente. Con un desparpajo que desconcierta. Nosotros creímos que la situación mejoraría cuando los frailes dominicos sustituyeron a don Germanófilo, enviado no sabemos a dónde. Porque los frailes llegaron en manada, lo menos doce. Les llamamos pingüinos. Una bandada de pingüinos. Enormemente gordos, enormemente ignorantes, enormemente pueriles. Sebáceos, bobalicones, gastrópodos. Salvo uno, el padre Vulpes, cuyo apodo debe a su rostro de perfil alargado, vulpino, zorruno. No muy inteligente, pero sí astuto y mal intencionado, el padre Vulpes conserva todavía alguna semejanza con aquellos familiares del Santo Oficio en su período de decadencia. Pero los pingüinos nos defraudaron bien pronto. En vez de situarse junto a las monjas y en contra del director, se desentendieron cómodamente de todo lo que tuviera relación con la disciplina y el régimen carcelario y, creyéndose quizás en tierra de misiones, pusieron todo su empeño en conquistarnos para la fe, a pesar de las advertencias del malicioso Vulpes, (*Que no estamos ya en China*), oídas por

alguno de nuestros informadores. Al principio se mezclaban con nosotros, bien en el patio, bien en los dormitorios, siempre por parejas, con el propósito de adoctrinarnos. Y los diálogos catequísticos se convirtieron en cachondos pitorreos por nuestra parte. Comenzaban por querer explicarnos algún misterio de la fe, por el método Astete, a lo que nosotros replicábamos con una serie de *y eso, ¿por qué?* que los anonadaba, que los dejaba boquiabiertos, sin saber por donde salir, y entonces entrábamos al ataque y nos divertíamos con el tiro al pim pam pum, en el que los pingüinos constituían el blanco, hacían de monigotes, hasta el momento en que los pingüinos sacudían la papada, señal de que empezaban a mosquearse, e irritarse, y en ese punto cambiábamos de tercio y les hacíamos preguntas sobre China, terreno en el que se creían más seguros, pero en el que tampoco nos descubrían nada.

—Y las chinas, ¿qué tal son, padre?

—Muy piadosas, hijo, muy piadosas.

—Bien, pero así... como mujeres, ¿qué?

Sonreían a lo bobo, pero les relucían los ojuelos, y los reclusos les atribuían hazañas muy poco ejemplares en este aspecto. (*Estos jeromos se han estado tirando chinitas a barullo*). Un día les pregunté yo por fray Tomás de Torquemada y me di cuenta inmediatamente de que no tenían ni idea del personaje. Tal vez pensaron que se trataba de algún fraile amigo mío. Por si acaso, el pingüino se salió por la tangente:

—Un santo varón, hijo, un santo varón.

—¿Un santo varón y quemó vivas a miles de personas? No sé si su compañero, un poco más avisado, comprendió exactamente la pregunta o receló que le tendía una trampa, el caso es que se

adelantó a contestar:

—Serían herejes, serían herejes.

—Pero, padre, ¿es que está permitido quemar a los herejes?

—Claro que sí. Si atacan a la fe o siembran la confusión y la cizaña entre los hijos de Dios, claro que sí.

—Pues entonces ustedes pueden quemarnos a nosotros y nosotros podemos quemarles a ustedes.

—¿Cómo dices, hijo, cómo dices?

—Que nosotros somos herejes para ustedes, luego pueden y deben quemarnos; y ustedes son herejes para nosotros, luego podemos y debemos quemarles, ¿no?

Se quedó patidifuso y los dos corpulentos frailes cruzaron entre sí angustiosas miradas pidiéndose socorro mutuamente.

—¿Ve, padre? No se puede ni se debe quemar a nadie por sus ideas religiosas. ¿No somos todos hijos del mismo Dios?

Tan cómica era la estupefacción de los dos pingüinos, que no pude reprimir una carcajada. Rieron también mis amigos y, contagiados por nuestra algazara, rieron ellos también. Acabamos riendo todos.

—Qué cosas se te ocurren, hijo; ay, qué cosas se te ocurren. Parece que te las sopla al oído el mismo Satanás.

Pero son tozudos como mulas manchegas y prosiguieron su trabajo que culminó en los ejercicios espirituales preparatorios del cumplimiento pascual. Fueron tres días de sermones y charlas piadosas bajo la dirección de Vulpes, quien llevaba la voz cantante:

—Ay, queridos hermanos, cómo me acuerdo de vosotros cuando contemplo la vida en familia y el afán pacífico de la gente en su ir y venir por las calles, camino de sus hogares o de sus

ocupaciones. ¡Qué humilde y tranquila felicidad! Entonces me inclino ante el Señor y elevo a Él mis plegarias para que extienda también sobre vosotros el manto de su divina misericordia. ¡Misericordia, Señor, misericordia para estos pobres pecadores extraviados por las falsas doctrinas! Concédeles la paz, la resignación, la fe, la esperanza y la caridad, para que un día, purgados de sus graves culpas, puedan volver al seno de la sociedad, que ahora justamente les repudia, mostrando las fragantes rosas de la fe renacida milagrosamente esta primavera...

(¡Qué gárrulo, qué caradura, qué cínico! ¡Qué marrano! Y luego dicen que hemos matado muchos frailes...) Los reclusos se desquitan para sus adentros y para sus afueras mascullando los más atroces insultos contra Vulpes y toda su genealogía. Sin embargo, preferimos los ejercicios espirituales a los partidos de fútbol. Ojalá durasen, no días, sino semanas. Al menos, no nos torturan físicamente, ni nos acosan ni nos persiguen. Si bien nos obligan a soportar esos chaparrones oratorios, podemos refugiarnos tranquilamente en nuestros propios pensamientos. La disciplina se relaja un tanto, cede la tensión y, de alguna manera, la sombra de Cristo en la cruz nos protege. Por otra parte, el sol empieza a calentar nuestra carne y nuestros huesos y el aire embalsamado llena nuestros pulmones de gozo vegetal. Presentimos los verdes trigales, las verdes arboledas, los verdes huertos, las verdes colinas, los verdes jardines, las verdes praderas, los verdes retamares, y las muchachas en flor como manzanas verdes, y el estallido de la vida como una traca de yemas verdes y, en fin, toda la centelleante sinfonía en verde del campo. También han hecho su aparición las primeras, tímidas, habas verdes en el rancho, señal de que nos acercamos a la otra

orilla.

Los ejercicios espirituales nos deparan este remanso en la turbulenta corriente de aguas cenagosas que nos lleva. Son, pues, tres días de vacación, al cabo de los cuales comienza a funcionar de nuevo la trituradora maquinaria de la cárcel. Se nos encierra en las salas y se nos informa que hay treinta sacerdotes dispuestos a oírnos en confesión para que al día siguiente podamos cumplir el mandamiento de la Iglesia de comulgar por Pascua florida. Y se nos invita, por último, a demostrar nuestra libérrima voluntad de acudir al confesonario:

—Un paso al frente.

Pero nadie da el paso al frente. El guardián, portavoz de la superioridad, se marcha solo, pero no han transcurrido diez minutos cuando aparece ante nosotros Goering. Formados y en posición de firmes, Goering nos dirige la palabra:

—Se castigará severamente a todo aquel que trate de coaccionar a sus compañeros para que no cumplan su obligación de confesarse. ¡Se pudrirán en celdas después de llevar un buen repaso! ¿Lo oís bien? —Hace una pausa y se acerca más a las filas. Y sigue diciendo—: El primer deber de todo buen español es ser católico como Dios manda, y el primer deber de todo católico como Dios manda es cumplir con la Iglesia. ¡Es un deber! ¿Me oís? A ver, el que quiera confesar, que de un paso al frente —pero nadie se mueve. Entonces, Goering nos grita—: ¡Cobardes!

¡No sois más que un hatajo de cobardes! —Se dirige después a uno y le pregunta—: ¿Por qué no confiesas tú? —El interpelado, inmovible, no le contesta, y Goering le acucia—: Vamos, dime quién es el que te ha amenazado para que no confieses —y, como el preso sigue mudo e impasible, Goering le abofetea y le insulta

—: ¡Cobarde! ¡Gallina! —Y, por último, Goering, que tiembla de cólera, nos desafía a todos con la mirada, se ajusta la gorra que ha estado a punto de caérsele, y se vuelve desde la puerta para amenazarnos—: Os conozco a todos y os aseguro que si cae en mis manos alguno de vosotros se va a acordar de mí mientras viva, si es que vive.

Se marcha dando un portazo que suena a hierros. Ha sido un golpe de furor, de rabia y de impotencia.

—Se va más cabreado que una mona, el hijoputa.

—Coño, si reventase el cabrón.

—Él sí que es un cobarde.

Ha abofeteado a un joven comandante de batallón que ha hecho toda la guerra en el frente y que, aunque muy debilitado físicamente, sería capaz todavía de patear a Goering.

—Cara a cara quisiera encontrármelo yo en un lugar solitario. Iba a saber lo que es bueno ese mamarracho. De la primera hostia...

Nos sentimos aliviados y contentos, porque la actitud cerrada y unánime que hemos mantenido todos es absolutamente espontánea. No ha habido necesidad de recurrir a la coacción moral para obtener ese resultado. Por otra parte, es la primera oportunidad que hemos tenido para derrotar a Chico Listo fácilmente, sin peligro, tan sólo con permanecer inasequibles a las insinuaciones y amenazas de sus esbirros.

Poco después, aparece Malastripas, sombrío, malhumorado. Nos contempla unos segundos en silencio, con la barbilla descolgada sobre el pecho, moviendo lentamente la cabeza. Al cabo, nos dice:

—No seáis cabezotas —vuelve a barrernos con la mirada y

pregunta—: ¿No se atreve nadie? —Espera en vano unos instantes y, luego, agrega—: Peor para vosotros —y se dirige a la puerta lentamente, la espalda encorvada, caídos los brazos.

También nos visita el chulo Grijalba. Se acerca a las filas, golpea a tres con la punta de la fusta en el pecho y les ordena:

—Tú, tú y tú, un paso al frente.

Los así designados obedecen, y Grijalba les pregunta:

—¿Estáis bautizados? —los tres contestan afirmativamente con un movimiento de cabeza, y Grijalba razona—: Pues si estáis bautizados, sois católicos; y, si sois católicos, estáis obligados a cumplir los mandamientos de Dios y de la Iglesia, ¿no? —Los aludidos permanecen inmóviles y callados y Grijalba, esgrimiendo la fusta, les increpa—: Conque os negáis ¿eh? —Grijalba repite la pregunta a cada uno de ellos inútilmente y se detiene ante el último. Grijalba ha palidecido de ira y sus ojos de gato chispean. Levanta la fusta y entonces la expectación y el silencio se atirantan. Estamos al borde del precipicio. La sangre nos nubla el entendimiento. Es sólo un instante, pero un instante paroxístico. Menos mal que Grijalba baja la fusta, da media vuelta y sale del dormitorio precipitadamente.

Remite la tirantez y respiramos, y, cuando se deshace la formación, corremos a felicitar y a abrazar al protagonista, que aún tarda en recobrarse. Parece muy cansado y apenas corresponde a nuestra efusividad.

—Yo creí que se armaba la gorda —me dice Capote.

—Y yo, también. Pero ha habido suerte.

—Sí, ha habido suerte.

El incidente es motivo de comentarios sin fin. El peligro nos ha rozado con un ala, creemos todos. Pero no pasó de ahí, por

fortuna. De lo contrario, podríamos estar lamentando una desgracia irreparable, tal vez nuestra perdición definitiva. A pesar de ello, nos satisface mucho que haya sucedido.

—Así sabrán que todavía nos quedan agallas.

Pero no nos dejan tranquilos. A última hora de la tarde irrumpe bruscamente en nuestra sala el director, tan bruscamente que ha de detenerse para dar lugar a que formemos. Le acompaña toda su plana mayor. Empuña el bastón de mando. No fuma. Nos mira severamente como un general que pasase revista a sus tropas antes de comenzar la batalla. Nosotros, por nuestra parte, nos preparamos para recibir su embestida. Embestida violenta y extremada, tememos. Mas Chico Listo cambia repentinamente de expresión, como quien cambia de careta. Sonríe, mueve la cabeza, adopta un gesto bonachón y nos habla en tono paternal. ¿No nos acordamos ya de nuestra madre? Ella fue la que nos enseñó a rezar, la que trazaba la señal de la cruz en nuestra frente cada noche, antes de que nos durmiéramos, la misma que ahora, desde el cielo o, para los que tengan la suerte de que aún les viva, desde el santuario, sí, santuario, del hogar, espera que correspondamos a sus enseñanzas, a su cariño y a sus desvelos. *(No hay nada como una madre. Si ella estuviera aquí, lo primero que os aconsejaría, que os pediría con lágrimas en los ojos, es que acudierais a la confesión para tranquilidad de vuestras conciencias y de la suya).* Su tono melifluido y sus gestos melodramáticos llegan casi al punto de conseguir que estalle una carcajada general. A mí, la risa me cosquillea en la garganta y tengo que realizar un esfuerzo verdaderamente angustioso para contenerla.

—¿Queréis decirme qué perderíais por ello? —sigue diciendo después de una pausa—. ¿Eh, qué perderíais por ello? Nada y, en

cambio, podríais ganar mucho. Que no os quepa duda de que la buena nota que este establecimiento puede ganar mañana si cumplís con vuestro deber de españoles y católicos, redundaría en vuestro beneficio, porque demostraría que sois unos españoles recuperables para Dios y para la patria. Y eso vale mucho. Yo me sentiría muy satisfecho, y eso también vale mucho. En fin, que sería un gran bien para todos. Pensadlo bien. Aún estáis a tiempo. Treinta virtuosos sacerdotes aguardan vuestra decisión...

Espera. Nosotros permanecemos impasibles, desafiándole con una provocativa actitud, en bloque, de indiferencia. En vista de nuestra obstinación, Chico Listo frunce el ceño, cambia la máscara de afabilidad por la de la adustez, y enciende un cigarro puro lentamente y, después de dos o tres nerviosas chupadas que envuelven su cabeza en humo, llama al jefe de sala para decirle:

—Cuando rompan filas, me haces una relación de todos aquellos que no quieran confesar, sólo de los que no quieran confesar, ¿entendido?

Nos apuntamos todos. Era nuestro desquite. Al día siguiente comulgaron únicamente los rancheros y algunos ordenanzas. ¡Derrota inapelable de Chico Listo! Por una vez al menos, habíamos conseguido desbaratarle una de sus operaciones más meticulosa y desvergonzadamente preparada. ¡Qué fracaso el suyo! Pero no tardó mucho en tomarse la revancha con recrecida furia: partidos de fútbol, combates de boxeo, conciertos, desfiles. El movimiento continuo, la agitación permanente. Y todos los días, numerosas remesas de castigados a celdas. Y Portaviones, Mula Romera, Goering y Grijalba, en plenitud de funciones. Los pingüinos, en retirada, se reducen a dos: Vulpes, para el departamento de mujeres, y el padre Gregorio, simplón,

campanudo y estólido como un sochantre, para la grey masculina. Las monjas, reconcomidas e impotentes, silbando sutiles amenazas contra el director y sus secuaces, se limitan a desempeñar rutinariamente sus funciones secundarias. (*Lo sentimos mucho, pero no podemos hacer nadar. Estamos solas. Los padres no nos ayudan*). Chico Listo es el amo, el omnipotente dentro del penal. Quienes tantas rosadas ilusiones concibieron cuando se supo que Chico Listo sería nombrado director del penal, confusos al principio por sus aparatosas acciones (*¿Qué es lo que pretende? ¿A dónde quiere ir a parar? ¿Será todo una falsa maniobra para despistar? Este tío es mucho más fino de lo que creíamos*) han abandonado ya definitivamente su confianza en este hombre. (*Lo que busca este cabrón es hacer méritos a costa nuestra. Es un títere. Es un caradura sin escrúpulos. Este Chico Listo es capaz de cargarse a su padre con tal de conseguir una medalla o un ascenso. Claro, tiene mucha mierda que tapar. Estos tipos así, que juegan a dos paños, son los más peligrosos*). Y le odian, le odian, le odian, como le odiamos todos, patológicamente.

Por suerte, las habas nos han repuesto. Siguen cayendo los que han llegado moribundos a la otra orilla, pero el «batallón de los fatís» disminuye, siquiera momentáneamente, y todos hemos engordado a ojos vista algunos quilos. Y buena falta nos hacía, porque, de no ser así, entre el vendaval Chico Listo, por un lado, y las noticias de la guerra, por otro, nuestra moral se hubiera venido al suelo, con el consiguiente peligro para todos. Porque hay que ver qué noticias... Los alemanes han arrollado a Yugoslavia, han arrasado Grecia y se han hecho dueños de los Balkanes en unas semanas. Y, lo que aún parece increíble, fantástico, han

conquistado Creta con paracaidistas frente a las mejores unidades del ejército inglés de Libia. Verdaderamente, la toma de Creta es una hazaña bélica de la que se hablará siempre como un prodigio de audacia, valor y técnica militar. Lástima que la hayan realizado los alemanes o lástima que los alemanes sean fascistas. Toda la prensa nacional la ha celebrado más que si se tratase de una nueva Otumba o de otro Lepanto, que ya es decir, y los plumíferos de «Redención» han agotado los adjetivos laudatorios de nuestro idioma y se han vaciado en espasmos descriptivos hasta el agotamiento. Nos queda, sin embargo, el consuelo de que lo que pudo suceder en las islas británicas haya ocurrido en una isla griega. En el primer caso, hubiera sido el fin. En el segundo, sólo es una derrota más, todo lo espectacular y aparatosa que se quiera, pero sin consecuencias decisivas. Y los ingleses la han encajado sin pestañear. Ha rebotado en ellos como en un colchón. Es un consuelo, sí, pero nada más. Es como el que se cae y se rompe una pierna y da gracias a Dios por no haberse roto las dos. Ese es nuestro estado de ánimo. Por eso, aunque la guerra siga constituyendo nuestra obsesión y nuestra esperanza, nos sentimos cada día más lejos de ella. La guerra se ha situado ya en un nivel intemporal para nosotros, más allá del tiempo, de nuestro tiempo. Todos los pronósticos coinciden en que será muy larga, en que durará años y años. Sí, al fin triunfará la libertad. Bien, pero cuando llegue ese día, ¿qué habrá sido de nosotros? ¿Quién de nosotros habrá logrado sobrevivir? Sí, la guerra se nos va, nos abandona. Y, no obstante, le ponemos plazo. Uno y otro y otro y otro plazo. De la primavera al otoño. Del verano a Navidad y de Navidad al verano... (*De aquí a un año, hablaremos*). El optimismo de Molina me conmueve:

—Hemos pasado lo peor. De ahora en adelante, nuestra situación irá mejorando poco a poco, ya lo verás.

Agustín cierra los ojos y se salta a la torera las adversidades y los inconvenientes, y repite el adagio hindú

—Si tu mal no tiene remedio, ¿por qué te quejas?, y si tu mal tiene remedio, ¿por qué te quejas?

Pablo es el menos vulnerable. Para Pablo no existen problemas familiares ni económicos. Sus tíos, que están en buena posición y no tienen hijos, le adoran y le ayudan hasta el límite de sus posibilidades. Recibe abundantes provisiones que comparte muchas veces con Agustín, con Molina y conmigo. Su bata blanca le permite ocupar una cama en la enfermería y moverse dentro de la prisión con relativa facilidad, por lo que sigue llevando al coronel los boletines de noticias que yo le facilito. Ahora hace versos, buenos versos, románticos versos, y espera ser trasladado pronto a una prisión de Madrid. Además, su fe en Inglaterra es inmovible. En estas condiciones, es natural que Pablo mire al futuro más confiadamente que la mayor parte de nosotros. Y es natural que piense en acabar su carrera, en casarse y en ser convencionalmente feliz. Por mi parte, creo, sigo creyendo, en la victoria de las democracias, pero dudo mucho que nosotros lleguemos a participar de ella. La evolución de los acontecimientos, es decir, su complejidad creciente, y los antecedentes históricos me hacen temer que a la hora del triunfo nadie se acuerde de nosotros, que nadie cuente con nosotros, que para entonces hayamos sido completamente olvidados. ¿De qué sirvió a los españoles haber sido los primeros en levantarse contra Napoleón? A la hora del reparto y de las reparaciones, es el egoísmo y no la justicia quien adjudica los trofeos. Por eso, cuando

Hitler sea derrotado y todo parezca poco a sus vencedores, presentes a la hora del reparto, ¿quién abogará por nosotros, quién se acordará de los ausentes? Pienso que seremos traicionados una vez más. Aparte de que son muchos años de cárcel por medio, ¿dos?, ¿cuatro?, ¿más?, en condiciones misérrimas, al alcance cada día de la muerte por consunción o de la locura por desesperanza, lo que ya significa por sí una merma casi absoluta de nuestras posibilidades, creo que son las divisiones internas el factor determinante de nuestra definitiva derrota. Quizá, lo que más contribuya a mi pesimismo sea el espectáculo mezquino de nuestra separación en dos bloques irreconciliables, aquí, en la cárcel, aunque los dos sean víctimas de la misma injusta condena y sufran y mueran a la par. Es lo más deprimente en nuestra vida de prisioneros. El tormento más refinado de cuantos nos afligen. ¡Y nos lo hemos impuesto nosotros mismos! ¿Imbéciles? ¿Masoquistas? ¿Depravados? Nada de eso. He analizado el fenómeno prolijamente, desde todos los puntos de vista, y he llegado a la conclusión de que es la consecuencia del mismo vicio que imputamos a nuestros opresores y que, sin embargo, nos corresponde a todos por igual al ser un elemento predominante en la idiosincrasia de los españoles: la intolerancia, heredada de nuestros terribles abuelos. ¡Sostenella y no enmendalla! ¡Santiago y cierra España! Esos y otros sinónimos son los gritos de nuestra sangre. El grupo, la taifa, la facción. Nuestra honra, lo primero, aunque confundamos honra con orgullo. ¡Yo soy la verdad! ¡Yo soy España! ¡Yo soy yo! ¡Tremendo Torquemada! ¡Tremendo Felipe! ¡Tremendo Unamuno! Fanáticos, ególatras, autócratas. Yo, yo, yo. ¿Y los demás? También yo, yo, yo. ¿Hasta cuándo? Todos los días veo en el patio a Miguel Ángel,

el poeta, y todos los días tengo que vencer en mí la tentación de acercarme a él y hablarle. Decirle que le admiro y, sobre todo, oírle. Los poetas son espíritus iluminados, ángeles en forma humana, zahoríes y profetas, y Miguel Ángel es todo eso en grado superlativo. Quizás ignore que, cuando él llegó aquí, otro poeta, humilde él, insignificante él, el pobre Lopérez, el poetastro Lopérez, se desintegraba en la atmósfera letal de la enfermería, dejando por testamento un poema inconcluso; que Lopérez era un lucero apagado y perdido en la noche, un peregrino sin rumbo, muerto ya muchas veces antes de la última. Le diría eso y otras cosas, qué importa cuáles, y hablaríamos del hombre, de su dolor, de sus esperanzas, del amor y la muerte, de nuestra tragedia colectiva, de nuestro destino, qué sé yo, y yo recibiría algunas salpicaduras de su gracia y sentiría latiendo cerca de mí ese misterio inefable de la poesía que tanto me fascina y me atrae. Pero no puede ser. Miguel Ángel, el poeta de todos nosotros, es propiedad exclusiva de los comunistas. Le rodean, le acorazan, le aíslan, le absorben. El camino para llegar a él está cortado por un foso insalvable, el de los rencores y los odios políticos. Y yo he de detenerme ante ese foso. Y me detengo, aunque me duela y me desmoralice más que si Grijalba me apalease con su fusta, porque Grijalba nada puede darme ni quitarme, mientras que Miguel Ángel podría darme y enriquecerme más allá de cualquier límite. Por eso, al negárseme esa posibilidad me siento expoliado hasta en el alma y pienso que estamos malditos.

También las noticias familiares me hacen sentir más intensamente la soledad. Alfonsina, al fin, se ha casado. Ha venido a verme con su marido, Fernando, del que apenas me acuerdo. Sólo sé que he perdido a mi hermana, porque en su amor y en su

vida yo he pasado a ser un desahuciado. Es natural. Es lógico. Es irremediable. Lo sé. Lo comprendo. Lo admito. Pero me duele. Ni novia, ni amante, ni hermana... ¿Y mi madre? Sí, me queda mi madre. Supe, al fin, por qué no viene a verme aunque yo se lo pido en todas mis cartas. ¡Aunque sólo sea una vez cada seis meses! Ya sé que el viaje es incómodo, que el frío y el calor en esta planicie desolada son peligrosos, que el acceso al penal es un martirio. Pero, ¿ni una sola visita al año? Acosada a preguntas, a desesperadas preguntas, Alfonsina no ha podido ocultarme más tiempo la verdad. Sí, me queda mi madre, pero clavada en la cruz del mal de Parkinson.

VIII

Las filas de presos desembocan en el patio por las cuatro grandes puertas situadas en sus cuatro ángulos para la formación matutina, bajo la vigilancia de Goering y de los guardianes de servicio. Los hombres tosen y carraspean y levantan con sus pies un rumor amordazado y monótono. Los gorriones juegan y pían alegremente en el aire encalmado, sedoso y limpio. El sol enciende destellos en la veleta de la torre y destiñe el azul turquesa de un cielo sin nubes, cóncavo y altísimo. Aunque aún no se ha evaporado del todo el frescor de la noche, se presiente que el día va a ser extremadamente caluroso.

Terminada la formación, comienza el canto de los himnos brazo en alto. Suenan roncas, tristes, afónicas las voces de los hombres y, pese a sus ritmos marciales, las músicas se convierten en melopeas casi funerarias. Ni la alegría de la mañana, ni el alborozo de los pájaros ni el vibrante compás de los himnos alteran el ánimo maltrecho de aquella muchedumbre de seres desfallecidos y humillados, que son hombres todavía.

De los tres vivas finales, el último, ¡Libre!, se remonta por encima de los tejados, a pesar de las duras represalias a que se exponen por ello los reclusos. Goering pasa por alto el detalle, porque sabe que es inútil todo intento de impedirlo.

—¡Rompan filas!

—¡Fran-co!

Los presos, como las limaduras de hierro, se mueven atraídas por diversos imanes. Inmediatamente se forman corros, círculos y tertulias, y todo el mundo rompe a hablar, y comienza a elevarse por sobre las cabezas el zumbido disonante de sus voces. Como todas las mañanas, los miembros del Almirantazgo acuden a la reunión inicial de la jornada para inquirir noticias, como si a esa hora, después del encierro de la noche, fuera posible aportar alguna nueva información.

—¿Qué hay de nuevo?

Es el saludo. Luego, los fumadores encienden sus cigarrillos.

—No sé, no sé, pero me huelo que ocurre algo raro —y Robleda hace el gesto de olfatear en el aire.

—Sí, yo también sospecho, apecho y acecho —dice Agustín, guiñando un ojo.

Efectivamente, todos ventean, barruntan, presienten alguna novedad. Su instinto les alerta. Y se analizan pequeños detalles coincidentes. Por ejemplo, los guardianes han efectuado el recuento más rápidamente que nunca.

—El nuestro parecía muy preocupado.

—Toma, y el nuestro.

Se les ha visto cuchichear gravemente entre ellos durante la formación. Tenían mala jeta. Hasta Goering parecía distraído mientras cantaba.

—¿Verdad que sí?

—Hombre, como si pensara en otra cosa.

Después, los guardianes han entrado en jefatura.

—Mira, y ahora salen.

Así es, y ocupan los cuatro ángulos del patio y, subidos a los poyetes de cemento, observan con inusitada atención la fluctuante masa de los presos.

—¿Qué será?

Pero nadie aporta una respuesta convincente.

—Cualquiera lo sabe, pero seguramente no les gusta mucho.

—Quizá lo sepan los comunistas —dice Higinio.

—Nerviosos sí que están —advierte Olivares.

—Pues no. Les pasa lo que a nosotros, que están mosqueados sin saber por qué. He hablado con Rodrigo —dice Agustín— y me ha preguntado si sabíamos algo. Así que como no nos saque de duda el submarino del Bósforo, tendremos que esperar a que empiecen las comunicaciones para saber lo que ocurre, porque algo ocurre. Y esto es todo lo que se me ocurre.

—También puede enterarse Pablo por el médico oficial. Si es importante la noticia, no tardará mucho en venir a informarnos —dice Olivares.

—Hombre, claro. Siempre lo hace —asiente Molina.

—Pero a lo mejor Matías no puede escabullirse ahora ni el médico oficial suelta prenda. Yo creo que deberíamos intentarlo por algún otro medio, aunque yo no sepa cual pueda ser —responde Agustín, y añade—: Coño, tenemos que enterarnos antes que los comunistas.

—Tienes razón y voy a intentarlo ahora mismo —y Olivares sale del corro, se desliza entre los grupos y se acerca a la ventanilla del economato.

Manolo, apoyado en la ventanilla, fuma mirando al patio. Al ver a Olivares se le alegran los ojos.

—El primer cliente del día —dice jocosamente en voz alta y

hace un guiño a Olivares para que mire tras él. En el fondo y de cara a ellos, el Estuka lee un periódico, sentado a una mesa—. ¿Qué quieres?

—Papel de fumar —y añade en voz baja:

—¿Qué pasa, Manolo?

—¿Qué marca prefieres? —y en un susurro—: La radio ha dicho...

—De Gol —y entre dientes—: ¿Qué ha dicho?

—Hace tiempo que no tenemos de Gol, hombre —y le sopla—: Que los alemanes han invadido Rusia sin previa declaración de guerra, como siempre—. ¿Quieres Bambú?

—No, no me gusta el Bambú, Manolo. ¿Estás seguro, seguro — recalca— de que no te queda ni un solo librito de Gol?

—Claro que sí. Si no estuviera completamente seguro, no te lo hubiese dicho.

—Pues siento que para ser el primer cliente del día...

—Bah, no te preocupes. Otro vendrá —y Manolo vuelve a guiñarle un ojo—. Este negocio no falla.

Olivares, tras corresponder a Manolo con un gesto de inteligencia, abandona la ventanilla y se dirige hacia el Almirantazgo, pero se le interpone el Támano a medio camino. El Támano, quizás el más intrigante, bullidor e intransigente de los caciques comunistas. Se miran los dos hombres; Olivares, muy sorprendido, y más cuando el Támano le coge por un brazo y le pregunta:

—¿Qué?

Olivares advierte el apuro en que se encuentra el Támano y sonríe, pero le retruca con aire inocente:

—¿Qué de qué?

El Tábano bizquea de tan intensamente como le mira.

—Que qué pasa.

—Ah, vamos. ¿Es que no lo sabéis?

—¿Qué es lo que no sabemos? —repite el Tábano, ya irritado.

Pero Olivares aún abusa un poco más de su impotencia.

—Pues parece mentira, tratándose de lo que se trata.

—¿Es algo grave? —y el Tábano vuelve a cogerle por el brazo.

—Me parece que sí.

—Bueno, ¿quieres decirme de qué se trata?

—Claro que sí, hombre. Pues que Hitler ha atacado a Stalin — el Tábano palidece intensamente—, y que a estas horas están zurrándose la badana a todo meter alemanes y rusos. Lo ha dicho la radio.

Los ojos del Tábano se iluminan y su rostro se colorea, pero es una reacción que cede rápidamente.

—No será una broma, ¿eh? Tendría muy mala leche.

—No. ¡Palabra! La fuente es buena.

El Tábano se frota las manos de contento.

—Es formidable —dice—. Nosotros estábamos esperando esta noticia desde el primer día de la guerra.

—Era inevitable, sí.

—Ahora sabrán los alemanes lo que es bueno. El ejército rojo es invencible, ya lo verás. El ejército rojo es el pueblo soviético en armas y no una masa de reclutas que no sabe por qué hace la guerra o sabe que lucha por intereses que no son los suyos. Se acabó la guerra capitalista y empieza la guerra revolucionaria. De ahora en adelante...

—Bueno, bueno —le ataja Olivares—, lo que hace falta es que termine pronto.

El optimismo del Tábano se desborda.

—Meses. Para Navidad, Hitler habrá capitulado.

—¡Ojalá!

—No lo dudes, camarada.

El Tábano no puede reprimir su nerviosismo.

—Hay que hacer correr la noticia inmediatamente —y alarga una mano a Olivares—. Gracias, camarada. Olivares estrecha la mano que le tiende y dice:

—De nada, compañero.

El Tábano corre hacia los suyos y Olivares queda un momento pensativo. *(Vaya, ya está permitido luchar al lado de los países democráticos. Ya no es fascista Churchill. Ahora la guerra va en serio. Todo depende de lo que haga o diga Stalin, pero, a pesar de todo, seguiremos divididos, por absurdo que parezca. Bien).*

Los del Almirantazgo esperan impacientes a que hable Federico:

—Sí, muchachos, una gran noticia. Los alemanes han atacado a Rusia. Ya está en danza también el famoso ejército rojo. Lo ha dicho la radio esta mañana.

—¡Hostias! —exclama Agustín—. Parece que Hitler ha picado en el anzuelo del gran zorro.

—Sí, y gracias a la resistencia de los ingleses —dice Molina, y añade—: De todas maneras, poco importa eso ahora. Lo que sí tiene importancia en estos momentos es que Hitler va a encontrar la horma de su zapato. Y Stalin también. El choque va a ser tremendo y, sea cualquiera el que gane, van a quedar destrozados los dos. Mientras tanto, los ingleses, con el apoyo de los norteamericanos en armas y dinero, podrán prepararse para la batalla final.

—¡Qué chocazo! —y brillan de entusiasmo los ojos azules de Robleda—. ¿Habéis visto pelear a dos carneros? Pues, igual, sólo que estos son dos carneros padres que no pueden estar en el mismo rebaño y uno de los dos tiene que desaparecer.

—O los dos —apunta Agustín.

—Exacto, o los dos. Pudiera ser así —afirma Molina.

—¿Cuántos soldados puede poner en pie de guerra Stalin, cuántos millones de soldados? —preguntó Robleda.

—Lo menos veinte —contesta Higinio.

—El famoso rulo ruso —dice Molina.

—¿Os imagináis a todos los habitantes de España transformados en hombres de veinte años y encuadrados en unidades militares bien armadas y entrenadas? Pues una cosa así debe ser el ejército rojo —sugiere Olivares.

Y todos ven con la imaginación la ingente masa arrolladora del ejército rojo aplastando, devastando, triturando...

El patio crepita. Es un volcán en erupción. Los rumores crecen y se encrespan. Los hombres tienen que gritar para entenderse y Goering aparece en la puerta de jefatura, pistola al cinto, la gorra caída hacia atrás, las manos en la cintura, abiertas las piernas, desafiante, pero pálido y visiblemente nervioso e intranquilo. Los guardianes, en lo alto de los poyetes, mantienen su actitud vigilante.

Como Olivares parece caviloso, le pregunta Molina

—Y tú, ¿qué piensas, Federico?

Federico se encoge de hombros.

—Pues estaba pensando que si España no entra en la guerra, y parece que no, nosotros lo vamos a pasar muy mal. Si dice Inglaterra la última palabra, nos considerarán comunistas y, claro,

nada; y si es Rusia la que se impone, se nos tildará de anticomunistas y antirrevolucionarios. Así que, en cualquier caso, nos tocará perder. ¿Te das cuenta?

Parece que las palabras de Olivares hacen mella en Molina, que se queda un instante mirando a su amigo en silencio como si buscara una respuesta y, al final, dice:

—Sería el colmo, pero puede que tengas razón. De todas maneras tendríamos la satisfacción de ver morder el polvo a los que nos tienen encerrados aquí, porque del fascismo español no quedarían ni los rabos.

En estas, llega Pablo, que interrumpe el diálogo entre Olivares y Molina, a quienes sorprende su expresión grave y preocupada. (*¿Quién se habrá muerto hoy?*)

Pablo confirma lo de Rusia. Sí, es cierto. Hitler, según el médico oficial, ha decidido acabar con Stalin para arremeter luego contra los británicos, libre de cualquier amenaza por la espalda. Pero dice a continuación:

—También me ha dado el médico oficial una mala noticia, por lo menos para mí. Esta mañana ha sido trasladado el coronel a otra prisión, no sé cual, y, al cachearle, le han encontrado un cuaderno en que ha ido anotando diariamente sus impresiones. Y, claro, aparecen en el cuaderno varias alusiones a los resúmenes de noticias que le pasaban «el mediquín» y «el cuentista».

—Bueno, ¿y qué? —le replica Agustín, atolondradamente, sin coger onda.

—¿Cómo que y qué? ¿Quién si no yo, que paso todos los días a celdas, puede ser «el mediquín»?

Adolfo se asombra de la conducta del coronel.

—Mira tú: escribir esas cosas...

Molina mueve pesarosamente la cabeza y se lamenta:

—Ya, ya... ¡qué ingenuidad!

—Por lo tanto —concluye Pablo—, me veo en celdas.

—Nos vemos en celdas —le rectifica Olivares—, porque «el cuentista» soy yo.

—Sí, pero ellos no pueden adivinarlo, y por mí no lo van a saber. De eso sí que puedes estar seguro.

Los dos amigos se miran a los ojos, en los que chispea la emoción, y sus compañeros, incluido Agustín, que ha comprendido ya lo que pasa, se sienten ominosamente impresionados por el peligro que se cierne sobre Olivares y Pablo.

—Y bien seguro que estoy —dice Olivares a Pablo—, pero, desengáñate, está bien claro que «el mediquín» y «el cuentista» son dos personas distintas. Si cogen a una, buscarán a la otra y no pararán hasta que la encuentren. Y es lógico. Eso mismo haría yo en su lugar. Y, aunque tú no digas nada, no faltará el chivato que nos traicione. Menudos son Chico Listo y pandilla. Así que existen noventa probabilidades contra diez de encontrarme.

Entre tanto, continúa manteniéndose en alto la marea del patio. Goering, una vez demostrada su bizarría, ha entrado de nuevo en jefatura. El pregonero se desgañita para hacerse oír:

—¡Atención!

Nadie le oye. La gente se ha olvidado del hambre, del miedo, de las comunicaciones, de todo, y sólo muestra interés por la gran noticia, cuyos comentarios proliferan, se retuercen y se transforman de tal modo que ya no es el hecho en sí lo que se discute y analiza, sino sus más remotas y fantásticas consecuencias, más allá de la realidad y por encima de la lógica. El voceador repite su llamada una y otra vez, con el mismo resultado

negativo, hasta que acude en su ayuda el corneta. La aguda nota sostenida, vibrante, zigzaguea como una flecha entre los hombres para prender su atención. Y lo consigue. El clamor se quiebra, se corta, y entonces se oye:

—¡Oído! Pablo Castro González, ¡que se presente en jefatura!

Pablo palidece intensamente, pero se recobra con suma rapidez. Y le brillan los ojos. Sus compañeros, sobrecogidos, no saben qué decir. Él tampoco dice nada y, cuando aquéllos reaccionan, ya sólo alcanzan a ver su bata blanca deslizándose por entre los grupos, que siguen discutiendo y vociferando ajenos a la suerte que le espera.

Es Olivares el que rompe el silencio en el Almirantazgo:

—Antes de que me llamen a mí, es necesario designar al que haya de leer la prensa en adelante.

—Yo, si no os parece mal —se adelanta a decir Agustín—. Tengo buena memoria.

Me ofrecí como sustituto de Olivares para el caso de que fuese descubierto y castigado, espontáneamente, algo a la ligera como es costumbre en mí, no lo puedo remediar, por afecto a mi amigo, como si fuese la mejor manera de demostrarle mi solidaridad en un momento como aquel, pero sin darme cuenta (*ay, esta falta mía de perspicacia en ciertas ocasiones*) de que era tanto como dar por cierta su desgracia. Luego, Molina me dijo que yo había metido la pata. Pero, afortunadamente, no fue necesario aceptar mi ofrecimiento, porque Pablo se portó como un valiente. Aguantó como un jabato las brutalidades de la Marquesona y de sus ayudantes en el transcurso de varias horas de interrogatorios,

sin salirse de su primera declaración. Sí, él había introducido en la celda del coronel, valiéndose de las facilidades que le brindaba su condición de practicante en el departamento celular, boletines con noticias de guerra, las que circulaban por el patio, firmándolas, unas veces, como «el mediquín», y, otras, como «el cuentista», o con ambos seudónimos conjuntamente, para darle a entender que se trataba de la misma persona. De ahí no le sacaron. Juan el ordenanza nos contó cómo en medio de la zarabanda de golpes e insultos se oía siempre el mismo grito de Pablo: *Yo soy el cuentista y el mediquín. Yo soy el cuentista y el mediquín*. Naturalmente, ha quedado confinado en celda por tiempo indefinido, pero sabemos que su familia está gestionando activamente su traslado a una prisión de Madrid, con muchas probabilidades de conseguirlo. Algún día, si logramos sobrevivir a tanta penuria y a tanto miedo, brindaremos por él sus amigos y cantaremos el Tipperary en su honor. A todo esto, el pobre Olivares ha sufrido una crisis de conciencia que ha estado a punto de perderle, porque cuando se enteró de la prueba a que Pablo estaba siendo sometido, decidió presentarse en jefatura y confesar su participación en el asunto del coronel. Si no lo hizo fue gracias a que Molina y yo logramos convencerle, tras muchos forcejeos, de que no lograría con ello aliviar a Pablo y sí perjudicarse inútilmente él y perjudicarnos a nosotros, que le necesitábamos en el patio; que el resultado sería dar gusto a Chico Listo y un gran disgusto a su hermana y, probablemente, también a su madre, porque ella acabaría por enterarse. Esta última consideración fue, quizá, la que le contuvo, porque su madre padece una grave enfermedad y Federico es capaz de dejarse matar por evitarle un nuevo dolor. (*Bastante he hecho sufrir a la*

pobre. No me cabe duda de que el mal de Parkinson me lo debe a mí). Y, por si fuera poco todo eso, parió la abuela.

Sí, porque desde el día en que Alemania atacó a Rusia, Chico Listo desencadenó también una gran ofensiva contra nosotros. Empezó aquella misma noche. Poco antes del recuento se presentaron en las salas funcionarios con listas de nombres que leían en voz alta, diciendo después:

—¡A formar! ¡Con todo!

Una vez reunidos los designados con su equipaje a cuestas, se les ordenaba:

—¡De frente, march! —y desaparecían.

Fue un susto de muerte porque nos traía el recuerdo de las siniestras noches de saca en Madrid, cuando, tras cada nombre, el funcionario añadía:

—Coja la manta —que era una especie de eufemismo con el que se significaba el inmediato destino del nombrado la capilla y la ejecución.

¿Castigo ahora? ¿Traslado? ¿Algo peor? Pero, ¿qué, por qué, para qué? Lo peor en estos casos es la incertidumbre, que da pie a las más funestas suposiciones. De lo que estábamos seguros es de que no los elegían para premiarles, ni para devolverles la libertad, ni para regalarles nada, sino todo lo contrario. Que nosotros supiéramos, ninguno de ellos había cometido una falta grave y, además, muchos, casi la mayoría de ellos, eran presos del montón, anónimos. Por ello fue inútil que nos estrujáramos la sesera durante toda la noche, noche de insomnio, por supuesto, para encontrar una pista que nos orientase en aquella nueva situación. Hasta la mañana siguiente no pudimos saber que los habían encerrado en celdas sin más explicaciones. Pertenecientes a todas

las tendencias, no podía pensarse que la operación fuese dirigida contra una facción determinada, y estaban mezclados en celdas comunes, excepto Ramón Tovar, coronel de milicias, comunista, y nuestro amigo Molina, los más destacados entre todos, sin duda, quienes fueron destinados a la galería de condenados a muerte, cada uno en una celda, solos, bajo un régimen especial de incomunicación. Las bajas en el Almirantazgo, salvo la de Molina, fueron insignificantes y pudieron ser reemplazadas rápidamente sin quebranto para la organización. En noches sucesivas, se repitieron las redadas, en cada una de las cuales caían de treinta a cuarenta hombres, y pronto quedó claro para nosotros que lo que Chico Listo perseguía con esas operaciones nocturnas era desencadenar una ola de terror entre los reclusos que contrarrestase el optimismo alentado en ellos por la entrada de Rusia en la guerra. Y lo consiguió ciertamente en las tres o cuatro primeras noches, en que todos temíamos, apercebidos para lo peor, que el guardián apareciese con la lista, pero desde el momento en que comprobamos que el castigo no iba más allá de una reclusión colectiva en celdas, sin previos interrogatorios por el método de la Marquesona, las redadas, en vez de atemorizarnos, se convirtieron en un motivo de excitación que alteraba la monótona pesadumbre de nuestra vida. Además, ofrecían un heroísmo barato, sin riesgo, al que de buena gana se hubieran apuntado muchos con tal de singularizarse, de distinguirse, de sobresalir de alguna manera en la gran masa incolora. También nos demostró con ello Chico Listo que no disponía de buena información. Se salvaron de la pesca el Támano y otros conspicuos comunistas, y Conde, dirigente nacional de la CNT, ingeniero que con su cráneo afeitado y sus lentes sin patillas ni cerco metálico,

sujetas a la nariz por una pinza, parecía un oficial prusiano.

Los comunistas, por su parte, tan pronto se confirmó el ataque hitleriano a la Unión Soviética, dejaron correr la voz de que habían nombrado un «comité de rastrillo» que se encargará de decidir, en la hora del triunfo, quienes de entre nosotros saldrán en libertad y quienes seguirán encerrados por antirrevolucionarios. Y no es una broma inventada por algún memo, no.

—Que va —me dijo Olivares—. Es que de verdad se creen ya los amos y no les importa disimular lo que piensan porque eso es lo que piensan y eso es lo que harían, si pudiesen, en el caso de que Stalin impusiera la paz a Europa, no lo dudes Agustín.

Y yo no lo dudo, sino que pienso que las cosas no les van a resultar tan fáciles y sencillas como ellos creen. Sin embargo, no tiene ninguna gracia que hayamos de hacer frente a las acometidas de Chico Listo, por un lado, y a las amenazas de los comunistas, por otro. Y resulta paradójico que sean precisamente los alemanes quienes han hecho aflojar un poco las garras a Chico Listo y a bajar también los humos a los comunistas. Ni aquél ni éstos podían prever lo que ha ocurrido. Ni Olivares ni ninguno de nosotros, por supuesto, estupefactos, lograba entender la situación.

—¿Te acuerdas de «Golpe por golpe», aquella película soviética sobre el ejército rojo que tanta difusión tuvo durante nuestra guerra?

Claro que me acordaba. La había visto más de una vez. En ella, el ejército rojo, mandado por Vorochilov, Budienny y Timotchenko, que aparecían a caballo, imponentes, destrozaba en horas a los ejércitos hitlerianos invasores de la sagrada tierra soviética. ¡Cómo caían, fulminados, los aviones de la cruz gamada!

Era como un anticipo del futuro, como una profecía, y, a la vez, un aviso disuasorio a los presuntos agresores de la patria del proletariado. Ya lo creo que me acordaba.

—Pues ha resultado al revés de como en la película se nos contaba. Los aviones rusos ni siquiera han podido levantar el vuelo y el ejército rojo es como un queso que Hitler corta en rodajas con sus tanques. ¿Dónde están y qué hacen Vorochilov, Budienny y Timotchenko? Parece un mal sueño lo que está pasando en Rusia. A veces lo dudo y a veces pienso que es una mentira de la propaganda alemana, pero cuando leo las crónicas de Londres o el «O Seculo» no tengo más remedio que admitirlo.

En efecto, es increíble. Aunque los alemanes exageren, la verdad es que entrampillan a millones de prisioneros y avanzan y avanzan por las estepas rusas como si se tratase de unas maniobras militares. Y claro, los fascistas de aquí saltan de alegría y Chico Listo ya no tiene necesidad de asustarnos. Tan seguros están del derrumbamiento del régimen soviético que han enviado una división para que participe en el desfile victorioso por la plaza Roja de Moscú.

Desde que Pablo y Molina fueron encerrados en celdas, Olivares y yo hemos intimado aún más. Estamos juntos todo el día y entre los dos tratamos de sostener la moral de nuestros compañeros. Ahora, Federico tiene que hacer cada vez un gran esfuerzo para transmitirnos las noticias de prensa de forma que sepamos la verdad, pero sin que tantas y tan adversas verdades nos hundan en la desesperación. Siempre guarda para el final algún comentario esperanzador. La campaña de Rusia permite a Inglaterra reponerse y prepararse con la ayuda norteamericana, y Roosevelt, que ya ha acudido en socorro de Rusia, no permitirá

que Hitler tumbe a Stalin, y lo más probable es que, al final, como ya ocurrió en la guerra del 14, sean los Estados Unidos quienes decidan la cuestión. Por otra parte, Stalin tendrá que declarar la guerra a Franco por haber enviado éste tropas contra él, y como Rusia es aliada de Inglaterra y *los enemigos de mis amigos, enemigos míos son*, Inglaterra se encontrará en guerra con España y Franco se verá envuelto en el conflicto al lado de Alemania, tal como pensábamos al principio. Este razonamiento de Olivares es tan sencillo y claro que nos convence.

—Lo malo de todo ello —me ha dicho a mí, a solas— es que la guerra se complica más cada día. Ello quiere decir también que se alarga. ¿Aguantaremos nosotros hasta el final? Y cuando Rusia declare la guerra a España, ¿qué van a hacer aquí con nosotros? ¿Te das cuenta, Agustín?

—¿Y si Stalin no declara la guerra a Franco? Que todo puede ser, ¿no? —le repliqué yo por llevarle la contraria.

—Pero eso no puede ser, Agustín, no puede ser de ninguna manera —me contestó.

—Bien, pero supongámoslo. ¿Qué pasaría entonces?

Olivares miró más allá de mí, como abstraído, y movió pensativamente la cabeza antes de contestarme:

—¿Cómo quieres que yo lo sepa? Todo son suposiciones pero si eso ocurriera, Franco se apuntaría un gran tanto a su favor para con las democracias. No lo olvides. No pretendo dar por sentado que en España no cambiarán las cosas, no. Por supuesto que cambiarán, pero lo que veo difícil, por no decir imposible, es que ese cambio lo hagamos nosotros, es decir, que nosotros salgamos de aquí para tomar el poder y que los fascistas nos releven en las cárceles. Vamos, lo que pasó al final de nuestra guerra, pero al

revés. No. Porque, ¿quiénes somos nosotros? ¿Los republicanos, los socialistas, los anarcosindicalistas, los comunistas? Además, no hay que olvidar tampoco que los que tienen aquí la sartén por el mango son los fascistas. ¿Tú crees que van a ser tan tontos como para entregarnos el poder así, por las buenas, para que nosotros los machaquemos después a gusto? ¡Ni hablar! Antes nos fusilarían a todos.

Yo le objeté entonces que olvidaba a los compañeros que habían logrado salir de España. Seguramente estarían preparados y en relación con los partidos y las organizaciones antifascistas de todo el mundo, y también con sus gobiernos, con los gobiernos aliados. Pero Federico fue tajante:

—¿Esos? ¿Y quienes son esos? ¿Quién les va a hacer caso si están más divididos que nosotros aquí?

—Entonces... Porque, puestas así las cosas, veo que el toro nos coge de todas maneras.

—Mira, Agustín: lo mejor es no pensar en ello. Hazme caso. Nuestra primera, y yo creo que única, obligación es sobrevivir. Después... —se encogió de hombros y prosiguió diciendo—: En esta guerra no hay nada seguro. Ya ves lo que está ocurriendo en Rusia. ¿Quién iba a pensar que el ejército rojo se deshiciese como la mantequilla? Eso quiere decir, ni más ni menos, que las situaciones pueden cambiar de la noche a la mañana. Sobrevivir, sobrevivir, sobrevivir, esa es la cuestión, amigo mío.

Entre tanto, sigue la racha de las noticias negras. El ejército rojo se parece a nuestras milicias de principios de la guerra civil. Los rusos, por lo que sea, se dejan coger como conejos y por cientos de miles. ¿Es eso un ejército? Los comunistas, qué tíos, dicen que se trata de una retirada estratégica concebida por el

genio de Stalin para separar a los alemanes de sus bases de aprovisionamiento y llevarlos tan lejos que los devore el inmenso espacio ruso. Pero, ¿y las fábricas destruidas, los tanques y aviones perdidos y los miles y miles de soldados hechos prisioneros por los alemanes? Bah. Ese es el cebo que llevará a los hitlerianos a caer en la trampa de Stalin. Resulta, según los comunistas, que las fábricas son aparentes y, el material, pura chatarra inservible, y los prisioneros, un problema más para Hitler, porque algo tendrá que darles de comer y porque, además, constituyen un gran peligro en su retaguardia. Y se quedan tan tranquilos. ¡Estos comunistas son la rehostia! ¿Se creerán lo que dicen?

—Tienen que creérselo —dice Federico—. Si no se lo creyeran, no les quedaría otro camino que renegar de su partido y de Stalin, pero ¿a cambio de qué? De nada.

Y los alemanes siguen avanzando y tomando ciudades y aniquilando divisiones y más divisiones rusas. Nuestros comunistas dirán lo que quieran, pero lo cierto es que ya no hablan de su «comité de rastrillo» y que nosotros nos permitimos algunas bromas de mala leche.

—¿Cómo es posible que los alemanes hayan podido coger seiscientos mil prisioneros rusos en un solo copo? —preguntamos.

—Hombre, claro. ¿No ves que los seiscientos mil rusos estaban solos? —contestamos.

Comprendo que es como para que nos asesinen, pero de alguna manera hemos de corresponder a sus bravuconadas y amenazas, aunque, en el fondo, lamentemos tanto como ellos las derrotas rusas. Las lamentamos, cómo no, a pesar de que nos hayan favorecido de momento, ya que Chico Listo suspendió las

redadas nocturnas tan pronto vio que los alemanes barrían fácilmente a los soviéticos, y han empezado a ser reintegrados al patio las víctimas de aquellas redadas, excepto Molina y Tovar, porque, en definitiva, son derrotas que nos apuntan por igual nuestros comunes enemigos, los fascistas, para los que todos somos igualmente rojos, igualmente enemigos e igualmente indeseables.

Naturalmente, no nos hemos olvidado ni de Molina ni de Pablo y mantenemos comunicación con ellos a través de Acisclo, que duerme junto a Olivares. Acisclo, que es tartamudo, y Vicente, casi sordo del todo, son los barberos que atienden al personal masculino confinado en celdas, porque las autoridades de la prisión piensan seguramente que por sus taras físicas ofrecen más seguridades para mantener la incomunicación entre los reclusos del patio y los del departamento celular. Pero Acisclo es mucho más hábil e inteligente de lo que aparenta, y burla siempre que quiere la vigilancia de los funcionarios y la aún más pegajosa de Pedro el chivato. Él es el que hace llegar nuestros boletines a nuestros amigos y por él sabemos que Pablo espera ser trasladado en breve a la prisión madrileña de Yeserías.

Desgraciadamente, las noticias del exterior son catastróficas, y las del interior del penal se reducen a fútbol, boxeo, desfiles, calor y hambre. Hambre, hambre, hambre. ¿Podré comer algún día como una persona? ¿Podré beberme algún día una caña de cerveza? Ay, madre. Ya he olvidado el sabor de la cerveza. Y, menos mal, que tengo un estómago que digiere lo que le eche, que, si no, ya estaría yo en el «batallón de los fatís», porque desde que Pablo y Molina pasaron a celdas, tengo que atenerme al rancho y a lo poco que puede traerme la señora Engracia, mi

madre. ¡Pobre vieja mía! También Olivares lo está pasando mal, tan mal que no puede ayudarme. Bastante hará él con mantenerse en pie. Es tal la escasez de alimentos en la calle que no se encuentran ni a peso de oro. Olivares ha tenido que recurrir a un amigo de sus tiempos de estudiante, que combatió en las filas de Franco y cuyo padre es dueño de una tienda de comestibles. Le envió un SOS desesperado en una carta clandestina. Le decía en ella poco más o menos lo siguiente: *Manolo, si no me mandas algo de comer, me moriré de hambre aquí.* Y el tal Manolo le respondió inmediatamente, cosa rara en estos tiempos, en los que hasta los familiares más allegados se olvidan de nosotros. Cada mes le envía uno o dos paquetes con víveres: galletas, chocolate, leche en polvo y hasta morcillas serranas. Cuando esto ocurre, Olivares me invita a comer con él y me habla de su amigo:

—Manolo y yo cursamos juntos el bachillerato. Luego, él estudió comercio y yo, magisterio. Coincidimos en Madrid, él, preparando las oposiciones al Banco de España y yo, cumpliendo el servicio militar. ¡Qué tiempos, Agustín, qué tiempos! Manolo contaba con diez duros al mes para sus gastos y yo, con lo que me pagaban en el periódico «La Tierra» por mis artículos, tres duros por artículo, uno o dos a la semana, y con el rebaje de rancho, pues había logrado salir del cuartel en calidad de asistente de un oficial soltero, cuyo servicio sólo me obligaba a llevarle la comida los días en que hacía guardia. El resto del tiempo, completamente libre. ¡Figúrate! Hacíamos vida de cafés, cines, cabarets, por cuatro perras, Agustín, por cuatro perras y, eso sí, mucha cara. No nos acostábamos nunca antes de las tres de la madrugada. Me acuerdo que en la despedida del año 33 estuvimos de cachondeo desde las once de la noche hasta las siete de la mañana siguiente,

de bar en bar, de cabaret en cabaret, el «Triánón», el «Regiones», el «Edén Concert» y otros, con un capital de ocho pesetas entre los dos. No sé ni cómo ni dónde se nos agregaron otros dos estudiantes, a quienes no hemos vuelto a ver, y juntos los cuatro y siempre con mujeres desconocidas, de las que nunca supimos sus verdaderos nombres ni por qué venían con nosotros de capricho, tanguistas, por supuesto, y, sin embargo, inolvidables, vivimos una de esas noches inverosímiles cuya huella sigue indeleble en la lejanía de la memoria. No conocíamos entonces el mal y reíamos por todo. Oh, la revista «Gol» de Laura Pinillos. Tiraba un balón al público y aquel que lo cogiese y lograra luego, al devolvérselo, meterle gol, tenía que subir al escenario para recibir como premio un beso de ella. Manolo cogió varios balones y yo también pude hacerme con alguno, pero no conseguimos marcarle ni un solo gol. No obstante, subimos los dos al escenario, entre pitidos y aplausos por parte del público, y le dimos un beso y un achuchón cada uno. Nuestra vida era un continuo asombro, la espera emocionante de una aventura imprecisa. Las muchachas, las citas, las hermosas palabras, los besos robados, las trémulas caricias en el cine, las novias efímeras. A mí me atraían mucho las putas. En el fondo, son quizá las mujeres más ingenuas, más generosas y más desarmadas, y también, y ese era mi fuerte, las más sensibles al amor adornado con palabras románticas. Yo les decía las mismas cosas que se dicen a las novias y ellas me enseñaban lo que es la mujer, difícil y enrevesada asignatura que muchos hombres no aprenden jamás. Y me descubrían el amor, sus secretos, sus resortes, sus cuerdas, su melodía. ¡Cuánto me enriquecieron! Algunas veces trato de imaginar qué habrá sido, en este atroz período de muerte y destrucción, de aquellas a quienes amé y me

amaron, pero inmediatamente desisto de ello. Es preferible conservar el recuerdo intacto y seguir viéndolas tal y como eran entonces, y no preguntar, no saber, y detenerse en el mejor momento, y cerrar los ojos, y revivirlo, y pensar que el tiempo posterior no cuenta, que fue así y para siempre. Manolo y yo compartíamos fraternalmente esa época. Palcos del cine «Doré», del «Bilbao», del «Coliseo Pardiñas»... Ya ves... ¡Cómo podríamos ni sospechar siquiera entonces que la guerra civil estaba esperándonos a la vuelta de la esquina, que lucharíamos en bandos contrarios y que tendría Manolo que enviarme comida a la cárcel para que yo pudiera sobrevivir!

Ahora nos dan una especie de engrudo verde, como mocos, de harina de cebada, sin cerner o tan mal cernida que hemos de recurrir a los buches de agua o a las bolas de maíz para que pasen las raspillas de la cáscara que se nos clavan en el gaznate. Una de esas veces creí que me ahogaba. Continúan las bajas definitivas por hambre casi todos los días, aunque no en la proporción del invierno pasado. ¿Cuántos muertos de hambre van ya? Ni lo sé ni quiero saberlo. Es tan frecuente oír *¿Sabes de quién te hablo? Sí, hombre, te refieres a Fulanito. Pues ha palmado esta noche*, que ya ni nos inmutamos.

El calor nos achicharra, sobre todo las tardes en que hay partido de fútbol. Con lo que a mí me ha gustado siempre el fútbol... Pues bien, ahora lo odio, me pone enfermo nada más oír hablar de fútbol. Dos horas bajo la marquesina que arde. Chorreando sudor, sedientos. Sin saliva en la boca y, por consiguiente, sin poder fumar siquiera. Y, Chico Listo, sentado cómodamente, fumando puros, con el botijo al lado. Chico Listo, animando, gritando a los jugadores. Y aplaudiendo. ¡Gol! Y en la

misa *qué bueno es Dios y cuántos beneficios nos hace*. No puede ser.

—No puede existir ese Dios al que ustedes se refieren, padre Gregorio —le dijo Olivares.

—¿Por qué dices eso, hermano?

—Pase usted una tarde con nosotros bajo la marquesina, cuando hay partido de fútbol, y lo comprenderá.

—Pero, ¿no os divertís más así, no lo pasáis mejor?

—Pruébelo usted. Ande, pruébelo.

Y el pingüino se sonríe. Qué va a probarlo. Eso se queda para nosotros que, por lo visto, no somos hijos de Dios, y naturalmente que no somos hijos de su Dios. Porque yo creo en Dios, pero en otro Dios, no sabría decir cuál ni cómo es. Dios. Y yo le pregunto cuando ya no puedo aguantar más: *¿Quieres decirme, tú, Dios, qué es lo que hemos hecho para que nos castigues de esta manera?* Pero no me contesta. Quizá porque no me oye. Y es porque a nosotros no nos oye ni Dios.

En cambio, las duchas son ahora una delicia. Hasta los leños, algunos leños, empiezan a cogerle el gusto. Pero, coño, ahora hay escasez de agua y no podemos gozar de la ducha más que cada quince o veinte días y sólo durante tres minutos cada tanda. Hasta en esto nos persigue la mala suerte, hasta en esto.

«Redención», también tiene mandanga que se llame así el periódico de los presos, qué asco, qué burla, qué ignominia, qué inri, nos había anunciado que el veinticuatro de septiembre, día de la patrona que nos han adjudicado, la Virgen de la Merced, pero, ¿qué merced, maldita sea, la de estar preso, la de morir de hambre?, se va a permitir que entren en las prisiones los hijos de los reclusos, menores de quince años. Por este motivo, los padres

llevan ya algunos meses preparándose para ese acontecimiento, con la misma ilusión con que los niños esperan a los Reyes Magos. Y es enternecedor verlos afanados todo el día en fabricar juguetes: muñecos, estuches lacados de raíz de olivo o de madera de caja de puros, sortijas de pasta, barcos de vela, carritos y animales, sin más herramientas que papel de lija, cuchillas de afeitar y pedazos de hojalata, aunque a Olivares y a mí nos parezca ello una maniobra de la más refinada crueldad por parte de nuestros opresores, quizás, y esto también lo pensamos, porque nosotros dos no tenemos hijos.

Fue un hermoso y triste día para todos. Los pequeños entraron después de la misa, guiados por las monjas y algunos funcionarios. Los chiquillos irrumpieron en grupos, medrosos, por más conscientes, los mayores, asustados y llorosos los más pequeños, sonrientes y avergonzadas las muchachas de pechos florecidos. Los hombres buscaban, llamaban, corrían. (*¡Soy tu padre, soy tu padre!*) Algunos padres e hijos no se conocían después de tres años de guerra y otros tres de reclusión. Caritas de hambre. Vestidos lavados, planchados, remendados, disimuladores de quién sabe qué lacerantes miserias. Ojos de asombro y de miedo, vivos o estáticos, y miradas profundas, serenas, inquisitivas, inocentes, tristes, jubilosas. Y lágrimas, muchas lágrimas. Y un bullicio convulso, y una alegría frágil, y un gran dolor reprimido. Es algo insólito e inconcebible ver mezclados en el patio del penal a los ángeles y a los réprobos, y lo que más me estremece es pensar que esta misma escena se desarrolla en las celdas de los condenados a muerte. ¿Quién podrá borrarla de la memoria de estas pequeñas criaturas? Hasta los que no participamos directamente en la fiesta nos sentimos de pronto transportados a

un mundo mágico desvanecido en la lejanía de nuestros prístinos recuerdos, el mundo de las leyendas y alegorías infantiles. En los primeros momentos, sobre todo, nos pareció que despertábamos de un mal sueño y que la pesadilla se esfumaba al conjuro de aquellas voces cantarinas y de aquellas frescas risas que estallaban a nuestro alrededor. ¡Dios! ¿Dónde estoy, Dios?

Los chiquillos animaron la comida en los sucios y enrejados dormitorios. Después, tuvo lugar en el patio un festejo para divertirlos. Algunos presos, en el papel de payasos improvisados, de prestidigitadores de afición, de toros y toreros bufos, de cantantes y recitadores espontáneos, sacaron de no sé qué rincones secretos del alma bastante humor para hacerles reír, aunque la presencia de Chico Listo aguó a última hora la fiesta. Al caer de la tarde, después de la merienda, los niños se fueron cargados de regalos y adioses. Y sus padres, y todos, nos quedamos más tristes, más solos, más vacíos. Por la noche, algunos hombres lloraron sobre los petates. *(Aunque esté cien años preso, no volveré a consentir que entre mi hijo en la cárcel. Es demasiado).*

Von Bock, von Rundsted... Los alemanes maniobran como quieren. Se abren en tijera, se cierran después en redondo y copan ciudades, hombres y todo lo habido y por haber, y así una y otra vez, como si jugasen a la guerra con los rusos. Ya están a las puertas de Moscú y Leningrado. ¡Moscú! Allí está el Kremlin y, en el Kremlin, el gran estratega del proletariado, Stalin. ¡Leningrado! Cuna de la revolución, la del Palacio de Invierno, la de los marinos de Kronstadt, del crucero «Aurora», del colegio Smolny, de la fortaleza de Pedro y Pablo. ¿Será posible que los alemanes penetren así como así en esos santuarios de la historia rusa?

Vivimos pendientes de las noticias que nos llegan sobre la gran batalla. Nuestros comunistas están desconcertados. Se les nota la consternación que les abruma, pero, además, me lo confirma Rodrigo. El Támano y demás jerifaltes no saben qué inventar para que sus camaradas encajen las gigantescas derrotas del ejército rojo sin que se venga abajo su moral. Dicen que hay que esperar que en breve se cambien allí las tornas, que existe una carta oculta que su gran jefe no ha puesto todavía sobre la mesa. Hay que creer en Stalin, en su genio. Y dicen, además, que probablemente sean los Urales la gran muralla elegida por el camarada Stalin para detener y, después, aniquilar a las tropas invasoras de Hitler. Los Urales. Asia. El infinito.

Naturalmente, ni Olivares ni yo creemos en la taumaturgia de Stalin.

—Sencillamente, ha ocurrido y está ocurriendo —dice Federico— que Stalin, aunque parezca increíble, no supo valorar la capacidad guerrera de los alemanes, tan a la vista hasta para el más lerdo. Stalin ha caído en la trampa de sus mismas argucias, como esos embusteros que acaban creyéndose sus propias mentiras. Y fue sorprendido por la realidad. Después, ya sabes, la confusión, el desbarajuste. Acuérdate de nuestra retirada desde Badajoz y multiplica sus efectos por mil. Ha sido la repetición de aquello, aunque sobre cifras incomparables.

Poco importa ya cuales hayan sido las causas de la catástrofe rusa. Lo cierto es que nos ha caído encima otro otoño terrible, por el frío, el hambre y las malas noticias. Han empezado las heladas, hemos vuelto a las berzas y a los nabos y, cada tarde, Federico nos cuenta una de miedo, aunque parece que últimamente los alemanes no van tan de prisa. Tal vez porque se preparan para el

golpe definitivo. Eso es, al menos, lo que dice la prensa española. Sólo las crónicas de Augusto Assía dejan entrever que, por una parte, los alemanes están fatigados, y, por otra, que los rusos han concentrado todas sus fuerzas, las que les quedan, delante de Moscú, dispuestos a jugarse el todo por el todo, a que Moscú sea la tumba del enemigo o su propia tumba. ¿Otro Madrid?

—Pues sí, eso parece —opina Federico, más optimista esa tarde, tan fría que se hielan sus palabras—. Sí, los alemanes dicen que se están reagrupando antes del asalto a Moscú, pero en las crónicas de Londres y en la BBC se menciona el general Invierno, pues parece ser que se han adelantado los fríos siberianos, que los hielos y la nieve se han presentado prematuramente y con una intensidad excepcional. En fin, que los alemanes se encuentran ante dificultades y en una situación que no habían previsto, igual que las tropas de Varela en noviembre del 36 ante Madrid.

De todas maneras han sido unos días en que no nos llegaba la camisa al cuerpo. ¿Tomarán Moscú? ¿Aguantará Moscú como aguantó Madrid? Las noticias no podían ser más confusas. La prensa nacional, más papista que el papa, cantaba ya victoria y el simpatiquísimo «Redención», ¡la madre que lo parió!, anunciaba el fin inminente de la guerra, pues, ¿qué podrían hacer los ingleses después de que Rusia se derrumbara? ¡Cuánto ruido! ¡Cuánta retórica! ¡Cuánta estupidez! Pero no nos engañaban. Moscú seguía en poder de los rusos y Olivares entresacaba el hilo de la verdad de la enmarañada madeja que, con mentiras e informaciones ambiguas, ofrecía la propaganda.

—Hay dos cosas claras —resumía Olivares—, que los alemanes se han detenido y que el invierno se ha adelantado. Ambos hechos se corresponden, no hay duda. Luego la toma de Moscú no va a

ser tan fácil, ni mucho menos, como nos quieren hacer creer. Me parece que Moscú es un hueso que se les va a atragantar a los alemanes y que los falangistas que mandó allí Franco se van a quedar con las ganas de desfilas por la plaza Roja.

Y así ha sido. Pronto se supo que los soviéticos contraatacaban con tropas frescas llegadas de Siberia y con abundante material de guerra nuevo, de origen norteamericano, y empezó a sonar el nombre de Yukov, el general ruso que dirigía la maniobra. Y poco a poco fuimos conociendo la verdad. El frío había congelado al ejército alemán ante las puertas de Moscú. El barro, repentinamente helado, inmovilizó sus tanques y sus vehículos de transporte. Sin motor, las tropas hitlerianas perdían la iniciativa, su verdadera fuerza, y quedaban paralizadas y expuestas a los rigores de un clima irresistible y, por lo tanto, en franca inferioridad ante los soldados de Yukov, que luchaban en su tierra y en su clima. En esas condiciones, el parón equivalía a la derrota de Hitler. *(¡Habrà que esperar a la primavera, cuando el general Invierno se retire, para asestar el golpe definitivo a Rusia!)* Eso dicen los alemanes y eso vocea la desvergonzada legión de los periodistas españoles. Vaya, menos mal. Al menos supone un gran alivio para los rusos. Cuando llegue la primavera, el nuevo choque será, sin duda, terrorífico, pero, entre tanto, los alemanes reculan y perecen en gran número y la corriente de ayuda norteamericana a Rusia, por el contrario, crece en proporciones gigantescas.

Nuestros comunistas levantan de nuevo la cabeza y preparan el aguijón. Celebran los éxitos rusos con modestos ágapes y empiezan a hablar otra vez de su «comité de rastrillo». *(¡A ver si ahora los ingleses aprender a luchar. Ya han visto cómo es posible pararle los pies a Hitler. Que aprenda, que aprenda Churchill de*

Stalin!) Y se burlan de Inglaterra y se atreven a pronosticar que la guerra terminará antes de que los norteamericanos se decidan a intervenir en ella. ¡Es el colmo! Vamos, además de sufrir a los fascistas tenemos que soportar la estupidez y la fanfarronería de nuestros queridos tovaris.

—¿Sabes lo que te digo? —le solté un día a Rodrigo—. Pues que tus camaradas son unos cabrones. Es como para no mirarles más a la cara. ¿Es que no se dan cuenta de nuestra situación, de la de todos?

Porque estábamos subiendo la cuesta del tercer invierno de cárcel, ateridos, hambrientos, agotados, casi moribundos. Muchas veces nos mirábamos a la cara Olivares y yo en las gélidas mañanas del patio para comprobar cada uno en el rostro del otro los estragos que causaba en ambos la perra vida carcelaria: arrugas, ojeras, palidez, descarnadura... ¡Dios! Y eso que somos jóvenes y recibimos ayuda de casa, porque los hay que son como la muerte moviéndose liada en trapos. A nosotros nos sostienen los nervios y la juventud, que se nos escapan, que se nos agotan demasiado aprisa.

Nos estamos haciendo viejos rápidamente. Sí, viejos antes de los treinta años.

—Estamos muertos por dentro —suele decir Olivares—. Fantasmas de lo que fuimos —pero se rehace en seguida—: Aunque lo que importa es salir con vida. Si logramos salir, aunque ya nadie podrá devolvernos lo que perdimos, aún podremos hacer muchas cosas, Agustín. ¡Muchas cosas!

Yo ignoro qué cosas y creo que Olivares tampoco lo sabe y que si me dice eso es para ayudarme a soportar mejor nuestra común desgracia, pero, aunque así fuera, tendremos que descansar y

reponernos antes de emprender ninguna otra nueva aventura. Dormir entre sábanas horas y horas. Comer en mesa con manteles, platos y vasos. Jugar al dominó y al billar. Ir al cine. Pasear por calles y campos. ¡Y estar con mujeres! ¿Podremos? Hay que creer que sí, pero no soy capaz de imaginarme siquiera lo que pueda pasarme cuando tenga a una gachí desnuda entre mis brazos. A lo mejor me da un síncope. Y me pregunto: ¿será posible que llegue ese momento? ¿Será posible? Porque no hay ninguna señal que lo anuncie. Por eso, lo mejor es no pensar en eso ahora. Tal como estamos, no nos está permitido pensar en nuestro futuro.

Una de aquellas mañanas, cuando todavía no se hablaba de otra cosa que de la contraofensiva soviética, fuimos sorprendidos por una noticia que, al pronto, nos pareció un bulo inventado por los comunistas para burlarse luego de nosotros y, a los comunistas, una estratagema nuestra para contrarrestar el efecto de los éxitos rusos. En definitiva, ni unos ni otros sabíamos con certeza su origen. *Dicen, he oído, me ha dicho Fulano que ha oído decir*, y otras frases igualmente equívocas eran las únicas referencias que la atestiguaban. Parecía, en efecto, uno de tantos rumores que frecuentemente agitaban a los reclusos y que desaparecían tan misteriosamente como habían surgido, sin dejar rastro y sin que nunca se supiese de dónde venían, ni a dónde iban. Estamos tan acostumbrados a esta clase de infundios que ya no nos impresionan. Los cortamos fulminantemente con unas preguntas, de cuyas respuestas depende que les concedamos cierto crédito condicionado a su confirmación por los medios informativos de que disponemos:

—¿Lo has leído tú? ¿Dónde? ¿Te lo han dicho en el locutorio?

¿Cuándo? ¿Quién? ¿Se lo has oído decir a un funcionario? ¿A cuál?

Pero era de tal tamaño la noticia de aquella mañana que, a pesar de no tener padres conocidos, se apoderó de nosotros y nos mantuvo discutiendo acerca de su veracidad hasta que la repitieron los que salían del locutorio, porque era también la gran noticia de la calle, y, finalmente, nos la confirmó Federico:

—Sí, es cierto. Los japoneses han bombardeado por sorpresa la base naval norteamericana de Pearl Harbor y han hundido la mayor parte de la flota yanqui en el Pacífico. Así, pues, otras dos grandes potencias, las únicas que se mantenían al margen, han entrado en la guerra: Estados Unidos y Japón.

Resultaba desconcertante. ¿Cómo se había atrevido Japón a desafiar de esa manera a un coloso como Norteamérica y cómo los yanquis se habían dejado pillar dormidos? Era un enigma, una adivinanza que escapaba a nuestros cálculos y previsiones. No obstante, lo cierto era que ya estaban implicados en la guerra los cinco continentes y pensamos que la ventaja inicial de los nipones no pasaba de ser la picadura de un mosquito que iba a despertar e irritar al gigante.

Ha sido una inyección que ha levantado nuestro espíritu y ha fortalecido nuestra moral desenfrenadamente. Fue como si, de pronto, resucitáramos. Una borrachera de optimismo. Voces, gritos, vivas. ¡Norteamérica es el gran país de la democracia y de la libertad y, Roosevelt, el gran jefe de los pueblos oprimidos!. ¡Roosevelt! ¡Roosevelt! Los comunistas, no. No lanzan las campanas al vuelo. Sonríen, escépticos, y dicen que Norteamérica es el supercapitalismo que acude al festín en busca de la mayor tajada, pero que no le van a salir bien las cuentas porque para eso está la URSS. Sí, los Estados Unidos fabricarán barcos, aviones,

cañones y tanques, como churros, pero procurarán poner poca carne en el asador, y las guerras no las ganan las máquinas solas, sino los hombres que tienen el valor de utilizarlas y esos hombres serán rusos.

Por el contrario, a las autoridades de la prisión la noticia les ha sentado como un tiro. Matías, el submarino del Bósforo ha oído decir al administrador que *ya puede decirse que la guerra la ha perdido Alemania y que también la hemos perdido nosotros*. Los funcionarios menos comprometidos, como el Piri, muestran más claramente su buena disposición para con nosotros mientras Portaviones, Mula Romera, Grijalba, Goering y compañía, se obstinan en lo contrario. Y ha sido Chico Listo el que, como siempre, ha dado la nota. Chico Listo ha dispuesto una sala especial con camas verdaderas, en la planta baja, donde ha juntado a unos cuarenta reclusos distinguidos, todos universitarios: médicos, ingenieros, abogados, profesores, etc., a los que se permite salir al patio o entrar en el dormitorio cuando quieran, recibir a diario, a todo aquel de entre ellos que lo desee y pueda, comida caliente de la fonda de Manolo el del economato, y, de hecho, disponer de ordenanzas que les barren el dormitorio, les friegan los platos y les prestan algunos otros pequeños servicios a cambio del rancho y quizá de alguna propina. Entre estos privilegiados se encuentran varios dirigentes comunistas y Conde. Naturalmente, como los ordenanzas no pueden tragar tanto rancho comercian con él y lo cambian por pitillos, por pan y por todo lo canjeable. Es indignante que quienes debieran dar ejemplo hayan aceptado esa distinción, y, por eso, en vez de «sala de intelectuales», que es como se empezó a llamar a este coto de enchufados, se le llama ahora «club de señoritos». ¡Club de

señoritos! Los demás somos la chusma, la bazofia. Era lo que nos faltaba, hombre.

Y, no contento con eso, al llegar Navidad, Chico Listo ha permitido que cenén con los aislados y con los condenados a muerte aquellos de sus amigos o parientes reclusos que lo soliciten. A ello se debe que Olivares y yo cenemos con Molina, ya que Pablo fue trasladado a Madrid hará cosa de un mes, y que Tábaro y Cabeza de Estopa hagan compañía al teniente coronel Tovar con el mismo fin.

Nos trasladamos al departamento celular inmediatamente después de repartir el rancho. Está de jefe la Marquesona, algo bebido ya, porque el aliento le huele a alcohol y tiene enrojecida la cara, y es él mismo quien nos conduce a la celda de Molina y nos deja encerrados en ella con nuestro amigo. Hace mucho frío dentro, porque el ventanuco no tiene cristales y deja que se cuele el helado relente de la noche. Molina nos recibe con una manta sobre los hombros. Me parece así más bajo, más delgado y mucho más viejo. Sus ojos se le nublan. Los tres queremos contener nuestra emoción, pero es imposible y al fin estalla cuando nos abrazamos los tres. Al separarnos, vemos que se nos han caído algunas lágrimas y yo digo:

—Coño, esto no está bien. Parecemos tres ursulinas.

—Tienes razón —dice Olivares.

Molina se frota las manos. Sonreímos y entonces Molina pregunta:

—Bueno, ¿cómo andan las cosas?

—Tú sabes tanto como nosotros —le contesta Federico.

—Es verdad —y, bajando la voz, añade Molina—: y no sabéis cuánto os agradezco que me tengáis informado. Acisclo, el

hombre, lo hace muy bien.

—¿Os maltratan? —le pregunto yo.

—No, no. Más bien nos ignoran. La verdad es que no podemos hacer nada aunque quisiéramos. Yo ya no tomo notas ni escribo más que las cartas reglamentarias, por temor a que me sorprendan. Ese maldito Pedro nos espía constantemente a través del chivato.

Nos sentamos en el suelo, sobre su colchoneta, y extendemos las viandas. Tenemos a la vista un buen surtido: aceitunas, filetes empanados, huevos duros, pan, queso, vino del economato, un botellín de coñac y otro de anís, logrado y reunido todo ello para nosotros quien sabe a costa de cuántos sacrificios y humillaciones. *(Hay que limpiar a España de rojos. Rojos asesinos. Rojos ladrones. Rojos cobardes. ¡Malditos rojos!)*.

—Aquí, lo peor es el aburrimiento. Todo el día solo, salvo la media hora de paseo en silencio, cuando se acuerdan de sacarnos. No hay para leer más que las homilías del cardenal Segura. Al principio me hacían reír, pero ya me las sé de memoria. Lo que yo no podía suponer es que Segura fuese tan bruto. A veces, me comunico con Tovar por el agujero del travesaño de la mesa. Él me dice lo que sabe y yo le digo lo que sé, generalmente lo mismo, porque también sus camaradas le pasan noticias, e intercambiamos nuestras personales opiniones. Pero es tan difícil y peligrosa la comunicación que sólo recurrimos a ella de noche, y a oscuras, y cuando ya no podemos con el peso de la soledad.

Comemos sin darnos cuenta, sin saborear los manjares, mientras hablamos. Tenemos tantas cosas que decirnos...

—¿Cómo ves tú las cosas, Federico?

—Bien, poco más o menos como las imaginábamos, sólo que

van muy despacio.

—Alemania tiene ya perdida la guerra —digo yo.

Molina me mira. Advierto que sus ojos no brillan como en otros tiempos, que están velados por la tristeza.

—Aún queda cuerda para rato —dice—. Las democracias son lentas. Se mueven como las tortugas y, a veces, como los cangrejos.

Molina, el optimista insobornable, parece ahora abrumado por el pesimismo. Debe ser el mal de la soledad. Olivares, que siempre ha sido su freno, tiene ahora que cambiar de actitud.

—No tanto, hombre, no tanto. No olvides una cosa y es que la sangría en hombres y material que va a costar a Alemania la campaña rusa puede provocar la caída fulminante de Hitler y de su tinglado político-militar. No hay que dejarse impresionar por la propaganda nazi. Yo no digo que sea cosa de días ni de semanas, pero si Hitler se equivoca otra vez en su próxima ofensiva de primavera, y yo creo que se va a equivocar, es muy probable que no pueda aguantar un año más de guerra. ¿Tú crees que si el triunfo de Hitler estuviese tan seguro, tan fuera de duda, nos hubiera dejado Chico Listo venir a cenar contigo esta noche?

El vino, aguado, nos produce escalofríos y recurrimos al coñac para calentarnos y alegrarnos un poco. Molina no insiste en el tema de la guerra y pasamos a recordar a nuestros amigos, a los muertos y a los que todavía viven. ¡Ay, José Manuel, nuestro hermano menor, fusilado en Madrid!

Pablo, que vino a ocupar su puesto, también está ya lejos de nosotros. Jesús, Robleda, Higinio, Joaquín, Adolfo y Rodrigo, bregando a la desesperada para sobrevivir y el pobre Lopérez, el fantástico Lopérez, muerto con un trozo de chocolate en la mano.

Federico se lamenta de no haber podido hablar con el poeta Miguel Ángel Miró, trasladado ya a otra cárcel. Y se nos agotan, de pronto, las palabras y nos ponemos tan tristes, pese al coñac, que es necesario cambiar de tercio.

—Y de mujeres, ¿qué? ¿Por qué no hablamos un poco de mujeres?

Mis amigos sonríen. ¡Mujeres! Molina las oye hablar, cantar y reír todos los días, cuando salen al patio, pero no ha podido hablar con ninguna, porque les está prohibido acercarse al muro donde se abren los tragaluces de las celdas ocupadas por los incomunicados y los reos de muerte. ¡Mujeres! Ay, ay, ay. Se nos hace la boca agua. Malo, malo, malo. Hay que frenar y, para ello, Molina nos cuenta lo que sucede algunas madrugadas:

—Nos despertamos de pronto, como si alguien nos sacudiese, justo en el momento en que empieza el apartado. Nos levantamos y pegamos la oreja a la mirilla y entonces oímos el tintineo de las llaves y los pasos del jefe de servicios y de los guardianes que le acompañan, pla, pla, pla..., cómo se detienen y una voz que dice: *Aquí es*. Suena después la cerradura; luego, un nombre. Y, tras un breve silencio, alguien da un viva a la revolución, o a la libertad, o a la República, o al partido comunista, o al partido socialista, o a la CNT... *Cállese*, le ordena el jefe de servicios. (*No me da la gana*). Los vivas se repiten. (*¡Salud, compañeros, camaradas!*) Se percibe el forcejeo de los abrazos y las despedidas y, a veces, un grito: *¡Me matan por lo que no he hecho!*, u otro grito: *¡Muera el fascismo, muera la reacción!*, o también *¡Lo único que me pesa es no haberme llevado por delante a más enemigos de los trabajadores!* Se cierra la puerta. Las pisadas se pierden en el corredor, lentamente. Y otra vez a empezar. Dos, cinco, ocho..., mientras

uno tiembla y gime. Se los llevan al otro extremo, a una celda que hace de capilla y que es también depósito de cadáveres...

—¡Calla, calla! —le interrumpo.

Siento que el frío me cala y me eriza los vellos. Sobre las servilletas quedan todavía algunas provisiones intactas. No he visto tan buena y abundante comida desde las navidades anteriores. Sé que volveré a tener hambre mañana y pasado mañana y todos los días, pero ahora no puedo comer, no puedo.

—¿Valdrá de algo nuestro sacrificio, Olivares? —oigo preguntar a Molina.

—Alguien se beneficiará de él algún día, no lo dudes. Todo sacrificio es como una simiente que, más pronto o más tarde, fructifica. A nosotros nos ha tocado sembrar, pero alguien vendrá después a recoger la cosecha —contesta Olivares.

—A veces tengo dudas... —sigue diciendo Molina.

—Y yo también —afirma Federico.

—¿Nos habremos equivocado? ¿Es preciso tanto sufrimiento para lograr una sociedad mejor?

—Aunque nos hayamos equivocado muchas veces en lo accidental, creo que, en lo esencial, estamos en lo cierto. Eso sí, el sufrimiento resulta excesivo para nosotros, pero no con respecto al bien que postulamos. Pienso en algunas ocasiones que se nos ha adjudicado un papel muy superior a nuestras fuerzas, que representamos muchísimo más de lo que somos. Esa es mi duda y, si hay error, está ahí, pero no es nuestro, sino de las circunstancias. Ahora bien, amigo Molina, ya no hay remedio. Hay que seguir y mantenernos firmes hasta el último aliento. Aunque estuviéramos seguros, convencidos, de habernos equivocado en todo, ¿qué menos podemos hacer por esos hombres que van a la

muerte en esas madrugadas, aquí y en tantos otros pueblos y ciudades, que seguir siendo consecuentes?

Estoy de acuerdo con Olivares. Aunque no hubiera otras razones, bastaría la suprema razón de sus muertes para obligarnos a ser fieles a nuestra causa, su causa, hasta el fin.

Se oye un leve ruido. Alguien, sin duda, ha hurgado en la mirilla, pero no volvemos la mirada hacia allí, y Molina dice en voz alta:

—De acuerdo. Vale la pena —hace una pausa y agrega en un tono que quiere ser festivo—: ¿Es que vamos a dejar que sobre comida? —Otra pausa y continúa—: Ya se ha ido —lo dice en voz baja—. Seguramente era Pedro el chivato por si sorprende u oye algo sospechoso para ir a contárselo a la Marquesona.

Comprobamos que, en efecto, la mirilla está tapada por fuera, pero, antes de que hagamos ningún comentario, se oyen unas palmadas y la voz de Pedro el chivato:

—¡Oído! Prepárense para salir dentro de cinco minutos.

¡Qué rápido ha pasado el tiempo! Llevamos dos horas con Molina y parece que sólo han transcurrido unos instantes. De aquí a otros cinco minutos, Molina volverá a quedarse solo entre estas cuatro paredes, en el frío y la soledad. ¡Pobre amigo!

—¿Cuánto crees que durará tu aislamiento? —le pregunta Olivares.

—No tengo ni idea —y añade—: Esta es la tercera Navidad que pasamos en la cárcel, y pronto se cumplirán los tres años de prisión.

—Sí —dice Olivares—. Mil días, más que duró la guerra.

—Pero todavía vivimos —digo yo.

Nos miramos los tres y los tres acusamos una súbita llamarada

de alegría que cada uno de nosotros sabe que es falsa. Lo que no es falso, sino profundo y verdadero, de la mejor ley, es el sentimiento de amistad que nos une. Nos dejaríamos matar el uno por el otro, los tres. Eso sí.

—Cuídate, Molina. Tenemos que vivir. Y ya sabes, cualquier cosa que necesites de nosotros... —y Olivares se interrumpe para abrazar a Molina.

Y le besa en las mejillas. Yo también le abrazo y le beso, y él nos corresponde de la misma manera. Molina llora y Olivares y yo apenas podemos contener las lágrimas.

—¿Es que vamos a llorar como maricas? —digo yo.

Y se me ocurre proponer que cantemos alguna cosa. Y los tres, cogidos de la mano, y en voz baja, entonamos el Tipperary. ¡Qué coño tendrá que ver con nosotros y con nuestra situación la insulsa copla inglesa! Como «La tarara», «Ojos verdes» o «Asturias, tierra querida». Menos todavía. Pero cantar nos reconforta. Y cuando sentimos que se abre la puerta de la celda y nos ponemos en actitud de firmes, ya estamos serenos.

—Vamos.

Es Pedro el chivato. Una última despedida rutinaria y salimos al corredor. Ya nos están esperando, unos pasos más allá, el Támano y Cabeza de Estopa. Nos unimos a ellos y marchamos ya juntos bajo la vigilancia de Pedro. Oímos, al paso, los ecos de las navidades de los condenados a muerte, qué se dirán, qué esperarán, ¿dónde te has escondido, Dios, dónde te has escondido, y en qué piensas tú?, y también, confundiéndose con ellos, los de la juerga que celebran la Marquesona y los guardianes. Una juerga de vino y comida, risotadas y eructos, aquí, junto a estas tumbas, en la noche cristiana de la misericordia y el

perdón.

Andamos como sombras, en silencio. Al atravesar el último rastrillo del departamento celular, que abre Pedro, oímos su despedida con las palabras de ritual:

—¡Felices navidades!

No contestamos. Está cayendo una helada de garabatillo. Mientras nos dirigimos a nuestros dormitorios, dice Cabeza de Estopa:

—¡Qué cabrón! Ya te lo diremos, ya, las próximas navidades.

—Antes, porque las próximas navidades las pasaremos en casa —dice el Tábano.

—¡Ojalá! —suspira Olivares.

—¿Es que no te lo crees? —le pregunta el Tábano. Y Olivares le replica:

—No he dicho que lo crea ni que deje de creerlo. He dicho sencillamente que ojalá.

¡Por fin he terminado! No puedo más. Esta es la última vez que escribo mis impresiones. No, no quiero vivir y sufrir dos veces lo mismo. Aunque Olivares se burle de mí, aunque me diga que no debo dejarlo ahora, cuando estoy aprendiendo a hacerlo casi bien. Ni bromas ni cofias. No y no. Aquí se terminan mis memorias. Este que lo es, Agustín Arias. Posdata: ni una sola letra más.

IX

Y pasaron sobradamente los mil días con sus mil noches, con hambrefrío, hambrecalor, hambrefútbol, hambreboxeo, hambredesfiles, hambrenoticias, hambrecastigos y hambremuertes. Y dos novedades: la llegada de un funcionario de caídos bigotes, del que se dice que es simpatizante de los comunistas, al que llamamos Stalin y que ha sido destinado al departamento celular; y el «club de los señoritos».

¡El «club de los señoritos»! A mí me gusta mucho discutir con ellos y, algunas tardes, Agustín y yo, acompañados a veces por Higinio y Robleda, irrumpimos allí y provocamos apasionados debates sobre los temas y hechos que más nos preocupan a todos. Reconozco que nos ensañamos con ellos. Yo, especialmente, gozo rebatiendo sus argumentos, contradiciendo sus teorías y recordándoles el reiterado fracaso de sus previsiones. Suelen mostrarse aparentemente optimistas, quizá por convicción o porque crean que tal es la actitud que les corresponde en su calidad de intelectuales, papel que asumen con una ingenuidad verdaderamente conmovedora, yo diría que pueril. *Claro, comen como Dios. Así, cualquiera sería también optimista*, dice Agustín. Presumen de tener una cultura política más elevada que el resto de los presos, una capacidad de juicio muy superior a la nuestra y

de disponer asimismo, cómo no, de fuentes informativas secretas a través de conductos misteriosos, y nos resulta, por eso, muy divertido obligarles a desdecirse, a rectificar, a reconocer sus fallos y, en suma, a descender de sus pedestales, y demostrarles que el detentar un título universitario no presupone una inteligencia superior, porque hay muchos titulados medio tontos y titulados muy inteligentes que en política no dan una en el clavo, como Marañón, Ortega, Pérez de Ayala y otros muchos. En circunstancias normales, estos universitarios, manipulando ideas y utilizando un idioma esotérico, pueden, efectivamente, imponerse a los demás dentro de su parcela específica de conocimientos. Pero la política es otra cosa, sobre todo en las circunstancias actuales, nuevas, variantes, sin precedentes, de índole existencial: dolor, hambre, miedo, incertidumbre, soledad, indefensión, ansia de sobrevivir... En estas circunstancias son hombres como los demás, tal vez más débiles y vulnerables que los demás. Esta realidad desmesurada no cabe dentro de sus esquemas mentales y desborda las abstracciones e ideas que aprendieron en los libros. No, esta situación no estaba descrita y resuelta en los libros. Tenemos que partir de cero y ellos, normalmente, no pueden. No digo que todos, pero sí que la mayoría es incapaz de descender a los elementos primarios, a los ladrillos, y ponerse a edificar con ellos.

Nos llaman «los jóvenes bárbaros» y, al principio, pretendieron aplastarnos con su superioridad, pero no tardaron en darse cuenta de su equivocación. Les desconcertábamos. Nuestra información era más fresca que la suya, y, nuestros juicios, basados en ella, naturalmente más acertados. ¡Cómo nos divertimos! Es como jugar al blanco con sus tópicos, algo así como lo que hicimos con

los frailes, si bien en un nivel superior y con distintas ideas y razones. Y ellos, ¡cómo se enfurecen! A veces, puestos previamente de acuerdo, se escabullen tan pronto penetramos nosotros en el club. Conde, cuando la situación se le hace insostenible, se evade diciendo: *Bueno, señores, yo me inhibo*, y se sienta en su catre, se encoge, apoya la barba en sus manos cruzadas sobre las rodillas, se ajusta los lentes y echa a vagar su mirada por qué sé yo qué mundos fantásticos.

De esta manera transcurrieron los meses de la segunda ofensiva alemana, de las conquistas japonesas y de las espectaculares carreras de Rommel por los desiertos de Libia y Cirenaica. ¡Rommel! El nuevo héroe de los españoles del imperio hacia Dios, más grande que un Gonzalo de Córdoba, un Cortés o un Pizarro redivivos. «Redención» era su apologista más apasionado. En cada número repetía los gráficos con las flechas que señalaban el avance de los carros de Rommel hacia Alejandría. Al mismo tiempo, nuestro Almirantazgo se superaba. Recibíamos, además del «Ya» y el «O Seculo», los boletines de las embajadas inglesa y norteamericana, a pesar de las palizas, detenciones y cortes de pelo que costaba, a veces, la adquisición y difusión de estos partes informativos. Pese a sus descabros en el Pacífico, los yanquis producían material de guerra en cantidades astronómicas. Inglaterra, roto el dogal de la guerra submarina, se nutría abundantemente de hombres y de toda clase de pertrechos, procedentes de su Imperio y de los Estados Unidos. La guerra adquiría dimensiones planetarias. La guerra nos empequeñecía en la misma proporción que ella crecía. En fin, yo pensaba que ya no era «nuestra guerra», sino la guerra de otros, cada vez más numerosos e importantes, en la que el papel que

creíamos haber estado representando de héroes de la libertad y víctimas del fascismo, lo asumían otros pueblos, y que en tan grandioso escenario ya no nos quedaba ni el sitio destinado a los comparsas. Estábamos fuera de juego. De protagonistas, a nuestro juicio, habíamos descendido a ser únicamente espectadores de la clac. Es decir, nada. Sin embargo, fueron días, semanas y meses febriles, especialmente para mí, obligado a leer y a aprenderme de memoria, en pocos minutos, tan abundante y compleja información. El esfuerzo que ello exigía de mí me excitaba y ponía en juego todas mis facultades, pero después me deprimía profundamente, porque cada vez era más evidente que se trataba de una fiesta a que no habíamos sido invitados, que nos quedábamos cada día más solos, como náufragos en una noche oscura, perdidos, olvidados, fuera de los rumbos, sin un indicio de luz por ninguna parte y sin fuerzas para aguardar a que algún navío viniese por azar a recogernos.

Y, de pronto, una tarde bochornosa de agosto, después del partido de fútbol, supimos que había sido detenido Capote, nuestro agente en el departamento de recepción de paquetes. Alguien, sin duda, había dado el chivatazo a Mediopelo. Así, Mediopelo pudo sorprender a Capote en plena faena. Se lo llevaron inmediatamente a celdas y empezaron a interrogarle.

El Almirantazgo se reunió en pleno. La noticia significaba un gran desastre para la organización y todos éramos conscientes de la clase de peligro que nos amenazaba.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Agustín.

—De momento, nada, esperar —dije yo—. Vosotros no sabéis de qué va, porque las noticias las recibíais de mí y yo no revelaba nunca por dónde me llegaban, ¿entendido? Y ahora lo más

conveniente es dispersarnos.

Tuve que vencer la resistencia de Agustín, que no quería separarse de mí, haciéndole ver que era mi único sustituto posible a fin de que el Almirantazgo no desapareciera. Y me quedé solo, lo mejor en estos casos, porque es preciso concentrarse y evitar ser influido por los sentimientos y los temores ajenos. Si hemos de afrontar a solas la embestida del adversario, lo primero es saber los recursos con que contamos y ponerlos en orden y a punto, como hacen los toreros frente al toro y el general en jefe antes de lanzarse a la batalla. Encendí un cigarrillo, pero apenas le había dado un par de chupadas cuando sonó mi nombre en el patio:

—Federico Olivares, ¡que se presente en jefatura!

La soledad me rodeó entonces e inmediatamente dejé de oír el vocerío de la multitud, y el patio se hundió en el silencio aunque la gente seguía moviendo los labios y agitando los brazos, y veía a los hombres muy lejos de mí, muy lejos, brumosos y desconocidos. (*¿Me estaré mareando?*) Este pensamiento fue un aguijonazo que despertó mi conciencia. Me hizo reaccionar y otra vez, bruscamente, me sentí como en el centro de una gran tormenta. Se rompió el silencio, me asaltaron los clamores de la multitud y sentí el roce de los hombres al andar y vi sus miradas temerosas y compasivas.

Me esperaba Mediopelo. Me cuadré. ¡Arriba España! Mediopelo y Goering me miraron de arriba abajo.

—¿Eres tú Federico Olivares? —preguntó Goering.

—Sí, señor.

Entonces Goering se volvió a Mediopelo y le dijo:

—Ya puedes llevártelo.

Y salí de jefatura, acompañado de Mediopelo. El patio sonaba

a tambor batiente.

—Dejen paso, dejen paso —gritaba Mediopelo.

La espesa multitud se quebraba para dejarnos pasar y, poco a poco, fue enmudeciendo hasta no oírse más que las palabras de mi acompañante pidiendo paso. Esta vez era un silencio de verdad, cálido, palpitante, expresivo; y los rostros a mi alrededor, exactos, concretos; y las miradas, mensajes de solidaridad y de afecto. Yo, a pesar de la densa y sofocante ola de calor que nos envolvía, estaba frío. Frío y sereno, frío y lúcido como aquella infame noche en Madrid, cuando subía la siniestra escalera, acompañado de Valdivia, para prestar mi primera declaración. Así atravesamos el gran patio general.

Franqueado el rastrillo del departamento de celdas, que abrió Pedro el chivato, Mediopelo me condujo ante la puerta de una celda.

—Póngase de cara a la pared y no se mueva hasta que yo vuelva.

Se fue y me dejó solo. Entonces oí los gritos y jadeos que escaparon al abrirse la puerta de otra celda situada en el corredor contiguo. Y distinguí la voz rota de Capote:

—¡Ya he dicho todo lo que sé!

Y la de la Marquesona:

—¡Mentira, cabrón! Pero como no cantes, y pronto, te vamos a arrancar la piel a tiras.

Y otra vez gritos, pataleos... Y otra vez silencio. Después, los pasos de Mediopelo. Todos estos ruidos percutían el aire adormilado de los corredores y se prolongaban en ecos temblorosos hasta perderse en la hueca lejanía. Mediopelo abrió la celda y me hizo pasar a su interior.

—Espere ahí —me dijo—. Puede sentarse, si quiere —y, antes de cerrar la puerta—: ¡En buen lío se ha metido!

Estaba atrapado. Era una celda desnuda, fría, próxima a la que ocupaba Molina. Me hallaba, pues, en la galería de los condenados a muerte y de los incomunicados. Por el alto tragaluz, enrejado y sin cristales, donde ya asomaban las primeras sombras de la noche, descendía el clamor de la banda de música que acompasaba el desfile de los presos en el patio general. Me encontraba tan lejos, tan separado de toda convivencia, tan solo, que envidiaba la situación de los que en aquellos momentos temblaban y sudaban, por miedo al castigo, mientras discurrían al paso de la oca. ¡Cómo les envidiaba, sí! Palpé los muros. Eran lisos. Golpeé los muros. Eran sordos. Nunca podría trepar por ellos. Nunca me haría oír a través de ellos. Estaba totalmente a merced de la ira y el odio de los funcionarios en aquella tumba. Podían matarme allí a palos, impunemente. Un certificado reglamentario cubriría el trámite y desvanecería legalmente todo indicio de culpabilidad. Porque, ¿quién se atrevía después a indagar, a acusar, a reivindicar? Sabía muy bien que todo eso podría ocurrir. Claro que era posible. No obstante, me sentía tranquilo. *En definitiva, es mejor morir que sufrir. Mejor descansar de una vez que seguir luchando desesperadamente, angustiosamente, contra un cansancio creciente e inevitable. Un momento. Chas. ¿Y qué?, pensaba yo.* Un ruido me distrajo. Escuché atentamente. Sí, debían ser los rancheros que transportaban las calderas. Y no me engañé, eran los rancheros. Una parada, silencio y, después, un portazo. Así, varias veces. Una de ellas, sin duda, la de Molina. ¿Sabría mi amigo que yo me encontraba allí, a pocos pasos de él, en espera de enfrentarme a un peligro cierto, pero incalculable?

Inadvertidamente cesó el ruido de los rancheros y el túnel volvió a quedar en silencio. Ya, habían terminado de repartir el rancho sin acordarse de mí. Me dejaban en ayunas. Más tarde comprendí que no se trataba de un olvido ni de una medida caprichosa, sino de una terapéutica premeditadamente aplicada en mi caso, como el ayuno que se impone a quien ha de sufrir una intervención quirúrgica. La excitación no me permitía aguardar sentado en la banqueta, y el pasear en un espacio tan reducido me mareaba. Y decidí permanecer quieto, de pie, espiando los ruidos, tratando de adivinar el paso del tiempo. Entre tanto, la celda había sido invadida por una oscuridad tan densa que no veía los dedos de mis manos. Me acordé entonces de Silvio Pellico, de Edmundo Dantés, de fray Luis de León...

Al cabo de no sé qué tiempo oí el rumor de unas pisadas y arrimé la oreja a la mirilla. Sí, se acercaban varias personas cuyas voces ininteligibles se entremezclaban. Retrocedí unos pasos, a la expectativa, y, poco después, sonó la llave en la cerradura, y, súbitamente, se encendió la luz. Quedé deslumbrado un instante, pero en seguida pude distinguir borrosamente los rostros y las figuras de la Marquesona, Portaviones, Mula Romera, Grijalba y Mediopelo. Sin mediar palabra, la Marquesona se me acercó, movió las manos y sentí una violenta bofetada que me hizo tambalear. Y oí su voz:

—Cuando aparezca un funcionario, te pondrás firme, te colocarás de espaldas a la pared, levantarás el brazo derecho y gritarás ¡Arriba España! A ver, hazlo.

Ya habían cerrado la puerta. El rostro me ardía como si me lo hubiesen quemado con un ascua. Los cinco hombres tenían los ojos fijos en mí e hice lo que ordenara la Marquesona. Para ello,

retrocedí hasta el fondo de la celda, bajo el tragaluz.

—Muy bien —dijo la Marquesona—. No lo olvides. Ahora, ven aquí.

Me hizo situarme en el centro de la celda y ellos me rodearon. La Marquesona se colocó frente a mí. Salvo Mediopelo, aquellos hombres eran mucho más altos y más fuertes físicamente que yo, cuatro jayanes jóvenes y fornidos.

—Capote ha cantado ya —empezó a decir la Marquesona con voz suave, un poco aflautada— y sabemos que tú eres el jefe de la organización. Lo sabemos todo, pero queremos que tú nos aclares algunos puntos, y lo vas a hacer ¿verdad? —y, como yo no respondiese, continuó—: Anda, cuéntanos lo que hacías, pero sin mentir, eh, sin mentir.

La cara seguía ardiéndome y me temblaban las piernas, pero conservaba, íntegra, la lucidez mental. Levanté la cabeza para mirar a la Marquesona y vi su cara redonda, sus ojos brillantes, la sonrisa burlona y provocativa en sus labios, el sucio cuello de su camisa, las manchas de su guerrera... Y dije, lentamente:

—Capote me pasaba el periódico «Ya». Yo lo leía y me aprendía de memoria los partes y las noticias de guerra y después informaba a mis amigos.

—Bien, pero eso ya lo sabemos —dijo la Marquesona.

—¡Qué chulo! —exclamó Portaviones.

—Sí, muy chulo —convino la Marquesona—, pero aquí, a los chulos...

—Los dejamos pronto más mansos que corderos —le interrumpió Mula Romera.

—¿Empiezo? —oí preguntar a Grijalba detrás de mí.

Pero la Marquesona le contuvo con un gesto, añadiendo:

—Espera. A lo mejor no hace falta —y me preguntó—: Dinos una cosa, sólo una cosa: ¿quién traía los periódicos?

Yo no podía decirlo, porque era tanto como descubrir a las mujeres de mis amigos, incluso a mi hermana. Y guardé silencio.

—¿Nos lo dices o no? —insistió la Marquesona, alzando el tono de voz, chirriándole las palabras.

Entonces, yo, no sé cómo ni por qué, como si me lo hubieran soplado al oído, dije, mirando cara a cara a mi interrogador:

—Eso, entre caballeros, ni se pregunta ni se contesta.

¡Para qué lo dije! Las manos de la Marquesona giraron vertiginosamente y cayó sobre mí una lluvia de bofetadas, rápidas como disparos de ametralladora. Por delante, por detrás, en la cabeza, y puñetazos en la espalda, en el vientre, en los costados. Me quedé atónito, paralizado. No creía, no comprendía que pudiera desencadenarse tal furia en frío, sin un motivo personal, sin una previa provocación, por una cosa tan fútil como la que me imputaban. No podía ser... Y los golpes no me dolían. Y oía los insultos:

—¿Caballero un hijo de puta como tú?

—¡Chulo!

—¡Cabrón!

Caí al suelo. Rodé. Ya no veía nada. Me arrinconaron a puntapiés en uno de los ángulos del calabozo. Yo debía estar hecho un ovillo, pero no lo sé, no lo recuerdo. Sólo recuerdo que hubo una pausa, que abrí entonces los ojos y les miré. Sobre mí estaban la Marquesona, Mula Romera, Portaviones y Grijalba, enormes, gigantescos, sudorosos, jadeantes. Recuerdo también que ya no tenía miedo y que les grité

—¡Cobardes, cobardes! ¿Por qué no me matáis ya?

Mula Romera se abalanzó entonces sobre la banqueta.

—Ahora verás —dijo.

Cogió la banqueta y la levantó sobre mi cabeza, pero le contuvo Grijalba.

—No, así no —y me dijo a mí—: Vamos, levántate.

Portaviones y la Marquesona me cogieron por los brazos y me pusieron en pie. Entonces dijo Grijalba:

—Dejádmelo a mí.

Vi que esgrimía la fusta y me cubrí los ojos con las manos. Y la fusta me mordió la cara, el cuello, el pecho, la cabeza, el vientre, las piernas... Lo que más me preocupaba era salvar mis ojos de un mal golpe, y lo único que sentía era una ola de fuego corriendo por mis venas. Los fustazos sonaban secos. No sé cuántos me dio. Hasta cansarse, pero no me dolían, y no grité y me envalentoné.

Siguió otra pausa. Por entre los dedos de la mano observé que la Marquesona, Mula Romera y Portaviones se habían cobijado en el hueco de la puerta para que Grijalba pudiese manejar la fusta con más soltura, y que Mediopelo permanecía solo, junto a la taza del retrete, como un testigo mudo y quieto, bien porque no quisiese intervenir en la función, bien porque la corpulencia de sus compañeros y la escasez de espacio no se lo permitieran.

—Ya está bien por ahora —dijo la Marquesona.

Grijalba resoplaba. Aún me tiró una coz dirigida aviesamente a mis órganos genitales, pero un movimiento instintivo de defensa por mi parte frustró sus intenciones e hizo que la bota resbalase por mi vientre.

—Vete pensándolo, porque volveremos —y la Marquesona hizo una seña a sus compinches para que se dispusieran a abandonar la celda.

—Será inútil. Tendréis que matarme —dije yo, fuera de mí.

Los ojos de la Marquesona relampaguearon, se movió rápidamente una de sus manos y recibí otra tremenda bofetada en pleno rostro.

—¡Chulo! Te voy a... —rugió Portaviones, amenazándome con sus puños.

—No, déjalo para cuando volvamos y esté frío —dijo la Marquesona.

Salieron. Cerraron la puerta. Apagaron la luz. Y de nuevo me quedé solo en la oscuridad. ¿Había sido todo una alucinación provocada por el miedo? Lo pensé. Casi me lo creí. Pero el ardor de la cara y el gusto de la sangre me confirmaron su realidad. Entonces sentí que me hundía en un gran vacío, como si, de repente, la tierra se hubiese abierto bajo mis pies. No podía asirme a nada, porque todo a mi alrededor era aire y sombra. Cerré los ojos, me encogí y me dejé arrastrar por aquella vasta y hueca soledad. Mi vida me pareció un sueño, un espejismo, un engaño. Mi infancia, mi juventud, mis amores, mis luchas, los paisajes, las ideas, los rostros conocidos y los rostros amados, ¿dónde estaban? Pregunté. Grité invocando los fantasmas de mi mente. Pero no obtuve ninguna respuesta. Sólo silencio. ¿Vivía? ¿Estaba muerto? ¿Qué me ocurría? (*Dios, ¿qué es esto, dónde estoy, qué has hecho de mí?*) Pero Dios permaneció inaccesible y mudo. Estaba, pues, definitivamente solo en medio de lo desconocido, en el fondo de una noche sin riberas, solo, solo, solo. Y me sacudió el estertor de un llanto profundo que no podía manar y me estrangulaba. Fue una agonía atroz, aniquiladora, hasta que brotaron las lágrimas y respiré lágrimas, lágrimas, lágrimas, y lloré, lloré, lloré... Lloraba con la mejilla sobre el muro.

Lloraba como nunca había llorado desde que tuve uso de razón. Pero no lloraba por dolor físico ni por miedo. Lloraba de pena y desencanto porque el mundo en el que yo creía, en el que los libros y las palabras de los hombres me habían hecho creer, se hundía de repente delante de mí. Después de tanta filosofía, de tanta religión, de tanto derecho, de tanta ciencia, de tan maravillosas obras de arte, resultaba que el hombre seguía siendo una bestia furiosa y desalmada; un ser capaz de las más abyectas villanías, peor que una fiera, porque la fiera acomete y mata por hambre o por celo sexual y el hombre acomete y mata por placer. Y lloraba también por compasión hacia mí mismo; tan mísero, desamparado y débil me veía. Estaba a merced de aquellos energúmenos, sin nadie que me defendiese, sin nadie a quien recurrir. Me habían escarnecido, mancillado y profanado impunemente. Yo era una piltrafa. ¿Para qué servían la inteligencia, la cultura, la conciencia, la dignidad, el decoro, el honor, la honestidad, la honradez y todos los demás valores del espíritu? ¿Hijos de Dios? ¡Mentira! ¡Todo mentira! Yo había oído hablar de estos trances y leído mucho acerca de estas metamorfosis del hombre en bestia desnaturalizada. Pero eran conceptos remotos que provocaban en mí repulsas y condenas desde puntos de vista intelectuales y éticos, y entonces comprendí que ni esos conceptos ni esas reacciones respondían a la realidad, a esta profunda realidad humana, porque es una realidad negativa e incomprensible a la mente. Es lo que no es. Hay que pasar por ella, no para comprender, sino para percibir en toda su intensidad la aterradora sensación de no ser ni haber sido, la sensación de vacío absoluto, de negación total. Yo, Federico Olivares, no significo nada, no soy nadie, ni siquiera una sombra. No sé cómo

decirlo, porque no se han inventado todavía las palabras ni los símbolos para expresarlo.

Cuando se encendió de nuevo la luz y penetraron en la celda los cinco inquisidores, yo me mantenía en la misma postura, pero ya no lloraba y estaba frío. Ni me volví siquiera a mirarles.

—¿Qué, lo has pensado bien? ¿Nos vas a decir ahora quién os proporcionaba los periódicos? —me preguntó la Marquesona.

Ni contesté ni me moví. Entonces Portaviones se me acercó y me abofeteó mientras decía:

—Ponte firme. Saluda.

No hice caso. Y empezó la zarabanda de golpes. Así como la primera vez no me dolían, la segunda, sí. La piel me escocía como si me la quemaran o fuese a estallar, y del fondo de mi cuerpo, de todos los escondrijos de mi carne, brotaba un dolor plural, como de mil heridas a la vez. Lo único que seguía protegiendo eran los ojos. Lo demás no me importaba. Prefería morir a quedar ciego. Y era tal la furia y la codicia de mis verdugos en su afán de hacerme daño que, a veces, se golpeaban entre sí.

—¡Coño, ten cuidado, que me has sacudido a mí!

Yo lo oía vagamente, como también alguna otra advertencia:

—No, en la nuca, no. En la cara, en la cara...

Sí, oía claramente mis propios gemidos. Sentí sangre y trozos de muela en la boca. (*¿Por qué, por qué no me muero ahora mismo?*) Y los golpes seguían. Volví a caer y me llevaron rodando, a patadas, de un extremo a otro de la celda. Y llegó un momento en que era tan grande el dolor que ya no lo sentía. El ruido, el jadeo y las voces de aquellos bárbaros se distanciaban, y pensé que iba a morir porque empezó a correr por mis venas y nervios un flujo de paz y consuelo, y porque alguien, desde muy lejos,

decía:

—Ya está bien, ya está bien. Basta.

Después, silencio. Y, de repente, un impetuoso chorro de agua sobre mi rostro y una voz turbia:

—Ya se despabilará él solo.

Luego, sonó el portazo. No, no estaba muerto. Vivía. ¡Que tremenda desilusión! De nuevo me rodeaba la oscuridad. Y yo estaba sentado en el suelo, recostado contra el muro, chorreando agua, tiritando de frío. Y empecé a raciocinar. Me habían devuelto la conciencia volcando sobre mí el agua de un cubo. Y se habían ido. Pero volverían. ¿Hasta cuándo? ¿Qué hora es? La noche aparecía crucificada en el tragaluz, soplándome el relente de la madrugada que me transía de frío. Y me enderecé como pude, sobreponiéndome a los dolorosos calambres que recorrían mi cuerpo y al cansancio que pesaba sobre mis hombros y sobre mis riñones como un saco lleno de piedras. Mis piernas flaqueaban y, aunque me dolían, sus articulaciones funcionaron normalmente, al igual que las de los brazos, de lo que deduje que no tenía roto ningún hueso, salvo un diente y una muela cuyos trozos ya había escupido. Aunque ya mi cuerpo era un solo dolor, mi espíritu se recobraba del abatimiento en que cayera y comencé a sentirme orgulloso de mí mismo, por mi comportamiento. La Marquesona y sus auxiliares no habían logrado su propósito. Yo era más fuerte que ellos. Les había vencido. Y, poco a poco, fue invadiéndome una sensación nueva, la de que yo, precisamente yo, estaba representando el gran papel en la historia. Era un héroe. Sí, un héroe. Mil ejemplos anteriores en la lucha por la libertad y la dignidad del hombre, que leyera y admirara tantas veces, confirmaban mi condición de protagonista. Encerrado en aquella

oscura celda, reducido a mí mismo, sin ninguna posibilidad de recibir auxilio de nadie, físicamente extenuado, yo encarnaba el espíritu indomable del hombre, más fuerte que el dolor, que el hambre y que la muerte. Yo era la idea. Yo era la razón. Yo representaba a todos los hombres que gemían bajo la opresión y era, por lo tanto, uno de los paladines de la gran causa. ¿Qué importaba, pues, sufrir, incluso morir, por ello? Valía la pena. La suerte me había elegido a mí y yo debía corresponder a tal honor con un ejemplo inolvidable. (*Federico fue un hombre y un compañero de verdad*). Que se me recordase así sería mi recompensa. ¡Hermosa recompensa! Y, si lograba sobrevivir a la prueba, algún día sería reconocido mi sacrificio, momento que yo no estaba dispuesto a perder por nadie ni por nada. (*¡Aquí estoy, aquí me tenéis. No podréis conmigo!*) Era tal mi exaltación que cerré los ojos para escuchar mejor dentro de mí las músicas heroicas de «La Marsellesa», la «Internacional» y «Las barricadas». La visión de las multitudes, hombres y mujeres y niños, marchando al compás de esas músicas por calles y campos, a través de montañas y ríos, bajo la lluvia y el sol, a la conquista de la libertad y el amor, me enardecía de tal manera que me olvidé de la miseria que me rodeaba. Así cuando la luz me obligó a abrir los párpados, las figuras de la Marquesona y de sus cómplices me parecieron irreales, fantasmas escapados de una pesadilla. Y no sé lo que yo debí parecerles a ellos, porque la Marquesona abrió los brazos en cruz y se lanzó él solo sobre mí, Me habló, pero yo no le oí. Luego, me cogió por la camisa, me zarandeó y me gritó

—¡Te voy a matar!

Creo recordar que me eché a reír y que le grité:

—¡Imbécil! ¿No ves que el triunfo es mío, sólo mío? Sí, debí

gritarle esas palabras, porque luego, mientras rebotaba de uno en otro y caía finalmente al suelo, las repetí una y otra vez, hasta que desaparecieron y se apagó la luz. Entonces se levantó un vasto y creciente clamor de innumerables gargantas gritando al unísono mi nombre. *¡Federico Olivares! ¡Federico Olivares!* La oceánica multitud ocupaba un espacio irreconocible. Podía ser un campo, podía ser una plaza, podía ser el mar. El clamor se acercaba y se alejaba y mi nombre percutía más fuerte o más débil, según el vaivén de un viento que yo no sentía o de unas olas que yo no veía. Porque yo oía, pero yo no veía ni sentía. Serían mis compañeros del patio general o de otros patios como aquel o de campos de concentración los que gritaban mi nombre. Aunque se hallaban tan lejos y en tan diversos lugares, llegaba hasta mí su voz para demostrarme su gratitud y su solidaridad. Sí, eran ellos. (*¡Gracias, compañeros. Ya sabía yo que no estaba solo!*) Miles y miles de hombres y mujeres pensaban en mí en aquellos momentos, celebraban mi triunfo y gritaban mi nombre en señal de victoria. *¡Federico Olivares! ¡Federico Olivares!* Era la gloria, mi gloria...

—Vamos, levántese.

El coro triunfal de mis amigos cesó de pronto. La luz me daba en los ojos y era aquella una voz sin ira. Miré. A mi lado estaba Mediopelo, solo.

—El director quiere hablar con usted.

¿Quién? ¿Chico Listo? En ese momento yo no podía pensar y permanecí inmóvil. Entonces, Mediopelo me cogió por un brazo y tiró suavemente de mí hacia arriba y, mientras yo, maquinalmente, realizaba el gran esfuerzo de ponerme en pie, advertí en la mirada del pequeño funcionario un destello de

compasión y hasta de simpatía, quizá. Ah, sí, claro. Y recordé vivamente lo acaecido, la realidad de las últimas horas mientras caminábamos por el túnel, y empecé a oír los gritos de alguien a quien estaban interrogando según el sistema empleado conmigo.

—¡Yo no sé nada! ¡Yo no sé nada!

Al volver la esquina del túnel, distinguí a Chico Listo, sentado en un sillón, puro en mano y con el perro a sus pies. En la celda inmediata, y a puerta abierta, tenía lugar el interrogatorio. Cuando, a indicación de Mediopelo, me detuve a pocos pasos de Chico Listo, éste hizo una seña a los inquisidores y cesó inmediatamente la operación de acoso y castigo de un hombre indefenso, y entonces pude ver a la víctima. Era Robleda. Tenía el rostro manchado de sangre y extraviada la mirada que, al cruzarse con la mía, se iluminó. Fue un instante, porque Chico Listo me requirió en seguida:

—¿Conque tú eres Federico Olivares, eh?

—Sí, señor.

Me miró de arriba abajo, lentamente, dio una chupada al cigarro, aventó el humo y, después, señalando a Robleda, volvió a preguntarme:

—¿Y ése?

—Nada. No sabe más que lo que yo le decía. Uno de tantos.

—Está bien —y habló después a la Marquesona—: Déjenle ya.

Salieron de la celda la Marquesona, Portaviones, Mula Romera y Grijalba, dejando encerrado en ella a mi amigo, mientras Chico Listo me decía:

—De manera que te niegas a decirnos quién traía los periódicos, ¿no es así?

Permanecí callado.

—En ese caso —continuó—, te haces responsable principal —marcó una pausa chupando el cigarro, y siguió diciendo a la vez que arrojaba el humo—: Bien. Pues tendremos que enviarte a Canarias. Ya sabes, lejos de la familia... Te lo has ganado —y, seguidamente, hizo una seña con la mano a Mediopelo para que nos retirásemos.

Y eso hicimos y volví a la celda, en la que ya encontré mi colchoneta y el resto de mi equipaje, incluso el rancho de la cena.

—Ya puede comer, si quiere, pero procure no dormir porque falta muy poco para el toque de diana —me dijo Mediopelo antes de dejarme encerrado.

Comprendí entonces por qué no me dejaron comer antes. Claro, para evitar los vómitos o un posible colapso por corte de digestión. Pero ya no tenía apetito. Sólo cansancio y sueño. Si hubiera podido desvanecerme en el aire, como la sombra en la luz, y desaparecer, o dormirme para no despertar... Pero, no. Tenía que vivir, quisiera o no, y afrontar el nuevo destino que se me imponía, el traslado a Canarias. Se me castigaba a estar lejos de la familia. Mi comunicación con ella se limitaría a las cartas reglamentarias y Alfonsina no podría ir a verme, dado el coste y las dificultades del viaje. También la ayuda en alimentos sería mucho más difícil. Evidentemente, la perspectiva no podía ser más desalentadora. Sin embargo, prefería marchar a Canarias a permanecer en el feudo de Chico Listo marcado como sujeto peligroso y sometido a un régimen de aislamiento por tiempo indeterminado. *(El clima de Canarias es benigno permanentemente y al menos no faltarán el gofio y los plátanos)*. Lo que más me dolía de todo ello era el disgusto de mi madre. Ella creería que me llevaban al fin del mundo, del que no regresaría

vivo. Y yo pensaba que tal vez fuera cierto o que, si tornaba algún día, no estuviera ella y fuese ya definitivamente imposible el reencuentro. (*Ese es justamente el precio de mi dignidad*).

Entre tanto, se había hecho de día, sin yo darme cuenta de ello. Por el tragaluz penetraba el albo resplandor inocente de la mañana. La pesadilla de la noche quedaba atrás, confusa en mi memoria. Me sentí como al despertar después de un largo viaje en tren, cansado, entumecido, seca la boca, sucios los ojos. Quise ponerme en pie, pero una intensa punzada en la ingle frenó mi ímpetu. (*¿Qué es esto?*) Me enderecé, sobreponiéndome al dolor, dificultosamente, y me bajé los pantalones y descubrí su origen. Tenía moraduras en el bajo vientre y enormemente inflamado el pubis, a causa de los golpes. Me desabroché también la camisa y pude distinguir varios hematomas en el pecho y en los costados. ¿Cómo tendría la cara? Me era imposible averiguarlo por carecer de espejo, si bien por las dolorosas sensaciones que obtuve al tacto deduje que debía parecer un cristo. El dolor más agudo provenía de la boca, con las encías desgarradas y sangrantes aún. El diente salió entero, pero no así la muela, de la que habían quedado dentro las raíces y algunas esquirlas. Me enjuagué y el frescor del agua me produjo momentáneamente un gran alivio que aproveché para realizar algunos movimientos gimnásticos, a fin de entrar en calor y de poner en juego los miembros más afectados por el castigo y la inmovilidad. Continué así hasta después del toque de diana.

Entonces me situé al fondo de la celda, bajo el tragaluz, y esperé. Al rato, oí sonar las llaves en las cerraduras de las celdas que iba abriendo Juan, el ordenanza, a la carrera. Inmediatamente, empezaron los gritos de ¡Arriba España!, a una

voz o a varias voces sincrónicas. Se acercaba la Marquesona. Me puse en la actitud militar de firme y alcé el brazo. Sólo lo vi un segundo. ¡Arriba España! La puerta fue cerrada estrepitosamente por Pedro el chivato, pero yo permanecí en la misma posición hasta que, finalizado el recuento, retumbó en el túnel la orden de romper filas y, seguidamente la respuesta múltiple:

—¡Fran-co!

Luego, volvió el silencio, pero duró poco, porque en seguida llegaron los rancheros repartiendo el agua negra del desayuno. Aún humeaba y me confortó. Después, comí media onza de chocolate y un pequeño corrusco que cayeron en mi estómago vacío como piedras en un pozo muy profundo. Por último, partí en dos un cigarrillo y lié uno con la mitad, y el tabaco, saboreado deleitosamente, me oreó la conciencia y me devolvió el gusto de la vida. Se me despejó la mente y un flujo de energía corrió por mis venas y por mis nervios y me sentí joven y fuerte, a pesar de las magulladuras. La luz que se vertía por el ventanuco enrejado era un mensaje de esperanza y de ilusión para mí, indescifrable, misterioso, pero arrebatador, un torbellino de sensaciones plenarias. Hubiera gritado y cantado y saltado, pero me contuve y, a cambio, ordené mis cosas, alcé el catre de hierro empotrado en la pared, aseo la celda y, finalmente, gocé el agua chapuzándome varias veces en el cubo.

El relevo de funcionarios me sorprendió en plena exaltación todavía. No obstante, me situé en el lugar debido y aguardé en posición de firme. Juan abrió la puerta y en su marco aparecieron la Marquesona y otro oficial de prisiones. Grité ¡Arriba España! brazo en alto y, entonces, el nuevo funcionario traspuso solo el umbral de la celda y avanzó hacia mí. Observé que era cargado de

espaldas y que caminaba lentamente con los pies abiertos hacia afuera. Vi sus ojos oscuros y tristes y el gran bigote negro que le cubría el labio superior y casi le tapaba la boca. (*Este tipo es Stalin*).

Y, de pronto, inesperadamente, sentí un fuerte bofetón en plena cara.

—Esto es para que no te olvides de dónde estás —me dijo Stalin con voz átona y tranquila.

Me volvió la espalda y salió. Y Pedro cerró la puerta y, al quedarme otra vez solo, eran tales mi confusión y mi atonitez que ya no sabía si estaba dormido o despierto, si en realidad comenzaba un nuevo día o si, por el contrario, continuaba la noche de mi tormento.

X

No había nada que leer, y el escribir podía resultar peligroso. Así, el tedio de los largos días llegaba a un punto en que se hacía insoportable. Entonces tarareaba toda la música impresa en mi memoria auditiva, recitaba todos los versos inolvidables desde «Oigo, patria, tu aflicción» hasta los de Villaespesa, Antonio Machado, Lorca, fray Luis, José Asunción Silva, Rubén y otros autores o pronunciaba discursos ante imaginarias multitudes, o contaba historias, o mantenía diálogos conmigo mismo, o me jugaba partidas de ajedrez moviendo alternativamente fichas blancas y negras confeccionadas con trocitos de papel. O imaginaba el futuro, mi futuro, el futuro histórico de los vencidos en la guerra civil. Naturalmente, analizaba todas las probabilidades, pero siempre me detenía, indeciso, en el punto donde el camino se diversificaba en múltiples direcciones. Ese punto era la victoria de las democracias en la guerra universal que se estaba librando. El tren llegaría a esa estación en el día, la hora y el minuto exactos, aunque ignorados. Bien, pero ¿y después? ¿Qué rumbo posterior seguiría? Con otras palabras, ¿cuál sería el destino de nuestro país? ¿La revancha suicida? O la dictadura, ¿de quién? O las democracias, ¿socialista, burguesa, libertaria? ¿Qué hombres asumirían su dirección? ¿Dónde estaban esos hombres?

Desterrados o prisioneros, frustrados o divididos en facciones irreconciliables, en taifas centrífugas, en guerrillas indomables, ¿quién sería capaz de conducirnos a través del mar Rojo de la sangre a la tierra de promisión? Cada día lo ensayaba desde el principio y siempre me detenía ahí, perplejo y desolado. Y no por falta de fe, sino de imaginación o, tal vez, por un exceso de rigor inquisitivo. También me afanaba en reconstruir mi vida, episodio por episodio, detalle por detalle, nombre por nombre, pero mi pasado quedaba ya tan lejos de mi presente como la historia del otro yo perdido, que no me servía de punto de partida para ningún proyecto ni como dato premonitorio. De todo aquello sólo quedaba en mí, como el rastro de una lectura pretérita, incoherente y confuso. El yo encerrado en la celda era realmente un ser sin historia. Tenía, pues, que partir de cero, de un inventario de ruinas, pero ¿hacia dónde, cómo, cuándo? Y aquí terminaba la indagatoria retrospectiva. Y vuelta a empezar.

A ciertas horas de la tarde, la luz penetraba en la celda en forma de cono, una áurea claridad en la que flotaban innumerables partículas en movimiento, que desaparecían al tocar la línea de la sombra, en un bullir constante y fantástico, como si surgieran del caos, para volver a él, constelaciones y galaxias de un universo infinitamente pequeño. Yo metía mis manos en el haz luminoso y jugaba a provocar catástrofes siderales en aquel microcosmos. Se rompían el ritmo y el orden en el movimiento de los corpúsculos, y yo era entonces un dios protervo a cuyo capricho correspondían inconmensurables cataclismos que quizá produjesen la muerte y la destrucción de civilizaciones y estadios de vida insospechados. Por ese camino corría mi imaginación desbocadamente, consumiendo mis horas baldías. Ciudades,

imperios, culturas... ¿Y qué? Sólo polvo inaprehensible entre mis dedos. ¿Acaso no sería también nuestro orgulloso mundo polvo inaprehensible entre otros dedos, bajo otra voluntad, en otras dimensiones? A veces, espantaba las moscas agazapadas ya en la sombra y les hacía entrar en el cono de luz. Deslumbradas por el dorado resplandor, empezaban a girar vertiginosamente, enloquecidas. Querían escapar, pero la línea de la sombra era para ellas un muro insalvable. Mosca que penetraba en el campo luminoso, mosca que quedaba atrapada en él. Tras mucho volar alocadamente, se imponía en ellas el instinto genesíaco y los machos perseguían a las hembras y era en el frenesí de la cópula cuando las parejas traspasaban los límites y caían en la zona oscura, como si se precipitasen desde el día a la noche. Entonces, el piso de la celda quedaba sembrado de parejas ayuntadas que yo barría y arrojaba después a la taza del retrete. De esa manera, además de consumir tiempo, me libraba de unos pequeños enemigos que durante el día me acosaban implacablemente en grandes bandadas zumbadoras y mortificantes. Era, en definitiva, un juego cruel y divertido como lo es en cualquier caso la caza. Pero no siempre me encontraba con ánimo y ganas de emplear estos u otros recursos, y muchas veces me cansaban e, incluso, me aburrían, o ya no lograban hacerme olvidar el hambre latente y obsesiva, mi gran enemigo. En tales momentos, llamaba al sueño. El sueño, mi dócil y fiel amigo. Hubo días, muchos días, en que dormí dieciséis horas en varias veces y ello me hizo temer que fuese una enfermedad, un principio quizá de encefalitis letárgica que consumiera lentamente mi energía cerebral hasta convertirme en un molusco. Pero ese temor no impedía que me entregase al sueño siempre que lo necesitaba, y fue esa

predisposición mía a dormirme a voluntad lo que me preservó de los peores males de la clausura en un pequeño espacio cerrado. Cuando el tedio empezaba a desmoronarme, me dormía. Cuando el hambre me amenazaba con el delirio, me dormía. Cuando los pensamientos me arrastraban a la desesperación, me dormía. Y en el sueño me descargaba de mis obsesiones, y me despertaba en limpio.

A media mañana salían las mujeres al patio celular. Era una hora de pío-pío, de guirigay, de fuegos artificiales. La presencia femenina se dejaba caer por el tragaluz de mi celda en forma de cascada luminosa y musical. Y siempre me sorprendía y asombraba, como aquella primera mañana en que a mis compañeros y a mí nos pareció que soñábamos cuando las oímos cantar los himnos reglamentarios y, después, «Ojos verdes», y, por fin, recitar versos de Lorca, y Pasionaria nos hizo saber que Francia e Inglaterra habían declarado formalmente la guerra a los nazis. ¡Cuánto dolor y cuántas muertes desde entonces! Pero ya no podía comunicarme con ellas y yo me preguntaba en vano cuál habría sido la suerte de aquella joven campesina iluminada. ¿Seguiría Pasionaria languideciendo en ésta o en otra prisión o habría sucumbido en una madrugada letal ante los fusiles? Después, cuando las mujeres regresaban a sus celdas y el patio quedaba otra vez silencioso como una jaula vacía, la soledad se tornaba más onerosa y la tristeza, más oprimiente. Era un mal momento, el peor de la jornada, en el que yo apelaba a todos los recursos de la imaginación para no dejarme aniquilar por la melancolía.

Por la tarde, nos sacaban al patio a Tovar, a Molina y a mí. Nos hacían pasear en silencio, a una distancia mínima de veinte pasos

entre uno y otro, por la acera que corría al pie de los muros, y bajo la vigilancia de un funcionario. Naturalmente, aprovechábamos cualquier descuido del vigilante para hacernos algún guiño, alguna seña y transmitirnos un vago *la cosa va bien*, o *¿sabes algo?* o *yo no sé nada*. Eso era todo. La duración del paseo dependía del humor del jefe del departamento. Paradójicamente, el más liberal era la Marquesona, que, a veces, parecía haberse olvidado de nosotros y prolongaba generosamente el tiempo reglamentario de una hora. Stalin se atenía estrictamente a la ordenanza y, por su parte, el Chuti solía reducirlo a la mitad cuando no lo suprimía enteramente. El paseo significaba una tregua en el tormento de la soledad, y nos bañábamos en luz natural, respirábamos el aire puro y veíamos un trozo de cielo. Sabíamos, además, que, tras los barrotes de la segunda planta, había mujeres. No las veíamos, pero las presentíamos y yo creo que, incluso, las olíamos y que se establecía entre ellas y nosotros una fuerte corriente magnética. Para mí, salir al patio era como penetrar en un gran salón vacío, en el que acabara de celebrarse una fiesta y en cuyo aire persistiesen aún palabras e imágenes de mujer. Cada vez se repetía la misma sensación. (*Han estado aquí. Charlaban junto a ese árbol*). Y me parecía descubrir aquí y allá rastros de su presencia. Sólo en raras ocasiones llegaban hasta nosotros sus risas o sus voces, porque, seguramente, tendrían órdenes severísimas de reprimir su locuacidad y su crujiente alacridad mientras durase nuestro paseo. Finalmente, al sonar las palmadas para nuestro retorno a las celdas, comenzaba para nosotros el largo crepúsculo que empalmaba con la noche: —¡Centinela, alerta!

—¡Alerta!

—¡Alerta!

—¡Alerta está!

Fue una sorpresa agradable la aparición de Acisclo, el barbero, acompañado de Pedro el chivato. Yo me senté en la banqueta y Pedro quedó de pie, frente a mí, recostado en el muro. Acisclo, sin mirarme una sola vez a los ojos, preparó los utensilios de afeitar que llevaba en una bolsa. Me colocó el paño alrededor del cuello y empezó a enjabonarme la barba mientras Pedro liaba y encendía un cigarrillo. Los tres guardábamos silencio, pero yo mantenía mis ojos fijos en los del barbero que, en un determinado momento, se interpuso entre Pedro y yo y, al tiempo que me miraba y guiñaba un ojo y seguía dándome jabón con la mano derecha, hizo como que me ajustaba el paño con la izquierda. Entonces sentí sus dedos fríos en la garganta y algo áspero que introducía por el cuello de la camisa. Comprendí inmediatamente. Como el paño cubría mis manos, pude apoderarme disimuladamente de aquel objeto, una bolita de papel, y ocultármelo en la cintura. La maniobra duró escasamente unos segundos. Acisclo terminó el enjabonado y, siempre cachazudo, tomó la navaja y la suavizó lentamente en el batidor de cuero. Entre tanto, Pedro, aburrido, fumaba distraídamente sin quitarse el cigarrillo de la boca. Yo cerré los ojos para no verle, pero, durante el rasurado, los abrí buscando nuevamente los de Acisclo y, cuando al fin se cruzaron nuestras miradas, él me indicó con los suyos el bulto que le sobresalía delante, donde la cazadora formaba bolsa. Sólo se oía el rasgueo de la navaja y el zumbido monótono de las moscas. A poco Acisclo me tapó nuevamente y entonces desabroché el último botón de su cazadora y extraje de allí dos paquetes de

cigarrillos que escondí rápidamente bajo mi camisa, ejecutado todo ello con la habilidad de un prestidigitador. Luego, me preguntó Acisclo, exagerando su tartamudez, si quería que me diese una nueva pasada con el verduguillo.

—Sí, claro —respondí yo.

Pero, antes de proceder, se volvió a Pedro, en espera de su decisión, y Pedro dijo: —Está bien, pero aligera, porque todavía tienes que afeitar a dos más antes del rancho.

La segunda fase fue realizada por Acisclo con mayor presteza, pero dándome tiempo suficiente para que yo disimulase mejor el contrabando entre mis ropas. Nuestra suerte dependía de que en el ánimo de Pedro no surgiese la más mínima sospecha de lo ocurrido ante sus propias narices, pues, en caso contrario, descubriría irremediablemente el cuerpo del delito y las consecuencias serían terribles, especialmente para el barbero. Pero Acisclo, que le conocía muy bien, le ofreció su petaca antes de terminar. Y, efectivamente, Pedro aceptó el obsequio muy complacido mientras decía: —No puedo estar sin el pito en la boca, ya ves. Parece que me falta algo.

El liar y prender fuego al cigarrillo no sólo sirvió para desvanecer momentáneamente su suspicacia, sino que produjo asimismo el relajamiento de la tensa expectación que nos cohibía. Acisclo recogió tranquilamente sus cosas y, mientras tanto, pude levantarme, ir al grifo, mojarme el rostro y enjugármelo con mi toalla, sin que el chivato mostrase ningún recelo. Cuando me quedé solo en la celda, esperé a estar seguro de que Pedro y Acisclo habían entrado en otra, para sacar la bolita de papel. Era una cuartilla en la que, con letra de Agustín, mis compañeros me felicitaban por mi comportamiento en los interrogatorios, me

prometían su solidaridad sin condiciones y me hacían saber que el Almirantazgo se estaba reconstruyendo y que pronto reanudaría sus funciones, que me tendrían informado sobre la marcha de la guerra y sobre cualquier otro suceso importante de dentro o de fuera del penal, y que los cigarrillos eran el producto de una suscripción entre todos los componentes de la flota, y, por último, que mi destierro a Canarias parecía poco probable, porque tendría que descubrirse el pastel, es decir, la existencia de una organización interior con ramificaciones en la calle, cosa que no le convenía a Chico Listo. Naturalmente, me deshice en seguida del papel comprometedor, rompiéndolo en pequeños pedazos y arrojándolo a la taza del retrete. Después, me senté en la colchoneta y encendí un cigarrillo para repasar y saborear mentalmente el contenido del mensaje. Lo más conmovedor en él era el testimonio de solidaridad que me transmitía. No estaba solo ni olvidado ni, por supuesto, totalmente aislado. Se reanudaba la comunicación entre mis amigos y yo a través de muros y rastrillos y pese a los graves riesgos que corrían mis corresponsales. Era una victoria, una gran victoria en relación a los estrechos límites de nuestro mundo, y una satisfacción incomparable que me compensaba por mi doble cautiverio. Y el verdadero héroe era Acisclo, callado, modesto, sin pretensiones, pero un hombre en la más noble acepción de la palabra. Hombre por su valor, su audacia, su desinterés y su sencilla manera de afrontar el peligro. A partir de entonces, la visita semanal de Acisclo fue una fiesta para mí.

¿Quién me zarandea, eh? ¿Quién me llama? ¿Quién ha entrado en

mi celda? ¿La Marquesona, Chico Listo, quién? Me desperté sobresaltado, abrí los ojos y miré a mi alrededor, pero no descubrí persona alguna a la desvaída claridad lunar que me entraba por el tragaluz, ni percibí ningún ruido. El departamento celular parecía sumergido aún en la placidez y en el silencio de la noche. A pesar de ello, yo sentía una extraña vibración, como cuando el aire cargado de electricidad preludia, en plena calma, el galope de la tormenta. Como la celda contigua unida a la mía por los maderos que sostienen las mesas no tenía inquilino, no me era posible ponerme en comunicación con nadie. Y algo estaba sucediendo o a punto de suceder. En medio de mi perplejidad me acordé de lo que nos contara Molina a Agustín y a mí la última nochebuena, y salté del petate y me puse a escuchar con la oreja pegada al chivato de la puerta. Durante largos segundos no detecté ningún indicio sospechoso de alteración en el túnel. (*¿A qué viene este nerviosismo? ¿Tendré fiebre?*) Estaba tiritando y todavía faltaban más de dos horas para el toque de diana. La idea de volverme al petate tiraba de mí, pero en el preciso instante en que me disponía a abandonar la escucha, me pareció oír un murmullo lejano. Y ya no me moví. Me quedé pegado a la puerta. Sí, eran voces de hombre, muy apagadas al principio y, pronto, perfectamente audibles. Después, sonó débilmente el taconeo de unos pasos que se acercaban. Pasos de dos o más personas, acompañados, y eso fue lo que me estremeció, por el tintineo de llaves. ¡Dios! Era una saca de condenados a muerte. Mis oídos se aguzaron y se extendieron por todo mi cuerpo. Todo yo era oídos. Los pasos arrítmicos resonaban ya claramente en la oquedad sonora del túnel. (*¡Son los pasos de la muerte, Federico; son los pasos de la muerte!*) En cambio, había enmudecido el cuchicheo

de las voces. Sólo eran pasos cuyo eco aumentaba, aumentaba... ¡Clo, clo, clo! ¡CLO, CLO, CLO! Al llegar a la altura de mi celda percutieron en mis oídos como si golpearan la puerta con mazos de hierro. El miedo y el horror me agarrotaron. No pensé si vendrían por mí o no. Fue un instante en que yo creo que dejé de vivir. Un instante tan sólo del que no recuerdo nada. Hasta que se detuvieron poco más allá, no recuperé la conciencia. (*Son esta y esa*). Era la voz de Malastripas. (*Sí, dos en cada una de ellas*). Era la voz del Chuti. (*Vamos, abran*). Era la voz de Malastripas. (*¿Las dos a la vez?*) Era la voz de Mula Romera. (*No, primero una y, cuando ya estén en marcha sus hombres, la otra*). Era la voz de Malastripas. Ya, en vez de oídos, yo era todo ojos. O veía por los oídos. Se descorrió un cerrojo y yo vi a los hombres que ocupaban la celda ponerse en pie, vestidos, pálidos y tensos, sin respirar. Después, sonó la cerradura. Chirrió la puerta. El Chuti pronunció dos nombres.

—¡Presente y listo! —contestó una voz.

—¡Presente y listo! —contestó otra voz.

—Salgan. Tú, primero. —Ordenó Malastripas.

—Bueno, compañeros, todo llega. ¡Que tengáis más suerte que yo! —dijo uno.

—Vamos —le apremió Malastripas.

—No corra tanto, hombre, no corra tanto, que hay tiempo para todo, hasta para morir —dijo el hombre.

Oí el chasquido de las esposas, seguidos de unas palabras del reo: —Y cuidado con empujarme o ponerme la mano encima.

—Ahora, tú —dijo Malastripas.

—Ya veis cómo me llevan, entero. El que de vosotros quede para contarlo que se lo diga a mis hijos. ¡Salud camaradas!

Otra vez el chasquido de las esposas y otras palabras del reo:

—Y quite de ahí la pistola, que no me voy a escapar.

—Llévenselos —dijo Malastripas.

Pasaron por delante de la puerta de mi celda y percibí, a través del chivato, su olor a pana, a tierra, a sudor frío, a noche, a muerte. Y, al tiempo que se alejaba el rumor de sus pasos, vi a los setenta u ochenta condenados restantes de pie, vestidos y aguardando su turno, en su mayoría campesinos, como mi amigo Cosme, amarrados a un ignoto y profundo pretérito de esclavitud por los eslabones de una larga cadena de trabajo, de humillaciones, de expoliaciones, de hambre y de ignorancia.

Cerraron una celda y abrieron otra. (*A ver sí acabamos pronto*). Era la voz de Malastripas. Fueron pronunciados otros dos nombres.

—¡Presente y listo! —dijo uno.

—¡No quiero ir! ¡No quiero ir! Tengo cuatro hijos pequeños y soy inocente —gimió el segundo.

—¡No te rajes ahora, coño, que no te va a servir de nada! Ha llegado el momento de los hombres —reprochó el primero al segundo, añadiendo—: Yo también dejo hijos y mujer.

—Sal tú —dijo Malastripas al primero.

—Bien, pero antes tengo que decir a estos que no se asusten. ¿Me veis a mí? Yo también he pasado miedo, y mucho, pero ahora no. Algún día ganarán los pobres y ellos nos vengarán. ¡Viva el socialismo!

—¡Cállate o...! —amenazó la voz enguantada del Chuti.

—¿Qué me calle? ¿Es que no puede uno desahogarse un poco antes de morir? Y no me apunte con la pistola, porque lo mismo me da que me maten aquí o que me maten en el cementerio.

—Vamos, vamos —intervino, conciliador, Malastripas—. No creas que es este un plato de gusto para nadie. Cuanto antes terminemos, mejor para todos.

Y el reo se dejó esposar mientras decía:

—Sí, hay muchos compañeros que aguardan a que esto termine para poder respirar tranquilos hasta otra madrugada igual. Conforme.

El otro siguió lamentándose:

—Pero si es una injusticia. Si yo no he hecho otra cosa en mi vida que trabajar...

Al fin, le esposaron.

Se oyó un portazo y los hombres se pusieron en marcha. Uno, sin alterar la voz, iba diciendo: —¡Salud, compañeros! ¡Salud, camaradas!

Y el otro, con la voz compungida, iba gimiendo:

—¡Ay, mi Maruja! ¡Ay, mi Maruja!

Se alejaron y el ruido de sus pisadas fue disminuyendo poco a poco hasta llegar al ángulo, donde cesó y fue sustituido por un murmullo débil y confuso. Yo temblaba de frío y no podía reprimir por más tiempo la apremiante necesidad de orinar. Y lo primero que hice fue aliviar la vejiga. Después, me vestí los pantalones, eché una manta sobre mis hombros y volví a mi puesto de observación nuevamente. Persistía el murmullo lejano, del que pronto se desprendieron unas fuertes pisadas, ¡clo! ¡clo! ¡clo!, y el tintineo fatídico de las llaves. (*¡Más reos, Federico, más reos!*) Otra vez crecían lúgubrementemente el ruido de los pasos y su contrapunto metálico en el tétrico corredor. (*¿A quién le tocará ahora, a quién?*) Volví a ver a todos los precitos en angustiosa expectativa, con sus corazones desbocados, con sus mentes paralizadas por la

duda, indefensos, acorralados, víctimas de una mecánica e incalculable venganza. Cada uno de ellos se hallaba solo frente a la muerte segura, delante de un fusil cuyo gatillo apretaría el dedo de otro hombre ignorado, y dejando atrás una historia elemental y oscura. ¡Qué destino! ¿Por qué? Los pasos se detuvieron antes de llegar a mi celda. (*Aquí es*). Era la voz de Malastripas. Y, tras un silencio mínimo, pero infinito a la vez, sonó el cerrojo; luego, la cerradura; luego, un nombre.

—¡Presente y listo!

—Sal —dijo Malastripas.

—Entren ustedes por mí, si son hombres.

Sentí el furioso golpeteo de mi corazón en los oídos. Y siguió otro breve, pero profundo silencio, durante el cual ni respirar pude. Al fin, habló Malastripas.

—No hagas tonterías, hombre. ¿Qué quieres, que paguen también tus compañeros por ti?

—¿Por qué?

—Porque si te niegas, cerraremos la celda, llamaremos a la guardia y le diremos que os habéis resistido todos a obedecer la orden. ¡Todos! ¿Comprendes?

—Pero eso es mentira. Que salgan ellos si quieren.

—No. Ellos no tienen por qué salir. Y las órdenes las doy yo. O sales tú o hago lo que te he dicho.

Se produjo un silencio espeluznante. Pero, al cabo, se impuso la fuerza de la amenaza.

—Está bien —dijo el reo—. Pero que conste que lo hago por vosotros, compañeros —y, seguidamente, gritó—: ¡Viva la República! ¡Viva la revolución! ¡Muera el fascismo!

Fueron tres truenos, tres explosiones de rabia que me

levantaron en el aire y que contesté, sin poderme contener, golpeando la puerta de la celda con mis puños, reacción instintiva que se repitió simultáneamente en las demás celdas.

—¡Silencio! ¡Silencio!

Era la voz estentórea del Chuti, cuyos fuertes taconazos nos anunciaron que recorría el túnel con el fin de comprobar de qué celdas partía el estruendo. Pero, a medida que avanzaba, cedían los golpes de protesta y se restablecía la calma.

Al quedar otra vez en silencio, pude oír cómo Malastripas y el resto de la escolta se alejaban con su presa. Cuando llegaron al punto en que el tamborileo de las pisadas se convertía en un murmullo apagado, me atravesó los oídos y el alma la voz estridente de una mujer: —¿Confesarme yo? Ustedes son los que tienen que confesarse. ¡Asesinos!

—¡Déjense de pantomimas! —dijo un hombre.

—De manera que ninguno de vosotros quiere confesarse, ¿no es eso?

Era la voz de Chico Listo, a quien nadie contestó.

—Está bien. Allá vosotros —y añadió Chico Listo—: Vamos, padre.

Durante unos momentos sólo se oyó el gemido de la mujer, hasta que, de pronto gritó ella: —¡Asesinos! También llegará vuestra hora. ¡Asesinos!

—¡Cállate! —gritó, a su vez, Chico Listo.

—¡No me da la gana!

Entonces, uno de los reos empezó a cantar la «Internacional», y fue inmediatamente coreado por sus compañeros y por la mujer.

—¡Silencio!

—¡Silencio!

Pero los reos siguieron cantando, aunque el son se interrumpiera a veces por los chasquidos de las bofetadas y las imprecaciones e insultos de los condenados a los guardianes y al sacerdote. Se percibía claramente el jaleo de la brega entre funcionarios y reos. Golpes, gritos, blasfemias y la voz irritada de Chico Listo: —¡Continúe, padre, continúe!

—¡Cobardes! ¡Asesinos!

Yo veía al padre Vulpes celebrando misa en medio de la refriega. (*Dominus vobiscum*). Y a los guardianes golpeando a los condenados (¡*Silencio, cabrones!*) Y a los reos cantando. (¡*Agrupémonos todos en la lucha final!*) Y a la mujer dando gritos. (¡*También os llegará el turno a vosotros! ¡Tenéis que pagar todo lo que nos estáis haciendo!*) Y al padre Vulpes leyendo. (*Sequentia Sancti Evangelii secundum...*) Y los gritos: ¡*Viva la libertad! ¡Viva la CNT!* Y las órdenes de Chico Listo: ¡*Silencio! ¡Silencio!* En fin, una escena indescriptible. Yo no tuve ánimos para seguirla hasta el final, y abandoné la escucha y fui a sentarme en la colchoneta, profundamente atribulado y abatido. Pero no podía sustraerme, por más esfuerzos que hice, tratando de pensar en otras cosas, a la fascinación de lo que estaba ocurriendo tan cerca de mí y que nunca hubiera sido capaz de imaginar. Y seguí viéndolo con todo detalle. Un sacerdote celebrando el supremo misterio de su religión ante unos reos de muerte que gritan, protestan y blasfeman, y ante unos sacerdotes que pretenden imponer silencio y sumisión al rito a golpes y bofetadas. ¡Qué profanación de lo divino y humano tan alucinante! Aquella sí que era una misa negra de aquellarre sabático. Por otra parte, significaba la negación del último derecho de un reo de muerte, que es el de disponer de los últimos momentos de vida que le quedan. De la sacrílega

parodia pasarían al piquete, llevando auestas su vida entera, sin haber podido descargar sus sentimientos aunque sólo fuese en una carta de despedida a los suyos, y sin un encuentro final con su propia conciencia. Ya estaría formado el piquete y a la espera de que le entregasen los reos. Traté de imaginarme a los hombres del piquete, sus caras, sus pensamientos, pero no pude. Se quedaban en figuras borrosas, en rostros sombríos e inexpresivos, en corazones inescrutables. Quizá maldijesen de la suerte que les había elegido para realizar tan siniestra operación. Quizá les repugnase el papel que les tocaba representar. Quizá desearan que alguna circunstancia imprevista impidiera en el último momento la ejecución. Ellos también eran hombres e iban a matar a otros hombres desconocidos en virtud de una orden que descendía desde alturas remotas e impersonales. Pero ya habrían introducido las cinco balas fatídicas en la recámara del fusil y sentirían el frío de su cañón en las manos, impacientes por terminar cuanto antes. Después, los disparos, cuerpos que caen, la sangre... Y la vuelta bajo la ominosa carga del terrible deber cumplido. Y allí, las curiosas y malsanas preguntas, *¿qué, qué tal?*, a modo de saludo, tal vez.

Abrí los ojos para huir de las visiones que urdía mi imaginación y advertí que estaba amaneciendo tímidamente en el tragaluz. (*¿Habrá terminado ya la función?*) Y no pude contenerme, a pesar del miedo y el horror que me hacían temblar. Me levanté, pues, y volví a pegar la oreja a la mirilla. Y aún pude oír los gritos que se alejaban. *¡Viva la República! ¡Viva el partido comunista! ¡Viva la revolución!* Resultaban especialmente desgarradores los de la mujer. *¡Soy Teresa y voy a morir! ¡Cuidad de mi hijo! ¡Soy Teresa! ¡Soy Teresa!* Ya había finalizado el acto religioso y los reos

recorrían su último camino. Alguien nos ha contado que, en la prisión de Zaragoza, un condenado a muerte, que era tenor de zarzuela, había prometido a sus compañeros que moriría cantando el «Adiós a la vida». Y así lo hizo. Estuvo cantando hasta que las balas acallaron su voz. De los que yo oía sus pasos hacia la muerte nos despedirían poco después los ecos de los disparos de fusil, rodando sobre el silencio campesino de la madrugada, como tantas veces, antes, y como tantas otras veces, después.

Por fin pude comunicar con mi hermana. La vez anterior sólo le permitieron entregar el saco con la ropa limpia y algunas provisiones y recoger el mío con la ropa sucia. Fue una entrevista muy penosa.

—Me dijeron que estabas castigado y que no podías recibir visitas cuando vine a verte, hace ya dos semanas. No me dieron más explicaciones, pero al deshacer en casa el lío de tu ropa sucia comprendí que te habían pegado, porque aún se podían ver rastros de sangre en ella, aunque la hubieras lavado, que sí se notaba también que la habías lavado. Todavía estaba húmeda.

—¿La vio nuestra madre?

—No, pero le extrañó mucho que me pusiera a lavar tu ropa inmediatamente. Le dije que como en ese momento me encontraba con ganas de hacerlo, no había por qué dejarlo para más tarde, cuando, a lo mejor, se me hiciera más penoso. Y se quedó tranquila.

—Menos mal. Sí, la lavé y la froté y luego fregué el suelo con ella para volver a lavarla, pero no pude conseguir del todo que desaparecieran las manchas de sangre. Nunca pensé que fuera tan

difícil borrar la sangre. Por eso temí que nuestra madre descubriera la verdad. Ahora me quedo yo también más tranquilo.

—Pero te pegaron mucho, ¿verdad?

Me miraba con una expresión de ansiedad y lástima que nunca había visto yo antes en sus ojos, ni siquiera cuando estaba condenado a muerte.

—Sí, me pegaron —contesté—, pero no tanto como pudiera sospecharse por las manchas de sangre. Ya sabes que la sangre es muy escandalosa.

—¿Y ese diente que te falta?

—Ah, el diente. Quedó muy resentido, se me movía mucho y decidí arrancármelo yo mismo.

Alfonsina hizo un gesto de dolor y yo proseguí diciendo:

—No tiene importancia, mujer. Además, ya ha pasado.

Siguió una pausa, durante la cual ella trató de leer en mis ojos lo que mi lengua callaba. Después, dijo: —He hablado con el director, gracias a una carta de recomendación que obtuvo Fernando de un funcionario del Ministerio de Justicia, amigo de su padre, y me ha dicho que tú eres un elemento muy peligroso, por lo que tratará de librarse de ti lo antes posible, haciendo que te trasladen a otra prisión.

—¿Trasladarme a otra prisión? ¿No te ha dicho a cuál?

—No.

—Bueno, me es igual. Yo también deseo escapar de él, aunque me mande al quinto infierno. Vaya donde vaya, estaré mejor que aquí. Esta es la peor prisión de España, no lo dudes.

Que Chico Listo no le hubiera mencionado Canarias era buena señal y corroboraba la suposición de mis amigos del patio. No siendo Canarias, tan lejos de la Península, me era ya indiferente mi

nuevo punto de destino. En medio de todo, era una buena noticia para mí.

En cuanto a la marcha de la guerra, otra buena noticia era el parón de Rommel cuando se pensaba que no se detendría hasta que consiguiera cerrar el canal de Suez. Los alemanes atacaban por el Volga, pero Moscú estaba ya fuera de peligro y Leningrado no se rendía. Las victorias de los japoneses quedaban muy lejos de Europa y era en Europa donde se decidiría de forma inapelable la guerra mundial.

Alfonsina me habló después de nuestra madre. Andaba muy dificultosamente y le temblaban las manos, pero conservaba plenamente su lucidez mental.

—Se pasa todo el día sentada frente a la puerta como si esperase verte entrar por ella en cualquier momento... Su vida se ha reducido a esperar tu vuelta. No piensa en otra cosa.

Por lo demás, la situación seguía inalterable: escasez, mejor dicho, penuria de alimentos, depuraciones, denuncias, avales políticos, odio, miedo. El haber estado en «zona roja» durante la guerra, sólo eso, era motivo más que suficiente para ser considerado como sospechoso e indeseable en principio. En cambio, haber pasado la guerra en «zona nacional» servía, de por sí, de recomendación inapreciable, de patente de ciudadano de primera a todos los efectos.

—Yo he tenido que justificarme tres veces en que alguien intentó, por medio de una denuncia, echarme de mi empleo y quedarse con él. Las fuentes de información son los porteros y los jefes de casa. De ellos depende que te dejen en paz, que pierdas el empleo o que te metan en la cárcel. Como los agentes de investigación les aprietan tanto y les amenazan con tan severos

castigos si se descubre que protegen a un «rojo», sus informes suelen ser muy desfavorables generalmente. Por acumular cargos, aunque sean imaginarios, contra el sospechoso, no se pierde nada, no pasa nada. Pero alegar cualquier hecho que le favorezca, puede resultar muy peligroso. Así, lo más que puedes esperar es la duda. En mi caso, la acusación se basaba en que yo tenía un hermano en la cárcel por «rojo». Gracias a los certificados de haber pasado yo la guerra con los «nacionales» y a las gestiones de Fernando y a su condición de excombatiente, no se han salido con la suya. Últimamente, parece que me han dejado por imposible.

En una situación económica tan paupérrima, la lucha por la vida es verdaderamente feroz. Añadido a ello el odio político enarbolado como bandera nacional, puede uno imaginarse fácilmente las condiciones de inseguridad y temor bajo las que subviven los vencidos. Somos parias, ilotas, gentes descalificadas sin derecho alguno.

—Es usted peor que los rojos.

—Ese tipo es un rojazo.

—¿Rojo yo? Eso lo será usted.

—Me está pareciendo que usted simpatiza con los rojos...

—¿Simpatizar yo con los rojos? Oiga, no le permito que me insulte usted de esa manera.

—¡Tía roja!

Era la forma común de insultar, acusar, perseguir, y también de protegerse, acorazarse y justificarse. Y así, tres largos años. ¿Cuántos más aún?

Alfonsina sería madre pronto.

—¿Para cuándo esperáis el acontecimiento?

—Para febrero. A ver si para entonces estás en casa.

—Dicen que han salido en libertad muchos presos por los indultos parciales que van dando. ¿Es cierto?

—Sí, han salido algunos, pero esos indultos sólo afectan a las penas inferiores y como la mía es de treinta años...

—Pero a lo mejor...

—Sí, claro, a lo mejor...

El silbato del guardián puso fin a la entrevista.

—¡Cuídate mucho! ¡Y no hagas más el Quijote! —fueron las últimas palabras de Alfonsina.

Nos despedimos con la mirada y con besos al aire. Esperé unos segundos para verla andar de espaldas. Todavía estaba ágil y esbelta. Apenas se le notaba la preñez. Se volvió desde la puerta del locutorio para enviarme la última sonrisa.

En adelante, no podría venir a verme cada dos semanas. Sólo un día al mes. Más tarde, interrumpiría sus visitas hasta que sus deberes de joven madre le permitieran reanudarlas. (*Mientras tanto, te enviaré los paquetes por medio de alguien, la madre de Agustín o alguna otra persona de confianza*). Ella seguía la vida, con sus altibajos, con sus gozos y pesares. En medio de todo, me confortaba mucho saber que mi hermana se había salvado del naufragio. Tenía un norte, un rumbo, una ilusión. Sí, y el saberlo, el creerlo así, me liberaba de uno de mis mayores remordimientos, el de haberla arrastrado conmigo a la derrota y a la frustración.

—Vuelva solo, pero ya sabe lo que tiene que hacer si se encuentra en el camino con una tanda de mujeres que vienen a comunicar, ¿no? Detenerse, pegarse a la pared en posición de firmes, no hablar con ellas ni contestar sus preguntas, si se las hacen, y esperar a que pasen para echar de nuevo a andar.

¿Estamos? —me dijo el guardián.

—Sí, señor.

—Hala.

No encontré a nadie a mi paso por el recinto amurallado, pero, al entrar en el túnel, oí voces y risas de mujer que se acercaban, por lo que, siguiendo las instrucciones del guardián, me detuve, me pegué al muro, juntos los pies y con los brazos caídos. A poco, aparecieron ellas, unas veinte mujeres, en su mayoría jóvenes. Venían charlando, riendo. Nada más verme, aceleraron el paso y, de pronto, me cercaron, me rodearon, me estrujaron, me pellizcaron, me besaron. (*¡Toma, hermoso!*) Yo sentía sus suaves pellizcos, sus agarrones, sus sacudidas, su aliento en mi cara, su olor, la humedad de sus labios. (*¡Hermoso! ¡Hermoso! ¡Toma, toma!*) Sucedió tan rápidamente que, cuando pude reaccionar, las mujeres habían desaparecido ya de mi vista por el recinto y sólo quedaba de ellas el cascabeleo excitante de sus voces que se alejaban. Fue como un ramalazo de viento ardiente que me azotara al volver una esquina. Quedé aturdido, y también pesaroso por no haber tocado a ninguna. (*¡Ay, Federico, te has perdido la ocasión de tocar y palpar pechos y muslos de mujer!*) Me abroché y remetí la camisa. Me pasé el pañuelo por el rostro por si quedaban en él rastros de besos e hice todo lo posible por serenarme. La suerte quiso que los funcionarios estuviesen en la oficina y que fuera Juan, el ordenanza bueno, quien me condujera a mi celda. Por el camino me preguntó —Te has tropezado con las mujeres, ¿verdad?

—Sí —contesté.

—Están estupendas, ¿eh?

—Ya lo creo.

Juan sonrió.

—Pero aquí hay que tener mucho cuidado con ellas. Por menos de nada pueden buscarte la ruina.

Y seguimos andando en silencio por el túnel: suelo de cemento, puertas cerradas a derecha e izquierda, penumbra, lóbreguez, la noche. Antes de dejarme encerrado, me dijo Juan: — ¿No sabes? Ha habido un follón entre falangistas y requetés en Bilbao. Los falangistas han querido matar al general Varela, y Franco ha echado del gobierno a Varela y a Serrano Suñer. ¿Qué te parece? Y a los alemanes les ha salido el tiro por la culata en Egipto. La cosa se pone bien.

Pero yo apenas presté atención a sus palabras. Estaba muy turbado todavía por el encuentro con las mujeres. (*He sido un idiota, pero como se presente otra ocasión...*) Intenté recordar sus rostros, sus cuerpos. Inútilmente. Era un remolino de ojos, de bocas, de manos... (*Anda, que si lo hubiera sabido...*) Me dejé caer sobre el petate, malhumorado. Pero poco a poco fui recobrando la lucidez y la calma interior, hasta que me serené por completo. Entonces recordé las palabras de Juan y comprendí que la noticia era muy interesante. Si Franco había prescindido de su cuñado Serrano Suñer, podía ser la señal de un cambio de política, de un giro hacia las democracias, y ello, a su vez, un indicio evidente de que Hitler perdía posiciones. ¿Un acercamiento de Franco a las democracias? ¿Sería posible? Entonces, nosotros, ¿qué? Habría que esperar. De todas maneras, el síntoma resultaba desazonante. Franco, las democracias, Hitler, Stalin... ¿Quién engañaría a quién? Era demasiado para mí en aquellos momentos y decidí abandonar el camino de las interrogaciones y retrotraerme al punto en que las muchachas se lanzaron sobre mí. (*¡Toma, hermoso, toma!*)

¿Por qué torturarme intentando descifrar tantos enigmas? (*¡Al diablo la guerra ahora, Federico! Hoy es día de pensar en mujeres...*) Una tarde, durante el paseo, al llegar a una de las esquinas del patio, sentí el suave golpe contra el suelo de algo caído o arrojado desde arriba, acompañado de un leve carraspeo o tosecilla de mujer. No me detuve, naturalmente, ni traté de descubrir el objeto. Seguí imperturbable y, al afrontar de nuevo aquel lugar, levanté la mirada hasta la ventana entreabierta, tras la que, pese a los deslumbrantes cabrilleos del sol en sus cristales, creí ver la aparición fugaz de una cabeza femenina. ¿Sería una alucinación? No tuve tiempo de comprobarlo, pero, al pasar otra vez bajo ella, descubrí en el suelo una caja de cerillas y deduje que ése era el objeto que en la vuelta anterior había oído caer de lo alto. No obstante, seguí como si nada hubiera visto y transcurrió el tiempo de dos vueltas más sin decidirme. No ignoraba que si era sorprendido por el vigilante cogiendo la cajita, en el caso de que contuviera algún mensaje, sería castigado implacablemente. Entonces, me dediqué a observar al funcionario. Paseaba, a su vez, aburrido, de un lado para otro por el centro del patio y pensé que si se hallara de espaldas a mí cuando yo llegase al lugar preciso, podría yo actuar con todas las probabilidades de éxito a mi favor. Pero tendría que darme prisa, porque se estaba terminando el tiempo de nuestro paseo. Así, pues, calculé las distancias y atemperé mi paso al ritmo adecuado y, en una de las últimas vueltas, coincidimos el guardián y yo en las posiciones previstas. Me agaché rápidamente, cogí la caja de cerillas y la oculté entre el calcetín y la pierna y, para más disimulo, anduve aún un breve trecho a la pata coja, aparentando que me anudaba las cintas del alpargate. La operación resultó perfecta. El guardián no vio nada y

mis dos compañeros de ronda tampoco me dieron a entender que hubieran sorprendido mi juego. Cuando, poco más tarde, fui encerrado en la celda, esperé a que se alejaran los pasos de Pedro para sacar del calcetín la caja de cerillas y ver lo que tenía dentro. Era un papelito en el que con letra torpe se decía: *Esta noche, cuando apaguen las luces después del toque de silencio, seca el agua del sifón del váter con la bayeta y ponte a la escucha con el oído sobre la taza*. Se me hicieron muy largas las horas de espera, pero al fin llegó el momento deseado. Antes de nada, me cercioré de que nadie andaba por el túnel vigilándonos. Ni un eco, ni un susurro, ni el más leve ruido, ni el más ligero roce. Comprobado este punto tras una intensa escucha a través del chivato, hice lo que se me indicaba en la nota, y tuve que taparme la nariz con el pañuelo a causa del fétido olor que emanaba de las cañerías. Inmediatamente oí como un soplo o un susurro y, luego: —¡Oye, oye!

—Oigo —respondí.

—¿Me oyes? —insistió la voz.

—Sí, te oigo. ¿Quiénes sois?

—Diez chicas. Ocupamos la celda que cae justamente encima de la tuya.

—¿Sois las que me asaltaron hace unos días, cuando volvía de comunicar?

—No. Fueron otras. Y nos lo dijeron. Te quedaste pasmado, ¿eh?

—No lo esperaba.

La voz se apagó entre risas ahogadas y cuchicheos y, después, se sucedieron varios ¡*Hermoso!* ¡*Hermoso!* en distintas voces y tonos, y chasquidos de besos. Y ya me olvidé de que la bocina era

la taza del retrete.

—Vosotras sí que debéis de ser preciosas.

—Si nos vieras...

—Si pudiera veros...

—Espera.

—¿Qué?

—¿Dónde cae el río Volga?

—¿Qué dices?

—Que dónde cae el río Volga.

—En Rusia, mujer.

—Eso ya lo sabíamos. Quiero decir que si está muy al interior o no.

—Hacia el centro. ¿Por qué me lo preguntas?

—¡Callaros, chicas! Oye. ¿Me oyes?

—Sí.

—Bien. Porque allí es donde atacan ahora los alemanes. Donde están corriendo para atrás que se las pelan, es en África. ¿Lo sabías?

—Sí.

—¿Y qué te parece? ¿Cómo ves las cosas?

—Empiezan a ir bien.

—¿Durará mucho todavía la guerra?

—Algunos meses más.

—¿Hasta el verano que viene?

—Así así.

—Eso creemos nosotras también. Oye, hemos sabido que te pegaron mucho.

—Bah, no tanto.

—Y que eres un buen compañero.

—Gracias.

—Ahora quieren hablarte las demás, pero, antes de seguir, mira a ver si ronda alguien husmeando por el corredor. Seguí su consejo, y no, nada se movía, ni el aire siquiera, en el largo pasillo, cuyo silencio y quietud eran realmente, y no metafóricamente, sepulcrales, y torné a mi puesto.

—Niñas, ya estoy otra vez en el locutorio.

—¿Qué más quieres saber?

—Muchas cosas. Cómo sois, de qué habláis todo el día, qué hacéis ahora.

Y, tras un breve paréntesis, de risitas y cuchicheos:

—Eres un curiosón. Tú quieres saber mucho.

—Dime algo siquiera.

—Somos jóvenes, de veinte a treinta años.

Otra voz dijo:

—Y hay de todo: guapas y feas, solteras y casadas.

Y una tercera:

—Y hablamos de todo también.

—¿Y de hombres? —pregunté.

—Pues claro. Más que de otra cosa. Hoy hemos estado todo el día hablando de ti.

—¿Y qué decíais de mí, si se puede saber? Se alternaban las voces: —¡Huy!

—Anda, hija, díselo tú.

—No, no. Díselo tú, tú.

—Pues que si te cogiéramos aquí...

—¡Hermoso!

—¿Qué haríais conmigo?

—¿Y tú con nosotras?

—¿Estáis desnudas?

—En camisón.

—Pues ya os lo podéis imaginar. Haríamos cama redonda todos juntos.

—¡Ansioso!

—¿No te gustaría a ti?

—A mí, sí.

—Y a mí.

—No tocaríamos ni a un cachito cada una. Bueno, las casadas no entrarían en parte y así tocaríamos a más.

—Si pudiera llegar por la tubería con mi brazo hasta donde estás, tú, maja...

—¿Qué es lo primero que tocarías?

—Tus pechos, hermosa.

—Pero si son una birria...

—No, no puede ser. Si los estoy viendo...

—Di que no, no le hagas caso. Los tiene muy bonitos. Es moza todavía.

—¿Cómo son: grandes, pequeños?

—Lo justo. Y muy blancos.

—¿Y con pezones como guindas?

—Sí.

—¡Madre mía!

Percibí un revuelo de siseos y rumores y, luego, la primera voz:
—¡Silencio, chicas! Ya está bien por hoy, ¿eh? ¿Me oyes, compañero?

—Sí.

—¡Hasta mañana!

—Oye. No voy a poder dormir.

Pero el ruido del agua me dio a entender que se interrumpía la comunicación. Efectivamente, la bocina quedó en silencio. Yo temblaba de excitación y tuve que realizar un esfuerzo enorme para acercarme a la realidad. Me levanté, vertí agua en el sifón y, finalmente, me acosté, cubriéndome hasta la cabeza con las mantas. Pero hube de despertarme muy pronto, porque me ahogaba, y respirar profundamente y fumar para que mis nervios se calmasen. Diez mujeres jóvenes yacían sobre mi techo, diez mujeres en flor con la libidine exacerbada por el cautiverio. Yo las veía inquietas, removidas, por los mismos pensamientos que a mí me turbaban. Tan próximas a mí, casi al alcance de la mano, y, a la vez, tan remotas y distantes como los antípodas de la tierra. Se me rebelaron los toros ciegos del instinto y de la locura y lidié con ellos encarnizadamente, hasta la exasperación, porque el sueño me rehuía y la debilidad creciente me aterraba. Y una vez más cedí, y los toros ciegos dejaron de embestirme y entonces la tristeza me abatió y pude quedarme dormido. Desde aquella noche, el recreo de las mujeres, por la mañana; la salida al patio, por las tardes y, sobre todo, los diálogos nocturnos con mis vecinas de arriba, me enajenaron hasta el extremo de vivir en constante estado de tensiones emotivas. Noches hubo en que las conversaciones a través de la cañería duraron hasta la madrugada. Supe distinguir a cada una de mis interlocutoras, y conocí sus vidas, sus problemas, sus experiencias amorosas, sus proyectos, sus ilusiones, y adiviné cuál era la más joven, la más hermosa y quién de ellas tenía un temperamento más ardiente. Acudíamos a los coloquios llevados de un impulso irresistible, como los amantes contrariados, pese a los peligros que nos amenazaban, especialmente a mí. Ellas eran diez para guardar un secreto y

cualquier indiscreción por parte de una podría traicionarnos. Yo lo sabía y lo temía y, después de cada sesión, el instinto de defensa me acusaba de inconsciente y temerario. (*¡Eres un insensato, Federico, un insensato!*) Y logré abstenerme alguna noche, pero sólo alguna noche porque, en el último instante, podía más en mí la tentación que el miedo a sus posibles consecuencias. Empezábamos con noticias y comentarios sobre la guerra, pero muy pronto, e insensiblemente, cedíamos a la atracción de las confidencias íntimas, de las insinuaciones turbadoras del amor imposible, en un lenguaje sin veladuras. No pude conocerlas de vista, porque Tovar, Molina y yo oíamos la misa de los domingos desde nuestras respectivas celdas, pero una tarde, puestos de acuerdo la noche anterior, una de las muchachas me mostró sus pechos desnudos en aquella misma ventana desde la que me arrojaron la caja de cerillas. La imagen duró unas décimas de segundo tal vez entre el centelleo cegador de los cristales. De no haber estado advertido, no hubiese podido verlos, pero los vi, ¡los vi!, o creí verlos.

—¿Te han gustado? —me preguntó por la noche.

—Son los más hermosos que he visto en mi vida.

—Pues ahora los tengo en las manos. Te los doy si subes por ellos, galán.

Seguía recibiendo información y comunicándome con mis amigos del patio por medio de Acisclo, el barbero tartamudo, pero por pura rutina ya, porque ellas me abastecían sobradamente, y con anticipación, de toda clase de noticias, tanto del penal como de la calle o sobre la guerra. Cierta domingo, a eso de la media tarde, cesó súbitamente el clamor del patio. Fue un corte tan brusco, seguido de un silencio tan intenso, que supuse

inmediatamente que algo muy grave acababa de ocurrir o que alguna noticia extraordinaria había sorprendido a los presos. No pude resolver por mí mismo el problema y esperé.

—¿Qué es lo que ha ocurrido esta tarde en el patio? —fue lo primero que pregunté a mis amigas.

—Que se supo que los norteamericanos han desembarcado en Casablanca.

—¿Los norteamericanos en Casablanca? ¿Estás segura?

—Segurísima. Nos lo ha dicho sor Gabriela.

Después, contestando a preguntas tuyas, tuve que hacerles ver la posición geográfica de Casablanca y explicarles lo que, a mi juicio, podía significar la operación y cuáles ser sus posibles objetivos.

—Coger a los alemanes entre dos fuegos, supongo, expulsarlos del norte de África, dominar el Mediterráneo y lanzarse, después, sobre Italia. Todo eso es posible. Ya veremos.

—¡Huy, qué pico tienes!

—A lo mejor me equivoco.

—No, tú no te equivocas nunca. Sabes muy bien lo que te dices.

¡Qué extraño! De pronto me acordé de Pasionaria. ¿Cómo pude olvidarme de ella hasta entonces?

—Sí, la conocíamos —me dijeron.

—¿Y qué ha sido de esa chica?

—Se la llevaron una madrugada, hace ya más de un año.

La certeza de su destino, que yo presentía, me sacudió íntimamente. La vi ante el pelotón, firme, despidiéndose de la vida con una última mirada de orgullo en sus hermosos ojos fanáticos. Su imagen pasó por mi imaginación como una ráfaga de fuego,

porque la voz insinuante me raptó nuevamente: —Bueno, dinos algo bonito ahora.

Ellas aceptaban mis opiniones y mis vaticinios como si fueran axiomas matemáticos y, desde que les recité unos versos, alternábamos las noticias, los recitales poéticos, los discursos fantásticos, las historias novelescas y los escarceos eróticos en nuestras veladas. Era vivir otra vida, en embriaguez permanente. Ni las noticias de la guerra me interesaban tanto como antes ni apenas percibía la realidad áspera de la rutina carcelaria, y el tormento del hambre pasó a ser sólo una sensación de debilidad, de enervamiento. Devoraba inconscientemente los días de mi cautiverio y sólo las visitas de mi hermaname restituían por unos instantes la noción del tiempo. (*¡Un mes más, Federico! Sí, un mes más, Alfonsina*). Apenas recuerdo de aquellas entrevistas más que la mirada cariñosa de unos ojos, el movimiento de unos labios y una figura siempre lejana, cuya imagen aparecía y se desvanecía en el aire del locutorio como la de un ente imaginario. No advertí la llegada del invierno con sus vientos ateridos, sus tardes sombrías y breves y sus noches interminables, y no advertí tampoco conscientemente el cambio en la conducta de la Marquesona, que hizo encristalar el tragaluz de mi celda, que insistía cada vez en que cogiese un cazo más de rancho, que prolongaba nuestro paseo hasta que oscurecía del todo.

—A que te tratan mejor ahora que antes —me dijeron mis amigas.

—Sí, creo que sí, sobre todo la Marquesona.

—Claro, tonto. La guerra empieza a pintarles mal y tratan de hacerse los buenos por si acaso, ya ves tú.

Yo no tenía sensibilidad más que para la fabulosa existencia

que compartía imaginariamente con mis comunicantes nocturnas. Hasta la historia que me contaron pocos días más tarde y que, al pronto, me pareciera inverosímil, sirvió para otra cosa que avivar el fuego de mi delirio y de mis obsesiones.

—¡Menudo follón, majo, menudo follón! Ha sido como una bomba en el penal.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—Conoces al padre Vulpes, ¿verdad?

—Sí.

—Es nuestro capellán.

—Ya lo sabía.

—¿Sabías también que la sacristana de nuestro departamento es una condenada a muerte que se llama Amparo?

—No, eso, no.

—Bueno. Pues resulta que Amparo sabía que su asunto estaba muy mal. Entonces pensó, según dijo a una compañera, que la única forma de aplazar la ejecución de su sentencia, a ver si entre tanto se producía algún cambio político que la salvara, era quedarse embarazada. Pero, ¿con quién? Con un preso, imposible. Y con un guardián, no había ocasión. Y cavilando, cavilando, vino a caer en la cuenta que sólo podía ser el padre Vulpes, que se la comía con los ojos. Con aquello de ser la sacristana, tiene mucho roce con él. Y nada, que se lanzó a pescarlo. Ella es una chica muy salada y, como mujer, no tiene por qué envidiar a ninguna. Además, se le da muy bien eso de encalabrinar a los hombres. Total, que el padre Vulpes picó. Pero mira por dónde descubrieron el lío otras compañeras, sin saber cuáles eran las intenciones de Amparo, y como le tenemos todas tanta rabia al fraile, porque es un zaino y un fascistón, se fueron con el soplo a sor Gabriela, que

también se lleva muy a mal con él. En seguida, la madre preparó la trampa. Avisó al director, sin decirle para qué, y esta misma tarde, cuando el padre Vulpes y Amparo estaban los dos con las faldas remangadas, sentados en una silla y ella encima de él, en plena faena, vamos, en la celda que hace de sacristía, aparecieron de pronto el director, sor Gabriela y Malastripas. Ya te puedes imaginar...

—¡Vaya bulo, guapa! Es tan gordo que no cabe en la celda — dije yo en son de burla.

Pero aquella noche el increíble chisme carcelario nos sirvió de pretexto para que evocáramos juntos todas las lascivias imaginables. Las desnudé verbalmente y ellas me desnudaron a mí y me descubrieron y describieron sus secretos venusinos. Y consumamos una cópula plural y simultánea con la imaginación, espoleados por expresiones que nos penetraban como flechas encendidas.

Hasta que una noche, inmediatamente después de cenar, se abrió la puerta de mi celda y apareció la Marquesona. Sentí un escalofrío de miedo que recorrió mi cuerpo desde los pies a la cabeza. (*¡Ya salió el chivatazo! Viene por ti. Prepárate*). Pero al iniciar el movimiento para situarme de espaldas al muro bajo el tragaluz y después levantar el brazo y gritar ¡Arriba España!, me contuvo con un gesto y diciéndome: —No, no hace falta. Prepárese para salir con todo —añadió, sonriendo ligeramente—: No se preocupe. No pasa nada. Es que va a ser trasladado de prisión.

Yo quedé inmóvil, paralizado por el estupor, y él siguió diciéndome: —Pero dese prisa. Es usted el último que falta por agregar a la expedición. Vuelvo en seguida —y desapareció,

dejando abierta la puerta.

Me puse en acción automáticamente, instintivamente, porque no ignoraba lo que es la prisa en las prisiones, donde el tiempo está parado y, de pronto, se convierte en un huracán, en un tropel de potros desbocados, y hay que realizar en minutos, alocadamente, lo que, en otras circunstancias, requeriría varias horas. (*¿Por qué tan de repente? ¿Por qué a estas horas? ¿A dónde me llevarán? ¿Y las chicas? No voy a poder despedirme de ellas. Ha hablado de una expedición, luego somos varios los trasladados. ¿Vendrán también Molina, Agustín y algún compañero más del Almirantazgo?*). Mientras me asaltaban tantas preguntas y chocaban dentro de mí tan diversas emociones, metí mis escasas pertenencias en una bolsa, enrollé las mantas dentro de la colchoneta y até el bulto con el cinturón. Cuando, por último, me vestí el viejo chaquetón de cuero de las trincheras, ya sudaba, y reapareció la Marquesona.

—Vamos.

Cargué con todo y le seguí por el corredor. La Marquesona iba tieso, taconeando fuertemente, y yo, con el equipaje a cuestas, agobiado y jadeante. Cada paso me retrotraía a la realidad ha tiempo oculta. Observé que la celda de Molina estaba cerrada y con luz dentro. (*¿Se lo habrán llevado antes que a mí?*) Traspusimos el ángulo que formaban los dos túneles y pasamos por delante de la celda que servía de oficina y de cuerpo de guardia a los funcionarios. (*Aquí es donde se obliga a oír misa a los condenados a muerte, antes de entregarlos al pelotón de ejecución*). Y recordé las espeluznantes madrugadas, el ruido de los pasos, el tintineo de las llaves, las órdenes secas, las despedidas, los gritos, los llantos, las maldiciones, los insultos...

—Deje eso aquí. Luego lo recogerá —me dijo la Marquesona, indicándome uno de los montones de petates y bolsas que había en el pasillo.

Le obedecí y, mientras, él abrió una celda.

—Pase —me ordenó—. Será por poco tiempo.

Tuve que empujar contra la masa de hombres en pie que ocupaba la celda para hacerme un lugar en ella. Entonces recobré plenamente la conciencia de la realidad. La cárcel me engullía de nuevo. Apenas conocía de vista a algunos de los hombres que me acompañaban.

—¿A dónde nos llevan? —pregunté.

—Cualquiera lo sabe. Algunos dicen que a Aranjuez, pero también se habla de Guadalajara y Zaragoza.

Y otro dijo:

—Yo prefiero Aranjuez. Tiene una huerta muy rica. Y Zaragoza tampoco está mal. En Zaragoza hay por lo menos remolacha y alubias. Pero en Guadalajara, ¿qué nos pueden dar de comer en Guadalajara? Como no sea tomillos... El que así habló era un hombre alto, esquelético, cuyo rostro, de ojos saltones, era sólo boca y nariz. No cabíamos ni de pie.

—No se puede ni mear —gritó alguien.

—¿Somos muchos los de la expedición? —volví a preguntar.

—Huy, lo menos quinientos. Toda la purrela del penal, mira tú —me contestó el que tenía pegado a mí por delante, que añadió —: ¿Sabes que vienen con nosotros tres tíos en pelota? Sí, hombre. Les reclamaron los monos y los alpargates, que son del penal, y los dejaron en cueros, y hemos tenido que prestarles mantas para que no se queden arrecidos después, cuando salgamos a la intemperie. Hay otros más así por esas celdas. Creo

que unos quince en total.

Los cuatro largos meses de incomunicación me habían habituado a la soledad, a la calma y al silencio, y aquella brusca inmersión en el torrente carcelario me confundía y estupidizaba.

—¿Qué día es hoy? —se me ocurrió preguntar, tontamente.

—Coño, ¿no lo sabes? Pues, ¿de dónde sales tú, camarada? Cinco de diciembre, hombre, aunque, bien mirado, ¿qué más da?

Por suerte, la espera no fue muy larga. Pronto oímos descorrer cerrojos y abrir celdas, entre breves intervalos. Cuando llegó nuestro turno, ya marchaban en formación los que nos habían precedido. Siguiéron unos momentos de confusión hasta que cada cual encontró su petate y cargó con él. Algunos no llevaban equipaje. Y, en filas de tres, abandonamos el túnel y, al salir al recinto, nos detuvieron, a fin de que los funcionarios pudiesen organizar la larga columna y contarnos y recontarnos. En el entretanto, el viento enfilado nos traspasaba y nos hacía lagrimear de frío. Yo traté entonces de descubrir algún amigo o, siquiera, algún conocido entre los expedicionarios, pero la noche era muy oscura y tan fugaces las ráfagas de luz de las linternas de los funcionarios, que no pude identificar a ninguno, y aunque tosí y carraspeé fuertemente, con objeto de señalar mi presencia, eran tantas y tan sonoras las toses de los demás, que todos mis esfuerzos resultaron inútiles. Y menos mal que los funcionarios tenían prisa por volver junto a las estufas... Terminado el recuento, nos pusimos otra vez en marcha. A las puertas del penal se hicieron cargo de nosotros los guardias civiles, oscuros, desconocidos, impenetrables, que golpeaban el suelo con sus pesadas botas. Y emprendimos, cuesta abajo y acuchillados por la helada, el mismo camino que recorriéramos, cuesta arriba y

envueltos en polvo y empapados en sudor, treinta y nueve meses antes. Treinta y nueve meses de mi vida que se quedaban entre los muros de aquel enorme e inhóspito caserón que dejaba atrás y al que no quise volver ya la mirada. Hubiera querido entonces borrarlo de mi memoria para siempre, y a Chico Listo, y a la Marquesona, y a Mula Romera, y a Portaviones, y a Grijalba, y a Goering... Por el contrario, no quería ni podría olvidar de ninguna manera, jamás, a Cosme, a Narciso el de los Yébenes, a Pasionaria, a Lopérez, ni a tantos otros, muchos, compañeros perdidos definitivamente, ni, por supuesto, a mis amigas nocturnas, sus voces insinuantes, sus palabras, sus risas. No las vería nunca, pero ellas vivirían siempre en mí, perennemente jóvenes y hermosas.

La caminata fue un penoso viacrucis. De cuando en cuando caía al suelo un hombre, agotado, exhausto, junto con su petate, y la columna se detenía hasta que los guardias lograban ponerle en pie y hacerle andar ayudado por algún compañero. Tantas fueron las caídas que los guardias se vieron obligados a cargar con algunos equipajes. A mí me rondó el mareo y llegué a tambalearme. (*¡Que me caigo, que me caigo!*), pero me descargó de peso uno de los que no llevaban nada y gracias a su ayuda pude mantenerme en pie hasta el final. Vi a los que andaban descalzos y envueltos a medias en mantas, como esperpentos, cada vez que hacíamos alto, porque entonces se guarecían en medio de los grupos para protegerse contra el vientecillo helador de la meseta. Pero no logré ver a Molina, ni a Agustín, ni a ningún otro miembro del Almirantazgo. Sin duda, era yo el único de entre todos los componentes del grupo que escapaba, por indeseable, del feudo de Chico Listo.

La columna se detuvo por última vez junto a los vagones de

transporte de ganado que nos esperaban con las fauces abiertas en una vía secundaria. Llegamos hasta allí en pelotones, desordenadamente, ayudándonos unos a otros, insensibilizados por el frío y el cansancio, casi inconscientes. Los guardias fueron humanos y, sin obligarnos a formar previamente, nos fueron contando a medida que subíamos a los vagones, operación ésta harto difícil y dolorosa para nosotros a causa del agotamiento y de la impaciencia. Cada dos hombres ayudaban a trepar a un tercero y, finalmente, los guardias izaron a los últimos y recogieron y echaron a la plataforma destinada a los equipajes los bultos que habían quedado abandonados en tierra.

No sé cuántos hombres fuimos metidos en cada vagón. Lo que sí sé es que quedamos fuertemente comprimidos entre sus cuatro paredes de madera. Pisábamos excrementos resacos de vaca y de ganado mular. Formábamos una masa trémula y compacta de seres humanos ateridos y temblorosos. Cuando cerraron las puertas correderas, quedamos sumidos en una oscuridad tal que no se distinguían del conjunto los rostros ni las manos. Al principio no se oían más que toses y sorbetones nasales. Todos moqueábamos. Y olíamos a carroña.

Poco a poco, el calor fisiológico condensado fue devolviendo a la gente las ganas de hablar.

—Por lo menos, no pasaremos más frío —dijo una voz—. Y está cayendo una pelona...

—Sí, hay que animarse, compañeros. Peor lo estarán pasando en Stalingrado —dijo otra voz.

—¿Y si nos sentáramos? —propuso alguien.

No nos fue posible seguir el consejo, porque nos sobraban las piernas.

—¡Aquí, todos sentados o todos en pie! —se oyó gritar.

Sin embargo, algunos, los listos de siempre, se dejaron caer entre las piernas de sus compañeros, pero hubieron de incorporarse muy pronto, amenazados de asfixia.

Voces, voces:

—Si tuviéramos algo que comer...

—¡Cállate, cabrón!

—Lo que hace falta es que enganchen pronto la locomotora.

—¡Cabrón serás tú!

—¿Queréis hablar de otra cosa, compañeros?

Yo cerré los ojos y me concentré en mí mismo. Y me vi como un navegante perdido en la inmensidad de la noche cósmica, abandonado de los dioses, desnudo de odio y de rencor, completamente inerme.

*«Los Ángeles». Águilas.
1974-1975.*



ÁNGEL MARÍA DE LERA (Baides, Guadalajara; 7 de mayo de 1912 - Madrid; 23 de julio de 1984) fue un novelista español.

Su padre era médico y así su infancia pasó por varias localidades de Castilla y La Rioja. Ingresó en el seminario de Vitoria, donde estudió Humanidades hasta que en 1930 sufrió una crisis de fe y lo abandonó. Se trasladó a Andalucía estudiando cuatro años de Derecho en la Universidad de Granada.

Estuvo en el Ejército Republicano donde llegó a ser comandante. Vivió los acontecimientos de la rebelión de Casado en Madrid y evoca parte de sus experiencias en la novela *Las últimas banderas*, galardonada con el Premio Planeta en 1967.

Estuvo preso de 1939 a 1947. Tras salir de la cárcel hubo de aceptar los más humildes oficios: peón de albañil, barrendero, agente de seguros hasta que fue contable de una pequeña fábrica

de licores de Madrid. Poco a poco empezó a hacer colaboraciones de prensa hasta que publica su primera novela titulada *Los olvidados* que fue publicada en 1957. Tras ellos puede dedicarse profesionalmente a escribir. Su novela *La boda* fue llevada al cine en 1964 con la dirección de Lucas Demare. Entre los periódicos en que colaboró destaca el diario ABC.

Su obra se enmarca en el realismo de la posguerra, con un fuerte contenido social, escribiendo una veintena de novelas. Como fundador y presidente de la Asociación Colegial de Escritores se implicó en la defensa de los intereses de estos.

En 1973 fue el ganador del V Premio Ateneo de Sevilla por *Se vende un hombre*.

Con *Los que perdimos* toma a los personajes de *Las últimas banderas* en el momento y lugar mismos donde los dejara, conformando la tetralogía *Los años de la ira* con las novelas: *La noche sin riberas* (1976) y *Oscuro amanecer* (1977) Se casó en 1950 y tuvo dos hijos.